



# HIJJA ÚNICA

ANNA SNOEKSTRA



Anna Snoekstra

# Hija única

Traducción de  
Inés Belaustegui Trías



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mi madre*

Siempre se me ha dado bien hacer teatro: el papel de la seductora misteriosa con los cabrones, el de ingenua e inocente con los protectores. Probé los dos con el vigilante de seguridad pero ninguno pareció dar resultado.

Estuve a punto de conseguirlo. Las puertas del súper se habían abierto ya ante mí cuando su manaza me agarró por el hombro. Tenía la calle principal a solo quince pasos de distancia. Una calle tranquila flanqueada por árboles con las copas de color amarillo y naranja.

El tipo apretó la mano.

Me llevó a la oficina. Un cubículo con los suelos y las paredes de cemento, sin ventanas y con el espacio justo para un mueble archivador, una mesa y una impresora. Sacó de mi mochila el panecillo, el queso y la manzana y lo dejó todo encima de la mesa, entre él y yo. Viéndolos así, expuestos de ese modo, sentí una punzada de vergüenza, pero hice todo lo posible por sostenerle la mirada. Él dijo que de allí no me iría hasta que le enseñase alguna documentación personal. Por suerte, yo no llevaba cartera. ¿Para qué va a querer nadie una cartera cuando no se tiene un céntimo?

Probé todos mis trucos con él y, cuando ninguna de mis insinuaciones dio resultado, solté unos cuantos lagrimones. No fue mi mejor actuación. Es que no podía dejar de mirar el pan. Empezaba a sentir retortijones en el estómago. Nunca en mi vida he tenido tanta hambre.

En estos momentos me llega el sonido de su voz mientras habla con la policía al otro lado de la puerta, cerrada con llave. Levanto la mirada al tablón de anuncios de la pared, al lado de la mesa. Tienen puesta la lista de turnos del personal para esta semana, además de un recordatorio sobre procedimientos con tarjetas de crédito que tiene una carita sonriente dibujada en la parte inferior, y un puñado de fotos de una salida nocturna de los empleados.

Nunca en mi vida he deseado trabajar en un supermercado. Nunca en mi vida he deseado trabajar en ninguna parte, pero, de repente, noto una envidia dolorosa.

—Siento molestarles por esto. Esa putilla se niega a enseñarme su documentación. ¿Sabe que puedo oírle?

—Está bien, ya nos ocupamos nosotros. —Esto lo dice otra voz.

La puerta se abre y dos polis me miran. Un hombre y una mujer, ambos probablemente de mi edad. La chica lleva su melena negra recogida perfectamente en

una coleta. El tío es paliducho y flaco. Nada más verlo sé a ciencia cierta que va a ser un capullo. Se sientan al otro lado de la mesa.

—Soy el agente Thompson y esta es la agente Seirs. Tenemos entendido que la han sorprendido robando en este establecimiento —dice el poli sin ni siquiera disimular su hastío en el tono de voz.

—Pues no, para nada —respondo yo imitando la manera fina de hablar de mi madrastra—. Me dirigía a la caja cuando ese señor me agarró. Ese hombre tiene algún problema con las mujeres.

Me miran con recelo y pasean la mirada por mi ropa desaseada y mi pelo grasiento. Me gustaría saber si huelo mal. Llevar la cara magullada e hinchada no me está haciendo ningún favor. Seguramente esa es la primera razón por la que me han cogido.

—Al traerme hacia aquí me ha dirigido todo tipo de insultos —bajo la voz— como «putilla» y «guarra». Qué desagradable. Mi padre es abogado y, cuando le cuente lo que ha pasado hoy aquí, seguramente querrá presentar una demanda por falta de ética profesional.

Se miran entre sí y al instante veo que no cuela. Debería haberme echado a llorar.

—Mira, bonita, no va a pasar nada. Solo tienes que decirnos cómo te llamas y tu dirección. Estarás de vuelta en casa antes de que acabe el día —dice la chica.

Es de mi edad y se dirige a mí con apelativos cariñosos como si yo fuese una cría.

—La otra opción es que te pongamos una multa ahora mismo y te llevemos a comisaría. Tendrás que esperar en el calabozo hasta que averigüemos quién eres. Será mucho más fácil si nos dices ya cómo te llamas.

Lo que pretenden es asustarme y lo están consiguiendo, pero no por los motivos que piensan. En cuanto tengan mis huellas dactilares no tardarán mucho en identificarme. Descubrirán lo que he hecho.

—Es que me moría de hambre —digo entonces, y el temblor de mi voz no es teatro.

Es el efecto de su forma de mirarme. De su mezcla de lástima y asco. Como si no valiese nada, como si solo fuese otro perro callejero que eliminar del vecindario. Poco a poco me viene a la cabeza un recuerdo y me doy cuenta de que sé perfectamente cómo voy a salir de esta.

La fuerza de lo que estoy a punto de decir es gigantesca. Me recorre el cuerpo como un trago de vodka, se lleva por delante la tensión de mi garganta y me produce un cosquilleo en las yemas de los dedos. Ya no me siento desvalida; sé que puedo conseguirlo. La miro a ella y luego a él, saboreando el instante. Los observo atentamente para disfrutar el momento preciso en que les cambie el semblante.

—Me llamo Rebecca Winter. Me secuestraron hace once años.

2014

Estoy en una sala de interrogatorios, sentada, con la cabeza gacha, ciñéndome el abrigo con las dos manos. Hace frío. Llevo esperando casi una hora pero no estoy preocupada. Imagino el revuelo que he causado al otro lado de ese espejo. Seguramente han llamado a los de la unidad de desaparecidos para que vengan también, y estarán mirando fotografías de Rebecca y comparándolas concienzudamente conmigo. Con eso debería bastar para convencerlos: el parecido es flipante.

Lo vi hace unos meses. Estaba acurrucada al lado de Peter, los dos hechos un ovillo. Por lo general, cuando tenía resaca me daba por llorar y me pasaba el día escondida en mi cuarto escuchando música tristona. Con él era diferente. Nos despertábamos a mediodía y nos tirábamos todo el día sentados en la cama comiendo pizza y fumando cigarrillos hasta que empezábamos a entonarnos. Eran los tiempos en que pensaba que la pasta de mis padres no tenía importancia y que lo único que necesitaba era amor.

Estábamos viendo una idiotez de programa titulado *Se busca*. Estaban hablando de una serie de crímenes truculentos cometidos en una residencia de ancianos en Melbourne llamada Holden Valley y yo me puse a buscar el mando. Ver abuelitas degolladas era sin duda lo mejor para cortarle el rollo a cualquiera. Justo cuando iba a cambiar de canal, empezó el reportaje siguiente y pusieron una fotografía que ocupaba toda la pantalla. La chica tenía la misma nariz que yo, los mismos ojos y la melena del mismo color cobrizo. Hasta tenía mis pecas.

«El 17 de enero de 2003 Rebecca Winter terminó de trabajar en el turno de noche de un McDonald's del barrio de Manuka, en la zona del Inner South de Canberra —narró con voz dramática un locutor mientras se proyectaba la fotografía—, pero en algún punto entre su parada de autobús y su domicilio desapareció y no se la ha vuelto a ver nunca más».

—Joder, ¿esa eres tú? —dijo Peter.

Salieron los padres de la joven, y contaron que aunque su hija llevaba desaparecida más de diez años, ellos aún conservaban la esperanza. La madre parecía a punto de

romper a llorar. Otra fotografía: Rebecca Winter con un vestido verde brillante y el brazo por detrás de una adolescente rubia. Por un instante absurdo, me esforcé por recordar si yo alguna vez había tenido un vestido como ese.

Un retrato de familia: los padres con treinta años menos, dos hermanos sonrientes y Rebecca en el centro. Idílico. No me hubiese extrañado que se viese al fondo una vallita blanca de madera.

—Qué fuerte. No me digas que esa chica no es tu gemela desaparecida hace mil años, ¿eh?

—Sí, hombre, ya quisieras.

Nos habíamos puesto a bromear con las burdas fantasías de gemelas de Peter y a él se le olvidó el tema al poco tiempo. Las cosas no duraban mucho en la cabeza de Peter.

Intento recordar todos los detalles posibles del programa. Era de Canberra, una chica adolescente, de unos quince o dieciséis años en el momento de la desaparición. En cierto sentido, tengo suerte de llevar la mitad de la cara magullada e hinchada. Eso disimula las diferencias sutiles que nos distinguen. Para cuando desaparezca el moratón de mi mejilla, ya estaré lejos de aquí. Tan solo necesito ganar el tiempo suficiente para salir de la comisaría e irme al aeropuerto tal vez. Por un instante mi cabeza divaga en torno a lo que haría después. ¿Llamar a mi padre? No he vuelto a hablar con él desde que me fui. Había levantado varias veces el auricular de algún teléfono público, e incluso había llegado a teclear su número de móvil. Pero entonces me llenaba la cabeza el sonido nauseabundo de un peso blando estampándose contra algo metálico, y colgaba el aparato con las manos temblorosas. Él no querría hablar conmigo.

La puerta se abre y la agente de policía asoma la cabeza y me sonrío.

—Ya no vamos a tardar mucho más. ¿Quieres algo de comer?

—Sí, por favor.

El leve azoramiento que denota su voz, su forma de mirarme y de apartar enseguida la vista hacia otro lado.

Los tengo en el bote.

Me trae un envase de fideos chinos, tan calientes que abrasan, comprado en la tienda de comida para llevar de al lado de la comisaría. Están grasientos y un poco pasados, pero nunca he disfrutado tanto de una comida. Al cabo de un rato aparece finalmente un investigador de la policía. Deja en la mesa una carpetilla de cartulina y retira una silla. Tiene pinta de bruto, el cuello grueso y ojillos pequeños. Por su manera de sentarse, deduzco que mi mejor baza con él va a ser dorarle la píldora. Da la

impresión de estar tratando de ocupar el máximo de espacio posible, con un brazo apoyado en la silla contigua y las piernas muy separadas. Sonríe desde su lado de la mesa.

—Lamento que estemos tardando tanto.

—No pasa nada —digo yo con los ojos muy abiertos y una vocecilla aguda. Ladeo un poco la cara para asegurarme de que vea la zona magullada.

—Enseguida la acercaremos al hospital, ¿de acuerdo?

—No me duele. Solo quiero irme a casa.

—Es el procedimiento en estos casos. Hemos telefonado a sus padres varias veces pero de momento no hemos obtenido respuesta.

Me imagino el teléfono sonando en la casa vacía de Rebecca Winter. Seguramente sea lo mejor, pues sus padres no harían sino complicar las cosas. El investigador interpreta mi silencio como una señal de decepción.

—No se preocupe, estoy seguro de que en breve conseguiremos localizarlos. Tendrán que venir para proceder a la identificación. Después podrán volver juntos a casa.

Es lo último que necesito, que se sepa que soy una impostora delante de una sala llena de polis. Mi confianza empieza a caer en picado. Tengo que darle un giro a la situación como sea.

Con la cara hacia el regazo, digo:

—Lo que más deseo es irme a casa.

—Lo sé, ya no tardaremos mucho más. —Su voz es como una palmadita en la cabeza—. ¿Le han gustado? —Está mirando el envase vacío de *noodles*.

—Estaban muy ricos. Todo el mundo se ha portado de maravilla —respondo, siguiendo con el numerito de la víctima apocada.

Él abre la carpetilla de cartulina. Contiene el expediente de Rebecca Winter. Ha llegado la hora del interrogatorio. Mis ojos escanean la primera página.

—¿Puede decirme cómo se llama?

—Rebecca. —No levanto la cara.

—Y ¿dónde ha estado todo este tiempo, Rebecca? —añade, inclinándose hacia delante para oírme.

—No lo sé —susurro—. Estaba aterrada.

—¿Había alguien más? ¿Alguien más retenido junto a usted?

—No. Solo yo.

Se acerca un poco más a mí hasta que su cara está a solo unos centímetros de la mía.

—Ustedes me salvaron —digo mirándolo a los ojos—. Gracias.

Veo cómo se le hincha el pecho. Canberra queda a solo tres horas. Únicamente

tengo que tirar un poquito más de la cuerda. Ahora que el tipo se siente como un campeón, no podrá decirme que no. Es la única oportunidad que tengo de salir de aquí.

—¿Va a dejar que me vaya a casa, por favor?

—Realmente tenemos que interrogarla y llevarla al hospital para que la examinen. Es importante.

—¿Podemos hacerlo en Canberra?

En ese momento suelto las lágrimas. Los hombres no soportan ver llorar a una chica. Por alguna razón, los incomoda.

—Enseguida la llevarán a Canberra. Pero antes tenemos que seguir el procedimiento, ¿entiende?

—Pero usted manda aquí, ¿no? Si dice que me puedo marchar, ellos tendrán que hacer lo que usted diga. Yo solo quiero ver a mi madre.

—Está bien —dice, poniéndose en pie de un salto—. No llore. Deje que vea lo que puedo hacer.

Regresa para decirme que lo ha arreglado todo. Me llevarán a Canberra los polis que me recogieron y a continuación se encargará de mí el investigador del departamento de desaparecidos que trabajó en el caso de Rebecca Winter. Muevo la cabeza con un gesto de asentimiento y le sonrío levantando la cara hacia él como si fuera mi héroe.

No pienso llegar a Canberra. Lo más fácil sería ir a un aeropuerto, pero estoy segura de que aún puedo librarme de ellos de alguna manera. Ahora que me ven como una víctima, no será demasiado difícil.

Al salir de la sala de interrogatorios, todo el mundo se vuelve para mirarme. Una mujer tiene un auricular de teléfono de mesa pegado a la oreja.

—Pues está aquí ahora mismo, deje que se lo pregunte. —Se apoya el auricular contra el pecho y levanta la vista al investigador policial—. Es la señora Winter, por fin la hemos localizado. Quiere hablar con Rebecca. ¿Puede?

—Claro —dice el investigador, sonriéndome.

La mujer me tiende el auricular. Yo miro a mi alrededor. Aunque cada cual está a sus cosas, soy consciente de que tienen todos la antena puesta. Cojo el teléfono y me lo acerco a la oreja.

—¿Hola?

—Becky, ¿eres tú?

Abro la boca sintiendo la necesidad de decir algo, pero no se me ocurre qué. Ella continúa hablando.

—Cariño mío, alabado sea Dios. No me lo puedo creer. ¿Estás bien? Me han dicho

una y otra vez que no estás herida, pero no me lo creo. Te quiero muchísimo. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien.

—No te muevas de ahí. Tu padre y yo vamos a buscarte.

Maldita sea.

—Ya nos íbamos —digo yo, casi en un susurro. No quiero que se dé cuenta de que mi voz no es la de su hija.

—No, por favor, no vayas a ninguna parte. Quédate donde no te pueda pasar nada.

—Así tardaremos menos, ya lo han arreglado todo.

Oigo que la mujer traga saliva con esfuerzo.

—Llegaremos enseguida. —Es como si tuviera un nudo en la garganta.

—Tengo que colgar —digo, y entonces, mirando a mi alrededor y viendo todas esas orejas aguzadas, añado—: Adiós, mami.

Oigo su llanto mientras devuelvo el auricular.

El último brillo del sol del atardecer se ha apagado y el cielo está de un tono gris claro. Llevamos más o menos una hora de coche y se nos han terminado los temas de conversación. Me doy perfecta cuenta de que los agentes se mueren por preguntarme dónde he estado todo este tiempo, pero se contienen.

La verdad es que es una suerte, porque seguramente ellos tienen más idea que yo de dónde ha pasado Rebecca Winter los últimos diez años.

De la radio sale la melosa voz de Paul Kelly. Se oye el golpeteo de las gotas de lluvia en el techo del coche, que escurren por las ventanillas. Podría quedarme dormida.

—¿Quieres que ponga la calefacción? —pregunta Thompson, observando mi abrigo.

—Estoy bien —respondo yo.

Lo cierto es que no podría quitarme el abrigo, por mucho que esté empezando a sudar un poco. Tengo una marca de nacimiento justo debajo del pliegue del codo. Una mancha de color café del tamaño de una moneda de veinte centavos. De pequeña la odiaba. Mi madre siempre me decía que era la marca que me había dejado el besito de un ángel. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de ella. A medida que iba haciéndome mayor, la dichosa marca fue gustándome, quizá porque me recordaba a ella, o quizá simplemente porque formaba parte de mí. Pero no de Bec. Dudo de que alguno de estos dos idiotas hubiese mirado con suficiente atención el archivo de desaparecidos para ver la palabra «Ninguna» debajo de «Marcas de nacimiento», pero no merecía la pena jugármela.

Intento obligarme a planear mi fuga. Pero no me quito de la cabeza a la madre de Rebecca. Su forma de decirme «Te quiero». No ha sido como me lo decía mi padre, cuando nos miraba alguien o cuando intentaba que me portara bien. Su forma de decírmelo ha sido tan cruda, tan gutural, como si le saliese de las entrañas. Esta mujer hacia la que nos dirigimos a toda velocidad me quiere de verdad. O, digamos, quiere a quien ella cree que soy. Me gustaría saber lo que estará haciendo en estos momentos. ¿Estará llamando a sus amigos para contárselo, estará lavando sábanas para mí, habrá salido a toda prisa al supermercado a por más provisiones, estará preocupada porque los nervios de la situación le impedirán dormir? Me imagino lo que pasará cuando la llamen por teléfono para decirle que me han perdido por el camino. Seguramente a estos dos agentes se les va a caer el pelo. Eso no me molestaría, pero ¿y ella? ¿Y la cama recién hecha pulcramente, que está esperándome? La comida de la nevera. Tanto amor. Se desperdiciará sin más.

—Tengo que ir al baño —digo al ver una señal que indica un área de servicio.

—Está bien, corazón. ¿Estás segura de que no quieres esperar a una gasolinera?

—No. —Estoy hasta el gorro de hacerme la amable con ellos.

El coche sale a la pista de tierra y se detiene delante de la caseta de ladrillo que alberga los aseos. Al lado hay una parrilla antigua y dos mesas de picnic y detrás de eso el típico monte silvestre australiano hasta el infinito. Si les saco suficiente ventaja, les resultará imposible encontrarme por esos parajes.

La agente se desabrocha el cinturón de seguridad.

—No soy una niña pequeña. Puedo ir sola a hacer pis, gracias.

Me apeo del coche y cierro la puerta con fuerza para no darle la oportunidad de rebatirme. Me caen gotas de lluvia en la cara, helada al contacto con mi piel sudorosa. Da gusto estar fuera de ese horno de coche. Lanzo una mirada atrás antes de dirigirme a la caseta de los aseos. Los faros del coche hienden la lluvia y distingo a los polis tras los limpiaparabrisas, charlando, cambiando de postura en los asientos del coche.

Los aseos son un asco. El suelo de cemento está encharcado y flotan por él bolas de papel higiénico como icebergs en miniatura. Apesta a cerveza y vómito. Hay una botella de Carlton Draught al lado del retrete, en el suelo, y la lluvia tamborilea en la cubierta de hojalata. Me imagino cómo va a ser la noche que me espera, con esta lluvia y yo escondida. Tendré que andar hasta que llegue a alguna población, y entonces ¿qué? Pronto me entrará hambre y sigo sin blanca. La última semana ha sido la más espantosa de mi vida. He tenido que ligarme a tíos en bares solo para poder dormir bajo techo y, una noche, la peor de todas, no me quedó otra que esconderme en los urinarios de un parque. El corazón me daba un vuelco a cada ruido que oía. Me imaginaba lo peor. Fue una noche interminable, como si nunca más fuese a volver la

luz del día. Esta caseta me recuerda a aquellos urinarios.

Mi resiliencia se va al garete durante unos instantes y me imagino la otra alternativa: la cama calentita, el estómago lleno y los besos en la frente. Suficiente.

La botella se rompe con facilidad contra la taza del váter. Recojo un trozo grande de vidrio. Sentada en cuclillas en el cubículo, sujeto el brazo entre las dos rodillas. Soy consciente de que he empezado a gimotear, pero en estos momentos no hay tiempo para flaquezas. Un minuto más y esa agente de policía vendrá a ver si me pasa algo. La sensación de dolor cuando aprieto con fuerza la mancha marronácea es espantosa. Sale más sangre de lo que pensaba, pero no me detengo. La carne se me levanta como la piel de una patata al pelarla.

El forro de la chaqueta se me pega a la herida abierta cuando me la pongo otra vez. Tiro el material delatador ensangrentado en la papelera de las compresas y me lavo la sangre de las manos. Se me empieza a nublar la vista y los grasientos fideos chinos se me revuelven en el estómago. Me agarro al borde del lavabo y respiro hondo. Puedo hacerlo.

Se oye una puerta de coche cerrándose con fuerza, seguida de unas pisadas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta la agente.

—Me mareo un poco en coche —digo, mientras compruebo que no queda sangre en el lavabo.

—Vaya. Ya casi hemos llegado, corazón. Si necesitas vomitar no tienes más que decirlo y pararemos en la cuneta.

La lluvia ha arreciado y el cielo está de un negro profundo. Pero el aire gélido ayuda a combatir las náuseas. Me meto con torpeza en el asiento trasero del coche y tiro de la puerta con el brazo bueno. Nos incorporamos a la autopista. Apoyo el brazo en alto, cerca del reposacabezas, temiendo que la sangre empiece a escurrirme por la muñeca, y apoyo la cabeza contra la ventanilla. Ya no tengo náuseas, solo una sensación de estar flotando. El golpeteo monótono de la lluvia, las voces suaves de la radio y el calor del coche me arrullan y casi me quedo traspuesta.

No estoy segura de cuánto rato llevamos viajando sin decir nada, cuando los policías se ponen a hablar.

—Creo que se ha dormido. —Es la voz del hombre.

Oigo el crujido del cuero cuando la mujer se vuelve para mirarme. Yo permanezco inmóvil.

—Eso parece. Ser una zorra como esta debe de ser agotador.

—¿Dónde crees tú que ha estado metida todo este tiempo?

—¿En mi opinión? Se largaría con alguno, probablemente se casasen. El tío debic

de hartarse de ella y le dio puerta. Hasta pienso que el otro tenía pasta y todo, fijate, por cómo ha estado ella mirando a todo el mundo por encima del hombro.

—Dijo que la habían secuestrado.

—Ya. Pero no se comporta como alguien a quien han secuestrado, ¿no te parece?

—La verdad es que no.

—Y se la ve bastante bien, dadas las circunstancias. Si un tío la raptó, la chica tuvo que molarle bastante, me refiero. ¿Tú qué opinas?

—Sinceramente, me importa una mierda —dice él—. Pero supongo que podrían darnos una condecoración por esto.

—No sé yo. ¿No debería estar ingresada en un hospital y tal? No sé si se ha hecho la tonta para que la dejen largarse con solo chasquear los dedos.

—¿Y cuál es el procedimiento, entonces? Cuando desaparece un menor, entiendo lo que hay que hacer, pero ¿qué pasa cuando aparecen?

—Ni puta idea. Debí de estar con resaca el día que lo explicaron.

Los dos se ríen y de nuevo se hace el silencio en el coche.

—¿Sabes qué? Llevo todo el día preguntándome a quién me recuerda esta —dice de pronto la agente—. Y acabo de caer. Era una de mi instituto que contaba a los cuatro vientos que tenía un tumor cerebral y se pilló una semana sin clase para la operación. Unos cuantos empezamos a recaudar dinero para ella. Creo que todos pensábamos que se iba a morir. Pero al lunes siguiente la tía volvió a aparecer como si tal cosa, y durante unas horas se convirtió en la chica más querida del insti. Entonces uno se fijó en que no le habían afeitado ni un pelo de la cabeza, ni siquiera medio centímetro. Toda aquella movida había sido una tremenda bola de principio a fin.

»Pues la tía aquella ponía exactamente la misma cara que aquí nuestra princesita cuando la encontramos. Esa forma de observarnos de hito en hito, de calarte con ese brillo frío que tiene en la mirada, como si su cabecita estuviese rulando a toda pastilla a ver si se le ocurre la mejor manera de joderte.

Al cabo de un rato dejo de escuchar la conversación. Me acuerdo de que tengo que hablar con el investigador cuando llegue a Canberra, pero estoy demasiado atontada para ponerme a planear mis respuestas. El coche se mete por la avenida principal.

Me despierto al notar la sacudida que provocan los frenos del coche y al percibir que se enciende la luz del interior porque la poli abre su puerta.

—Despierta, damisela —dice.

Intento sentarme erguida, pero noto los músculos como si los tuviera hechos de gelatina.

Oigo una voz que no había oído antes.

—Ustedes deben de ser los agentes Seirs y Thompson. Soy el inspector jefe

Andopolis. Gracias por estirar su horario para traerla hasta aquí.

—No hay de qué, señor.

—Será mejor que empecemos. Sé que su madre está que no aguanta más, pero antes tengo que hacerle un montón de preguntas.

Oigo que abre la portezuela de mi lado.

—Rebecca, no te puedes imaginar lo contento que estoy de verte —dice. A continuación se arrodilla a mi lado—. ¿Te encuentras bien?

Yo trato de mirarle pero la imagen de su cara da vueltas delante de mis ojos.

—Sí, estoy bien —farfullo.

—¿Por qué está tan pálida? —dice con tono cortante—. ¿Qué le ha pasado?

—Está bien, pero se marea un poco en coche —responde la agente.

—¡Llaman una ambulancia! —le ordena furioso Andopolis, al tiempo que alarga un brazo hacia mí y me desabrocha el cinturón de seguridad.

—¿Rebecca? ¿Me oyes? ¿Qué ha pasado?

—Me herí en un brazo cuando huía —me oigo decir a mí misma—. No pasa nada, solo me duele un poco.

Él me abre la chaqueta. Tengo sangre reseca a lo largo de toda la clavícula. Al verla, la vista se me nubla aún más.

—¡Pedazo de idiotas! ¡Joder, no los puede haber más tontos! —Ahora su voz se oye muy, muy lejana. No puedo ver la reacción de los polis; no puedo ver que se ponen blancos como sábanas. Pero me lo puedo imaginar.

Sonrío mientras se desvanece mi último ápice de consciencia.

*Bec, 10 de enero de 2003*

Hacía meses que Bec había decidido vivir su vida como si estuviesen observándola. Por si había un equipo de televisión escondido detrás de una esquina o si su espejo era falso. Esto quería decir que ya nunca más bostezaba sin taparse la boca con la mano, ni se hurgaba la nariz estando en el baño. Quería dar la imagen que debería tener una jovencita feliz y guapa de dieciséis años.

Pero esto de ahora era diferente, este cosquilleo en la nuca. Era como si realmente hubiese alguien mirándola. Llevaba notándolo unos días, pero cada vez que volvía la cabeza se encontraba con que no había nadie. A lo mejor se estaba volviendo loca.

Sería terrorífico que tus peores miedos se hicieran realidad a tu alrededor y que todo el mundo le restase importancia y dijese que estás chiflada. El vecino de al lado, Max, solía gritar por las noches. Su madre le dijo que debía de estar discutiendo con alguien por teléfono, pero una vez ella había escudriñado entre las cortinas de su cuarto después de que él la hubiese despertado a las cuatro de la madrugada y vio perfectamente que el hombre estaba chillando en la oscuridad, solo, sin dirigirse a nadie. Unas semanas después les lanzó una piedra por la ventana de la cocina. Su padre hizo una llamada telefónica esa misma noche y vinieron a llevarse a Max. Cuando regresó, ya nunca más volvió a gritar. Simplemente se sentaba encorvado y se quedaba mirando al frente, y estaba cada vez más gordo.

¿Qué sería mejor: experimentar miedo todo el rato o no sentir absolutamente nada? Aún no lo había decidido.

El sol la miraba desde el cielo entre la nata de las nubes. Seguramente acabaría quemándose si se quedaba ahí mucho más rato. Pero le gustaba esta imagen de sí misma. Flotando boca arriba en la piscina de Lizzie. El bikini verde, los brazos pecosos abiertos a los lados y el agujero del ombligo llenándose de agua con cada respiración. Se preguntó si habría alguien observándola en esos momentos. El cuarto del hermano de Lizzie y el del padre daban a la piscina. Varias veces a lo largo del tiempo había pillado a los dos mirándola. Tendría que haberle dado repelús, pero nada de eso.

Unas pisadas de pies descalzos por el suelo de cemento, un silencio tenso y, de

pronto, la superficie del agua estalló al zambullirse Lizzie en bomba. Cuando sacó la cabeza para coger aire, se reía como loca, con el pelo pegado a la cara.

—¡Casi te la pego!

—Pero mira que eres tonta. —Bec, riéndose, intentó hacerle una ahogadilla. Lizzie se agarró a ella por la cintura y las dos se pusieron a chillar y reír mientras forcejeaban, enroscando los brazos resbaladizos como anguilas. Bec hundió a Lizzie con ímpetu y esta sacó la cabeza escupiendo agua.

—¿Una tregua?

Lizzie levantó el meñique, tosiendo aún. Engancharon los dedos y Bec se alejó nadando rápidamente antes de que Lizzie cambiase de idea. Bec sacó los brazos para apoyarse en el bordillo de baldosas de la piscina y esperó hasta recuperar el resuello. Hubiese dado lo que fuera por que aquella fuese su casa y Lizzie su hermana, y eso que se parecían como un huevo a una castaña. Bec no tenía ni un gramo de grasa y era relativamente plana de pecho, mientras que Lizzie tenía un cuerpo blandito y con curvas donde había que tenerlas. A veces, cuando Lizzie se pintaba los labios de rojo, Bec pensaba que su mejor amiga era clavadita a Marilyn Monroe. Pero nunca se lo decía.

—Jo, otra vez me da vueltas la cabeza. —En las pestañas de Lizzie, que miraba intensamente a Bec, se habían quedado enganchadas gotitas de agua.

—Pues culpa tuya nada más. —Bec apoyó la cabeza en un brazo. La resaca estaba desapareciendo. Ya no estaba mareada y empezaba a tener el estómago más asentado —. Lo de anoche fue una pasada, ¿eh? —Una sonrisilla peligrosa se dibujó en la cara de Bec al decirlo. Lizzie ni siquiera conocía las mejores partes.

—Qué suerte tenemos. —Lizzie suspiró y se aupó para subir al bordillo—. Será mejor que te marches ya, tía. Te vas a buscar un problema con Ellen.

—¡Ostras! ¿Qué hora es? —Bec se aupó también para salir del agua y se fue dando saltitos hacia la sala de estar, abrasándose las plantas de los pies por el suelo de cemento ardiendo. Cogió el móvil, que había dejado encima del banco de la cocina. Eran las dos y media; aun dándose mucha prisa, llegaría pasada la hora. Tenía un SMS. Era de él. «Acabo de abrir los ojos. Las noches contigo son siempre alucinantes».

Bec se alegró de que Lizzie no estuviese delante para ver la sonrisa bobalicona que se le fijó en la cara mientras subía las escaleras a todo correr para recoger su uniforme de trabajo. El mensaje de texto se reprodujo en su cabeza una y otra vez. Debía de significar que le gustaba. Ahora estaba segura. En el rellano se dio de bruces con Jack, el hermano de Lizzie. Había dejado abierta la puerta de su habitación y retumbaban los sonidos chirriantes de su música *heavy metal*. Había estirado un brazo hacia delante instintivamente y ella notó el calor de su mano en la curva de la

espalda. Durante una fracción de segundo se quedaron tan pegados que pareció que estaban abrazados; ella notó su aliento, aspiró su aroma. Jack apartó rápidamente la mano.

—¡Perdona!

Se quedó mirando el suelo, incómodo, con la cara cada vez más colorada. De pronto ella se dio cuenta de que prácticamente estaba desnuda y soltó una risilla aguda, como un gritito, y salió corriendo en dirección al cuarto de Lizzie. Se quitó el bikini, lo dejó hecho un montoncito verde y mojado sobre la moqueta y se puso el uniforme. Apestaba a aceite de freidora y se le pegó a la piel húmeda. Lamentó no haberse dejado margen de tiempo para ducharse y lavarse el pelo. Por lo general, Bec nunca iba a ninguna parte sin alisarse la melena. Cogió el neceser del maquillaje y se aplicó a toda prisa el corrector, se embadurnó la cara con una densa capa de base de maquillaje, encima se espolvoreó colorete y finalmente se aplicó el rímel. Estos días también le gustaba pintarse la raya con *eyeliner* líquido, pero con tanta prisa podía meter la pata al aplicarlo. Una vez había ido a clase con los ojos como un oso panda y no pensaba repetir la experiencia nunca más. Se calzó las bailarinas en dos pasos, sin dejar de andar, cogió el bolso y bajó las escaleras de dos en dos.

—¡Ciao, perra! —dijo para despedirse de Lizzie, quien a su vez la saludó desde la piscina haciéndole una peineta.

La puerta de la verja golpeó ruidosamente contra el marco mientras ella se alejaba ya a toda prisa por la acera de la calle. Eran las 2:43 de la tarde. Debería darle tiempo. Ralentizó el paso. Hacía demasiado calor para correr. Daba la impresión de que el aire pesaba, que la aplastaba contra la acera. Estaba haciendo un verano infernal. Día tras día el termómetro no bajaba de los cuarenta grados. Se metió los dedos entre el pelo; ya casi lo tenía seco. Con suerte no se le encresparía.

Los domingos él libraba. Aun así, cruzó los dedos para que fuese de todos modos. Podrían comparar resacas, rememorar los acontecimientos de la noche anterior y reír. Sus pulgares pulsaron vertiginosamente el teclado del móvil: «Voy camino del curro. Buah, ojalá fueses hoy :)». Lo leyó y releyó unas cuantas veces sin estar muy segura. No quería ser demasiado directa, pero una vez había leído en una revista que ser directa era bueno. Tienes que transmitirles la confianza que necesitan para dar un paso. La carita sonriente había que quitarla, era demasiado infantil —decidió—. Su dedo vaciló encima de la tecla de envío. Tenía el corazón a mil por hora. Cerró los ojos y se obligó a pulsar la tecla. Aquella sonrisilla volvió a dibujarse en su cara, y Bec se preguntó si Lizzie se imaginaba algo. Le gustaba tener este secreto. Le daba sensación de peligro, como si estuviese jugando con fuego.

Por un instante el otro secreto le vino a la mente de pronto. Su recuerdo era como un metal al rojo vivo, abrasador y violento. Trató de apartarlo de nuevo de su cabeza.

No debería estar pensando en eso.

Las hojas secas de los árboles del caucho crujieron bajo sus pisadas cuando dobló la esquina de la avenida principal. Los eucaliptos, friéndose al sol, desprendían un olor acre que la hizo lagrimear. Tenían las hojas secas y rígidas, con los bordes renegridos, como si el aire abrasador las hubiese chamuscado. Por un instante, se preguntó si se pondría a vomitar, si al final reaparecería la cerveza de la noche. Se detuvo y se apoyó en una rama para estabilizarse, con los ojos cerrados.

Lo había pasado bien la noche anterior; merecía la pena estar hoy con el cuerpo algo revuelto. Las mejores noches de juerga llegan siempre por sorpresa. Había estado preparándose para cerrar. Fregando el suelo, limpiando la freidora con la nariz tapada. Matty estaba ocupándose de la parrilla. Tenía los dedazos negros de grasa. No podía entender por qué nunca se ponía guantes. Antes Matty le daba un poco de miedo, tan corpulento y con los brazos tatuados, pero con el tiempo se había dado cuenta de que era uno de los hombres más encantadores que había conocido en su vida. Más que un motero, parecía un oso de peluche.

—He quedado con Ellen y Luke en el pub. ¿Te apuntas?

—¿Crees que podemos colar a Lizzie también? —Él había respondido que sí, pero ella habría ido de todos modos.

Estuvieron los cinco jugando al billar. Matty y Luke se turnaron en las rondas y la invitaron a jarras de cerveza. Ella aborrecía la cerveza pero no quería pedir sidra; le encantaba sentirse una más. El pub estaba oscuro y olía a almizcle. Nada más abrir la puerta de los lavabos, se vio en el espejo las pupilas dilatadas antes de que reaccionasen a la luz de los intensos fluorescentes. Se puso rápidamente un poco más de maquillaje y lamentó no haber llevado ropa para cambiarse. Pero no iba a dejar que eso le estropease la noche.

Bec había procurado no mirar demasiado a Luke. Pero quería que él fuese hacia ella, que se le acercara más. En un momento dado ella se quedó sentada mientras los demás echaban una partida y él hizo lo mismo.

—¿Cómo te va, colega? —A ella le chiflaba que la llamase así, como si entre ellos no hubiese diferencias. Nada le daba más rabia que la trataran como a una cría.

Cuando se sentó a su lado, ella notó el calor que desprendía su cuerpo. Mientras veían jugar a los otros, estuvieron bromeando sin parar, diciéndose cosas subidas de tono; a ella se le iluminaba la cara cada vez que le arrancaba unas risas. Él le contó secretos. Ella escuchó atenta. Anhelaba que la besase. No la besó. Pero una vez le cogió la mano y se la estrechó, mirándola a los ojos con intensidad. No tuvo que decir nada, ella supo adivinar lo que estaba pensando. Era demasiado joven. Una noche, mientras trabajaban, él le había contado que un amigo suyo tenía una norma: se podía salir con una chica que tuviese la mitad de años que tú, más siete; menos de eso

estaba mal.

—Entonces, ¿cuándo es que cumplías diecisiete años? —había dicho él, como si fuese un chiste. En aquella época aún le faltaban tres meses. Ahora solo uno. Era cuestión de paciencia.

La base de maquillaje de Bec estaba empezando a derretirse. Se obligó a apretar el paso un poco más. En el McDonald's había aire acondicionado. No es que ayudase mucho cuando te tocaba atender el McAuto, pero con suerte ese día solo tendría que estar en el mostrador principal. Entonces volvió a experimentar aquella sensación de cosquilleo. Se volvió. No había nadie detrás. La calle estaba extrañamente desierta. Debía de estar todo el mundo a resguardo en sitios con aire acondicionado. Aceleró el paso, pero siguió notando ese cosquilleo en la nuca.

Cuando se apeó del autobús después del turno de trabajo, el cielo estaba negro. Todavía hacía calor y el aire pesaba. Su barrio estaba siempre en silencio cuando regresaba tarde a casa. Si se paseaba por la calle de Lizzie de noche, daba la sensación de que exudara vida: luces encendidas, ventanas abiertas, risas, música. Te daba la bienvenida el olor a cena caliente que se filtraba por las pantallas mosquiteras.

En el barrio de Bec todo el mundo cerraba bien cerradas las cortinas, de modo que lo único que se veía era el resplandor azulado de los televisores alrededor de los bordes.

Estaba deseando llegar a casa, abrir la puerta y respirar el aire fresco del interior. Encontrarse a su familia sentada delante de la televisión, riéndose con las frases de cualquier comedia tonta. El alivio de estar a gusto, de formar parte del clan, de estar a salvo. De estar en casa.

Deseaba que las cosas pudiesen, al menos, parecerse a eso. Pero sería la familia de otra persona. No la suya.

Empezaban a dolerle las piernas mientras subía por la cuesta hasta su calle. El turno de trabajo se le había hecho eterno. Ellen se había enfadado con ella; al final se había retrasado diez minutos. Cuando se había mirado en el reflejo del acero inoxidable, había visto que se le había derretido el maquillaje y que tenía el pelo encrespado. Pero no iba a poder hacer nada para remediarlo. Sentada junto a la ventanilla del McAuto, podía sentir que empezaban a quemársele los antebrazos; ni siquiera se había puesto crema protectora.

Aquella sensación de premonición comenzó a apoderarse de ella. Esa sensación de verlo todo negro por culpa del agotamiento. Trató de no pensar en Luke. De lo contrario, empezaría a analizarlo con lupa, a preocuparse. A darse cuenta de que no le

gustaba en absoluto, de que se estaba comportando como una idiota y que todos se reían de ella.

Se acercó a su casa lentamente. Estaba todo a oscuras. Cada ventana era negra como boca de lobo.

2014

Un tubo de luz blanca aflora a la superficie de la densa negrura. Vuelvo a cerrar los ojos. Hay demasiado brillo. Tengo la garganta seca y la cabeza me va a estallar. Me froto los ojos, gimiendo. Algo me tira de la mejilla. Pestañeo para enfocar la vista y me miro la muñeca. Alrededor cuelga una pulsera de plástico de hospital, con las palabras *Winter, Rebecca* en letra negrita. Miro a mi alrededor medio alelada aún y veo al oficial de anoche dormido en una silla, al pie de la cama.

Dios mío. Esto va a ser mucho más difícil de lo que había pensado.

En aquella oscura caseta de lavabos públicos, la combinación de frío, miedo y agotamiento me había parecido el mayor de dos males. Pero ahora, al despertarme en esta cama de hospital con un investigador de la policía dormido enfrente, bloqueando la puerta, me doy cuenta de que tal vez me haya equivocado. Qué estúpida he sido al pensar que podría comenzar sin más una vida nueva, que sería pan comido.

La habitación está en silencio. Solo se oye la respiración del policía dormido y la conversación amortiguada de unas personas, varias habitaciones más allá. A mi derecha hay una ventana. A lo mejor sí que puedo lograrlo.

Con el mayor sigilo posible, me incorporo para sentarme. Tengo el brazo vendado y apesta a antiséptico, pero casi no me duele. Debe de ser gracias a lo que quiera que hayan puesto en el gotero que tengo prendido en la mano. Me miro el cuerpo y veo que no llevo nada más que un fino camisón de hospital y ropa interior. Alguien me desvistió. Por un momento me dan ganas de echarme a reír... ¿Cuántas veces me habré despertado en una cama que no era la mía y sin ropa?

El policía suelta un sonoro ronquido y se despierta.

—Bec —dice, y sonrío frotándose los ojos.

Me lo quedo mirando. Ya sí que no va a haber forma de salir por esa puerta.

—¿Te acuerdas de mí, anoche? Vincent Andopolis. —Me mira con atención. Esto está pasando demasiado deprisa. Estoy en blanco.

—Todo es un poco confuso. —Todavía tengo la voz pastosa de sueño y analgésicos, mejor no me complico mientras pienso qué coño voy a hacer.

Claro que me acuerdo de él. Es el investigador de desaparecidos que llamó

«idiotas» a mis dos chóferes polis. Anoche no estaba en condiciones de verlo bien; bajo la luz fría y aséptica del hospital, está diferente. Sus ojos grises y sus hombros anchos apuntan al hombre atractivo que debió de ser en su momento, pero la barriga quiere salirse de la camisa y tiene el pelo algo más que entrecano.

—¿Lleva aquí toda la noche? —pregunto.

—No podía permitir que volvieses a desaparecer. Tu madre ya tiene la intención de demandarnos, tal como están las cosas —dice con una sonrisa ladeada—. ¿Cómo está? —Señala mi brazo.

—Está bien —respondo, pese a que comienza a dolerme otra vez. Entonces reparo en un montoncito de cosas que hay en la silla de al lado de la suya. Él sigue mi mirada.

—Tus padres están hablando con mi compañero. —Carraspea—. Aún quedan un par de cosas que tenemos que hacer antes de que podáis volver a reunirnos.

En la silla hay unos pantalones de pijama, una camiseta de manga corta y ropa interior, todo pulcramente doblado y con un cepillo de pelo encima.

—¿Ya han estado aquí? —No puede ser.

—No querían creerlo hasta poder verte.

La cabeza empieza a darme vueltas a toda velocidad. Han estado en la habitación. Me han observado mientras dormía. Y aun así siguen creyendo que soy su hija. Deduzco que el moratón de mi cara también les ha influido. El mayor obstáculo ya está superado y yo ni siquiera estaba despierta. No puedo evitar sonreír. Andopolis me sonrío de oreja a oreja a su vez.

—Si te soy sincero, Bec, no podría estar más contento de verte. Es como un milagro.

Un milagro. Menudo tarugo. ¿Cómo es posible que este tío sea investigador del departamento de personas desaparecidas? El pánico que sentía hace escasos segundos me abandona como un torrente liberado. A lo mejor no es tan terrible tirar adelante con esto.

—Es un milagro —le digo yo, dedicándole mi mejor sonrisa falsa y deslumbrante.

Él no replica. Se limita a mirarme sin pestañear. Supongo que piensa que estamos compartiendo un momento trascendental.

—¿Cuándo podré salir de aquí? —pregunto.

—Seguramente a última hora de hoy. Solo tenemos que terminar unas cosillas y entonces estarás lista.

—¿Como cuáles?

—Bueno, tengo unas cuantas preguntas urgentes que hacerte. Y luego hay que someterte a unas revisiones, solo para asegurarnos de que está todo bien.

Trato de no pestañear. La hemos jodido.

Saca un cuaderno de notas del bolsillo.

—La policía de Nueva Gales del Sur me informó de que declaraste que te habías secuestrado.

Afirmo con la cabeza. Cuanto menos diga, mejor, hasta que se me ocurra qué narices hacer.

—¿Conoces a la persona o personas que te secuestraron? De antes, me refiero. — Veo perfectamente en sus ojos el ansia con que espera mi respuesta.

Niego con la cabeza.

—¿Recuerdas dónde te retuvieron? Cualquier detalle resultaría de gran ayuda.

—Es todo confuso. Realmente no logro recordar nada —digo despacio. Él me observa, sereno, como si estuviera esperando a que yo añadiera algo más. Sigue un instante de silencio cada vez más tenso.

Finalmente él aparta la mirada, cierra el cuaderno con ímpetu y se lo vuelve a guardar en el bolsillo.

—Tómate tu tiempo. Podemos retomarlo una vez que te hayan hecho las revisiones.

—¿Y después puedo irme a casa?

Clava la mirada en mis ojos, como si estuviese esperando algo.

—¿Es lo que deseas, irte a casa? —me pregunta finalmente.

—Sí, por supuesto.

Trato de sonreír de un modo tranquilizador y, pasados unos segundos, vuelve a dibujarse en su rostro la sonrisilla ladeada.

—Enseguida vendrá la enfermera.

Se marcha, la puerta se cierra a su espalda con un leve chasquido y yo salgo de la cama de un brinco. Estoy medio mareada, pero no hago caso de la sensación. Con el gotero a remolque, me dirijo primero a la ventana. Se trata de un paño de vidrio de una sola pieza, sellada por los cuatro lados, sin modo de abrirse. Supongo que les da miedo que la gente se tire; tres plantas siguen siendo una altura considerable para hacerse daño. En el exterior, un flujo incesante de gente en la zona de acceso al edificio. Entran médicos y técnicos de emergencias, salen pacientes cojeando. Hay coches, taxis, ambulancias. Incluso si me pusiera la ropa que han dejado los padres de Rebecca, poder salir de aquí por mi propio pie sería toda una odisea.

Voy hasta la silla y sostengo en alto la camiseta rosa y los pantalones de pijama con estampado de gatitos que han dejado los padres. Al parecer, soy más o menos de su misma altura y complexión. Me quedarían bien de talla. Qué suerte. Cojo el cepillo. Entre las cerdas hay enganchados pelos cobrizos brillantes.

Cuando entra la enfermera para llevarme a la revisión, yo ya estoy otra vez en la

cama, inocente como un corderillo. Si logro salir de esta, me habré agenciado una identidad nueva. El premio de este juego es demasiado succulento para renunciar.

Mientras el médico me examina, mantengo los puños cerrados. Ha ido explorándome de arriba abajo, en busca de cualquier clase de lesión. En estos momentos me está hablando desde mi entrepierna, elevando la voz.

—Va a notar esto un poquito frío.

»Puede que sienta un leve pellizco.

»Ya casi estamos.

Aunque pongo cara de humillación, en el fondo estoy acostumbrada a que los hombres me hurguen a tientas por ahí abajo.

—Gracias, Rebecca, se ha portado como una campeona —dice—. Ya puede incorporarse.

Cierra la cortina después de retirarse, como si me quedase algún gramo de pudor que proteger. Me subo las braguitas mientras escucho lo que le dice a la enfermera.

—Prepare el frotis para el test de mitocondrias, por favor. Vamos a necesitar también tres viales para la jeringuilla.

Va a ser que no. Ni en sueños les voy a dar a estos mi ADN ni mi sangre. No solo porque entonces se enterarían de que yo no soy Rebecca Winter, sino porque podrían averiguar quién soy en realidad. Se abre la cortina.

—¿Preparada, pues, Rebecca? —pregunta el médico.

La enfermera entra correteando y cruza su mirada con la mía, y a continuación mira para otro lado.

—Necesito irme ya a casa.

Echo la cabeza hacia abajo, de modo que el pelo me tapa la cara. Estoy preparándome.

—Ya sé que todo esto es un poco intrusivo, pero casi hemos terminado. Solo necesitamos un frotis del tejido interno de su mejilla y un poco de sangre.

—Más dolor no, por favor. No puedo más. —Lo digo con el tono de voz exacto, el tono agudo perfecto teñido de pánico.

Llevo enredado entre los dedos un manojo de pelos cobrizos del cepillo de la chica. Me tiro del pelo a mí misma, ni remotamente tan fuerte como para arrancarme nada.

—¿Le sirve esto? No puedo soportar nada más. —Le tiendo la mano y el manojo de cabellos de la otra cuelga inerte. Aún sin levantar la vista, oigo que la enfermera contiene la respiración, un sonido casi imperceptible.

Entonces me echo a llorar. A berrear, en realidad, como los niños pequeños. Haciendo que los sollozos se encadenen sin solución de continuidad. El llanto me sacude el cuerpo entero. No es difícil, una vez que empiezo; en estas últimas semanas

he tenido mucho por lo que llorar. La enfermera se me acerca y coge con cuidado los cabellos de mi mano con sus guantes de plástico.

Chupado.

El coche sube por la empinada cuesta que es la calle de Rebecca Winter y al fin puedo verlos: un matrimonio de mediana edad, con un aspecto absolutamente común. Mi nueva madre y mi nuevo padre. Los dos con la espalda erguida y la cabeza gacha. aguardan en rígido silencio delante de su casa grande y blanca. Un viejo árbol del caucho cerca del garaje proyecta una luz moteada sobre la fachada. La típica casa idealizada de un barrio residencial de clase media, justo esperándome a mí.

La cabeza de la madre se levanta como por un resorte al oír el coche. El corazón se me acelera. Lo de la clínica ha podido ser pura chiripa. Estando inconsciente, con la cara magullada, es posible que hayan visto lo que querían ver. Ahora que tengo abiertos los ojos, ahora que me muevo y ando y hablo, no va a haber manera de darles gato por liebre. Noto que los ojos de Andopolis suben para mirar el retrovisor y contemplar mi reflejo. La mujer se dará cuenta de mi impostura en cuanto pose sus ojos en mí. No importa el tiempo que haya transcurrido. Sin duda, una madre reconocería a su única hija.

—Normalmente para cuestiones de este tipo vendría con nosotros un agente de apoyo —explica—. Pero tus padres no querían.

Asiento. Estoy demasiado nerviosa para mostrarme agradecida, pero casi seguro que esto lo va a hacer todo más fácil. Convencer a los padres iba a ser una proeza de por sí. No me iba a venir nada bien tener al lado a una de esas personas liberales que son todo corazón y ternura, con una sonrisa pintada en su cara petulante, queriendo «ayudar». Alguien así seguro que sabría cómo se comporta de verdad una víctima en este tipo de contexto.

—Te vendría bien hablar con un psicólogo, no lo dejes para más adelante, ¿vale, Bec? Por ahora iremos pasito a paso.

Sonrío débilmente, mirándolo. Ni en broma voy yo a hablar con un psicólogo.

Entramos en el camino de acceso al inmueble. Por un instante desearía poder quedarme ahí, quedarme un poquito más escondida en el asiento trasero del coche. Andopolis sale y rodea el vehículo para abrirme la puerta. Ahora que los veo, me entran dudas de si podré hacerlo. Rebecca, Bec, era una persona real, no un personaje, y yo ni siquiera la conocía. Nunca he oído su voz siquiera.

Mientras salgo del coche, me siento incapaz de mirar a la madre. Mantengo la cabeza bajada hacia el suelo, con la vista puesta en los geranios blancos que florecen en la orilla del camino.

—¿Becky? —dice la mujer, acercándose. Me toca el brazo, dubitativa, como si cupiera la posibilidad de que yo no fuese real.

Levanto la vista. Tengo que levantarla. Sus ojos se clavan en los míos. Están llenos de un amor tan intenso, que es como si el resto del mundo hubiese desaparecido. Solo estamos ella y yo, no importa nada más. Me rodea con los brazos y noto su corazón contra mis costillas, su calor mezclándose con el mío. Huele a vainilla.

—Gracias, Vince —oigo decir al padre por encima del hombro de ella.

—No hay de qué, por favor —contesta Andopolis—. Tráela a eso de las tres.

—Nos vemos a esa hora, amigo.

Oigo que la puerta se abre cuando Andopolis se monta en el coche, luego el motor se pone en marcha y el poli se va. La madre me suelta y el padre me mira de arriba abajo. Es el paradigma del profesional con estudios, con su traje y su camisa abierta, sus ojos negros y perfectamente afeitado. Debe de haberse vestido para ir a trabajar incluso a sabiendas de que no iba a ir, impactado aún por tomarse el día libre debido a que su hija desaparecida hacía años regresaba a casa.

—No sé qué decir, Becky.

Me estrecha contra su cuerpo y me da un abrazo. Es un abrazo diferente del de la madre, un tanto incómodo. Me llega el aroma de su loción de afeitado y, por debajo, un olor extraño a materia en descomposición.

La madre se vuelve y abre la puerta. Me parece ver que se enjuga unas lágrimas.

—Entra, Bec.

La voz se le rompe y comprendo que he superado la prueba. Estoy dentro. Esta es mi casa, mi vida.

De ahora en adelante, soy Rebecca Winter.

Se me había olvidado lo alucinante que es una ducha caliente. Poder lavarme el pelo y depilarme las piernas es una sensación fabulosa, aunque tenga que hacerlo con el brazo lesionado estirado para evitar que le dé el chorro de agua. Me envuelvo en una toalla y aspiro feliz el vaho. Si hubiese elegido la otra opción, en este preciso instante estaría quién sabe dónde, pasando frío, sola, vestida con mi ropa sucia que probablemente seguiría empapada por la lluvia. Solo de pensarlo me estremezco.

Al salir del cuarto de baño me doy cuenta de que desconozco cuál de todas las habitaciones es el cuarto de Rebecca. Abro la puerta de al lado del baño. Es un armario empotrado, lleno de sábanas dobladas. Abro lentamente la puerta de enfrente, con la esperanza de que no me oigan desde la cocina. Esta vez es un dormitorio, sin nada en las paredes ni muebles, a excepción de dos camas individuales. ¿Se suponía que esto era mi cuarto? Hay una tercera puerta, por lo que decido probar con esa; piso

con suavidad el suelo enmoquetado para que no oigan mis pasos desde abajo.

Varios pósteres de Destiny's Child y Gwen Stefani me clavan la mirada. La cama está vestida con sábanas rosas. En la mesilla de noche hay una muñeca repollo sentada. Apilados encima del escritorio, libros de texto de décimo curso, y en la estantería de encima, perfectamente alineados, los primeros cuatro volúmenes de Harry Potter. Y fotografías por todas partes. Ahí está, sonriendo, posando, con los brazos alrededor de los hombros o la cintura de diversas amigas, sobre todo con otra niña de larga melena rubia. Es como si la vida hubiese quedado en suspenso en esta habitación, aguardando a que regresase la misma chavalina de dieciséis años.

Escudriño las fotos en las que sale ella, con la toalla bien agarrada alrededor de mi cuerpo desnudo y mientras me caen gotas del pelo mojado a la moqueta. La vida y la vitalidad de esta joven se notan hasta en las fotografías. Se la ve segura, a gusto. Al mirar sus facciones desde todos los ángulos, me doy cuenta de que no se parece tanto a mí como había pensado en un primer momento. Su nariz es más pequeña que la mía y tiene los ojos más grandes, y hasta el óvalo de su cara es ligeramente diferente. Pero diez años pueden cambiar mucho el rostro de una persona. Puedo atribuir las diferencias al paso del tiempo.

Y el tiempo es el otro problema. Sumando los años mentalmente, me doy cuenta de que Bec tendría unos veintisiete. Yo solo tengo veinticuatro años. Por una vez en mi vida, me sorprendo deseando aparentar más edad de la que tengo.

Deslizo la puerta veneciana del armario. Su ropa está colgada en perchas, ordenada, pero detecto el olor a cerrado. Esta puerta no se abría desde hacía mucho tiempo. Ver el uniforme del colegio de Bec colgado delante de mí me hace sentir rara, me revuelve un poco las tripas, por lo que rápidamente cojo unos vaqueros y una camiseta de manga corta y cierro la puerta. Cualquier cosa es mejor que estos pantalones de pijama de gatitos que me dan arcadas de ñoños que son. Aunque de talla me quedan bien, son prendas infantiles. Se me hace rarísimo tener casi veinticinco años y llevar los vaqueros de cintura baja y el top de Guess de una cría de dieciséis. Con la tela tan pegada a mi piel, puedo oler perfectamente un extraño olor humano almizclado. Debe de ser el olor de su cuerpo, que sigue impregnado en el algodón de la camiseta. Un escalofrío me recorre la columna vertebral de arriba abajo.

Los padres están sentados en el sofá de dos plazas de la sala de estar, con sendos sándwiches intactos delante de sí y un tercero delante de uno de los sillones vacíos de enfrente. Me siento, y me fijo en que el otro sillón tiene un gato hecho un ovillo encima. Siempre quise tener una mascota.

—Pensamos que hoy podíamos tomar aquí el almuerzo, para que estés lo más cómoda posible —dice la madre.

—¡Genial, gracias! —digo yo, sin saber en realidad lo que ha querido decir. Ojalá supiese más cosas de Rebecca, para tener una idea más clara del tipo de persona que era. Como no es el caso, decido que me irá mejor si hago el papel que desea cualquier padre: el de hija obediente. Seré una chica sana, agradecida e inocente. Cuando le doy un mordisco al sándwich me doy cuenta otra vez de lo hambrienta que estoy.

—Esto está riquísimo, gracias por prepararlo, mamá.

—De nada, cariño. —Sonríe con una amplia sonrisa. Mi táctica está funcionando.

—Hablé con Paul y Andrew ayer por la noche —dice el padre.

—¿En serio? —Convertir las réplicas en preguntas es un truco fácil para que una conversación continúe cuando no tienes ni pajolera idea de a qué se refiere la otra persona.

—Sí, van a coger un avión y llegarán esta tarde.

Miro a mi alrededor. En las paredes hay fotos enmarcadas: dos niños pequeños, pecosos y sonrientes y tan parecidos como dos gotas de agua, sonrían cada uno a un lado de Bec, que mira la cámara muy orgullosa. Otras fotos en las que se los ve cada vez más altos, hasta que le llegan por los hombros. Y luego, de golpe, solo los dos, con unas sonrisas no tan amplias ya, cada vez más mayores, con ropa de adolescentes y barbita incipiente, y finalmente con mandíbulas desarrolladas y trajes de chaqueta. Deben de ser sus hermanos.

—Estoy deseando verlos —comento.

—Qué bien. —Él sonríe y da un mordisco a su sándwich.

—Seguro que querrás llamar a Lizzie —dice la madre.

Asiento, al tiempo que me meto en la boca todo lo que me queda de sándwich. No sé quién es esa Lizzie.

—Pero no llames a nadie que creas que podría ponerse en contacto con la prensa. Es lo último que necesitamos —dice el padre.

—¿En serio crees que alguien podría hacer eso? —pregunto yo, haciéndome la inocente.

—Nunca se sabe, cariño.

Claro que lo harían, pero no importa. Voy a evitar todo lo posible a los antiguos amigos de Rebecca. Tengo ya bastantes embustes a los que seguir el hilo. Cojo las miguitas del plato con un dedo. Quiero otro bocadillo, pero en realidad no quiero pedirlo. Levanto la vista y veo que los dos me están mirando fijamente. Recuerdo el comentario de la agente de policía en el coche, lo de que no me comportaba como alguien a quien hubiesen secuestrado.

—Qué contenta estoy de estar en casa, de estar otra vez a salvo —digo.

La madre, al oír esto, se echa a llorar. El pecho le sube y le baja con unos sollozos guturales, dolorosos, y se tapa la cara con las manos como si fuesen un escudo. Pasa mucho rato hasta que se calma.

Cuando llegamos a la comisaría, pregunto a los padres si van a entrar conmigo. Me cojo con fuerza de la mano de la madre. La necesito a mi lado para que responda alguna de las preguntas. Esta gente está entrenada para detectar cualquier mentira; por muy buena que sea, su trabajo es ver más allá de las apariencias.

—Si quieres que estemos, seguro que lo podemos solicitar —dice la madre, dando un paso al frente. El padre la sujeta del brazo para detenerla.

—Me parece que Vince querrá hablar contigo a solas, Bec. Pero no nos moveremos de aquí. —La madre da un paso atrás y baja la vista; todavía tiene los ojos enrojecidos e hinchados.

El policía uniformado del mostrador de la entrada me acompaña al interior de las dependencias. Me está dando la sensación de que la camiseta de Rebecca es un poco demasiado ceñida.

Un tipo con un traje de chaqueta nuevecito se dirige hacia mí con la mano tendida.

—¿Rebecca Winter? —pregunta. Yo afirmo con la cabeza y él estrecha brevemente mi mano con firmeza.

—Soy el investigador Vali Malik, compañero de Vince.

—¡Bec! —exclama Andopolis, viniendo hacia nosotros con una carpetilla debajo del brazo—. Tienes mucho mejor aspecto.

No había dicho nada de que tuviera un compañero.

—Gracias —respondo.

—Venga conmigo —dice Malik, y pivota todo el cuerpo sobre el talón de su zapato perfectamente brillantado.

Mientras voy tras ellos, aprovecho para echar un vistazo a una sala que queda a mi izquierda. Dentro se ve un panel de gran tamaño, empapelado de notas que me es imposible leer desde donde estoy. Han puesto también un mapa, una fotografía grande de Rebecca sonriendo a la cámara y un primer plano de un teléfono móvil roto, entre la hierba. Varios hombres están sentados delante de una mesa grande y uno de ellos levanta la cara justo cuando paso. La enorme mano de Andopolis se apoya en mis riñones y me empuja suavemente para que no me detenga. Me sonrío con una expresión tranquilizadora.

—Es aquí —dice. Abre una puerta a la derecha y se queda esperando para dejarme pasar.

Me espero otro frío cubículo con las paredes de hormigón como en Sídney. Pero esta vez me han traído a una sala llena de luz natural, con sofás, y una mesita minúscula y una caja de plástico llena de juguetes en un rincón. Al igual que en Sídney, un espejo grande cubre por entero una de las paredes. Me pregunto si los polis que acabo de ver en la otra sala van a situarse detrás del espejo para observarme. Malik me señala uno de los sofás, que chirría cuando me siento.

—¿Quiere tomar algo, Rebecca? ¿Té, café?

—Estoy bien —respondo—. Gracias.

—¿Qué se siente al volver a casa? —pregunta Andopolis, ocupando el sofá de enfrente.

—Es una pasada.

Malik ocupa la silla de mi izquierda y abre una carpetilla.

—Me alegro mucho de oír eso —dice, y sonrío—. Los resultados de las revisiones tienen buena pinta —añade mientras pasa rápidamente algunos papeles de la carpeta.

Victoria. Ni yo misma me lo creo. Pero no puedo hacerme la chula ahora. Debo concentrarme en esta nueva fase del juego.

Los observo durante unos instantes. Malik debe de tener por lo menos quince años menos que Andopolis. Todo en él es pureza de líneas y acicalamiento impecable. A su lado Andopolis parece viejo y arrugado.

—Usted no estaba esta mañana cuando me desperté —digo a Malik.

—No, estaba hablando con sus padres. —De nuevo sonrío con una de sus sonrisas rápidas y eficientes, y prosigue—: Me alegro de que haya vuelto con su familia, Rebecca, pero realmente debemos centrarnos en la investigación. Cuanto más lo dejemos, menos opciones tendremos de obtener respuestas.

Tenía razón. Yo no quería que obtuvieran ninguna respuesta; tenía que distraerlos el mayor tiempo posible. Vuelven a aparecer sus cuadernos de notas. Ding, ding. Segundo asalto. En el anterior asalto, en el hospital, lo había bordado. Con suerte podría hacerlo igual de bien ahora. De ahí en adelante las cosas solo podían ponerse más fáciles.

—¿Puede describir la zona en la que estuvo retenida? —Malik, al grano.

—Pues en realidad yo no... —Un silencio para dar efecto—. En realidad yo no vi lo que había fuera. Podría haber sido cualquier sitio. Lo siento.

—No pasa nada, Bec. No te sientas presionada. ¿Cuánto tiempo crees que pasé desde que escapaste hasta que te recogió la policía? Te recogieron en Sídney, por lo que cabe suponer que te habían tenido cerca de allí —interviene Andopolis.

Pienso en aquella noche en el barato hostel de Kings Cross. Fue hace solo una semana, pero me parece que ha pasado mucho más tiempo. Había contado mi dinero encima del colchón, sabiendo que no me iba a llegar, que iba a tener que dejar la

habitación a la mañana siguiente. Me acuerdo de que intenté dormir. Desde la ventana oía voces de mujeres dando gritos en la calle, el estallido del cristal de alguna botella al romperse, hombres soltando tacos. Sabía que al día siguiente yo también me vería en la calle, con ellos.

—No. La verdad es que no, lo siento.

Aquí dentro huele raro, como a hospital. Supongo que tendrán que desinfectar los juguetes cada vez que los coge un niño. Dirijo la vista hacia la sillita y la mesita infantiles, y me pregunto si alguna vez Andopolis se habrá sentado ahí con algún niño, si habrá tenido que pedir a alguna criatura que describa con ayuda de un muñequito la vejación que haya sufrido.

—Sé que no es fácil, pero necesitamos que nos diga todo lo que sea capaz de recordar —insiste Malik.

Respiro hondo mientras me dispongo a contarles lo que se mueren por oír. Lo tenía todo pensado: cámaras de tortura, hombres enmascarados, todo. Ellos se relamerían y yo los tendría dando vueltas como tontos por toda Australia. Pero justo en ese momento, cuando estoy a punto de comenzar, me viene a la mente la fotografía de la sala de investigación. Rebecca Winter, joven y feliz. ¿De verdad quiero pintar su destino de un modo tan macabro? Me quedo mirando un punto indefinido entre los rostros de los dos polis expectantes. Pero qué boba. Qué más da lo que les cuente, lo que en realidad le pasase ya no se puede cambiar. Qué tontería haber pensado otra cosa. Ahora se trata de mi vida, no de la de ella. Tengo que ser lista. Por descontado, en cuanto les cuente una historia, querrán escarbar y encontrarán lagunas. Cuanto menos diga, mejor. Lo más inteligente es no contarles ninguna historia en absoluto.

—Ese es el problema —digo en voz baja—. Que no me acuerdo de nada.

—¿De nada? —Malik intenta disimular su frustración, pero yo la detecto perfectamente en su voz.

—Y ¿algo más cercano? ¿Te acuerdas de quién te golpeó, de quién te hizo ese moratón? —pregunta Andopolis, contemplando el lado de mi cara.

Yo bajo la cabeza, como si me diese vergüenza. Lo que pasó es realmente embarazoso, digamos. Estaba corriendo para huir de un frutero de la calle al que había robado dos manzanas y entonces me tropecé y me di de cara contra el bordillo. No me golpeó nadie.

—No.

—¿Y lo del brazo? —pregunta Andopolis, delicadamente. Si está molesto, no se le nota.

Niego con la cabeza.

—Cuando me presenté —añade Andopolis con suavidad—, dijiste que te habías herido mientras escapabas. ¿Recuerdas eso?

—Sí. —Pues no. Se me había olvidado.

—Entonces, ¿sí recuerdas que escapó? —interviene Malik.

Respiro hondo. Algo voy a tener que contarles.

—Me acuerdo de romper el vidrio de la ventana —digo, rememorando la botella que rompí en los aseos. Me estremezco, y ellos se dan cuenta.

—Se me enganchó el brazo, pero no me detuve. Solo recuerdo que sabía que no tenía mucho tiempo.

—¿Por qué no tenía mucho tiempo? —inquire Malik, rápido como un látigo.

*Porque sabía que la agente que estaba fuera iba a venir a ver si me pasaba algo.* Me gustaría saber si hay algún modo de preguntar si la han echado de su puesto sin parecer vengativa. Seguramente lo mejor será no preguntar nada.

Desearía poder apretar el botón de Pausa en esta situación. Salir a fumarme un cigarro para pensar de verdad en cuál es la mejor forma de manejar esto. Estaba mentalizada para hablar con un investigador a solas, y tener a dos a la vez, uno a cada lado, me intimida. Las preguntas se suceden, muy seguidas, sin darme tiempo a pensar.

—¿Cuánto tiempo estuvieron buscándome? —pregunto. Me siento más segura si soy yo la que hace las preguntas.

Malik mira a Andopolis. Probablemente en aquel entonces ni siquiera era investigador aún, tan solo un novato con uniforme.

—La investigación se prolongó mucho tiempo, buscamos por todas partes —responde Andopolis lentamente.

La intensidad de su mirada está empezando a cobrar sentido. Debe de tener un montón de preguntas candentes que hacerme.

—¿Tenían algún sospechoso? —pregunto.

—Unas cuantas personas de interés.

—¿Quién?

—¿Por qué no empezamos por el principio? —interrumpe Malik—. ¿Qué es lo último que recuerda? Antes del secuestro.

Volvía a poner el foco en mí. Rápidamente, revisé el recuerdo de aquel programa de televisión.

—Estaba trabajando, en el McDonald's. Luego ya todo es borroso.

Andopolis me sonríe; esa sonrisa ladeada de orgullo. Esta la he dicho bien. Deja la carpeta encima de la mesa, entre él y yo, y la abre. Dentro hay una hoja con lo que parecen ser las fotos del personal del establecimiento, retratos tipo carné de cinco personas diferentes, todas sonriendo, con el uniforme de McDonald's.

—¿Recuerdas a estas personas? —pregunta.

—Sí —respondo—. Claro que sí. Pero... ¿Sabe? Hace tanto de eso. —El corazón se me va a salir por la boca y la camiseta me aprieta las axilas y me hace sudar. Esto

parece un examen.

—¿A ella la recuerdas? —Señala con un dedo a una chica. Es muy guapa, incluso con ese uniforme tan feo. Tiene el pelo rubio, recogido en una coleta, y una mirada que destella. Me doy cuenta de que sí la reconozco: es la que aparecía en la mayoría de las fotos de la pared de Rebecca.

—Era mi mejor amiga —contesto, y entonces recuerdo lo que había dicho la madre—. Lizzie.

—¿Y a los demás? —pregunta Malik. Eso debe de querer decir que la respuesta era correcta.

—Me acuerdo de Lizzie. A los demás... Sé que los conozco... —Trato de poner cara de agobio—. Qué rabia me da estar tan confundida.

—Tranquila, Bec. Iremos despacio. —La voz de Andopolis es sedante—. Estas son las últimas personas que te vieron antes de que desaparecieras. Esta es Ellen Park. Era tu jefa.

Aparenta unos veinticinco años, quizá, y tiene una mirada de preocupación prematura.

—Este es Lucas Masconey. —Señala a un chico de veintipocos años, bastante guapo.

—Y Matthew Lang. Era el cocinero. —Este tío es grande y cachas y lleva una colección de aros de plata en la oreja—. ¿Te acuerdas de él?

—Más o menos —digo.

—¿Algo en concreto? —insiste Malik. A este tal Matthew debieron de considerarlo sospechoso. Los polis son únicos cuando se trata de ir a por la persona más evidente.

—No —respondo, un poco más borde de la cuenta.

Bajo la vista a mis manos y me obligo a respirar. Tenía que hacer algo. Me estaba saliendo del personaje. No podía dejar de comportarme como una víctima, ni por un segundo.

—Y ¿cuánto tiempo pasó hasta que tiraron la toalla y dejaron de buscarme? —pregunto.

Andopolis levanta la vista hacia mí. Algo sombrío le cruza el semblante.

—No fue que tirásemos la toalla. Simplemente la investigación llegó a un punto muerto. —Aparta la mirada y me doy cuenta de lo que está sintiendo: culpa—. Seguimos todas las líneas de investigación. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Veo de nuevo la culpa, aunque él trata de disimularla.

—Vamos a ver si podemos centrarnos en aquel día —dice Malik—. Estábamos hablando de su último turno de trabajo en el McDonald's.

Tenía que librarme de Malik. Me daba perfecta cuenta de que era un buen

investigador, pero no parecía tener mucho ego. Simplemente veía el caso como parte de su trabajo y a mí como un elemento importante del mismo. Nada más.

—A decir verdad, me tomaría una taza de té. Si puede ser —digo en voz baja mirando a Malik.

—Está bien —replica—. Vuelvo enseguida.

En cuanto se cierra la puerta, me inclino hacia delante.

—¡No me gusta ese hombre! —susurro presa del pánico.

—¿Por qué? —pregunta Andopolis, sorprendido.

—Me da miedo. No me siento bien cuando está aquí. ¿No puedo hablar a solas con usted?

Veo que el pecho de Andopolis se hincha casi imperceptiblemente. Menudo memo. A él tampoco le agradaba. Probablemente no le hizo gracia tener que compartir su caso con un recién llegado con ínfulas.

—De usted me fío —añado—. ¿Puede ser?

—Veré lo que puedo hacer.

Se levanta del sofá no sin esfuerzo y sale de la habitación. Me gustaría enterarme de la conversación que están manteniendo en este preciso instante detrás del espejo. Me obligo a no mirar.

Al cabo de unos minutos, Andopolis regresa con una taza de té y un rastro casi invisible de sonrisa triunfal en las comisuras de los labios.

—Bien, Bec, a partir de ahora solo estaré yo.

—¡Gracias! —digo.

—No hay de qué. —Deja el té en la mesita, cerca de mí—. Si alguna vez te sientes mal o incómoda, quiero que me lo digas. Haré todo lo que pueda para tratar de arreglarlo. ¿Hecho?

—Hecho —contesto, dedicándole la mejor de mis cándidas miradas. Cree que estamos en el mismo barco.

—Estupendo. Bueno, cuando estés preparada, realmente necesitamos hablar de aquella noche. La noche en que te secuestraron. Cualquier cosa que recuerdes sería de muchísima utilidad para averiguar quién lo hizo.

Me trataba como a una niña frágil, que era justo lo que yo quería.

—Recuerdo una cosa —digo.

—¿El qué? —pregunta él.

Me quedo un ratito mirando un punto indefinido a media distancia, contando hasta diez mentalmente, dejando que el pesado silencio llene la sala.

—Que tenía frío y estaba asustada —digo cuando llego a diez—. Todo estaba oscuro.

Hablo despacio, para que el suspense vaya en aumento.

—Recuerdo que oía sirenas. Cada vez más cerca. Pensé que estaba salvada. Pero las sirenas siguieron y pasaron de largo. Fueron oyéndose más tenues. Comprendí que no venían a por mí.

Levanto la vista y su rostro está crispado de culpabilidad y vergüenza. Lo tengo en el bote.

—Ahora estoy cansada. Y me gustaría ver a mis padres.

Mientras el padre nos lleva a casa, siento ganas de dormirme en el asiento de atrás. Estoy realmente cansada.

—¿Os importa si me echo una siestecita antes de que lleguen? —pregunto. Ya se me han olvidado los nombres de los hermanos.

—Claro que no. Debes de estar agotada.

Estoy metida entre las sábanas de Rebecca y me intriga fugazmente la pregunta de si las habrán cambiado o si, por el contrario, serán las mismas sábanas entre las cuales se despertó ella hace ahora once años la mañana en que salió por la puerta de su casa para no volver nunca más. No, las han tenido que cambiar.

Al poco rato oigo que se abre la puerta de la entrada y a continuación dos voces masculinas. Deben de haber llegado los hermanos. Esperarán que baje a saludarles, pero la idea de volver a levantarme se me hace un mundo. Noto la circulación en el brazo. El vendaje está demasiado apretado. Bajaré dentro de un ratito, decido. Que sea la madre quien les dé todos los detalles, que les cuente lo de mi pérdida de memoria y lo del brazo.

Me doy la vuelta y pienso que no me importa si cambiaron o no las sábanas de Rebecca. Son calentitas y tienen un tacto sedoso. Aunque el hecho de disponer de mi propia cama en el hospital había sido una gozada, esto era alucinante. Al sentirme tan a salvo y a gusto, me resultaba increíble todo lo que había ocurrido la semana que acababa de pasar, como si fuese una especie de pesadilla.

Cuando me despierto, está empezando a oscurecer. Ni siquiera recuerdo haberme quedado dormida. Tiro de mí para salir de la cama, notándome mal sabor de boca, meto los dedos entre el pelo y abro la puerta de mi cuarto. Tarde o temprano tendré que enfrentarme a ellos y, cuanto más lo deje, más me costará. Mientras bajo la escaleras, me fijo en que la casa está extrañamente silenciosa pero con todas las luces dadas. Por un instante pienso que a lo mejor se han ido todos. Pero no puede ser, no me dejarían sola tan pronto.

Oigo movimiento, muy tenue, a mi derecha. Me giro hacia ese lado y ante mí se

abre la puerta de la cocina. Aquí están. La madre, el padre y los dos hermanos sentados alrededor de una mesa redonda. Delante de cada uno hay platos usados. Deben de acabar de cenar. Nadie dice nada, ni siquiera se miran entre sí.

Yo vacilo un segundo, en la puerta abierta, mientras espero a que se muevan ellos, a que reparen en mi presencia, pero nada. Están sentados los cuatro en silencio, con la espalda recta pero con la mirada perdida y la cabeza gacha. Imagino que para ellos también ha sido un día duro. Aun así, en esta deslumbrante imagen de familia hay algo raro, algo que parece no estar bien del todo. Sin embargo, tengo problemas más serios de los que ocuparme en este instante, así que ignoro la sensación y doy unos pasos para reunirme con ellos.

*Bec, 11 de enero de 2003*

Era casi la una de la madrugada cuando finalmente Bec cerraba la puerta de su cuarto, se metía con sigilo en la cama y apagaba la luz. Había llegado tan cansada que lo había hecho todo despacio. Se había dado una ducha de casi veinte minutos, frotándose bien los brazos para limpiarse la grasa y tratando de eliminar de sus fosas nasales el olor a carne churruscada. Cuando al fin estuvo tumbada, gimió de alivio. Las sábanas de algodón le parecieron limpias y suaves en contacto con su piel. Meditó acerca de la posibilidad de decirle a Ellen que ya no quería hacer más cierres. Una hora de paga extra no merecía esta sensación de estar molida.

Pero la mente le funcionaba demasiado despacio en esos momentos para pensar en ello. Además, el día siguiente era su día libre, así que lo decidiría entonces. Un día entero para hacer lo que le diera la gana. Sería una maravilla. Y estar tumbada en la cama, en su habitación, en silencio, era una sensación tan deliciosa que no quería echarla a perder con preocupaciones. Hector, el gato, le aplastó una pierna con su peso cálido al desperezarse, haciendo tintinear suavemente el cascabel.

Algo se movió. Eso fue lo que la despertó. Un crujido de un peso al moverse. Había alguien en su cuarto.

Bec estaba tan asustada que no se atrevía a abrir los ojos. No quería ver qué había. Le bastaba con notar su presencia en esa pesadez del aire que indicaba que alguien más estaba respirándolo. Aun en el calor de debajo de las sábanas, se le erizó el vello. Esto no podía estar pasando otra vez.

Aguzó el oído. Pasaron los segundos. Ni un sonido. Quizá solo fuese una pesadilla.

Bec se daba cuenta de que tenía que abrir los ojos. Solo para comprobarlo. Solo para estar segura. Por debajo del silencio se elevó un sonido, tan tenue que casi era inaudible. El zumbido grave del ronroneo del gato. Muy despacio, fue abriendo los ojos.

En lo primero en lo que reparó fue en que Hector ya no estaba en la cama. Distinguió la pequeña silueta en forma de pera de su lomo peludo. Estaba sentado en

un rincón, mirando algo, ronroneando. Bec sabía que debía reírse de haber sido tan tonta, solo era el gato. Aun así, seguía paralizada. Había algo raro.

Cuando los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, tuvo que reprimir un grito. En el rincón había una sombra que no tendría que estar allí. Casi no se veía, ónice sobre un fondo carbón, una sombra que no encajaba. Aquello empezó a moverse y a ella le dio un vuelco el corazón.

La silueta se retorció, muy despacio. Estiró las piernas y los brazos. Fue aumentando de tamaño de un modo que no era humano. Ella cerró con fuerza los ojos, con un grito atrapado en la garganta. No quería ver cómo era cuando saliera del rincón. No quería ver su cara.

Un frío gélido la invadió poco a poco, mientras aguardaba el instante en que la sombra la tocara. En que sintiese de nuevo esa mano helada en la mejilla. Contuvo la respiración y aguardó.

La puerta chirrió.

¿Se había marchado? Bec quería soltar el aire de los pulmones, pero era como si el miedo la hubiese paralizado. Entonces, una cosa pesada cayó de pronto encima de sus rodillas. Ella salió corriendo de la cama para apartarse, pero la sábana se le enrolló en un tobillo y se desplomó contra el suelo enmoquetado produciendo un sonido amortiguado. Se hizo daño en el hombro, pero trató de no pensar en ello y estiró el brazo para encender la lámpara de la mesilla de noche.

La luz la cegó durante unos instantes. Entonces lo vio. Era Hector, el gato. Sentado en mitad de la cama, pestañeando hacia ella. Bec lo cogió soltando tacos y él respondió con un maullido, un sonido que, en medio del silencio, pareció fortísimo. Ella lo estrechó contra su cuerpo. Notar en su pecho los latidos de su corazoncito la serenó lo bastante para poder levantarse del suelo y cerrar la puerta. La apuntaló encajando la silla contra el picaporte.

Allí había habido algo y no había sido solo el gato. Estaba segura. Las manos todavía le sudaban y le temblaban, y la adrenalina le recorría las venas a toda velocidad.

Bec cogió su teléfono. Necesitaba hablar con alguien. Contarle a alguien lo que acababa de pasar para no tener la sensación de estar volviéndose loca. Aunque la vez anterior debió de ser solo una pesadilla, en esta ocasión había sido real. Pero eran más de las tres de la madrugada y Lizzie se rebotaría si la despertaba.

Se observó a sí misma desde fuera durante unos segundos. Seguramente Lizzie se reiría de ella, como de una cría a la que le dan miedo los fantasmas. Qué patético. En vez de llamar, le mandó un mensaje de texto: «Había algo en mi cuarto. Creo que mi casa está embrujada». Y volvió a dejar el teléfono en la mesilla de noche.

Justo antes de apagar la lámpara se dio cuenta de que el cascabelito de plata de

Hector había desaparecido de su collar. Un fantasma no podría hacer eso.

A lo mejor no lo tenía ya antes, se dijo, y se hizo un ovillo debajo de la sábana.

Le había costado mucho rato conciliar de nuevo el sueño. Cuando lo logró, soñó con cosas agitadas y violentas. Se despertó con un sobresalto, empapada en sudor. Al mirar su teléfono, vio que eran las once y cuarto. Tenía tres llamadas perdidas de Lizzie y dos mensajes. El primero: «Ja-ja qué yuyu». El segundo, después de las llamadas perdidas: «Estás bien?». Bec le contestó: «Sí. Sigue en pie lo de ir al centro? Luego te cuento».

La habitación estaba diferente con la luz de la mañana. Apacible y sin intrusos. Los rostros de Johnny Depp y Gwen Stefani, fotografías de ella y sus amigas, las Destiny's Child posando juntas a la perfección. Las puertas venecianas de su armario empotrado, la estantería de libros encima de su cama; todo era tan conocido y reconfortante. La pesadilla de la noche anterior parecía precisamente eso, una pesadilla. No algo que de verdad había podido pasar en su propio cuarto. Pero cuando cerró los ojos, Bec pudo ver otra vez aquel bulto oscuro en el rincón, encorvado de esa manera tan antinatural. Era un recuerdo real, tan nítido como el de haber estado fregando el suelo en el curro o el de volver andando a casa desde la parada del autobús.

El móvil sonó. Era Lizzie: «A la una en el Cojín de Plata». Haciendo un esfuerzo se levantó de la cama y echó un vistazo a su hombro en el espejo. Tenía un cardenal de color gris claro en la zona donde se había golpeado al caerse de la cama esa noche. Maldito gato.

Había imaginado que, por alguna razón, la casa quizá estaría distinta. Como si la presencia intrusa de la noche anterior hubiese podido dejar algún tipo de rastro. Pero no, al abrir la puerta de su cuarto tuvo la impresión de que todo estaba exactamente igual. Al pisar descalza por el pasillo, notó entre los dedos de los pies el mismo tacto aterciopelado de siempre de la moqueta de color crema.

Y cuando se asomó a mirar la habitación de Paul y Andy, le dieron ganas de echarse a reír. Desde luego, eso sí que seguía igual: ropa tirada por el suelo, piezas de Lego, las sábanas de las dos camas individuales hechas dos montones arrugados. Le vino a la cabeza el recuerdo de la escena que habían montado cuando su madre sugirió que era hora de que uno de los dos se instalase en la habitación libre. Bec cerró bien la puerta; los viejos calcetines sudados empezaban a atufar. Flotaba en el aire el olor de la pubertad que ya se aproximaba.

La barandilla blanca de madera seguía teniendo el mismo tacto liso y agradable de siempre. Sus pies descalzos hicieron crujir el suelo de madera pulida al cruzar por la

planta de abajo. De la cocina salía el sonido de unas risitas; los chicos debían de estar en casa. Comprobó el cuarto de sus padres: la cama doble perfectamente arreglada, en el centro de aquel espacio vacío immaculado. Al lado, la habitación libre atestada de cajas de plástico con la ropa de invierno. El escritorio de su madre, arrimado a un rincón, sin usar aún. Echó un vistazo al cuarto de la colada. Detrás de los cestos de ropa había una puerta que comunicaba con el garaje. Estaba entornada. El garaje era la parte que más miedo daba de la casa de Bec y ninguno de ellos entraba en él si podía evitarlo. Era un lugar oscuro, que olía a húmedo y a cerrado y estaba abarrotado de cajas de cartón apiladas. Tenía un sucio suelo de cemento. Ya ni siquiera metían allí el coche. Estaba segura de que aquella cueva estaba infestada de arañas. Daba la sensación de que la oscuridad de dentro se colase afuera por el resquicio de la puerta, y la negrura de la noche trató de atraparla nuevamente y de arrastrarla otra vez a la pesadilla. Tiró del picaporte y cerró.

Tampoco en el salón había cambiado nada. Los sofás seguían en su sitio, separados a una distancia incómoda, y el televisor encerrado detrás de las puertas de madera, para que sus padres pudieran fingir que en su casa no había tele. Una vez satisfecha, entró en la cocina. Se tratara de lo que se tratara, definitivamente se había ido.

Paul y Andrew estaban sentados uno junto al otro en la mesa redonda de la cocina con un cartón de Coco Pops entre los dos y sus cuencos llenos de leche teñida de marrón. Se reían como locos. Todavía llevaban puesto el pijama corto y tenían el pelo rojo oscuro disparado en todas direcciones. Bec sintió una repentina punzada de amor por sus hermanos. Le daban ganas de revolverles el pelo con la mano, pero a ellos les habría parecido un gesto paternalista.

—¿Preparado? —preguntó Paul.

—Sí —dijo Andrew.

Ambos levantaron su cuenco de leche chocolateada.

—A la de una, a la de dos... ¡A la de tres!

Empezaron a beber a grandes tragos la leche de los cuencos; mientras la engullían, resbalaban gotas marrones en la mesa.

—¡Ya! —gritó Andrew al tiempo que bajaba su cuenco y se secaba la boca con el dorso de la mano.

—¡Mierda! —exclamó Paul. Era una palabra que sonaba forzada en su boca. Miraron a Bec unos segundos, para ver si le reprendía por haberla usado, pero al instante se echaron a reír a carcajadas sin poder contenerse.

—¡Mira que sois cerdos! —exclamó ella. Pero estaba sonriendo. El terror de la noche pasada empezaba a diluirse—. ¡Te pareces a Hitler! —dijo a Paul, que aún no se había limpiado el bigote de leche marrón del labio superior.

—¡«*Buten morguen*»! —respondió él, con lo que provocó que a Andrew volviese

a darle otro ataque de risa. Ella meneó la cabeza y se sirvió de su muesli sin azúcares añadidos.

—¿Qué haces hoy, Becky? —preguntó Andrew.

—He quedado con Lizzie en el centro.

—¿Podemos ir? —preguntó Paul sin andarse con rodeos. Dos pares de ojos idénticos de color azul claro se clavaron en ella. Se daba cuenta de que tenían que estar aburridísimos. Llevaban ya dos meses de vacaciones de verano y no les permitían ir solos a ningún sitio más allá de la zona de tiendas. Su madre era sobreprotectora, pensó Bec, como si su vecindario fuese el único rincón seguro del mundo. Esto era Canberra, por el amor de Dios. Y no entendía por qué sus hermanos no salían por su cuenta, de todos modos. Ella no se chivaría, eso lo tenía claro, pero tampoco quería darles la idea. Por alguna razón, creía que no estaría bien.

—Porfa... —rogó Paul.

Lo sintió por ellos, pero realmente necesitaba hablar con Lizzie sobre el suceso de la noche anterior y no podría hacerlo con sus hermanitos correteando alrededor. Además, había otra cosa que tenía que hacer con Lizzie que sería imposible si los tenía cerca.

—Lo siento, chicos —dijo—, otra vez será.

—¿Mañana?

—Bueno, mañana trabajo. Pero ¿qué tal el domingo?

—Vale —respondió Andrew. Aun así, se dio cuenta de que los dos se quedaban chafados. Ya no había sonrisas en sus caras. A Bec le daba rabia disgustar a sus hermanos. No había nada en este mundo que le hiciera sentir tan mal.

—Podríamos ir a la pisci, ¿eh?

—¿Y no te chivarás si hacemos la bomba?

—No me chivaré, lo prometo —respondió ella, poniéndose una mano sobre el corazón. Ellos se miraron entre sí y a continuación se volvieron hacia ella, sonriendo entusiasmados.

—Qué guay —dijo Paul. Ella les dio unas palmaditas en la coronilla, cosa que los hizo gruñir pero que no había podido evitar, y se fue arriba a cambiarse.

Lizzie estaba esperándola en un banco de Garema Place, a escasos metros del Cojín de Plata. Canberra estaba plagada de esculturas extrañas, pero por alguna razón esta del cojín era la favorita de Bec. Parecía un odre gigante medio lleno, dejado encima de unos escalones negros. En verano el sol arrancaba destellos a su superficie plateada, tanto que dolía mirarlo y desde luego también dolía tocarlo. Bec se dejó caer en el banco, al lado de Liz.

—¿Por qué te has venido tan lejos? —preguntó.

—Emos —respondió ella, y Bec miró a lo lejos. Alrededor del Cojín de Plata había cuatro adolescentes sentadas con medias de rayas negras y rojas, los ojos pintados con delineador negro de mala calidad y pelos lacios—. Me da miedo que sea contagioso —añadió con un estremecimiento. Y Bec vio que no era broma; no había nada que Lizzie aborreciese más que las malas pintas. Por eso funcionaban tan bien como mejores amigas, porque eran como el accesorio idóneo la una de la otra. Ese día las dos llevaban vestido veraniego y sandalias marrones; no les hacía falta llamarse por teléfono, simplemente se conjuntaban de forma natural. Y no solo en lo referente a la ropa sino en todo lo demás también. Era como si estuviesen hechas de la misma pasta, como si tuviesen el mismo corazón.

Si no le hubiese enviado a Lizzie el mensaje, no le habría contado nada sobre lo de la noche anterior. Ahora, sentadas allí juntas, formaban una imagen perfecta: dos adolescentes guapas y despreocupadas, listas para lo que les deparase el verano infinito. La sombra de su habitación no encajaba en ese cuadro.

—Bueno, ¿y qué fue lo que pasó? —preguntó Lizzie, y la imagen perfecta titiló y desapareció.

—¿Damos una vuelta y te lo cuento?

—¿Y no habrían podido ser tus hermanos queriendo darte un susto? —preguntó Lizzie después de que Bec le explicara lo que había pasado.

—No, para nada. Si me hubiesen dado ellos semejante susto, se habrían tronchado de risa allí mismo. Además, daba la sensación de no ser... humano.

—Entonces, tú crees que era... ¿qué? ¿Como un *poltergeist*?

—Más bien como un espectro. No un fantasma ni un espíritu, sino algo perverso y con consistencia que no debía estar allí.

—Vaya —respondió Lizzie sin mirarla directamente—, qué miedo.

Le preocupaba que Lizzie pudiera reírse y que dijese que estaba loca, pero su cara de susto era tan auténtica como el miedo de Bec.

—La verdad es que sí.

—¿Y crees que puede repetirse? Igual deberías quedarte esta noche en mi casa, ¿no, tía?

—A lo mejor sí. Ni siquiera quiero pensar más en ello.

—Sé con qué podrías quitártelo de la cabeza. —Bec reconoció el destello de la mirada de Lizzie.

—¡Creí que nunca me lo ibas a pedir!

Subieron a la carrera los últimos peldaños de la escalera automática, jugando y gastándose bromas. La blanca fachada de los grandes almacenes brillaba delante de sus ojos. Y nada más entrar en el establecimiento, cortaron en seco sus risas.

Cuando se va a robar a una tienda, lo fundamental es ir lo más segura y serena posible. Bec lo había aprendido desde los primeros días. En cuanto una se pone a mirar furtivamente o a reírse demasiado alto, se te planta al lado un guardia de seguridad y adiós a tu buena suerte ese día.

Lo segundo más importante es escoger un artículo que lleve forro. Bec echó un vistazo a los percheros de la sección de moda juvenil. Estaba intentando encontrar una prenda de alguna marca que su madre sabría que costaba mucho dinero. Scanlan & Theodore, perfecto. Estaba mejorando tanto su maña que casi le salía sin pensar. Anudó los tirantes del vestido de detrás en la percha del de delante. Así parecía que solo había una prenda en la percha, cuando en realidad había dos. El número máximo para los probadores era de seis. Así pues, rápidamente escogió cinco vestidos abullonados. La fina tela de seda casi no se veía entre los gruesos fruncidos y volantes de los otros vestidos. La chica de los probadores, con cara de estar agobiada, contó las perchas que llevaba Bec sin fijarse demasiado, le entregó una ficha roja de plástico con el número seis grabado y la dejó pasar.

Bec se metió por la cabeza el vestido de seda y se miró en el espejo. Se lo iba a llevar de todos modos, pero sería genial si encima le quedaba bien. Este era de color verde azulado, un tono que le iba muy bien a su piel clara, y el tejido tenía una caída preciosa sobre su figura. Tendría que encontrar un pretexto para lucirlo delante de Luke. Se lo quitó con cuidado, sacó las tijeritas del bolso y cortó limpiamente la parte del forro en la que estaba prendida la etiqueta plástica antirrobo. Una vez desprendido el dispositivo, lo metió en el bolsillo de la falda de otro vestido, enrolló el de seda y se lo guardó en el bolso. Con seis perchas había entrado y con seis salía.

—Lo siento, no me quedaban bien —dijo a la dependienta, a quien evidentemente le importaba muy poco—. ¿Tú has encontrado algo? —preguntó a Lizzie, que estaba esperándola fuera.

—Nada. Vámonos.

Fuera el aire parecía más caliente después del ambiente refrigerado de los grandes almacenes. Además, soplaba viento, por lo que al andar se les arremolinaban desperdicios y hojas secas entre los tobillos. La adrenalina desapareció de golpe del organismo de Bec y en su lugar se instaló una sensación de agotamiento.

—¿Qué has pillado? —preguntó a Lizzie.

—Dos vestidos de Marc's, luego te los enseño. Solo iba a coger uno, pero me di cuenta de que la chica no se iba a enterar de nada ni aunque saliese solo con las perchas en la mano. ¿Y tú?

—Un Scanlan & Theodore. Solo uno, pero se suponía que iba a salirme como por trescientos dólares.

—¡Genial!

Bec estaba empezando a sudar, podía notar el sabor salado de su sudor condensado encima del labio superior. Se frotó la nuca con una mano; estaba también sudorosa y pegajosa, repugnante.

—¿Vamos al Gus's? —preguntó Lizzie.

El Gus's siempre estaba fresquito y oscuro y ofrecía el menú de desayuno todo el día.

—Me parece bien.

Aunque tuviese que gastar algo de dinero en comer, prefería eso a tener que ir a casa. Se detuvo en seco. El dinero. ¿Cómo no lo había pensado antes? Había tenido la certeza de que eso que había estado en su cuarto no era humano. Pero ¿y si estaba equivocada? ¿Y si la explicación era la más obvia: que se había tratado de un ladrón?

—Creo que debería irme a casa, la verdad. De repente me noto supercansada.

Lizzie se detuvo y la miró con auténtica preocupación.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, sí —respondió Bec, aunque en realidad no era así.

Lizzie la estrechó y le dio un abrazo fuerte pero breve. Hacía demasiado calor para alargarlo más.

—Llámame si cambias de idea y prefieres quedarte en mi casa, ¿vale?

—Vale, gracias —dijo.

Bec iba sentada en el autobús con una sensación creciente de pánico. El trayecto se le estaba haciendo eterno, el autobús paraba cada pocas calles para recoger a otro pasajero. Habría dado igual que no hubiese llevado aire acondicionado, pues cada vez que se abrían las puertas se colaba una bocanada de aire caliente. El viento traía un olor lejano pero fuerte a la vez de materia en combustión: eran los incendios forestales. Bec arrugó la nariz. La primera vez que vio un artículo en el *Canberra Times* se había preocupado. Una fotografía en blanco y negro de un incendio en su momento álgido ocupaba la página cuatro. Normalmente no leía el periódico, pero ese artículo sí lo había leído. La gente no parecía darle mayor importancia, o tal vez simplemente fuese que llamaban más la atención otras noticias. Justo al lado del artículo había un anuncio a toda página con un lema en grandes letras: «Si ve algo,

dígalos». Sabía muy bien de qué iba aquello. Si hubiese marcado el número que aparecía debajo, habría tenido una probabilidad frente a diez de que la atendiese su propia madre al teléfono. Se trataba de la nueva campaña antiterrorista que parecía estar en todas partes en esos momentos. No solo en la prensa, sino también en vallas publicitarias y en la televisión. Y lo peor era que su madre volvería a casa después de trabajar con infinidad de historias estúpidas e interminables sobre personas que se pasaban el tiempo espiando al vecino. Bec no entendía de política ni de esos rollos. Aun así, le parecía raro que la gente se preocupase más por el coche nuevo del vecino que por un incendio tan cercano que podía olerse, literalmente.

Cuando se bajó del autobús ni siquiera le dio las gracias al conductor. Echó a andar aprisa en dirección a su casa. A medio camino empezó a correr, sin importarle si echaba a perder su pelo o si el sudor le estropeaba el maquillaje. El aire abrasador le quemaba la cara y hacía que le picaran los ojos, pero le daba lo mismo. Lo más importante era averiguar si el dinero continuaba en su sitio. Siguió corriendo hasta llegar a la puerta de su casa, sacó las llaves y, al entrar, cerró dando un portazo.

—¡Solo fue una broma! —oyó exclamar a Andrew con voz lastimera desde la cocina.

—No tiene gracia. —Era la voz de su padre, que parecía realmente enfadado. Ella vaciló unos segundos al pie de la escalera.

—No seas demasiado duro con ellos —dijo su madre en voz baja—. Solo son unos niños, no lo entienden.

—Qué blanda eres —replicó él en voz baja también.

No quería oír todo eso; subió las escaleras de dos en dos.

—¿Bec? —oyó decir a su madre desde abajo. Hizo oídos sordos y abrió con ímpetu la puerta de su cuarto, y fue corriendo a coger la muñeca repollo habladora de encima de la cómoda. Le levantó el vestido y despegó el velcro de su espalda para mirar en el compartimento en el que se suponía que iban las pilas. En su lugar estaban los billetes amarillos y naranjas de veinte y de cincuenta dólares. Gracias a Dios. Era su paga de todo el año anterior. Casi seis mil dólares metidos a presión en la panza de su muñeca. Oyó los pasos lentos y acompasados de su madre subiendo las escaleras. Volvió a poner la muñeca en su sitio, con cuidado, y sacó el vestido del bolso para sostenerlo sobre su cuerpo y mirarse en el espejo.

—¿Estás bien? ¿Por qué has subido corriendo? —preguntó su madre mirando el vestido de arriba abajo.

—Quería probármelo otra vez —respondió sonriendo—. ¿Qué ha pasado?

Su madre se miró las manos.

—Al parecer, Paul y Andrew se han metido varias veces en casa de los vecinos a escondidas. Max nos ha contado que los pilló debajo de su cama, susurrando.

—¿Susurrando?

—Haciéndose pasar por las voces que oye en su cabeza. —Su madre suspiró—. Son demasiado pequeños y no se dan cuenta. Para ellos es una broma sin más. Dicer que total no pasa nada porque está loco.

—Bueno, es que Max está loco, ¿no? —preguntó Bec sin apartar la mirada del espejo. Quiso señalar que si su madre dejase salir a los chicos un poco más probablemente no harían ese tipo de travesuras.

—No, está enfermo. Tiene esquizofrenia.

Bec estaba bastante segura de que la esquizofrenia era sinónimo de locura, pero no quería hablar más del asunto. La mirada de su madre se enfocó en el vestido.

—Oh, Bec, parece carísimo.

—Es un Scanlan & Theodore y mejor que no me preguntes cuánto me ha costado —dijo Bec levantando las cejas.

Su madre se cruzó de brazos.

—Te dejas la piel trabajando para luego gastarte el sueldo nada más cobrar. Podrías ahorrar para comprarte algo que de verdad sea bonito.

—¡Este vestido es bonito! —exclamó Bec fingiéndose ofendida, pero orgullosa por dentro. Esto estaba volviéndose demasiado fácil.

—Bueno, supongo que es tu dinero. Pero no vayas corriendo por ahí, te va a dar un golpe de calor —dijo su madre saliendo ya de la habitación y cerrando la puerta cuidadosamente.

Bec se sintió culpable durante un segundo mientras se miraba en el espejo con el vestido robado extendido por delante, el pelo encrespado y la cara llena de brillos. Pero entonces vio en el reflejo la muñeca repollo y lo único que experimentó fue una sensación de triunfo.

2014

Por un instante creo que estoy en casa. Cruzo los dedos debajo de la manta con la esperanza de que mi madrastra esté en su clase matutina de Pilates para embarazadas, porque así podré desayunar con mi padre sin tener que escuchar sus ladridos chillones y sus gimoteos de caniche malcriado. Abro los ojos. Da la sensación de que la habitación estuviese inclinada a mi alrededor. Los pósteres de quinceañera pasados de moda, las fotografías de la pared, la muñeca repollo mirándome desde arriba, en la mesilla de noche. Los sucesos de la semana anterior vuelven a mi memoria como un torrente: la huida de Perth, Sídney, el hospital ayer. Intento tragar saliva y deshacer el nudo de angustia que tengo en la garganta. Convertirme en una persona completamente diferente no va a resultar fácil.

Hago recuento mental. Tenía a los padres engañados por completo pero iba a tener que andarme con ojo cuando estuviera con Andopolis. Ya no me parecía el memo que en un primer momento había creído que era, pero aún podría hacer que comiera de la palma de mi mano si se sentía tan culpable como parecía por defraudar a Rebecca. Quienes me tenían preocupada eran los gemelos. Se mostraron cariñosos y me envolvieron en un gran abrazo cuando yo interrumpí su cena, pero percibía ciertas dudas en ambos. Nunca había hecho el papel de hermana mayor y en el fondo no sabía cómo se hacía. Eran dos jóvenes atractivos a los que les iba bien en la vida: uno es abogado y el otro está estudiando medicina. Por otra parte, me costaba diferenciarlos. Si yo tuviese una hermana gemela, haría todo lo posible por diferenciarlos como fuera. No parece ser el caso con Paul y Andrew. Van los dos perfectamente afeitados, llevan el pelo pelirrojo muy cortito y sendas camisetas de manga corta perfectamente ajustadas a sus torsos. Cuanto antes se marchen, mejor.

Me levanto de la cama haciendo un esfuerzo y abro el armario de Rebecca. Ya no huele tanto a ese aroma almizcleño. O bien es simplemente que me estoy acostumbrando. Voy pasando las perchas despacio para ver su ropa, para evaluar cada pieza. Sorprendentemente, tiene varias cosas de marcas buenas. Al separar las prendas, me fijo en que al fondo hay un edredón rosa y unos cuantos peluches. Casi me echo a reír. No había querido que siguiesen tomándola por una niña pequeña, pero

tampoco había querido tirar esas cosas a la basura. Por un instante puedo imaginármela como una persona de carne y hueso, más que como una foto en un cartel de búsqueda de personas desaparecidas.

Decido no ponerme ninguna de las prendas de marca y saco un vestido ligero de algodón. La cintura baja y la tela de color claro son un canto a la inocencia. Hoy voy a ver a Andopolis y quiero reforzar todo lo posible la imagen que tiene de mí. El moratón de mi cara está difuminándose y presenta un feo tono amarillento. Ya no voy a poder esconderme tras él mucho más tiempo, necesito además ir vestida de acuerdo con el personaje.

Al meterme el vestido por la cabeza, noto algo duro en el bolsillo. Es un papel doblado, con las palabras *Conjuro de exorcismo* escritas en la parte superior con letras bien visibles. Lleva por título *Magia para la bruja de hoy*, escrito con letras góticas. No me puedo imaginar a Bec metida en temas esotéricos. Su cuarto parece tarcoqueto y de niña bien. Pero a las adolescentes les gusta tener secretos. Vuelvo a doblarlo y lo echo al fondo del armario junto con el resto de objetos que tenía escondidos. Si se las había ingeniado para ocultarlo todo este tiempo, no iba a ser yo quien la delatase.

Cuando tenía dieciséis años, escondía porros en los dobladillos de las cortinas de mi cuarto. Por aquel entonces atravesaba mi fase hippie. Había conocido a una pandilla de chavales mayores que yo, que llevaban rastas y camisetas de colores desteñidas, y que tocaban música cerca de la estación de ferrocarril. Durante un mes les hice creer que vivía en una comuna cerca de Fremantle donde a la gente no la dejaban llevar ropa. Fue antes de que entendiese el arte de las mentiras sutiles. No sé cómo uno de ellos se enteró de quién era mi padre. Dijeron que era un «magnate del petróleo» y cuando yo me lo tomé a risa no les hizo gracia. Los hippies se pasan la vida hablando de amor y bondad, pero creo que nunca he conocido un grupo de gente tan borde. Palpo las costuras de los estores de Bec. Nada.

Cuando estoy saliendo de la habitación, me llega el runrún de voces de los hermanos. Me quedo quieta unos segundos, con la esperanza de captar algo de lo que dicen, pero la conversación cesa de repente. Han debido de oír mis pasos. Barajo la posibilidad de llamar a la puerta, pero no sé qué podría decirles.

Abajo, el padre está sentado en el salón viendo la tele. Aunque no estoy segura de si está realmente viéndola o solo mirando la pantalla. Da la impresión de tener los ojos velados. Da yuyu. Cuando entro, no levanta la mirada, así que continúo hasta la cocina. La madre está delante del fregadero, lavando platos.

—Buenos días —digo. Ella da un respingo.

—Perdona, Bec, estaba distraída. ¿Quieres desayunar?

—Claro, si no es molestia.

—Por supuesto que no —responde ella a la vez que tira del tapón y se quita los guantes de goma. El agua emite un sonido agudo a medida que el fregadero se vacía.

—¡Gracias! ¿Te echo una mano? —me ofrezco, recordando hacer el papel de la hija cumplidora.

—Oh, no, siéntate y relájate. ¿Cuándo iba a venir Vince?

—No estoy segura, solo dijo que por la mañana.

Observo mientras ella bate unos huevos con leche y los vierte en una sartén. Se me empieza a hacer la boca agua con el aroma. Después de vivir en mis propias carnes lo que es pasar hambre de verdad, no sé si seré capaz de mirar la comida del mismo modo.

—Te he comprado un teléfono —dice, indicando con un movimiento de la cabeza el flamante iPhone que veo en la encimera.

—¡Hala! —exclamo—. ¡Muchísimas gracias!

Cuando lo enciendo, siento en el pecho esa emoción que me transmiten los objetos brillantes y nuevos. Trato de aplacarla; la búsqueda de esa sensación me ha llevado a meterme en un montón de líos.

—Tiene tu antiguo número —dice.

—Genial. ¿Y cómo te las has ingeniado para conseguir algo así?

—Lo más fácil era mantener al día los pagos de tu plan de llamadas.

Dejo el teléfono en la mesa. Lo más probable era que Rebecca hubiese muerto, pero los padres habían seguido pagando la cuota de su teléfono mes a mes durante más de diez años. Se me hace raro emocionarme ahora con este nuevo juguete. Tiene un punto agridulce.

—Toma, cariño —dice la madre al dejar el humeante plato de huevos revueltos delante de mí—. No sufras, no me he olvidado de tu café.

Levanto la cara hacia ella con una sonrisa. Así es como debe de ser sentir el amor de una madre. Me pregunto si mi madre hubiese hecho esto por mí, si me hubiese esperado como si fuese su tesoro. Lo dudo. Creo que la recordaría mejor si se hubiese portado así conmigo. Cuando pienso en ella, lo único que me viene a la cabeza es el retrato enmarcado que mi padre conserva sobre la repisa de la chimenea. Si no fuera por esa fotografía, puede que ni siquiera conociera su cara. Me pongo a zampar los huevos revueltos. Tienen el punto perfecto de cremosidad y el toque ideal de sal.

—Gracias, mamá —digo, y trago.

No veo que la taza que tiene en la mano se le resbale, solo oigo el estallido de la porcelana al saltar en mil pedazos cuando choca contra el suelo.

—Joder, ¿estás bien? —le pregunto, y nada más decirlo lamento haber soltado el taco. Pero la madre no parece haber reparado en ello. Se ha puesto a cuatro patas en el suelo de baldosas y está recogiendo como loca el café negro hirviendo que se ha

derramado. A su alrededor hay trocitos de porcelana. Me pongo en pie para ayudarla.

—¡Lo siento! —dice en un susurro con la cara levantada hacia mí.

—Tranquila, te ayudaré.

—Oh, no, para nada. Ha sido culpa mía. Qué estúpida soy.

Cojo una bolsa de plástico y me arrodillo a su lado para recoger los trozos rotos.

—Lo siento muchísimo, Bec —insiste, de nuevo en voz baja.

—No pasa nada, ¿por qué te preocupas tanto?

—No se lo digas a ellos, ¿vale?

Me mira fijamente con cara de niña asustada. El trapo que está utilizando tiene manchitas rojas y también se ven motitas rojas en la mancha marrón oscuro de café.

—¿Te has hecho daño? —le pregunto cogiéndole la mano. La piel entre el pulgar y el índice tiene un corte.

—No pasa nada, me lo merezco por patosa.

—Yo lo recojo. Lávate la mano y ponte una tirita o algo.

—Oh, Becky. Siempre has sido una niña adorable. Ojalá te hubiese dedicado más atención antes. Cuánto lo siento.

Por primera vez, me da lástima. Se culpa por lo que le ocurrió a Bec.

—Tranquila, mamá. Tú ve a curarte la mano. —La sangre que le brota del corte está empezando a marearme un poquito. Se pone de pie y se lava la mano. Yo termino de recoger y limpiar el café y echo los trozos de porcelana en la basura.

—¿Has visto? ¡Como nuevo! —Trato de decirlo con una voz tranquilizadora, a pesar de no estar acostumbrada a hacer el papel de cuidadora.

—Debería haberte hecho ver lo valiosa que eras —comenta. Tiene la mirada perdida. Pienso en mi padre, en que él nunca me diría algo así. Él no me veía como un ser valioso. Solo como un estorbo.

—Tranquila —le digo en un intento por consolarla—. Ahora he vuelto y seré una buena hija.

—No necesito que seas nada más que tú misma —responde.

Me aprieta con fuerza las manos. Habla en serio. No necesito hacer un papel para que me dé su amor, porque ya me ama.

—Te necesito aquí. No vuelvas a dejarme, ¿entiendes? —dice en voz queda, bajando la mirada al fregadero. Se la ve terriblemente cansada y derrotada.

—No me iré —contesto.

Levanta la vista hacia mí y entonces sí parece verme, con unos ojos llenos de esperanza, amor y miedo. Es abrumador.

—¿Me lo prometes? —pregunta.

—Sí —respondo yo, y lo digo en serio también. No estoy segura de cuándo exactamente tomé la decisión, pero sé con certeza que ya no voy a volver. Me lo he

currado mucho para ganarme esta vida nueva. He pagado con mi propia sangre. Sin asomo de duda, esta vez voy a por todas.

Mientras me acerco al Holden Commodore azul de Andopolis, veo que él se mete algo por el cuello de la camisa. Luego me sonrío, cuando yo abro la puerta y me agacho para sentarme a su lado.

—¡Buenos días! —le saludo con alegría impostada.

—Buenos días. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Estupendamente. Qué maravilla volver a dormir en mi propia cama.

—Me alegro.

Su coche apesta a comida caliente. Ha debido de venir desayunando por el camino.

—Bueno, y ¿adónde vamos? —pregunto.

—He pensado que podíamos ir a comisaría por el camino largo. —Arranca el motor y mete marcha atrás—. A ver si ves algo que te pueda llamar la atención.

Se gira para mirar por la ventanilla de atrás y la camisa se le estira por encima del pecho. Distingo la forma de un crucifijo colgado de una cadena alrededor del cuello. Miro por la ventanilla para que no me vea sonreír. Es católico. Eso explica el complejo de culpa. Va a ser pan comido.

—Sé que es doloroso, pero quiero que intentes recordar la noche que te secuestraron. —Baja su ventanilla y la mía con los mandos de su puerta—. A ver si algún sonido o algún olor te llama la atención.

Avanzamos en silencio durante un rato. Canberra va pasando por nuestro lado. Es muy diferente de Perth. Callejamos por las áreas residenciales de la periferia; hay zonas de monte silvestre por todas partes, que contrastan con el estilo austero de las edificaciones.

Las casas, perfectamente cuidadas, nuevas, tienen vallas recién pintadas y césped cortado con pulcritud. Aquí no hay hileras de viejas casas adosadas ni antiguas casitas individuales, como las que estoy acostumbrada a ver; todo tiene pinta de haberse construido en los últimos cincuenta años. A medida que nos acercamos a la ciudad, las carreteras se vuelven amplias y señoriales. Hay una sucesión infinita de fuentes y edificios enormes e importantes por todas partes. Todo está limpiísimo y como trazado con tiralíneas. No se ve la típica mugre de las grandes ciudades. Al contrario, da la sensación de que estuviera todo esterilizado.

Ralentizamos y nos metemos por un lateral para entrar en el aparcamiento de detrás de la comisaría.

—¿Hoy solo estaremos nosotros dos? —pregunto. Lo último que necesito es tener husmeando a nuestro alrededor a un Malik al que le han dado calabazas. Cometer un

desliz sería desastroso.

—Nuestra psicóloga realmente quiere hablar contigo.

Va a ser que no.

—Yo solo quiero hablar con usted —insisto yo.

—No te apures, iremos poco a poco. Creo que ella podría ayudarte de verdad, cuando estés preparada.

A lo mejor este tío de verdad es imbécil.

De nuevo con la mano en mi espalda, me lleva a la misma sala en la que estuvimos ayer. Los sofás y los juguetes infantiles siguen donde estaban, pero hoy además hay un televisor y un reproductor de cintas de vídeo de los de antes. Él no menciona nada de los aparatos, se sienta sin más en uno de los sofás, a mi lado.

—¿Qué tal anoche? —pregunta.

—Es como estar soñando. —Dejo que la voz se me ponga empalagosa de sentimiento.

—No me lo puedo ni imaginar.

Su forma de mirarme es un tanto extraña. Cuando desaparece su sonrisa, el semblante que se le queda es superintenso. Sé que tiene sentimiento de culpa, pero esto de ahora parece algo más. Me mira angustiado. Me pregunto si tendrá fotos de Rebecca en las paredes de su casa. No me sorprendería.

—¿Para qué es eso? —pregunto yo señalando el televisor. En el fondo lo que quiero es que deje de mirarme fijamente. Me está dando escalofríos.

—Para despertar tus recuerdos —responde, y a continuación levanta la mano en un gesto defensivo—. No sobre tu secuestro, aún no, sino de la época anterior.

¿Época anterior? ¿Por qué iba a necesitar él saber lo que le pasaba a Rebecca antes de que la dieran por desaparecida? No entiendo de qué modo puede eso tener alguna relevancia, pero, si sirve para que perdamos un poco el tiempo, nada que objetar.

Andopolis coge el mando que está apoyado en el reposabrazos del sofá. Lo sostiene un segundo entre las manos.

—Sé que a lo mejor esto te revuelve un poco, pero considero que es importante. ¿Está bien?

—Vale. —Con suerte serán escenas domésticas. A lo mejor hasta puedo aprender algo sobre la chica. Sobre mí.

Pulsa el *play*. Unas rayas negras parpadean en la pantalla, se estabiliza la imagen y lo que se ve es una habitación gris. Delante de la cámara hay una quinceañera sentada ante una mesa, con la cara en las manos.

—Elizabeth Grant, quinta sesión, 30 de enero de 2003, nueve cuarenta y siete de la noche —dice una voz desde detrás de la cámara. Enfrente de la chica hay un hombre sentado. Solo puedo verle el cogote pero me doy cuenta, sobresaltada, de que se trata

de Andopolis.

—Ya se lo he contado todo. —La chica pronuncia con voz ahogada—. No entiendo por qué tenemos que seguir hablando de ello.

Es una sala de interrogatorios, no muy distinta de la sala en la que estuve retenida en Sídney.

—Necesitamos todos los detalles, absolutamente todo, aunque no te parezca ni siquiera relevante.

La chica levanta la cabeza. Tiene la cara hecha una pena, con manchas negras de maquillaje corrido debajo de los ojos, la tez enrojecida y sucia. Moquea. A través de todo eso, la reconozco. Es Lizzie, la mejor amiga de Rebecca.

—Vale —dice.

Me siento mal por ella. Es demasiado joven para estar así de cansada, así de abatida.

—Me has hablado sobre las últimas semanas, pero me gustaría saber si hay alguna otra cosa que hayas recordado que te haya llamado la atención. Cualquier cosa que ella dijera que te chocara por algo, sobre los estudios o sobre su casa.

—No —responde ella—, nada.

Está ocultando algo, lo veo perfectamente, pero no sé si Andopolis lo detecta también. La mira unos segundos sin decir nada, para que el silencio la ponga nerviosa.

—Tu amiga ha desaparecido —dice finalmente. Su voz ahora es diferente, fría—. Quién sabe a qué vejaciones estarán sometiéndola en estos momentos mientras nosotros nos andamos con estos juegucitos.

—¡Yo no estoy jugando a ningún juegucito! —se duele Liz.

Me vuelvo para mirar a Andopolis. Eso ha sido realmente duro. Tanta crueldad no me parecía propia de él. Pero él sigue mirando la pantalla sin inmutarse.

—Entonces concéntrate más —prosigue en la grabación—, piensa en cualquier instante en el que te pareciera que Rebecca estaba diferente. Algún momento en el que algo pareciera salirse de lo normal.

Lizzie respira hondo varias veces. Yo me inclino hacia delante sin quitarle el ojo de encima.

—Hay algo. No creo que sea de ninguna utilidad, pero si quiere saberlo... —Ella levanta la mirada hacia él, claramente aterrada, y a continuación, al ver que él no dice nada, prosigue—: Pasó hace un montón de tiempo. El verano pasado. Yo había ido a ver a mi tía. Cuando volví, Bec estaba diferente.

—¿Diferente en qué sentido?

—No sé. Es difícil de explicar. —Lizzie empieza a trabarse al hablar—. Solo era que... Era algo muy sutil. Probablemente no fuese nada. No creo que nadie más se diese cuenta. En cualquier caso, nadie dijo nada. Pero ella es mi mejor amiga, somos

como hermanas.

Lizzie traga saliva y le tiembla la barbilla.

—No más llantinas, por favor —dice Andopolis.

Menudo gilipollas. Me alejo medio centímetro de él en el sofá. En pantalla se ve a Lizzie poner las manos temblorosas encima de la mesa, para tratar de serenarse.

—Perdón —susurra, y traga saliva otra vez.

—¿En qué clase de cosas estaba diferente? Necesito que concretes —insiste Andopolis.

—Es difícil de explicar. Estaba nerviosa, se asustaba por nada. Se alteraba por cualquier chorrada sin importancia. Y, o sea, su manera de estar era diferente. Siempre iba con la espalda recta, quería parecer lo más alta posible. Cuando regresé de mi viaje la encontré distinta, la ropa le caía de un modo raro y tardé un montón en averiguar por qué. Entonces me di cuenta de que iba como encorvada. Como si quisiese protegerse, o algo así.

—¿Serían dolores del desarrollo? —pregunta Andopolis.

—¿De qué va? —exclama Lizzie. Su reacción cortante me sorprende. A lo mejor Liz no era solo una niña asustada—. Además, era más que eso. Ya no me contaba tantas cosas como antes. Y Jack me dijo que había venido a mi casa cuando yo estaba de viaje. ¿Por qué iba a venir si sabía que yo no estaba? Eso fue raro.

—¿Le preguntaste?

—No.

Me inclino un poco para acercarme y observar mejor a Liz. Para tratar de ver si hay algo más, algo que se calla delante de Andopolis. Pero cuanto más me acerco a la pantalla, más se descompone su rostro en puntitos de colores.

Andopolis apaga el televisor.

—Bueno, ¿qué pasó? —pregunta mirándome de frente—. ¿Qué sucedió el verano anterior a que desaparecieras, el verano de 2002?

No me había preparado para esta pregunta.

—No lo sé. Nada —respondo—. Eran imaginaciones tuyas, supongo. Simplemente estaba haciéndome mayor.

—¿Eran imaginaciones tuyas o era que tú estabas haciéndote mayor? ¿Cuál es la respuesta?

Me siento avasallada. Da la impresión de que se le ha olvidado que soy una mujer adulta, no una adolescente asustada como Lizzie.

—Pues las dos cosas, supongo. Fue hace mucho tiempo. —Necesitaba cambiar de tema, rápido. Podía ser que él supiese más cosas que lo que daba a entender—. Qué triste se ve a Lizzie ahí —añado—. Pobrecilla. Ojalá pudiera meterme en la pantalla y darle un abrazo.

—Bec, no puedes dar marcha atrás en el tiempo —dice él con hondo dolor en la voz y esa mirada apesadumbrada aún en sus ojos.

Esto no va bien. No consigo interpretar bien sus gestos. El hombre dulce de la sonrisa ladeada parece ahora otra persona. A lo mejor debería haber escogido a Malik.

—Este es el presente. Necesito saberlo, ahora. —No deja de mirarme fijamente.

—¿Eh? ¿Saber el qué?

—Si estás protegiendo a alguien —contesta.

Esto me desconcierta por completo, y espero que él pueda verlo.

—Para nada. ¡Pues claro que no! ¿Por qué iba a proteger a la persona que me ha hecho esto? —digo con voz aguda y temblorosa. Lo miro como si me hubiese traicionado.

Él muerde el anzuelo.

—Perdona, Bec. No pretendía ofenderte. —Me tiende una mano para consolarme pero se lo piensa mejor. Está contrito, pero no es suficiente. Noto que el poder ha cambiado de lado. Recupera las riendas de la situación demasiado rápidamente. No puedo permitirlo.

Más tarde, cuando me lleva a casa en coche, dejo que el silencio se prolongue una eternidad. La gente no soporta la incertidumbre. He descubierto que si soy muy amable con una persona y de pronto, sin motivo aparente, me vuelvo fría, se ponen de los nervios.

—¿Te encuentras bien? —dice él, al cabo.

Yo no contesto. Él para el coche junto al bordillo.

—¿Qué pasa, Bec? —insiste—. ¿Sigues molesta por lo que he dicho en comisaría?

Yo niego con la cabeza.

—¿Entonces?

Cuento hasta diez mentalmente, con la vista clavada en mis rodillas.

—¿Cuánto vamos a tardar?

—¿Te encuentras mal? —Cree que es por el trayecto en coche.

—No. Solo estoy harta de tratar de recordar cosas que no deseo recordar.

—¿No quieres que cojamos al que hizo esto? —Parece sinceramente extrañado.

—Solo quiero irme a casa y ser feliz con mi familia. —Esto me ha salido un poco demasiado agresivo, probablemente. Me muerdo por dentro la carne de la mejilla hasta que se me saltan las lágrimas—. ¿Por qué no me dejan que sea feliz y ya está? —añado, mientras levanto la vista hacia él y me le quedo mirando como si fuera una especie de monstruo.

—¡Estoy haciendo esto por ti, Bec! Quiero encontrar a la gente que te secuestró y darles su merecido.

—¿Y lo que yo quiero no cuenta?

—Claro que cuenta —responde él en voz baja. Pero tanto él como yo sabemos que no es así.

No digo nada más, y al cabo de unos segundos él vuelve a arrancar el coche. Maldita sea. Estoy hasta el gorro de jugar a esto con este tío. Solo quiero que me dejen en paz, estar a gusto en mi nueva vida. Tiene que haber alguna forma de pararle un poco los pies. Me cuesta demasiado esfuerzo reflexionar cuando tengo que estar interpretando un papel constantemente. Necesito un rato a solas.

Miro mi móvil y tecleo los iconos fingiendo que no sé usarlo.

—¡Sí! —exclamo para mí, tras unos minutos de silencio en el coche.

—¿Qué pasa?

—¡Que por fin he averiguado cómo se abren los mensajes en este cacharro! No sé por qué hoy en día los hacen tan complicados.

Él se queda callado como si el hecho de que una persona joven no sepa manejar un iPhone fuese lo más triste que ha visto en su vida.

—¿Me puede dejar en la zona de tiendas de Yarralumla, mejor? —pregunto ahora que sus defensas han bajado de nuevo—. Era un mensaje de mi padre, quiere que le eche una mano con la compra.

Sus ojos se mueven fugazmente para mirarme, como si estuviese a punto de objetar algo, pero se contiene. Bien. Mis dedos anhelan sostener un cigarrillo, y yo quiero dejar claro quién vuelve a ser la que manda aquí. Andopolis estaciona el coche en un hueco libre, al lado de una furgoneta, delante de la zona comercial. Entonces, se vuelve para mirarme.

—Entiendo que desees que todo esto termine de una vez —dice, con el motor aún al ralentí—, pero en realidad no va a terminar hasta que cojamos a los responsables.

Pues no los van a coger nunca. El que lo hiciera, hace tiempo que desapareció.

—Mañana quisiera empezar reconstruyendo tus movimientos del día en que desapareciste. Tu camino desde la parada del autobús hasta tu casa, el trayecto en el bus, el momento en que te marchaste del local. Tiene que haber algo que recuerdes. Quiero que lo intentes, ¿de acuerdo? Por mí.

—Está bien —contesto, levantando la cara para mirarlo con los ojos muy abiertos y los labios ligeramente separados—, por usted.

Le pillo mirándome furtivamente la falda blanca de algodón y mis piernas al aire. Él aparta enseguida la mirada. Me pregunto cuántos avemarías va a tener que rezar por el pensamiento impuro que se le ha pasado por la mente en ese momento.

—Hasta mañana —digo, y salgo de coche de un salto y cierro de un portazo.

Vuelvo andando a casa encadenando un cigarrillo tras otro, pues no sé cuándo tendré otra oportunidad. Inhalo despacio, sintiendo que cada músculo de mi cuerpo se distiende. Hace sol pero el aire es fresco. Aunque se me empieza a poner la carne de gallina por la parte posterior de las piernas, no me importa. Es agradable disponer de unos minutos sin que nadie me observe. Miro la pantalla de mi nuevo móvil y dejo que la flechita azul me guíe hasta la casa de Bec.

Echo un vistazo por encima del hombro al oír un sonido de ruedas de coche avanzando a paso de tortuga detrás de mí. Una furgoneta negra. Debe de ir muy por debajo del límite de velocidad. Había una furgoneta negra al lado del coche de Andopolis cuando aparcamos en las tiendas. ¿Me ha estado siguiendo? Me encojo de hombros, es absurdo. Andopolis ha conseguido que me entre la neura. Me meto por la bocacalle de la casa de Rebecca y la furgoneta sigue de largo. Me río de mi propia paranoia y doy una calada honda al cigarrillo. Tal vez debería haber comprado también unos caramelitos de menta para el aliento. La niña buena de Rebecca no fumaba, probablemente.

Oigo un pitido de mi móvil. Ahora sí que he recibido un mensaje. Lo abro, convencida de que será de la madre, preguntándome cuándo vuelvo a casa. Pero no es eso.

«Lárgate». Nada más.

Un chirrido de neumáticos y de repente la furgoneta vuelve a hacer acto de presencia y sigue mi mismo camino, enfilando mi calle. El corazón empieza a palpitarme a toda velocidad. No cabe duda, me está siguiendo. Tiro el cigarrillo y echo a correr. La furgoneta acelera. Forzándome a correr lo más deprisa que puedo, me meto por el camino de acceso a nuestra casa y entro por la puerta. La cierro dando un sonoro portazo y pego la espalda a ella, mientras boqueo para recuperar el aliento.

—¿Eres tú, cariño? —oigo a la madre que me llama desde la cocina.

—¡Sí! —contesto yo.

Por un instante, me planteo contarle lo del mensaje y lo de la furgoneta. Pero, claro, entonces ella llamaría directamente a Andopolis y yo no quiero eso. No quiero darle más motivos para continuar hurgando en el caso. Echo un vistazo a través del vidrio esmerilado de la puerta: la calle está desierta.

Me vuelvo de espaldas a la cocina para asegurarme de que la madre no pueda verme y marco el número que envió el mensaje.

—«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura. Compruebe que ha marcado correctamente e inténtelo de nuevo» —me dice una voz de mujer. Me guardo el teléfono en el bolsillo y me voy al salón.

Andrew y Paul están sentados haciendo compañía al padre, quien sigue con la mirada fija en algún punto a media distancia. La televisión está encendida y están echando el telediario, pero una vez más parece que nadie le presta atención.

—¿Cómo ha ido? —pregunta la madre entrando en el salón con los guantes de goma puestos.

—¿Ya le ha estallado a Vince esa vena que se le hincha en la sien? —dice Andrew.

—Ha ido bien —contesto yo sentándome en una butaca vacía. Hector, el gato, se sube a mi regazo de un salto. Se acurruca hecho un ovillo y yo lo acaricio detrás de las orejas. El corazón ya empieza a latirme más despacio, pero sigo con el susto en el cuerpo. Me va bien tener las manos ocupadas.

—¿Te ha venido algún recuerdo? —pregunta Paul.

—Pues no, la verdad —respondo.

Fijamos la mirada en el telediario. Se ve aparecer al nuevo primer ministro, que se dispone a dar una rueda de prensa. La luz le ilumina desde atrás, lo cual no resulta nada favorecedor y le exagera el color rosa de las orejas. De ahí pasan a mostrar imágenes de unos niños y sus madres a quienes ayudan a bajar de una barca pequeña unos tipos vestidos con uniformes militares y provistos de armas de fuego de gran tamaño.

—¿Quién es ese? —pregunto, aprovechando la oportunidad.

—¿Quién?

—Ese —repito cuando vuelve a salir el primer ministro.

—¿No sabes quién es Tony Abbott? —dice uno de ellos; Andrew, creo.

Bajo la cabeza, fingiendo que me da vergüenza.

—Es el primer ministro —responde el padre.

No ha apartado la mirada de la pantalla. Paul y Andrew sí, me están mirando, pero su gesto no es el que debería ser. Los dos han puesto cara de sorpresa y extrañeza, cuando lo que yo pretendía suscitar era lástima. Me doy cuenta de que necesito que los hermanos hablen. Por lo general, conseguimos agradar más a las personas si nos las ingeniamos para que cojan confianza y nos cuenten sus cosas.

—¿Os acordáis de cuál fue la última vez que me visteis? Podría ayudarnos a encajar las piezas.

—¿Tú no lo recuerdas?

—Pues en realidad no. Está todo como confuso. —Ya mismo lamento no haberles preguntado otra cosa que no fuese esa. El pasado era terreno peligroso.

—Bueno... —dice el que creo que es Andrew—, perdona que te diga, pero... te portaste como una cabrona.

Nos echamos a reír los tres con ganas, después de esta forma de romper el hielo. Me doy imaginariamente a mí misma una palmadita en la espalda.

—¡Pero qué dices! —respondo yo, simplemente porque parece lo más acertado.

—Pues es verdad, Becky. Nos dijiste que nos ibas a llevar a la piscina, ¿no te acuerdas? Luego te pusiste como una furia porque encontraste una revista guarra en mi mochila —dice Paul.

—Y ya no volvimos a verte —añade Andrew—. ¡Qué bonita manera de crearnos un complejo con el sexo!

Volvemos a reírnos, pero detecto que el que estoy casi segura de que es Paul me está observando con atención. Es como si estuviera esperando que yo dijera algo más. Y casi me da un infarto porque de pronto se oye que alguien llama a la puerta con los nudillos. Oigo que la madre acude a abrir.

—Vienen a verte, Bec —dice casi inmediatamente.

Me dirijo a la entrada, dando por hecho que se trata de un hombre y que detrás de él se verá la furgoneta, esperando para sacarme de aquí. Pero eso no va a ser posible, rodeada como estoy de todas estas personas. Sin embargo, quien está en la puerta es una mujer con pinta de ejecutiva de éxito, enfundada en una americana de color verde oscuro, falda a juego y medias brillantes finas. Es rubia y lleva el pelo recogido en un moño. Me mira como si hubiese visto una aparición, con la boca abierta y los ojos como platos.

—¿Bec? —dice, y entonces, un pelín antes de que se abalance hacia mí para abrazarme con todas sus fuerzas, la reconozco de la grabación de vídeo.

Se aparta un poco, llorando a moco tendido.

—Lizzie.

*Bec, 12 de enero de 2003*

Esa mañana le tocaba entrar temprano a trabajar. No le importó; casi no había pegado ojo de todos modos. El respaldo de la silla estaba firmemente encajado contra el picaporte de su cuarto, aunque en el fondo ella sabía que, si de verdad se trataba de algo paranormal, no iba servir de mucho. Además, dentro de la habitación hacía un calor sofocante. Incluso con el aire acondicionado puesto, percibía que se abría paso entre los ladrillos y el vidrio de la casa. Ese día el termómetro iba a subir a cuarenta y tres grados.

Bec se quedó inmóvil en la cama, escuchando los ruidos que hacían sus padres abajo: el tintineo de su madre al aclarar bajo el grifo los cuencos de los cereales, el pitidito del lavavajillas al abrir la puerta. La voz de su padre era un murmullo grave, pero a su madre no la oía decir nada. Aguardó hasta que oyó que se cerraba la puerta de la casa y sonó el motor del coche, fuera, y entonces se levantó, apartando las sábanas sudadas, para bajar directamente a la cocina a beber agua.

Su madre tenía una manera de recoger las cosas cuyo objetivo parecía ser borrar hasta el último rastro de su presencia. Como siempre, la cocina estaba que parecía un decorado. No el lugar en el que vivían, respiraban y comían todos ellos. El fregadero mismo estaba totalmente seco, sin una sola gota de agua. Sonrió para sí, pues sabía que en cuanto se levantasen los gemelos aquello iba a tener un aspecto muy diferente. Al pasar junto a la mesa de la cocina, acarició la madera para sentir su tacto suave. Durante la cena, la noche anterior, se había planteado por un momento contarle a su madre lo del espectro. Pero como de costumbre ella estaba tan pendiente de sus hermanos que apenas la miró. Había veces en que parecía que su madre se olvidaba por completo de que también tenía una hija. En el fondo, siendo sincera, sabía que su madre no la creería. Pensaría que era mentira o que se había vuelto loca.

Bec oyó un estampido. Antes de que le diera tiempo a pensar qué podía ser, se tumbó en el suelo con la cara de lado, la mejilla pegada a las baldosas de la cocina. Entonces oyó un segundo estampido. No eran disparos de arma de fuego, de hecho no se parecía a eso para nada. Se puso de pie y miró a través de los finos visillos de la cocina. Max, el vecino, estaba fijando con una grapadora neumática los tablon

sueltos de la valla. Bec respiró hondo. Cómo iba a tratarse de un arma de fuego, menudo disparate. Pero entonces, sin poder evitarlo, le vino a la cabeza el brillo metálico del rifle. Había sido unos meses antes, en el vestidor de la habitación de sus padres, adonde había ido con idea de probarse los nuevos zapatos de tacón negros de piel de su madre. Solo por ver si sabía caminar con ellos. Vio el arma entre las perchas, al fondo, apoyada de pie. Parecía nueva. La oscura pieza de ébano del mango estaba impoluta y los cañones, largos, relucían. Era la primera vez en su vida que veía una escopeta. Y desde luego no estaba allí la última vez que había mirado. Alargó un brazo y la acarició con las yemas de los dedos; el acero le transmitió un tacto frío y liso.

Abrió el grifo para llenarse un vaso y dio un trago grande, pero a punto estuvo de escupirlo. El agua fría había salido del grifo tan caliente que le quemó la garganta. Dejó que corriera, con la mano bajo el chorro, para esperar a que se enfriase. Pero no hubo manera. Las tuberías del exterior debían de haberse recalentado bajo el sol de la mañana. Dejó el vaso intencionadamente justo en el centro del banco vacío, y subió a vestirse para ir a trabajar.

Mientras Bec se dirigía a la parada del autobús, notó esa ya conocida sensación de algo subiéndole por la nuca. Contrajo los músculos de los hombros, a ver si así podía sacudírsela de encima. Era mental, seguro. Sin embargo, en ese preciso instante, por el rabillo del ojo vio moverse una forma. Dio media vuelta. Era un niño, nada más, un niño que se había quedado mirándola fijamente. Tendría unos diez años y había estado pegando carteles en los árboles. Llevaba unos pantaloncitos cortos con estampado de balones de fútbol. El sol hacía que le brillase el vello de las piernas como una película de pelusilla blanca.

—¿Le has visto? —preguntó el chaval.

Bec miró el papel que sostenía en la mano. Era un cartel en el que decía que se había perdido un terrier maltés blanco. El niño había puesto uno en cada árbol. La miró con gesto esperanzado, los ojos enrojecidos e hinchados.

—No, lo siento.

El niño se dio la vuelta antes de que a ella le diese tiempo a ver que la cara se le ensombrecía. Pobre chaval.

—¡Pero me fijaré por si lo veo! —añadió, ya desde cierta distancia. Él le sonrió con tristeza volviendo un poco la cara y se puso a sacar una tira de cinta adhesiva para pegar el siguiente cartel en otro árbol.

Se acordó de cuando sus padres habían puesto ese mismo tipo de carteles para buscar a Molly, su gata. Hacía solo una semana que los habían colocado cuando se

presentaron en casa con una sorpresa: un gatito muy pequeño, blanco y negro. Hector. A ella le dio pena ver lo fácilmente reemplazable que les pareció Molly. Como si pensasen que no notaría la diferencia. Había que ser tontos, pensó mientras esperaba sentada en la parada del autobús. En realidad, desaparecer era imposible. Siempre existías en alguna parte.

A través del vidrio Bec observó a Luke, que estaba rellenando el recipiente hondo de la freidora. Su mirada era inexpresiva, estaba concentrado en sus pensamientos. A Bec le hacía gracia no saber nunca en qué estaba pensando exactamente. Pero cuando la miraba, su expresión cambiaba y eso era lo que más le gustaba. Los ojos se le dulcificaban y se le formaban unas arruguitas en las comisuras. Se preguntaba cómo la vería él. Seguramente pensaría que se levantaba con ese aspecto automáticamente, con el cutis y el pelo perfectos. Que era joven y guapa y que la vida le sonreía. Se preguntó si alguna vez pensaría mal de ella, si alguna vez le daría por pensar que era una tonta o una ingenua.

Cuando llamó a la puerta y él levantó la vista, una oleada de sensaciones tiernas y dulces la traspasó.

—¡Déjame entrar! —le suplicó—. ¡Que me estoy abrasando aquí fuera!

—¿Cuál es la palabra mágica? —dijo él, caminando hacia la puerta.

—¿«Gilipollas»? —replicó ella a su vez.

Él se echó a reír y se agachó para quitar el cierre de seguridad de la puerta. Al verlo así, en cuclillas a sus pies, Bec sintió una extraña descarga eléctrica de lo más agradable que le recorrió todo el cuerpo. Si no hubiese sido porque había una luna de vidrio entre los dos, habría estirado los brazos para acercar su cabeza hacia ella. Luke se incorporó y abrió la puerta para que pudiese entrar, y ella notó que se ponía colorada unos segundos, azorada.

—Puntual, para variar —dijo él.

—Solo por ti —replicó ella, y pasó por delante de él sin detenerse, esperando que no se hubiese fijado en el rubor de sus mejillas. Dejó el bolso en la trastienda y esperó a estar completamente segura de que se le habían bajado los colores para regresar al mostrador.

—¿Crees que hoy habrá mucho lío? —le preguntó Bec, mientras conectaba las boquillas de la máquina expendedora de refrescos a granel.

—Pues personalmente no me puedo imaginar nada más desagradable que comer comida frita con cuarenta grados de temperatura fuera.

Cuando abrieron el local, había un grupito de personas esperando. Matty entró corriendo en la cocina, anudándose las cintas del delantal al mismo tiempo.

—Perdona, tío —dijo a Luke.

—Ya sabes que me da igual —respondió él.

—Tortitas —bramó un tipo de mediana edad—, con sirope de arce al lado.

—Muy bien. Son tres dólares con setenta y cinco centavos. —Bec se esforzó por sonreír.

Cuando hubieron servido a la primera tanda de clientes, la cosa volvió a sosegar. Cada cual se había sentado en una mesa y se había puesto a zampar la comida a solas.

—¿Por qué siempre pide el sirope aparte? —preguntó Bec en voz baja a Luke—. Viene todas las mañanas. Sabe de sobra que lo servimos en su envase.

—Pues porque es un esnob. —Luke no bajó la voz—. Porque esto es un barrio residencial y a la gente le gusta imaginar que está en un restaurante fino incluso cuando come en un puto McDonald's.

A Bec nunca se le había ocurrido interpretarlo de ese modo. Observó a una madre que estaba regañando discretamente a su hijo, mientras este le tiraba patatas fritas, y miraba a su alrededor por si la gente los estaba mirando. Sin embargo, la mujer no miró hacia el mostrador. Bec entendió que probablemente le daba igual si la veía ella, porque como trabajaba en McDonald's no contaba como una persona delante de quien sentirse avergonzada. Luke tenía razón: esta gente se creía mejor que ella y mejor que el lugar en el que trabajaba, y eso que ellos mismos eran los que escogían ir allí. Este pensamiento llevó aparejado un fuerte deseo de tener éxito en la vida, de hacer algo alucinante que los pusiese en su sitio. No estaba segura de qué exactamente. En el colegio casi todo se le daba razonablemente bien, aunque no destacaba especialmente en nada. A veces Lizzie y ella hablaban de montar una empresa de diseño. La cosa empezó un poco en broma. Se sentaban en una mesa del Gus's Café a observar a la gente que pasaba y debatían sobre cómo vestirían a tal o cual persona si pudieran cambiarle el atuendo. Decidían qué estilos les sentarían mejor teniendo en cuenta su tipo y qué tonos les favorecerían según su color de pelo y de piel. Aunque al principio se lo tomaron como un pasatiempo algo malévolo, en estos momentos era un asunto realmente serio para las dos.

Luke y Matty, cerca de la cocina, bromeaban y se contaban chistes verdes que ella no llegaba a entender del todo. Se moría por formar parte de la conversación pero no quería comportarse como una hermana pequeña molesta. Se preguntaba cómo podían ser felices, trabajando en un sitio como ese. Luke tenía veinte años y Matty debía de tener veintisiete por lo menos. Un día Matty le había contado que había estudiado escritura creativa en la universidad. Había hecho unos cuantos relatos cortos que se habían publicado en revistas e incluso había escrito una novela, pero como no había llegado a ninguna parte simplemente había dejado de escribir. A Bec aquello la entristeció. Renunciar a tu sueño de esa manera. Pero lo de Luke era peor: era

realmente inteligente y ni siquiera había pisado una universidad. A veces a Bec le daba la impresión de que Luke había tirado la toalla. Pero, cuando finalmente empezaran a salir juntos, Bec estaba convencida de que podría ayudarlo, hacerle ver que su vida podía ser alucinante, que solo tenía que hacer un pequeño esfuerzo.

—Me encantaría saber en qué andas pensando siempre tan concentrada —dijo Luke. La miraba con intensidad. «No te pongas colorada, no te pongas colorada», pensó ella.

—En tu culo —contestó ella lentamente—. No dejo de pensar en tu culo.

—¡Pero qué cerda eres! —exclamó él.

Matty se tronchó de risa en la cocina, aullando divertido. Pero, antes de que Luke se diese rápidamente la vuelta para sacar las patatas fritas del aceite, Bec vio que había empezado a ruborizarse.

Con el paso de las horas el calor fue a más. Matty sudaba encima de las hamburguesas, y de tanto en tanto colaba algún comentario en la conversación entre ella y Luke. A Bec le caía bien, pero hubiese preferido que no estuviese presente. La hacía sentir que debía medir bien sus palabras y procurar no coquetear en exceso ni ser demasiado franca con sus sentimientos. Aun así, trabajar con Luke la dejaba siempre en estado de euforia. Los dos chicos la trataban como a una persona adulta, igual de lista que ellos, y no una cría estúpida que no entendía la mitad de lo que hablaban, aunque así era como se sentía a veces. Pero no le preocupaba. Le bastaba con saber que la veían como una igual. Se apuntó en la cabeza algunas de las cosas de las que estaban hablando, para buscarlas después en internet cuando volviese a casa.

Bec reparó en una mochila que estaba debajo de una de las mesas. Era negra, sin nada de particular, y parecía llena a rebosar. Trató de ignorarla; probablemente alguien acababa de dejársela sin darse cuenta. Para distraerse, jugó con Luke a «A ver quién ve el tatuaje más feo». Como hacía tanto calor, la gente que normalmente no mostraba mucha piel de pronto no tenía elección y, de golpe y porrazo, podías ver todos los alambres de espino retorcidos alrededor de los brazos y los desvaídos delfines en los tobillos. Pero media hora después la mochila seguía allí. Bec se imaginó la fuerza de la explosión, imaginó los pedazos de sus propios cuerpos tendidos en medio del renegrido caos de la destrucción.

Señaló la mochila para mostrársela a Luke, pero, cuando él hizo amago de ir a recogerla, ella lo detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—No sé. No quiero parecer tonta. Pero me pone los pelos de punta verla ahí abandonada.

—«Si ve algo, ¡dígalos!» —exclamó Matty desde la cocina, imitando la voz del anuncio institucional de la tele.

—No, no es eso, es que... —No terminó la frase. Su sensación de tonta iba en aumento a toda velocidad. A lo mejor había visto demasiados telediarios. En el colegio habían puesto las noticias a todas horas durante los atentados terroristas.

Matty salió de la cocina enjugándose el sudor de la frente. La miraba de una forma rara. De repente su imponente estatura volvía a intimidarla.

—Vamos, anda, no seas boba. ¿No ves que esos anuncios son racismo y nada más? —dijo.

—¿De qué vas? —replicó ella—. Podría pasar. ¡Y ha pasado!

Matty respiró hondo y apoyó las manos en el mostrador. Tenía cara de enojo.

—Tratamos por todos los medios de que los aborígenes se extinguieran, mandamos a los que vienen buscando asilo a ese campo de concentración llamado Villawood, y los que al final lo consiguen son objeto de palizas gracias a esa propaganda racista. Es como si hubiésemos vuelto otra vez a los tiempos de la política de la «Australia Blanca».

Ahora sí que Bec se sentía como una tonta y una niña. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Si creyeráis en el Día del Juicio Final, no tendríamos nada que hacer ninguno de nosotros. Se nos borraría de la faz de la Tierra, nos tragarían los mares. Lo que estamos haciendo es una vergüenza y la cosa va de mal en peor.

—¿O nos comería una ballena gigante, tal vez? —apuntó Luke.

—¡Moby Dick! —exclamó Bec, y los dos se echaron a reír.

Matty no dijo nada más y dio media vuelta para regresar a los fogones. Una vez más, Bec lamentó que estuviese allí con ellos. La había asustado un poco con eso de que eran todos unos racistas y que los iban a borrar de la faz de la Tierra. Casi daba la sensación de que la metía a ella en el mismo saco. No era la primera vez que presenciaba uno de sus arrebatos. A John Howard lo tildaba de intolerante, homófobo y toda clase de lindezas. A los padres de Bec tampoco les gustaba mucho el primer ministro. Parecía que no le caía bien a nadie. Pero Matty se pasaba un montón.

En ese momento entró un hombre en el local. Venía sudoroso y quemado por el sol. Soltó un sonoro suspiro de alivio y se colgó la mochila de los hombros. Luke miró a Bec haciendo una mueca de burla y ella se sintió como una tonta de remate. No le gustaban nada las situaciones incómodas en el trabajo. Se dirigió adonde estaba Matty y apoyó la cabeza en su hombro.

—Discúlpame —dijo—, esos anuncios me tienen con los nervios de punta. Me he portado como una idiota.

Él la rodeó con uno de sus fornidos brazos y estrechó su cara contra el pecho.

—No te disculpes, Becky, ¡ahora soy yo el que se siente fatal! A veces se me olvida que eres una cría. Eres tan espabilada.

No estaba muy segura de si lo decía como un piropo o todo lo contrario, pero no le dio más vueltas. Que la estrujase de esa manera era una gozada. Se sentía protegida respirando el cálido aroma de su transpiración. Como si ya no pudiese pasarle nada malo.

—¡Eh, y yo qué! —oyó que decía Luke, y notó que otro par de brazos los rodeaba.

—Hale, a trabajar ya vosotros dos —zanjó Matty, apartándolos—. ¡Hace demasiado calor para estos achuchones!

Bec regresó al mostrador, pero con una sonrisa dibujada en la cara. En el trabajo podía ser una persona diferente, cariñosa y natural. Muy distinta de cuando estaba en casa.

—El mes que viene será mi cumpleaños, ¿sabes? —le dijo a Luke—. ¿Qué me vas a regalar?

Diecisiete años. Iba a cumplir diecisiete años, lo cual quería decir que él podría pedirle salir. Ese sería el regalo más alucinante del mundo.

—Pues, a decir verdad, tengo una cosita para ti en este instante —respondió él—. Espera un momento.

A ella la cabeza había empezado a darle mil vueltas, cuando él apareció con la fregona.

—¡Feliz cumpleaños por adelantado! Por lo visto el lavabo de chicas se está inundando.

Bec trató de pensar en algo ingenioso que decir, pero no se le ocurrió nada, así que simplemente agarró el palo de la fregona y salió como una furia en dirección al aseo de mujeres.

Cuando abrió la puerta vio que había ya un centímetro de agua en el suelo. Alguien se había dejado abierto un grifo y el agua había llenado el lavabo y se derramaba por el borde. Cruzó por el suelo encharcado y rápidamente cerró el grifo. Comprendió que no solo alguien se lo había dejado abierto, sino que además otra persona había debido de ver el estropicio y había ido a quejarse a Luke sin siquiera intentar hacer algo. Iba a tardar una eternidad en recoger toda el agua. Por si fuera poco, olía a rayos y el aire acondicionado no llegaba hasta allí.

Estuvo una hora pasando y volviendo a pasar la fregona por el suelo mojado, oyendo el lento goteo del agua desde el lavabo. De tanto en tanto la interrumpía alguna cliente que quería utilizar los aseos. Cuando les decía que estaba todo encharcado, la miraban de arriba abajo con cara de repugnancia y se marchaban como si hubiese sido culpa suya. No soportaba imaginar el aspecto que debía de tener en esos momentos. Patético y sucio. Además, había empezado a sudar. No era así como

quería que la vieran. Si de verdad había una cámara al otro lado del espejo, esperaba que no estuviese grabando en esos momentos, que hubiese una pausa para la publicidad o algo así. Era uno de esos infrecuentes instantes en que verdaderamente aborrecía su trabajo.

Llegado un punto, consideró que el suelo estaba lo bastante seco. Antes de salir, comprobó su aspecto en el espejo. Se limpió el rastro de lápiz de ojos que se le había corrido y practicó varias muecas de sonrisas. Todavía estaba bastante presentable, no tan recién arreglada como antes pero sin duda no parecía que se hubiese pasado una hora recogiendo agua del sucio suelo de unos lavabos. Al abrir la puerta, oyó la voz de Lizzie; debía de haber empezado su turno. Eso quería decir que su rato en el mostrador a solas con Luke había terminado ya. Guardó la fregona en su sitio y regresó al mostrador. Los tres se quedaron callados y la miraron.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Es que huelo a pis?

Luke miró a Lizzie con expresión incómoda.

—Perdona, nena —dijo Lizzie—. Creí que les habrías contado lo del espectro.

—¡Liz! —exclamó Bec, comprendiendo entonces por qué la miraban así. Había estado tan concentrada pensando en Luke que, curiosamente, había borrado de su mente el episodio del espectro por completo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Luke—. Lo digo en serio. Me parece horrible.

—No pasa nada —dijo ella.

—¿Estás segura de que no fue algún efecto óptico o un sueño o algo así? —inquirió Matty.

—Totalmente segura —contestó ella—. No hace falta que me creáis, pero sé lo que vi.

Debían de pensar que se había vuelto loca. No podía confiar en Lizzie, que no dudaba en airear sus secretos a los cuatro vientos. Por eso era por lo que Bec debía tener cuidado con lo que le contaba.

—Yo te creo —dijo Luke—. Si tú estás segura, entonces yo no lo pongo en duda.

Se hinchó por dentro.

—¿En serio?

—Pues claro —respondió él. Lizzie se alejó de ellos y Bec esperó que fuese porque se sentía culpable.

En ese preciso instante entró una familia, todos con la cara roja y discutiendo entre sí. Qué inoportunos, desde luego. Luke se puso a teclear la comanda y Matty volvió a la parrilla. El local se llenó de gente que entraba a merendar. Lizzie, detrás de Luke, buscó la mirada de Bec.

—Perdona —dijo moviendo los labios sin emitir sonido, y Bec comprendió que lo decía de corazón.

Un rato después, cuando la cosa se calmó y Bec estaba a punto de terminar su jornada, tuvieron la oportunidad de hablar de nuevo.

—Ayer por la noche se me ocurrió una idea. A lo mejor es una tontería, pero merece la pena intentarlo —dijo Lizzie.

—¿De qué se trata? —preguntó Bec.

—Bueno, estaba pensando. ¿Qué hace la gente en las películas cuando pasan cosas como esta?

Bec sabía exactamente lo que iba a añadir.

—¡Tendríamos que organizar un exorcismo!

Bec oyó que Matty gruñía en la cocina. Él en ningún momento había dicho que creyese la historia.

—No estoy tan segura —dijo Bec.

—¿Por qué no? Si no da resultado, no pasa nada.

—Yo creo que deberíamos hacerlo —intervino Luke.

Aquello sorprendió a Bec, pues siempre había pensado que era más bien escéptico con esas cosas.

—En serio. Aunque en realidad solo quiero ver tu cuarto —añadió.

—¡Ay, calla! —replicó ella, golpeándole suavemente. Pero sonriendo.

—Bueno, piénsalo —dijo Lizzie.

—Vale, si vuelve a pasar algo, lo haremos —contestó Bec lentamente—. Pero cruza los dedos para que no.

Lizzie levantó las manos con los dedos cruzados. Bec no quería pensar en que volviese a ocurrir algo. Ni siquiera era capaz de imaginar volver a sentir aquel terror por segunda vez. Trató de disimular el escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Al mirar el reloj de pared, vio que había terminado su turno de trabajo.

—Me largo. ¿Sigues con ganas de ir al cine después? —preguntó a Lizzie.

—*¡Atrápame si puedes!* ¡Sí!

—Me apuesto lo que queráis a que vais a verla solo por Leo —dijo Luke, apoyándose en el mostrador.

—¡No! —respondió Bec, justo cuando Lizzie decía con un gritito agudo: «¡Sí!».

—¡Bec! —añadió luego Lizzie—. No finjas que no tenías montado en tu cuarto un altar de «Amo a Leo». ¡Lo vi!

—¡Cierra el pico! Se supone que la película es buena, nada más.

Luke levantó las cejas, mirándola. Por un instante Bec se preguntó si tendría valor para invitarlo. No, sería superraro. Esperaría a que él le pidiese salir formalmente. Fue a la trastienda, se puso su vestido de verano y cogió el bolso.

—¡Adiós, chicos! —se despidió, mientras lamentaba en lo más profundo tener que abrir otra vez esa puerta de vidrio y salir al calor abrasador de la tarde.

2014

Hay algo gélido en el ambiente, y eso que hace sol. La calle está en silencio salvo por el leve murmullo de la brisa entre las hojas de los árboles que van secándose con la llegada del otoño y el crujido de mis pisadas en la gravilla. Si aguzo el oído, puedo oír también el ronroneo del coche de Andopolis, que viene detrás de mí mientras yo recreo el último trayecto a pie de Bec hasta su casa, pero trato de no prestarle atención y disfrutar el momento. Hace más fresco que ayer. Los dedos se me han puesto rojos y me he metido las manos en los bolsillos de la chaqueta.

La madre había querido tirar mi chaqueta a la basura. El forro tenía aún la mancha color ciruela oscuro de mi sangre. El viejo abrigo de Rebecca estaba colgado en el armario de la entrada, esperando. Era de color azul celeste, con piel de imitación alrededor de la capucha. La chica tenía un gusto de lo más hortera para la ropa, pero quizá en aquel entonces estaba de moda. Yo no me acuerdo. No debería darle tanta importancia a ponerme su abrigo, ya iba vestida con su ropa, incluida la ropa interior, pero quería conservar algo que fuese mío. Si bien es cierto que esta chaqueta tampoco me pertenecía. Era de Peter.

Había sido un buen novio durante un tiempo, con su mata de pelo aclarado por el sol y su entusiasmo a prueba de bomba. Tanto él como yo estábamos en el paro, por lo que siempre que lucía el sol nos tirábamos el día entero en la playa. Fue cuando atravesé mi etapa surfera, el año pasado. Tenía el armario lleno de pantalones cortos de surf Roxy y chanclas. De todos modos, las chicas en realidad no surfeábamos, se suponía que teníamos que quedarnos sentadas en la playa, viendo a nuestros novios. A las otras parecía que les gustaba. Iban en biquini y se curraban el bronceado. Yo me harté de eso enseguida. Me compré una tabla e intenté que Peter me enseñara, pero se frustraba conmigo y se le agotaba la paciencia. Me había prestado la chaqueta porque estaba pasando frío durante una fiesta con hoguera en la playa, entonces lo pillé dándose el lote con una de las biquineras. Me quedé con la chaqueta no como un recuerdo, sino porque sabía que andaba tan a dos velas que no tendría para comprarse otra. Cada día helador del invierno, saber que él estaría pelado de frío me reconfortaba a mí.

Me ciño la chaqueta al cuerpo, mientras aspiro el dulce aroma de los rosales y del césped cortado de los jardines. Ser otra persona es flipante, pero también agotador. Disfruto mucho de las raras ocasiones en que no tengo que fingir.

—¡Detente ahí! —exclama Andopolis desde el coche.

Aparca junto al bordillo y echa a andar hacia mí.

—¿No te ha venido ningún recuerdo? —pregunta mientras se acerca.

Yo estoy en mitad de la cuesta que sube hasta la casa de Rebecca, a unas cinco viviendas de la suya. Espero a que esté más cerca y entonces contesto.

—Recuerdo el miedo.

—¿Qué más? —pregunta en voz baja.

—Creía que estaba sola.

—¿Pero no lo estabas?

Pienso en la furgoneta negra de ayer.

—Recuerdo el sonido de un vehículo acelerando.

—Sigue —dice él, hablando ahora en un susurro. Está emocionado.

—El chirrido de unos neumáticos.

—¿Y después?

—Oscuridad.

—¿Y después de eso?

—Nada más.

—¿Recuerdas el coche? ¿La marca y el modelo? ¿El color, incluso?

Durante unos segundos me planteo la posibilidad de decir que era una furgoneta negra, pero luego opto por no mencionar nada de eso. Estaba tratando de no pensar en el mensaje de texto. Debió de escribirlo la persona que iba al volante de la furgoneta. ¿Era posible que fuese la persona que se llevó a Bec?

Estoy entre dos aguas. Si le paso a Andopolis el número desde el que recibí el mensaje, dará con el conductor pero también puede que averigüe la verdad... sobre Bec pero también sobre mí.

—No —respondo finalmente—, nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

Vuelve a mirarme con esa forma intensa que tiene de mirar, como si estuviese tratando de encontrar alguna pista a partir del bizqueo de mis ojos o del ángulo de mi boca. Casi como si pensase que estoy mintiendo.

—¿Cómo sabe que fue justo aquí? —pregunto.

—Rastreamos tu móvil y lo encontramos aquí. —Señala el rosal que hay a mi derecha—. Estaba debajo de ese arbusto.

Así pues, aquí fue donde ocurrió, justo donde me encontraba. Imagino el aspecto de

la calle de noche, los latidos de Bec acelerándose cuando un coche se detiene a su lado, el forcejeo. Estaba tan cerca de su casa...

Es como si la historia estuviese intentando repetirse. Me fuerzo a mí misma a creer que la furgoneta ni siquiera me estaba siguiendo. Probablemente solo iba en la misma dirección que yo y el conductor debió de troncharse de risa al verme echar a correr de ese modo. Y el mensaje de texto podría haberse enviado a mi número por error. Tenía que ser eso. Nadie sabía siquiera que Bec había vuelto. No podían estar relacionados. Me estaba volviendo paranoica.

—Sube al coche, te llevaré a casa —dice.

—Pero si mi casa está ahí mismo —replico.

—Sube, Bec.

Me dirijo obedientemente a su coche y me siento en el asiento del acompañante. Él se sienta en el asiento del conductor y cierra la portezuela, pero no arranca el motor.

—Sé que no tienes interés en hablar con un psicólogo.

No digo nada. Otra vez esta mierda, no.

—Así que he concertado una cita con una hipnotizadora. Puede ayudarte realmente con tu vacío de memoria.

Una sesión de hipnosis sería la peor cosa imaginable. Tenía que pensar en algo, rápido. Si de verdad me hipnotizaban, seguramente confesaría al instante. Respiré hondo.

—Qué maravilla es estar en casa otra vez —digo, dejando que la voz se me quiebre un poco—. Cuando lo pienso..., es como un enorme agujero negro lleno de miedo y dolor, pero nada más. Y pensar en ello es como volver allí.

Él me mira y sus ojos buscan algo que no existe.

—¿Me estás diciendo que no quieres saber lo que pasó?

—¡No! Pero es que... —Podría reflexionar con claridad si él dejase de observarme—. Creo que ahora mismo sería demasiado doloroso. De momento solo estoy tirando como puedo.

Él no dice nada. Simplemente me mira. Me gustaría saber si era así como miraba a Lizzie en la sala de interrogatorios, tantos años atrás.

—A veces pensaba que conocía mejor tu cara que la mía propia. He pasado tanto tiempo observando fotos tuyas. Mirándote a los ojos y tratando de comprender los secretos que debías de guardar. Con la certeza de que, si lograba encontrarte, todo se revelaría. Pero ahora te tengo delante y es como si no conociese tu cara de nada.

Joder. Lo ha dicho en voz baja, y aun así ha conseguido que se me ponga el vello de punta. Detecto en su voz una ira enconada, contenida a duras penas. Me habría sentido menos asustada si me lo hubiese dicho a gritos.

—Pero no me encontró, ¿no? —digo—. Esperé pero nadie acudió a rescatarme.

Tuve que salvarme yo sola. Ahora déjeme en paz.

—Lo siento, Rebecca, pero no puedo hacer eso —responde él—, no hasta que sepa a quién quieres proteger.

—¡A nadie! —grito. Pero, claro, en realidad es mentira y me pregunto si él se da cuenta. Puede que en realidad esté protegiendo al asesino de Rebecca.

Salgo del coche y echo a correr hacia la casa. Noto que la cólera estalla dentro de mí. No solo porque de algún modo ha sabido ver más allá de la superficie, sino porque además no cede en su empeño. Le importaba más encontrar la respuesta que encontrar a la propia Bec. No era simplemente un buen hombre atormentado por el sentimiento de culpa. Lo había infravalorado muchísimo. En su forma de hablar había un punto de lamento. No sabría decir si era consigo mismo o conmigo con quien estaba tan enfadado. Tal vez con ambos. Era lo de menos. Este caso, de alguna manera, lo había desquiciado y parecía que, por la razón que fuese, la única forma de reponerse era resolviéndolo. Nunca he creído en la redención, pero él sí. Él quería que yo lo redimiera y yo no podría redimirlo nunca.

Lo único que tenía de mi parte era la prueba de ADN, la demostración absoluta de que yo era Rebecca. De no haber sido por eso, creo que me habría descubierto hace tiempo.

Subo los escalones de dos en dos. Pero qué tío más egoísta. Lo odiaba, pero no podía permitir que se me notara. De alguna manera, tenía que ingeniármelas para volver a ponerlo de mi parte. Si sospechaba que yo pretendía proteger a alguien, podría empezar a husmear. A hacer preguntas para las que yo carecía de respuesta.

Abro de golpe la puerta de mi cuarto. La madre está dentro, de espaldas a mí, y da un brinco.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, enfadada ahora con ella. ¿Por qué está en mi cuarto? ¿Ha encontrado el tabaco debajo de la cama? ¿Duda de mí ahora, ella también?

—Solo estaba recogiendo tu habitación, cariño —responde, dándose la vuelta. Veo que mi cama, detrás de ella, está hecha—. Perdona.

—Oh, no, perdóname tú a mí. Es que... —No sé qué decir.

—No, tienes razón. Debería consultarte antes. —Baja la vista, casi encogiéndose, como si creyese que soy capaz de pegarle. Me inclino para darle un abrazo y noto que el cuerpo se le tensa.

—Gracias por recogerme la habitación, eres la mejor madre del mundo. —El cuerpo se le destensa levemente—. He saltado porque otra vez me duele mucho el brazo.

—Pero, Becky, cómo no me lo has dicho. —Se aparta y me coge el brazo para mirar con atención la parte vendada—. Mañana tienes la cita en el hospital. ¿Quieres

que llame para ver si te la pueden cambiar a hoy?

—No, está bien así. Puedo esperar a mañana. —Se me había olvidado la cita médica. Se suponía que debía haberme cambiado el vendaje, pero lo cierto es que no sentía el menor deseo de ver lo mal que estaba la herida.

—Vale, bueno, entonces voy a traerte ibuprofeno y a prepararte un té antes de que vayas a ver a Lizzie.

—Vale, mamá, gracias.

Se marcha de mi habitación y cierra la puerta suavemente al salir. Me sabe mal haberle hablado en ese tono, pero parece que a ella le ha afectado desproporcionadamente, como cuando se le cayó la taza en la cocina.

Ahora que tenía esta nueva vida, me negaba con uñas y dientes a renunciar a ella. Había pasado tanto tiempo viviendo con la sensación de estar tan perdida y sola que había empezado a parecerme normal. Al principio pensé que lo que pretendía sacar de este juego era libertad y protección, pero ya no se reducía solo a eso. Estar rodeada de una familia me producía una sensación alucinante; tener una madre otra vez era mucho mejor de lo que había imaginado. A mi pesar, estaba empezando a interesarme por ella de verdad. Pero ahora sé que, para tenerla bajo control, no tengo más que recurrir a la ira (aunque espero que no sea necesario).

Me arrodillo y miro debajo de la cama. El paquete de cigarrillos sigue en su sitio. Voy a tener que encontrar otro escondite. De adolescente escondía condones en las bolas que formaba con las parejas de calcetines, a lo mejor podría ser buena idea ahora también. Abro el cajón de la ropa interior de Bec y saco una pelota de dos medias de punto de uniforme escolar. Al deshacer el bulto y separar cada media, un objeto pesado cae al suelo. En un primer momento, cuando lo recojo, no entiendo qué es. Entonces me doy cuenta. Es una alarma de tinta. De esas que ponen las tiendas en las prendas de vestir para que, cuando trates de arrancarlas, salpiquen tinta por todas partes. Alrededor del dispositivo hay un pedacito redondo de tela, cortado tan a la perfección que no puedo por menos de sonreír. Guardo el chisme entre los calcetines y revuelvo entre el cajón de la ropa interior a ver si doy con otra opción. Al fondo del todo, en una de las esquinas, hay una fotografía, plegada dos veces hasta formar un cuadrado de papel. Es un primer plano de Bec, más joven, con una amplia sonrisa. Tiene cogido un gatito atigrado de tonos marrones, y junta la mejilla contra la coronilla del animalito.

Me siento en la cama sin apartar los ojos de la fotografía. El gato no es Hector, que es blanco y negro. Debe de tratarse de una mascota anterior. Se le ve el collar alrededor del cuello, con el nombre de «Molly» grabado en él. Qué raro que Bec escondiese algo así. Dejo la foto en la cama y siento que me invade una sensación de tristeza. Acabo de reproducir los últimos pasos que dio esta chica. Si de verdad

raptaron a Bec de esa manera, en la calle, lo más seguro es que no siga con vida. Su familia cree que ha vuelto con ellos, pero lo cierto es que no va a volver nunca. Por un instante, me pregunto si su cuerpo estará cerca de allí, un montoncito de huesos escondidos en alguna parte de esta población. Me estremezco; será mejor que no piense en ello.

Marco de nuevo el número desde el que me mandaron el mensaje de texto y vuelvo a escuchar el mismo mensaje de «apagado o fuera de cobertura». Me pongo a darle vueltas al móvil sobre la palma de la mano mientras medito sobre si responder o no con otro mensaje. Al final decido que es mejor no echar más leña al fuego. Sea quien sea esa persona, no quiero cabrearla.

En quien realmente debería estar pensando es en Andopolis. Se le está acabando la paciencia conmigo. Más aún, está empezando a dudar de mí. El tipo que iba al volante de esa furgoneta no podría echarme el guante si cuento a mi alrededor con la seguridad de la policía y de la familia, pero, al primer error, Andopolis podría meterme entre rejas durante mucho tiempo. Tenía que darle algo, algún detalle que desviara su atención hacia otro lado.

Tecleo el nombre de Rebecca en el buscador de mi móvil. Aparecen trecientas páginas de resultados. Hago clic en una al azar: «La policía teme que el cadáver de Rebecca Winter resultase carbonizado y sea imposible recuperarlo». El enlace abre una página y una foto de Andopolis encabeza la noticia. Tiene el pelo muy negro y no hay ni rastro de flacidez en su rostro, pero se le ve cansado. Está de pie, detrás de un atril, con la boca abierta pues está pronunciando unas palabras. Leo por encima el artículo.

El investigador jefe de la policía Vincent Andopolis anunció hoy que la policía teme que el cadáver de Rebecca Winter fuese pasto de las llamas durante los incendios registrados en Canberra el 18 de enero.

«Seguimos investigando si Rebecca desapareció por voluntad propia o si fue víctima de algún tipo de trampa», declaró. «Sin embargo, la proximidad de los incendios a la vivienda de los Winter y el momento de su desaparición han llevado a la Policía de Canberra a considerar que tal vez ya no sea posible recuperar sus restos».

La cabeza se me llena con la imagen de su rostro, tan parecido al mío, envuelto en llamas. Ardiendo. No quiero ni pensarlo.

«He prometido a la familia Winter que, si su hija sigue viva, la encontraré».

El investigador Andopolis no quiso responder a preguntas acerca de si hay algún sospechoso en estos momentos.

Lo único que deseo hacer es quedarme en casa. Estar aquí con la madre, tal vez cocinar juntas. Me siento molida, agotada a más no poder y es cierto que el brazo me

duele de nuevo. Pero me toca ir a ver a Lizzie. Cuando vino ayer no se quedó mucho rato. Se había plantado en la puerta llorando e hipando y diciendo que iba a tener que volver a su oficina, pero sin decidirse a marcharse. Al final me hizo prometerle que me acercaría a verla hoy; me mandó su dirección en un mensaje de móvil y añadió una carita sonriente. Es lo último que quiero hacer, pero por lo que se ve todo el mundo piensa que debería estar deseando ver a Liz. Al fin y al cabo, era la mejor amiga de Rebecca. Rehuirla sería sospechoso.

Me visto a toda velocidad, después de encontrar el vestido más adulto que puedo en el armario de Bec. Lizzie ayer estaba impecable, a pesar de haberse puesto a llorar a moco tendido; me sentiría rarísima si me presentara con atuendo de niña. Me decido a llevar el paquete de tabaco sin más, es más fácil que dejarlo escondido y así a lo mejor hasta tengo la oportunidad de fumarme uno a hurtadillas si puedo disfrutar de un minuto a solas. Cuando bajo, me espera un té encima de la mesa de la cocina, al lado de una caja de ibuprofeno.

—Te vamos a llevar nosotros a casa de Lizzie en vez de mamá, ¿vale? —dice uno de los gemelos entrando en la cocina.

—¡Casi no hemos pasado un rato a solas contigo! —exclama el otro desde el salón.

—¿Seguro que no es demasiada molestia? —pregunto. Había albergado la esperanza de aprovechar el paseo indudablemente silencioso con la madre en el coche para tramar mi estrategia para el rato que iba a pasar con Lizzie.

—Qué va, nos pilla de paso —responde el primer gemelo, apoyado en el quicio de la puerta—. Voy a ir a ver a unos compañeros de la facultad de medicina que trabajan en el hospital de aquí.

Entonces este debe de ser Andrew.

—Vale, gracias. —Trago rápidamente los analgésicos con ayuda de un vaso de agua y dejo el té intacto. Al salir por la puerta, veo que la madre está limpiando el polvo de las impolutas estanterías del salón—. Adiós, mamá —le digo.

—Adiós —responde ella, sin volverse para mirarme. Me quedo parada unos segundos, pero ella sigue limpiando el polvo como si yo no estuviese allí.

—Vamos —dice Paul a mi espalda. Me doy la vuelta para salir de la casa y recorro el camino de acceso hasta el coche. Andrew me deja el asiento delantero, al lado de Paul, y él se sienta detrás. Me muero por un cigarrillo.

Paul se inclina hacia delante y toca con cuidado la huella amarillenta de la magulladura que aún queda en un lado de mi cara.

—¿Duele?

—Bah —respondo. Ya prácticamente ha desaparecido.

Paul me sonrío.

—Bien.

—¿Se te hace raro haber vuelto? —pregunta Andrew mientras Paul saca el coche de su estacionamiento.

—Es genial —contesto, volviéndome hacia él. Lleva el pelo cepillado hacia delante, mientras que Paul se lo peina hacia atrás con gomina. Tendré que recordar ese detalle, por lo demás son como dos gotas de agua, hasta en las pecas.

—Te hemos echado mucho de menos —dice. De nuevo, me impacta su atractivo físico. Lo atractivos que son los dos. Casi me ruborizo, y me giro de nuevo hacia delante. Se supone que soy su hermana.

—Yo también a vosotros —respondo.

—Estupendo —comenta Paul—, no queremos que vuelvas a irte.

Me quedo mirando su perfil. Qué comentario tan extraño. Es como si pensase que Bec decidió marcharse por su propio pie. Entonces entiendo lo que ha querido decir; entiendo por qué han estado tan distantes conmigo. En el fondo, deben de creer que Bec se fugó. Deben de pensar que ella abandonó a la familia.

—No fue mi intención marcharme —aseguro en voz baja—. No tuve opción.

Ellos no dicen nada.

—Os quiero más que a nada en este mundo —añado, tratando de que mi voz se tiña de todo el dolor y de todo el amor posibles.

—Lo sabemos —dice Paul—, y nosotros también te queremos.

—¡Ven aquí! —exclama Andrew, y se aúpa hacia delante para rodearme con sus brazos desde el asiento trasero—. ¡Sí que nos hemos puesto sensiblones enseguida! —me susurra al oído. Noto un cosquilleo en las zonas de mi piel que él toca y trato de desviar la atención de esa sensación.

—Sí, pensé que Andrew se echaría a llorar desconsolado en cualquier momento.

—¿Y tú qué? Me acuerdo de que cuando éramos pequeños te tirabas la noche entera llorando por Bec —dice Andrew, y los dos se ríen. A mí me resulta un comentario un tanto duro pero me río con ellos, pues no quiero perder esta camaradería recién estrenada.

Paul para el coche delante de una casita de ladrillos blancos.

—¡Adiós, granito de arroz! —dice. Yo deduzco que debe de ser la casa de Lizzie.

—¡Adiós, chicos! —me despido a mi vez, saliendo ya del coche. Me siento aliviada de poner fin a la escena y, a partes iguales, temerosa de lo que sucederá a continuación.

Mientras me dirijo hecha un manojo de nervios a la puerta de la casa, intento pensar qué papel le gustaría a Lizzie verme interpretar. Me viene el recuerdo de las niñas de mi colegio que se hacían amigas a muerte, siempre juntas, brincando con los brazos entrelazados y diciéndose cosas graciosas que solo entendían ellas. ¿Cómo me las compondría yo para simular algo semejante?

En el vídeo que me puso Andopolis, Liz había dicho que Bec y ella tenían una relación de amistad tan estrecha que hasta se había dado cuenta del cambio en su postura corporal. Los diez años transcurridos corren a mi favor, pero aun así... Esto va a ser un marrón. Me pregunto si tendré tiempo de fumarme un cigarro a escondidas antes de entrar en la casa, pero antes incluso de llamar a la puerta ella abre.

—¡Hola, nena! Me pareció que te oía venir por el camino. Pasa.

Me dice todo eso sin mirarme y, acto seguido, da media vuelta. Yo entro detrás. La casa está decorada con buen gusto, muebles sencillos y cuadros en todas las paredes.

—Había pensado que podríamos sentarnos fuera, pero hace fresco, así que he preparado algo de picar en el salón mejor.

—Por mí bien —digo, sentándome en el sofá. Hay una botella de vino tinto en la mesita de centro, con dos copas al lado. Liz está a punto de sentarse en el sillón delante de mí, cuando de pronto se detiene.

—¿Prefieres blanco? Tengo vino blanco en la nevera si prefieres.

—Tinto está bien.

—Muy bien, estupendo —dice, y se sienta. Nos quedamos en silencio durante una milésima de segundo y de repente vuelve a ponerse en pie de un brinco—. Voy a por el queso.

Está nerviosa y ha hecho un esfuerzo enorme. Me alegro de haberme cambiado de ropa antes de venir y de haber escogido este atuendo más adulto. Liz regresa trayendo con mucho brío una tabla de quesos variados y la coloca en la mesita, entre las dos, tras lo cual vuelve a tomar asiento y se inclina hacia delante para reordenar el aperitivo. Yo le cojo la mano.

—Lizzie —le digo mirándola—, para. Soy yo.

Nos quedamos mirándonos la una a la otra sin decir nada durante unos instantes. Luego, se echa a reír con un puntito de histeria.

—Joder, perdóname —exclama—. Esto es tan flipante que ni siquiera sé cómo comportarme.

—Pues entonces descorcha la botella —le sugiero.

—Buena idea.

Lizzie coge la botella, retira el papel metalizado y empieza a meter el sacacorchos. Cuando tira de él para intentar sacar el corcho, me fijo en que le tiemblan las manos. No lo consigue y se echa a reír de nuevo.

—¿Quieres que pruebe yo? —pregunto.

Ella levanta la vista hacia mí. Los ojos se le llenan de lágrimas y se tapa la boca con una mano.

—¿Dónde has estado, Bec? —susurra—. ¿Qué ocurrió?

—No me acuerdo de nada —respondo en voz queda. Por primera vez me siento

fatal por decirlo. Lizzie quiere desesperadamente respuestas y yo no puedo dárselas. Bajo la mirada a mi regazo mientras ella rompe a llorar. Espero a que se le pase. Mientras estoy así, noto que algo me ronda la cabeza. Algo que mi subconsciente sabe que es importante, pero no sé exactamente de qué se trata.

—Perdona —dice, interrumpiendo mis cavilaciones—. Lo siento mucho. No era mi intención.

—No pasa nada. —Ojalá la gente dejase de pedirme perdón. Está empezando a crearme sentimiento de culpa. Liz deja la botella en la mesa y se levanta para ir a por unos clínex. Cojo el vino y lo descorcho, lo que produce un leve estallido. Lleno las dos copas y, aprovechando que ella me da la espalda, me bebo rápidamente la mía y la relleno al mismo nivel. Lizzie se sienta de nuevo enfrente de mí, con la cara enrojecida y el rímel ligeramente emborronado, mientras el calor del alcohol recorre mi organismo.

—Salud —digo, tendiendo la copa.

—Salud —contesta ella, y entrechoca la suya con la mía.

—Por cierto, tu casa es preciosa —observo, tratando de llevar la conversación a un terreno seguro.

—Gracias.

—¿Vives sola?

—Sí, me la compré hace solo un año. Últimamente me he vuelto un tanto hogareña.

—Bueno, a mí me va bien también no salir mucho. Me gustaría estar un tiempo sin hacer gran cosa. —Me inclino hacia delante y pongo una buena cantidad de queso en una galleta salada.

—Es lógico —dice ella—. Pero es una pena. Habríamos podido ir al Gus's y pedir unos huevos.

—Algo tarde para el desayuno, ¿no? —respondo yo riéndome. Doy un mordisco al queso, perfectamente cremoso y contundente. Al levantar la cara veo que me está mirando con gesto extraño. He debido de decir algo inapropiado. Me quito la chaqueta con la esperanza de distraer su atención si me ve el brazo vendado.

—¡Me acuerdo de cuando cogimos ese! —exclama mirando el vestido Scanlan & Theodore de color verde azulado que llevo puesto.

—Yo también —respondo—. Me costó como cincuenta horas de envolver Big Macs.

De nuevo me mira con cara rara. Entonces alguien llama a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es? —pregunto.

—Ni idea, no esperaba a nadie. —Mientras se levanta del sillón, me dedica otra curiosa mirada.

Recuerdo entonces la alarma de tinta en el cajón de Bec. Qué tonta. Pues claro debió de robar el vestido. Trato de pensar en algo para arreglar la metedura de pata, pero ella ha ido a abrir la puerta.

—No es buen momento —Oigo que dice.

—No te enfades. —Es una voz de tío—. No soporto cuando te enfadas conmigo.

—Pues entonces no lo hagas.

—Venga, déjame entrar. Podemos hablar de ello como es debido.

—Te digo que no es buen momento.

—Qué tonta te pones.

—¡De qué vas!

—Entonces, ¿a qué viene tanto misterio? —Oigo pisadas.

—¡Jack! ¡Quieto!

Miro a mi espalda y veo a un tipo alto y desmelenado, parado en la puerta del salón. Cuando me ve, se le abren los ojos como platos y se le descuelga la mandíbula. Es un gesto al que estoy empezando a acostumbrarme, de impacto e incredulidad, como si hubiesen visto un muerto viviente.

—Hola —digo.

—¡Ven aquí! —exige Liz, tirando de él para llevárselo a la cocina. Él se deja arrastrar mientras me mira sin apartar la vista hasta que está totalmente fuera del salón.

—¿Pero qué coño...? —oigo que susurra.

—Ha vuelto —murmura Lizzie a su vez.

—¿Dónde estaba?

—No lo sé, tiene como amnesia o algo así.

Se hace un silencio. Sonrío. Eso de la amnesia ha sonado tan absurdo.

—¿Por qué no me dijiste que había vuelto? —Alza la voz—. ¡Soy tu hermano!

—¡Yo misma acabo de enterarme!

—¡Da igual! Deberías haberme llamado.

—Tenía que ser prudente. No nos interesa que se enteren los medios de comunicación.

—Pero qué dices. No se trata de eso, sabes que no diría nada.

—¡Es muy importante, en serio! Además, estaba cabreada contigo.

—¡Bueno, pues ahora soy yo el que está cabreado contigo!

Sale de la cocina hecho un basilisco y viene de nuevo al salón.

—Hola, Bec —me dice—. Perdona que me quedase pasmado, no lo sabía.

—No pasa nada —respondo, con una sensación extraña por estar sentada mientras ellos dos me miran desde la otra punta del salón, inmóviles.

—Supongo que debería irme —comenta Jack mirando al suelo, de modo que el

flequillo le tapa la cara.

—¿Te importaría acercarme a casa? Estoy bastante cansada —le digo a Liz. En realidad me da miedo volver a meter la pata. Hablar con Liz es como pisar un campo de minas. Conocía a Bec demasiado bien.

—¿Ya? Bueno. Claro.

—Sí. O sea, no. Te llevo —dice él, haciéndose un lío. Me levanto y me vuelvo a poner la chaqueta.

—Gracias por todo, Liz. Es una pasada verte.

—Lo mismo digo —contesta ella, pero se la ve dolida y confundida.

Jack y yo vamos hacia su coche, que está aparcado al otro lado de la calle. Él no deja de mirarme por el rabillo del ojo, pero, cada vez que le miro yo, aparta la vista.

—Ten cuidado, te vas a chocar con algo —le digo.

Él se ríe.

—Debo de estar impactado, supongo —responde mientras abre la cerradura del coche. Entra en el vehículo y se inclina para quitar el seguro de mi lado. Es un coche destartalado y viejo, la funda de los asientos está rota. Parece demasiado bajo para él, que tiene que doblar un poco el cuello para no tocar el techo. Cuando me abrocho el cinturón de seguridad, lo pillo mirándome con interés otra vez. Quisiera saber cuánto se conocían Bec y él.

—Bueno, qué, ¿vas a seguir mirándome pasmado o me vas a dar un abrazo? —pregunto.

—Perdona, menudo lelo estoy hecho —dice, se inclina hacia mí y me estrecha con delicadeza. Inesperadamente, el contacto me produce un cosquilleo.

Pone en marcha el motor y arranca el coche. Si soy capaz de poner a Jack de mi parte, puedo utilizarle para que convenza a Liz por mí. Soy consciente de que hoy lo he liado todo un poco. Voy a tener que hacer algo para paliar los daños.

—¡No me puedo creer que no me lo contase! —grita él de repente.

—Dijo que estaba cabreada contigo —digo yo.

—¿Lo has oído?

—Bueno, no sois las dos personas que mejor susurran del mundo.

—Perdona. Igualmente, debería habérmelo dicho.

—Estoy de acuerdo, tendría que habértelo contado. —A la gente le gusta que te pongas de su parte.

—Gracias —dice él, y detiene el coche en un semáforo. Se vuelve para mirarme otra vez, pero ahora con otra expresión. Su gesto de conmoción ha desaparecido y me sonrío con afabilidad. Me mira con asombro, como si fuese una especie de bella

criatura mística. Bec le atraía. Yo le atraigo.

—Deberías pedirle mi número a Liz —le propongo—. Molaría salir algún día a tomar algo.

—Ah. Sí. Molaría... —Se le suben los colores. Entonces, el coche que va detrás nos pita y él da un respingo y vuelve a mirar de frente. El semáforo se ha puesto en verde y los coches que estaban delante de nosotros ya han desaparecido por la curva.

—Coño. Mierda. Ostras, perdón —dice, cambiando de marcha. Yo me río. A lo mejor también él me atrae un poco a mí.

Echo la vista atrás, a los conductores enfadados. En ese momento veo algo que hace que el corazón se me pare. Unos coches más atrás, la furgoneta negra. Giro todo el cuerpo mientras vamos ganando velocidad, pero el sol se refleja en las ventanillas tintadas de la furgoneta y no se ve la cara del conductor.

*Bec, 13 de enero de 2003*

Tenía algo metido en la boca, algo que le impedía respirar. Se despertó jadeando sobresaltada. Al tocarse la cara, una sustancia suave y caliente le pringó los dedos. Lizzie no pudo contener más tiempo la carcajada.

Bec se miró la mano. Estaba toda manchada de chocolate líquido.

—¡Hija de puta! —chilló.

No era la primera vez que Lizzie le gastaba este tipo de broma cuando Bec se quedaba a dormir en su casa. Le ponía perlas de chocolate en los labios e iba amontonándolas, a ver lo alto que conseguía hacer el montículo antes de que Bec se despertara. Esta saltó encima de Lizzie y empezó a restregarle chocolate por toda la cara. Lizzie trató de apartarla dándole con la almohada, mientras soltaba agudos gritos.

La puerta de la habitación se abrió y el padre de Lizzie asomó la cabeza, calva y brillante.

—¿Todo bien, niñas? —preguntó, y a continuación las miró de hito en hito lentamente—. No interrumpo, ¿verdad?

Bec se dio cuenta del aspecto que debía de tener: casi sin vestir y montada a horcajadas encima de Lizzie. Se bajó y se tapó la camiseta con las sábanas.

—¡Papá! —protestó Lizzie. El hombre enarcó las cejas, mirándolas, y volvió a cerrar la puerta—. ¡Dios, qué molesto puede ser a veces!

—No es tan malo. Por lo menos tiene sentido del humor —replicó Bec.

—Sí, supongo. —Liz trató de limpiarse el chocolate de las mejillas.

—¡Me pido *primer* para la ducha! —exclamó Bec, y saltó de la cama antes de que a Lizzie le diese tiempo de detenerla.

Se dio una ducha rápida con agua fría, el tiempo justo para quitarse los restos de chocolate derretido y la sensación de sueño.

Bec se alegró de haberse quedado a dormir. Se lo había pasado genial viendo *Atrápame si puedes* en Manuka y la idea de volver a casa y angustiarse esa noche con aquella cosa que se escondía en su cuarto le parecía absurda. Realmente estaba lista para guardar esa historia en el baúl de los recuerdos.

Mientras regresaba corriendo al dormitorio de Lizzie con la toalla enrollada alrededor del cuerpo, le llegó el sonido de la música *metal* que acababa de poner Jack en su cuarto. Qué marcianada escuchar eso nada más levantarse. Al entrar en la habitación de Lizzie, cerró la puerta para no tener que oírlo y se quedó mirando a su amiga, que estaba rebuscando entre su ropa. Canturreaba en voz baja al son de la radio y meneaba el trasero a la vez.

Bec no pudo evitar unirse al baile.

—Y digo yo: hace tanto calor que quítatelo *to'* —recitó Bec, jugando a rapear. Lizzie se dio la vuelta muerta de risa.

—¡No tiene ni pies ni cabeza!

Bec se sentó en la cama de un salto, contorsionándose en broma al ritmo de la música, con la toalla por única prenda.

—Estoy tan sudorosa que huelo a salsa rosa —cantó poniendo falsete, mientras trataba de seguir la melodía.

—¡Puaj! —exclamó Lizzie, y empezó a atizar a Bec con la toalla que llevaba en el hombro, riéndose.

Le encantó la escena, parecía sacada directamente de alguna película.

—¡Cielo santo, qué buena estás! —le dijo a Lizzie marcando exageradamente el acento australiano.

—¡Ay, madre mía, que me da un patatús, qué supersexi que eres, nena! —dijo Lizzie a su vez. Desternillándose de risa, se fue al cuarto de baño. Al salir dejó la puerta entornada. Bec se quedó sentada en la cama, jadeando. Qué poco le había durado el frescor de la ducha, porque ya estaba empezando a sudar. Mientras se ponía las braguitas y el sujetador, por un instante sintió la esperanza de que Jack pasase por delante y la viese. Pero no fue así. Se vistió otra vez con su vestido veraniego del día anterior y se acercó a la puerta de él como quien no quiere la cosa.

Jack estaba tumbado en su cama, vestido de pies a cabeza. Bec se apoyó en el quicio, colocándose en lo que esperaba pareciese una postura relajada e involuntariamente sexi.

—Eh, ¿qué tal? —dijo. Él levantó la vista y se quedó blanco. Entonces, rápidamente, se incorporó para sentarse.

—Hola. —Se apartó el flequillo de los ojos y la miró intensamente. A ella le vino a la mente el Jack de hacía unos años: un chaval de mejillas sonrosadas, más mayor que ellas, siempre encantado de jugar con su hermana y su mejor amiga. Ahora, con sus camisetas de grupos de *heavy metal* y sus vaqueros sucios, lucía un aspecto un tanto grasiento.

—¿Por qué escuchas esto nada más levantarte? —preguntó ella.

—No sé, me gusta —dijo él.

Bec echó un vistazo a su cuarto. Lo tenía realmente patas arriba. Había ropa tirada por el suelo y olía a una mezcla de sudor y desodorante en espray. Las paredes estaban empapeladas con pósteres de grupos *heavy*, con uno enorme de Black Sabbath en plata y morado dominando sobre el resto.

—Mejor que Nelly —añadió. La había oído cantar. Qué corte. Él hizo una mueca de sonrisa y por un momento recuperó el aspecto de antes. Si pasabas por alto el acné y las pintas, la verdad es que era bastante mono.

—Nadie es mejor que Nelly —se defendió ella, sin poder evitar devolverle la sonrisa.

—Oye..., perdona lo del otro día —dijo él. Bec tardó unos segundos en entender a qué se refería y entonces comprendió que hablaba de cuando se había chocado con ella estando en biquini.

—Oh, no, no tienes que disculparte. —Deseó que no hubiese sacado el tema.

—Bah. Ya... Es que... En fin, no quiero que pienses que estaba en plan mirón ni nada de eso.

—No lo pienso —respondió ella. Era tan diferente de Luke. ¿Por qué Jack lo estaba haciendo tan incómodo? Si hubiese sido Luke, habría soltado algún chiste sobre archivos de fotos para hacerse pajas, se habrían reído y todo habría vuelto a la normalidad. El sonido del agua de la ducha de Lizzie cesó de pronto.

—¡Hasta luego, pervertido! —dijo Bec, sonriendo de nuevo y marchándose al cuarto de Lizzie sin darle tiempo de reaccionar.

El padre de Lizzie estaba haciendo tortitas abajo.

—¿Tenéis hambre? —les preguntó.

—¡Decidido: tienes el mejor padre de la historia! —exclamó ella dirigiéndose a Liz.

—Solo hace estas cosas cuando estás tú —gruñó Lizzie.

—En realidad, mi idea era chantajearos para que os pusieseis de mi parte en el pequeño debate que mantengo con tu hermano, Liz.

Bec se sentó al lado de Jack, cuya melena teñida de negro le cayó por delante de la cara cuando bajó la vista a su plato vacío. Aunque estaba haciendo todo lo posible por parecer hosco, en el fondo Bec estaba casi segura de que simplemente pretendía tapar su acné para que ella no lo viera. Bec no podía creer que en tiempos le hubiese hecho tilín. Aunque, si era del todo sincera consigo misma, todavía le gustaba un poquito. Esperaba que hubiese entendido que le había llamado pervertido solo en broma.

—¿Es sobre lo de su música otra vez? —preguntó Lizzie.

—Al menos no es esa mierda de quinceañeras que escuchas tú —repuso Jack sin levantar la cara.

—¡Encima! ¡Si justo iba a salir en tu defensa, gilipollas! —dijo Liz.

—Esa lengua —intervino rápidamente su padre.

—Anda ya, papá. Pero si tú eres el que suelta más tacos de los tres —replicó ella.

—Tiene razón —convino Jack.

—Idos al cuerno los dos —dijo el padre de Lizzie, y entonces todos se echaron a reír.

—¿Cuál era el desacuerdo? —preguntó Bec, a quien le encantaba ser miembro honorario de aquella familia. La vida con ellos era fácil y agradable.

—Liz ha acertado. La música. —Dio la vuelta a una tortita en la sartén y rápidamente agregó—: No toda la música, puntualizo. Solo ese insufrible Ozzy Osbourne.

—Son los Black Sabbath, papá, son un clásico —se defendió Jack, mirando aún al plato.

—Sí, lo recuerdo. Pero, en serio, ahora es repugnante. Y ese *reality* con su familia es vomitivo.

—A mí me gusta, ¡es divertido! —intervino Lizzie.

—Bueno, pues eso también me preocupa. Creía que ibais a ser unos jóvenes más inteligentes —dijo el padre.

Lizzie gruñó. Pero el comentario pareció dolerle.

—Si vas a poner su disco una y otra vez, ¿al menos puedes esperar a que me haya ido a la oficina? —El padre de Lizzie puso la última tortita en el montón y apagó el fuego.

—Sé por qué no te gusta —replicó Jack.

—¿Por qué?

—Porque arranca cabezas de murciélagos y palomas a mordiscos encima del escenario.

—¡Pero si es un montaje! —repuso Lizzie.

—¡Qué dices!

—Comeos las tortitas antes de que se enfríen —les dijo su padre.

Bec se quedó mirando a Jack mientras este cortaba su tortita. Se le revolvieron las tripas y notó un leve mareo; un sudor frío le perló la frente. No podía quitarse de la cabeza la imagen de ese señor mayor al que había visto en el programa de la tele, arrancándole la cabeza a un murcielaguito de un bocado: el pobre bicho retorciéndose para tratar de escapar, la sangre saliendo a chorro de su cuerpo sin vida. ¿Cómo podían reírse con aquello como si no fuera nada del otro mundo? Intentó quitarse la imagen de la cabeza, pero le volvía una y otra vez como un vídeo en bucle.

—No me digas que estás a régimen...

—Déjala en paz.

El chirrido de los cuchillos contra los platos del desayuno se mezcló con el chillido del murcielaguito. Se imaginó a Ozzy, con su melena negra y sus ojos negros, escupiendo sangre, sonriendo. Había sangre por todas partes. El olor le entró por la nariz, inconfundible, como si estuviese oliéndola de nuevo en la realidad. Un olor metálico y acre, tan fuerte que casi podía sentir su sabor en la lengua.

Había salido muchísima sangre.

—¿Está bien?

El bucle se detuvo y Bec se dio cuenta de que estaban todos mirándola.

—Chicos, acabáis de quitarme el apetito —dijo. Pero había sonado extraño.

—Estás pálida. Pensé que habíais dicho que anoche fuisteis al cine, ¿no?

—¡Y eso hicimos!

—Me marchó ya —dijo Bec, con un tono algo más normal—. Acabo de recordar que se suponía que tenía que ir a desayunar con mi madre. ¡Me va a matar!

En cuanto estuvo fuera de la casa de Lizzie, comenzó a encontrarse mejor. *Inspira por la nariz, exhala por la boca*. Era lo que su madre le había enseñado que tenía que hacer cuando sintiese náuseas. Estaba dando resultado. Seguía haciendo bochorno y el calor apretaba, lo cual curiosamente la calmó. El calor eliminó el escalofrío que le había recorrido el cuerpo. Se daba cuenta de que se había puesto en ridículo. Sin duda Lizzie y su familia estarían hablando de ella en esos momentos. Pero no le importaba, porque de pronto algo había empezado a marchar muy mal y había tenido que salir de allí. Una vocecita, en algún rincón de la cabeza, le decía que se estaba comportando como un bicho raro. Como si estuviera loca. Respiró hondo de nuevo y sonrió, tras lo cual las imágenes del verano anterior pudieron desaparecer al fin como el agua por un desagüe.

No estaba loca. Cualquiera que la viese en ese momento pensaría que tan solo era una chica joven andando hacia su casa. Que era exactamente lo que era. Y eso no tenía nada de raro.

El alquitrán del asfalto había empezado a derretirse. Se le habían clavado un par de piedrecitas en la suela de las sandalias. Intentó quitárselas mientras caminaba, en vez de pararse, pues su piel le hizo recordar intensamente que de nuevo se había olvidado de echarse crema protectora. Las pecas no le importaban, pero desde luego no quería que le salieran más. Había una niña en su colegio de primaria que tenía tantas pequitas anaranjadas que se le juntaban en las mejillas y parecía una especie de sarpullido extraño. No, no quería eso para nada.

Tal vez podía pasar por el curro antes de ir a casa. Solo serían diez minutos más de paseo. Podría decirle a Luke que sus padres estaban haciendo la compra por allí

cerca y que ella estaba esperando a que terminasen. O a lo mejor podía decirle que era ella la que había salido a hacer la compra; eso parecería más de mayor. Entonces, notó aquella sensación de nuevo. La sensación de que alguien estaba observándola.

Bec bajó la cabeza y siguió andando. Pasó por delante de la parada del autobús y cruzó el parquecito, camino de Manuka. Le gustaba ese parque, era como un pequeño oasis en el que poder tomarse un respiro de la cruel canícula. La sombra de los árboles la refrescó y le hizo de parapeto contra el incesante reflejo del sol en el asfalto, de modo que durante unos minutos pudo dejar de pestañear. No pensaba mirar a su alrededor. No. No iba a permitir que esa estúpida sensación se adueñase de ella. No estaba loca. Entonces oyó las pisadas. Unas pisadas reales, consistentes. Corriendo en dirección a ella. Estaba a punto de darse la vuelta, cuando el mundo se tornó blanco.

Se sentía como si estuviese flotando. Los brazos y las piernas eran ingravidos de repente. Su mente se debatía, trataba de agarrarse a la consciencia, pero no lo conseguía; todo estaba dominado por una sensación nauseabunda.

Abrió los ojos. Ante sí solo alcanzaba a ver sus propias células sanguíneas, sus diminutas células meciéndose ligeramente al viento.

—¿Me oyes?

Quiso responder, pero no acertaba a abrir la boca.

—Tiene los ojos abiertos.

—Estoy bien —logró decir, e intentó sentarse.

Unas fuertes manos de mujer la obligaron a recostarse de nuevo.

Parpadeó y tragó saliva. Le pesaban las extremidades, la sensación de liviandad había desaparecido. Ahora le parecían pedazos muertos de carne que no le pertenecían.

Podía notar la áspera hojarasca bajo la yema de los dedos. Al levantar la vista, se dio cuenta de que no eran células sanguíneas lo que veía, sino las motitas de los haces de luz que se colaban entre los árboles. Moviéndose ligeramente la cabeza hacia un lado y vio el rostro de un hombre de mediana edad como flotando delante de sus ojos.

—¿Qué ha pasado? —dijo ella.

—Creo que te has desmayado por el calor. Oímos la caída.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Era una voz de mujer, procedente del otro lado.

—Mmm... sí, estoy bien. —Bec intentó incorporarse de nuevo y esta vez la señora no se lo impidió. Estaba bastante atontada, pero no quería dejar que la tumbase otra vez. Tanteando con cuidado, se tocó la zona posterior de la cabeza y un dolor intenso le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Cuando se miró la mano, tenía las

yemas de los dedos manchadas de sangre.

—Creo que alguien me ha dado un golpe en la cabeza —dijo.

Los señores se cruzaron una mirada.

—No lo creo —contestó el hombre—. Vinimos rápidamente y no había nadie sospechoso por aquí.

—Has debido de golpearte tú sola al caer, cariño. ¿Quieres utilizar mi móvil para llamar a tu madre?

—Tengo, gracias —respondió Bec.

Bec fue a abrir el bolso, pero las manos empezaron a temblarle al intentar abrir el cierre. La señora se agachó y se lo abrió.

—Gracias —dijo, y de pronto le entraron ganas de llorar.

Tragó saliva y buscó el número de su padre. Casi superó el máximo de timbres de llamada antes de que él respondiese.

—Hola, Becky —respondió él, su voz casi inaudible a causa del ruido de fondo.

—Papá —dijo Bec intentando que la voz dejase de temblarle—, me he desmayado.

—Oh, no, Becky, pobrecita. Debe de haber sido el calor. Hoy está pegando fuerte.

—Se le oía extrañamente alegre y las palabras se le juntaban un poco unas con otras.

—Mmm..., ¿puedes venir a buscarme? No me encuentro muy bien.

Un largo silencio. Bec oía un tintineo de vasos. Estaba en un bar.

—Pues ahora mismo no voy a poder, corazón. ¿Puedes llamar a tu madre?

—Vale.

Cuando colgó, le ardía la cara.

Bec apoyó la cabeza en la ventanilla del coche en el trayecto a casa. Su madre no paraba de hablar, pero ella había dejado de prestarle atención. Apenas le había preguntado a Bec si se encontraba bien y, acto seguido, se había puesto a hablar de los gemelos. Estaba preocupada por si se estarían aburriendo en casa y se planteaba pedir unos días de permiso para poder llevarlos a algún sitio. La cuestión era que Bec no tenía claro que se encontrase bien. Se sentía extrañamente fría y le seguían temblando las manos. En parte, deseaba gritar a su madre. Chillar y gritar que la necesitaba. Decirle que empezaba a tener miedo. Pero iba a dar lo mismo. Sus padres estaban siempre más centrados en los chicos. Así eran las cosas y punto.

Había tenido que esperar media hora a que llegase su madre, y el matrimonio, Tony y Fiona, no había querido dejarla sola. Tony le llevó una Coca-Cola, que le sentó bien a pesar de que por lo general aborrecía ese refresco. Pero al cabo de un rato lamentó que no se hubiesen ido. Bec no lograba entender qué demonios había pasado exactamente. Estaba segura de que había oído unas pisadas antes de desvanecerse,

pero ellos habían dicho que no había nadie con pinta extraña por los alrededores. Bec ya se había sentido bastante rara esa mañana, podía haber sido un golpe de calor. El día anterior había estado esperando en Manuka un par de horas a que Lizzie saliese de trabajar y había hecho un calor brutal. Su móvil emitió un pitido.

«Llevo todo el día pensando en ti. Espero que vaya todo bien».

Era como si lo supiese. Como si Luke pudiese captar su dolor a distancia. Empezó a sentirse un poquito mejor.

El coche entró en el camino de acceso del garaje. Al salir, a Bec le temblaban las piernas. La puerta de la casa parecía estar lejísimos. Un brazo fuerte la rodeó.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó su madre, centrada su atención en Bec finalmente.

—Me parece que me sangra la cabeza —respondió ella.

—Ay, Becky, pero qué patosa... A veces puedes ser una florecilla delicada, ¿eh? —Sonreía a su hija, y ella no pudo por menos de sonreírle a su vez. Todo su resentimiento se evaporó.

Andando hacia la entrada, comenzó a sentir que se recuperaba, y eso que estuvo a punto de tropezar con las bicis de sus hermanos. Cuando abrió la puerta, soltó una carcajada al encontrarse con que Paul y Andrew esperaban sentados en la escalera, con los bañadores puestos.

—¿Pero qué hacéis en bañador dentro de casa, so pánfilos? —dijo.

—¡Bec! —dijo su madre a modo de advertencia.

—Ellos saben que lo digo en broma, ¿verdad que sí?

Pero los chicos no dijeron nada y simplemente se quedaron mirando a Bec, dos rostros idénticos con el mismo gesto inexpresivo. Entonces se acordó: se suponía que los iba a llevar a la piscina.

—¡Nos dijiste que íbamos a pasar todo el día juntos y ni siquiera has dormido en casa! —gritó Paul.

No dijeron nada más. Solo la miraron con odio. A ella le dieron ganas de llorar. No podía creer que se le hubiese olvidado. Habían debido de estar esperándola toda la mañana, preparados para ir a la piscina, y poco a poco habrían ido dándose cuenta de que no iba a ser así.

—Vaya, lo siento mucho.

—Otro día los llevas. ¿No? —El afecto había desaparecido de la voz de su madre.

—Sí. Prometido.

—Bien. Y ahora vamos a echar un vistazo a tu cabeza.

Bec fue tras ella al cuarto de baño, compungida. Su madre encendió las bombillas de infrarrojos del techo y le examinó el cuero cabelludo. Humedeció una bola de algodón y la aplicó en la herida con ligeros toques, lo que hizo estremecerse de dolor

a Bec.

—Tenías razón, está sangrando. Pero no es grave, solo un corte. Has debido de golpearte con algo al caer.

—No sé si fue eso. ¿Y si me hubiese golpeado alguien?

—No digas tonterías.

Bec deseó que su madre apagase las bombillas de infrarrojos, estaban consiguiendo que la cabeza le martillease por dentro. Su madre la miró acercándose al espejo.

—No estás mareada, ¿verdad?

—No —mintió Bec.

—¿Ves borroso?

—Estoy bien —respondió Bec. Pero a decir verdad lo único que quería era poder tumbarse sobre las baldosas frías. Su reflejo en el espejo estaba empezando a moverse a los lados, ante su mirada.

—Estupendo —dijo su madre—, porque no tienes buena cara. Pensé que a lo mejor tenías una conmoción. Avísame si notas náuseas o cualquier otra cosa, ¿vale? Una conmoción cerebral puede ser algo realmente grave.

—Debe de ser el calor.

—A lo mejor te vendría bien tumbarte un rato, ¿eh?

—Gracias, mamá. —Sin haber tomado conscientemente la decisión de abrazarla, estrechó a su madre con fuerza.

Bec anhelaba poder contárselo todo, todas esas cosas que la tenían preocupada. Pero sabía que no podía. Su madre le dio un abrazo rápido y salió. Nunca había sido muy de dar abrazos. Parecía que la incomodara. Bec se miró de cerca la cara en el espejo. Bajo la luz de las bombillas de infrarrojos, sus pupilas parecían una más grande que la otra. Extraño.

Estaba desesperadamente cansada y cada vez más mareada. Necesitaba meterse en la cama. Pero antes llamó con los nudillos a la puerta de la habitación contigua a la suya.

—¿Puedo entrar?

—¡Lárgate! Prohibido chicas.

—¡Y más aún las gilipollas como tú!

Bec abrió la puerta.

—Si mamá os oye decir esa palabrota, os vais a meter en un buen lío.

—Pues es que eres una gilipollas —repitió Paul. Estaban despatarrados en el suelo. Parecían dos adolescentes incomprensidos, y Bec tuvo que contenerse para no sonreír viéndolos así.

—Ya lo sé. La mayor gilipollas del mundo entero.

—La mayor gilipollas del universo entero —farfulló Andrew. Pero las comisuras

de los labios se le querían curvar hacia arriba.

Bec se sentó en el suelo entre los dos.

—Sé que estáis superaburridos. Debe de ser un asco.

Ellos no respondieron.

—Si me perdonáis, os contaré adónde se me ha ocurrido llevaros para compensaros.

Los chicos se miraron, tratando de decidir si merecía la pena o no, y Bec recordó entonces que muchas veces sentía que la dejaban al margen. Tenían su propio mundo, a cuya orilla la dejaban acercarse solo de tanto en tanto. Su madre le había explicado que habían tardado un año más que la mayoría de los niños en empezar a hablar. Era como si tuviesen su manera de comunicarse entre ellos y no necesitasen nada más.

—Está bien —dijo finalmente Paul.

—¿Qué os parece... Big Splash? —preguntó ella.

Big Splash era el gran parque acuático de las afueras de Macquarie. Incluso a Bec le gustaba. El olor a cloro y a crema solar, los gritos de los niños, gritos de emoción y de pánico en igual medida, el pasarse el día entero comiendo patatas fritas calientes con su toque de sal y salsa de tomate. Era una pasada.

—Bueno, en vuestras manos dejo la decisión de si queréis perdonarme o no —añadió, y se fue hacia la puerta.

—¡Te perdonamos! —gritó Paul.

—Eso pensé. Iremos el martes. ¡No os olvidéis! —dijo, y cerró la puerta rápidamente para que no pudiesen lanzarle ningún objeto.

Bec se metió en la cama sonriendo. Seguía brillando el sol pero no le importó. Estaba mareada y sumamente cansada. Mientras bajaba las persianas y se metía entre las sábanas, se dio cuenta de que tenía que hablar con alguien más antes de poder dormirse. Marcó el número de teléfono de Lizzie y dejó el aparato apoyado entre la mejilla y la almohada. Cerró los ojos. Seguía notando una sensación fortísima de náusea.

—Qué hay, psicópata —dijo Lizzie.

—Hola, perra —respondió ella. Las dos se rieron—. Oye, perdona —añadió al cabo de unos segundos de silencio—. No sé por qué estaba tan rara. Creo que me había dado una insolación o algo así.

—No me pidas perdón, me alegro de que estés bien —contestó Lizzie—. Me quedé preocupada. Todos nos quedamos preocupados. Mi padre hasta salió a buscarte cuando te fuiste.

—¡Qué corte! —exclamó Bec. La idea de que el padre de Lizzie hubiese estado

buscándola en su coche le causó una sensación de extrañeza. Eso la empujó a no querer contarle a Liz lo que había pasado.

—No te preocupes. Mientras tú estés bien...

—Sí, estoy bien.

2014

Alguien está llamando a la puerta de mi cuarto con los nudillos.

—¿Qué? —digo yo desde dentro.

—Tenemos que irnos, tu cita es a las diez.

El hospital. Se me había olvidado otra vez. Miro mi móvil: las nueve y media ya.

—¡Coño! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —grito yo, enojada. Silencio al otro lado de la puerta.

—Perdóname —contesta con voz temblorosa.

Suspirando, me froto los ojos. Cuando abro la puerta de mi cuarto, ella retrocede un paso.

—Perdona, mamá. Me visto enseguida. Gracias por avisarme.

Sonrío y ella me sonrío a mí con inseguridad. Solo llevo treinta segundos despierta y ya tengo la sensación de haber complicado las cosas. Respiro hondo, mientras me prometo a mí misma que de ahora en adelante me lo pensaré bien antes de abrir la boca delante de ella.

Pero si me siento intranquila no es solo por haber disgustado a la madre. He tenido pesadillas. Bueno, una pesadilla, para ser exactos. Una que se ha repetido a lo largo de varias noches. Es un sueño en el que veo a Bec caminando por su calle, sola y asustada. Entonces, la furgoneta negra se detiene a su lado. Bec se gira, sonriendo, sin saber lo que le espera. La ventanilla baja. Dentro del vehículo, la piel del conductor burbujea y se retuerce. Su rostro es una sombra. Alarga el brazo para agarrarla y Bec grita.

Mi chaqueta sigue sobre la silla donde la dejé ayer por la noche y Hector duerme encima de ella hecho un ovillo. La saco de debajo del gato y este me dedica una mirada torva y sale sigilosamente de la habitación. Ha dejado una fina alfombra de pelo sobre mi prenda. Trato de sacudirla, pero la mayor parte de los pelos se han quedado adheridos.

—¡Estoy lista! —digo a voces.

—Te lo has tomado con calma —responde Andrew, que sale de la cocina en compañía de la madre. Lo ha dicho sonriéndome. Anoche los tres nos quedamos viendo la tele juntos, después de cenar. Tras el paseo en coche con ellos, gran parte de la tensión entre nosotros se había esfumado. Además, ahora ya los diferenciaba. Nos reímos bastante con la tele, haciendo chistes sobre la gente que salía en el programa. Aun así, todavía percibía cierta vacilación sutil. Ojalá hubiese algún modo de conocer algún hecho o aspecto especial que pudiese mencionar, algo que ellos hubiesen compartido con Bec. Algo que les hiciera recordar que yo era realmente su hermana y que no me iba a ir a ninguna parte.

Nos montamos todos en el coche, con la madre al volante y el padre en el asiento del acompañante. Detrás, me acoplo entre los dos gemelos. Parecemos la familia ideal.

—¿También vais a venir vosotros dos a la clínica? —pregunto.

—No, pero vamos a aprovechar para que nos acerque al centro —responde Paul.

Compruebo la hora. Es imposible que llegemos antes de las diez si los vamos a dejar en algún sitio de camino.

—Relax, hermanita —dice Andrew, dándome un ligero codazo—, los médicos siempre se retrasan, créeme.

—Eso, relájate —añade Paul, dándome a su vez un codazo por el otro lado.

El coche sale a la calle.

—¡Curva! —exclama Andrew, y se pega a mí con todo el peso de su cuerpo, estrujándome contra Paul, quien está ya aplastado contra la ventanilla.

—¡Eh! —exclamo yo, levantando el brazo para que no me haga daño.

—¡Curva a la izquierda! —vocea Paul, y me aplasta contra el otro lado cuando el coche dobla una esquina.

Los dos se echan a reír como locos y yo no puedo menos que unirme a las carcajadas. No jugaba a esto desde que estaba en el colegio.

—¡Rotonda! —exclaman los dos a la vez.

—¡Oh, no! —grito yo, apretujada desde los dos flancos. Al verlos desternillarse de risa, me puedo imaginar cómo debieron de ser de pequeños. De pronto les cojo más cariño a los dos.

—Pobrecita Becky, que la están aplastando —dice Andrew sin parar de reír.

—Pues tengo mi propia venganza —replico—. Pelo de gato.

—Ostras, mierda —responde él. Su manga está cubierta del pelo blanco que ha pasado de mi chaqueta a su abrigo negro de lana cuando se apretujó contra mí. Intenta sacudírselo—. Maldito Hector —dice entre dientes.

Recuerdo entonces la foto que vi en el cajón de Bec, la del otro gato.

—Yo aún echo de menos a Molly a veces —comento.

Bingo. Andrew levanta la vista hacia mí, con el semblante repentinamente embargado de emoción. Me vuelvo hacia Paul, que me está mirando con la misma expresión que él. Le doy la mano y me apoyo en su hombro. Andrew me coge la otra mano. Y continuamos de esta guisa el resto del trayecto hasta la ciudad.

Por fin los tengo de mi lado. Puedo relajarme en casa. Había deseado que se marcharan, pero ahora me alegro de disponer aún de unos cuantos días más con ellos.

Andrew tenía razón. Aunque llegamos al hospital con diez minutos de retraso, todavía estamos esperando. Los hospitales son los peores sitios de este mundo. Enfrente de nosotros hay una mujer que tose con flemas, produciendo un sonido tal que parece que estuviera a punto de echar los pulmones por la boca. Un desagradable adolescente no para de rascarse por debajo de la camiseta; hace un ruido horrible con las uñas. Las partículas de la asquerosa enfermedad que sea que tiene probablemente estarán flotando en el aire, y me estremezco sin querer. La madre me coge de la mano y me la aprieta. Debe de pensar que lo que me preocupa es el médico. A lo mejor tiene razón. Froto suavemente el vendaje de mi brazo, noto áspera la gasa al tacto. Aunque me ha estado molestando, no quiero que me la quiten. Me da miedo ver lo feo que se me va a quedar el brazo. Recuerdo una y otra vez la imagen del vidrio cortándome la carne.

Por el rabillo del ojo veo una sombra negra. Aquí está. La furgoneta. Aprieto la mano de la madre con más fuerza. ¿Cómo sabía adónde íbamos?

Estoy a punto de señalársela a los padres. Sé que es un error, pero siento una necesidad abrumadora de contarles mis miedos. Entonces oigo unas pisadas de zuecos de enfermera viniendo hacia nosotros.

—¿Rebecca Winter? El médico ya puede atenderla.

El padre me sonrío mientras yo, balanceando las piernas, aguardo a que el médico saque todo el instrumental. Sentada aquí arriba me siento como una niña pequeña. La consulta es demasiado pequeña para tanta gente; el médico, inclinado a mi lado, la enfermera junto a él y los padres de pie cerca de la puerta. Me gustaría saber si es normal que los padres estén presentes cuando el hijo es ya veinteañero.

El médico comienza a quitar el vendaje y contenemos la respiración todos a la vez. La última parte de la venda está pegada a la herida. Es asqueroso. Brilla y forma un extraño montículo, aproximadamente del tamaño de una moneda de cincuenta centavos. La venda levanta la costra y la herida vuelve a sangrar. Yo aparto la mirada, se me revuelven las tripas.

—¿Está mal? —pregunta el padre al médico, quien tiene también cara de no

encontrarse del todo bien.

—No, no. Solo es una herida superficial —explica el doctor. Noto su aliento caliente en el brazo cuando dice esto.

—¿Te encuentras bien? —dice la madre, mirándome con intensidad a la cara.

—Sí —respondo.

Aprieto los ojos del dolor cuando el médico me echa en la herida un chorro de un espeso líquido desinfectante. Me pone un apósito plástico transparente y a continuación cubre la herida con una gasa otra vez.

—Vale, vamos a extraerte sangre y te podrás marchar.

—¿Por qué tienen que sacarme sangre?

—Hemos recibido una orden de la policía, solicitando un análisis de sangre. Tenían que habértelo hecho cuando estuviste aquí la vez anterior —explica sin mirarme del todo. Supongo que cree que podría sentirme avergonzada por haber llorado y haberme arrancado unos pelos.

—¿De Andopolis? —pregunto. Él consulta el informe.

—Sí, Vincent Andopolis —contesta, leyendo el papel.

—Pero ¿por qué? ¿Qué necesitan analizar?

—Pues todo, en realidad. Es un análisis en busca de infecciones y enfermedades. Y un test de sustancias toxicológicas, también. —Y añade entre dientes, de mala gana—: Pero eso habría sido mucho más concluyente si lo hubiésemos hecho cuando viniste la primera vez.

Estoy jodida. Ahora que no le estoy dando a Andopolis lo que quiere, realmente duda de mí. Qué rápido ha dejado de ser ese hombre medio grogui que roncaba en mi habitación del hospital. Me fijo en que la enfermera está preparando una jeringuilla. Al bajar la vista, veo el expediente de Bec abierto encima del escritorio. «Tipo sanguíneo: A+». Sabrán que no soy ella antes de que acabe el día. Todo está a punto de explotarme en las narices. Iré a la cárcel. Perderé a la madre para siempre.

La enfermera viene hacia mí jeringuilla en ristre.

—¡No quiero que haga eso! —exclamo.

—Está bien, cariño, nosotros estamos aquí —dice la madre.

Un pánico horrible acompañado de tembleque brota de mi interior. La enfermera me sujeta el brazo en el que tengo la herida y frota las venas del pliegue del codo con un dedo enguantado en látex blanco. No puedo consentir que me clave esa aguja. Podría fingir que me desmayo. A lo mejor eso es lo que debería hacer. Pero no, porque entonces podrían extraerme la sangre estando inconsciente. La aguja se detiene un instante a poca distancia de mi piel. No tengo elección. De un manotazo, hago que la jeringuilla salte de la mano de la enfermera. Cae al suelo tintineando, el único sonido en medio de un silencio estremecido. Todas las miradas están puestas en mí.

—Rebecca —dice el médico, con patente indignación—, si te vas a poner agresiva voy a tener que pedir que te sujeten. —Su forma de hablar es pausada y firme, pero detecto la ira que subyace a sus palabras.

—No quiero que me saquen sangre —replico.

La madre da un paso al frente y me rodea con los brazos.

—No tengas miedo —susurra—. Solo te dolerá un segundo.

—Nadie me escucha. ¡Estoy diciendo que no!

Al médico se le crispa la cara.

—Es una orden de la policía, Rebecca. Mira, podemos hacer que vengan de seguridad para sujetarte, podemos hacer que te arresten o bien puedes dejarme que te haga una extracción de sangre sin más. Tú decides.

Esta vez el propio médico me agarra de la muñeca, asiéndome con mucha más fuerza que la enfermera. Miro hacia el padre, que tiene la mirada fija en el suelo de linóleo, los hombros encajonando las orejas. Es mi último cartucho.

—¡Papi! —exclamo, y suelto unos lagrimones—. Por favor.

Él levanta la vista de repente para mirarme a los ojos y pasa a la acción como activado por un resorte.

—¡Quítele las manos de encima a mi hija! —le ordena al facultativo, y da un paso adelante. Por alguna razón, ahora parece más alto. También el médico ha debido de percibirlo, porque me suelta de inmediato.

—Disculpe, señor, pero realmente Rebecca tiene que colaborar. Lo único que me mueve es su bienestar...

—Mi hija está traumatizada, ¿y usted amenaza con atarla? Me la llevo a casa. Ahora mismo.

Me escurro de la camilla al suelo y sonrío de oreja a oreja al padre. No creí que tuviera lo que hay que tener.

He esquivado una bala. Soy consciente. Andopolis está reafirmandose. Está recuperando cada palmo de control que pensé que tenía yo. Es algo más que mera frustración: es que duda de mí. Duda de mi historia, de mis motivos. Solo cruzo los dedos para que no dude del test de ADN, pero hasta eso empieza a parecer posible.

El camino de vuelta desde el hospital lo hacemos en silencio. No puedo evitar mirar atrás en cada curva, escaneando el panorama por si veo la furgoneta. Es un alivio entrar en casa, cerrar la puerta y dejar fuera el mundo exterior. Entre Andopolis y la furgoneta, tengo la impresión de que sería feliz si no tuviese que volver a poner el pie en la calle. Me están persiguiendo. Me siguen en cada ángulo. La casa es el único refugio que me queda.

Sentada en el sofá, intento respirar. Este sentimiento de desamparo no me servirá de nada. El miedo no me servirá de nada. Trago saliva para reprimirlo.

Los padres no quieren que esa tarde vaya con Andopolis a ninguna parte. El padre telefona para cancelar la cita, pero yo sé que no será tan fácil.

Justo a la hora convenida, su coche entra en el camino de acceso. Podría pedirle al padre que saliera a decirle que no voy a acompañarle. Pero por alguna razón intuyo que la solución no reside en intentar ahuyentar a Andopolis. Seguramente esté habituado. E insistirá todavía más.

Ayer me dijo que llevase algo con que taparme la cara, que íbamos a hacer la ruta en autobús que hacía Bec desde el McDonald's hasta su domicilio. Me calo un sombrero y salgo por la puerta de casa a su encuentro. Comienza la partida.

Andopolis y yo vamos callados en el autobús. Estoy tan furibunda con él que ni siquiera puedo articular palabra. Saltar por encima de mí olímpicamente, tratar de arrebatarme mis derechos sobre mi cuerpo. Eso era jugar sucio, e indicaba que empezaba a dejarse de monsergas. No tenía ni pajolera idea de la que le esperaba. Mientras contemplo por la ventanilla las zonas residenciales por las que atravesamos, voy que echo humo. A mi alrededor la gente charla o habla por el móvil.

—¿Con que hoy no tienes mucho en la cabeza, eh? —dice él.

Aprieto los puños. Podría atizarle un puñetazo. Sigo mirando por la ventanilla fijamente, tratando de mantener la calma, pero ya sin ver nada. Ceder al cabreo no haría sino quitarme más poder.

—He estado pensando que a lo mejor podríamos organizar una rueda de prensa —susurro.

Esto le sorprende. Bien.

—No me parece buena idea —dice él, y mira a su alrededor para comprobar que nadie nos esté escuchando.

—A mí sí. Creo que la gente debería saber que logré escapar. Serviría de inspiración a otras víctimas.

Además a él lo dejaría a la altura del betún. ¿Qué fue lo que dijo aquel día? Que si Bec seguía con vida, él la encontraría. Bueno, pues no la encontró.

—Me gustaría contar mi historia —prosigo—. Creo que la gente querrá saber lo de ese horrible viaje eterno en el coche policial cuando casi me desangro. Y lo genial que se ha portado usted mientras me ayudaba a recordar, salvo hoy, cuando me dijeron que tenía que escoger entre que me atasen o que me arrestasen.

Aprieta la mandíbula.

—¿Sabes a quién le encantaría oír tu historia? A mí. Es lo único que deseo.

No respondo nada. Debería saber que no es el único que adora a una víctima. Ya me imagino los titulares: mala praxis policial, una década de meteduras de gamba, el investigador jefe caído en desgracia. Fotografías de la pobrecita de mí y del bruto de Andopolis.

Me estoy marcando un farol, por supuesto. Acudir a la prensa resultaría mucho más perjudicial para mí que para él.

—Entonces, ¿esto no te refresca la memoria? —pregunta tajante.

Cabrón. Mi enfado va a más.

—¡Déjeme en paz, por favor! —chillo permitiendo que la voz me salga con un punto histérico.

Se hace el silencio en el autobús, la gente lo mira con gesto airado.

—Tranquilízate, Rebecca —farfulla, girando la vista alrededor.

—¡Aléjese de mí, por favor! —grito.

—Oye, tú —dice, volviéndose, el hombre con gorra de béisbol que va sentado delante de nosotros—, deje en paz a la chica.

Andopolis saca la cartera y le pone la placa en las narices.

—No se meta —replica. El hombre me mira y a continuación se gira rápidamente de nuevo en su asiento.

No obstante, cuando Andopolis le ha enseñado la placa, yo he reparado en un detalle: lleva las uñas rotas. No estaban así antes. Ha empezado a mordérselas.

—Corta el rollo ya —me dice en voz baja, casi como un gruñido. Ojalá pudiese apearme en este momento del autobús y echar a correr hasta mi casa. Pero me da demasiado miedo ir por ahí yo sola ahora. Lo más probable es que la furgoneta venga detrás, siguiendo este autobús, aguardando el momento oportuno.

Finalmente llegamos a la parada de Bec. Andopolis se pone de pie, aprieta el botón, me agarra del brazo y me saca de malos modos del autobús.

—¿Qué coño te ha pasado? —pregunta cuando estamos los dos en la calle.

—¡Suélteme!

—¡Para ya, Bec!

—¡Me está haciendo daño! —chillo, aunque no es verdad. Me suelta como si mi brazo le hubiese arreado una descarga eléctrica. Me voy muy enfadada por la calle, pisando fuerte, sintiendo odio hacia él pero a la vez con la esperanza de que me siga hasta que me encuentre más cerca de mi casa. Eso hace.

—Así que no te ha venido ningún recuerdo, supongo —Casi tiene que correr para darme alcance. La panza le sube y le baja.

—¿Sabe de lo que sí me acuerdo? Me acuerdo del gilipollas del médico al que le ordenó que me sacase sangre amenazándome con atarme a una camilla de hospital. — Ni siquiera me importa haber soltado un taco.

—Si vas a la prensa, hemos terminado.

—¡Bien!

Él bufaba de frustración.

—Solo pretendo ayudarte, incluso aunque tú no quieras que te ayude.

—Ah, entonces, ¿amenazar a una víctima de secuestro traumatizada es ayudarla? —pregunto. Estoy enfadada, superenfadada, pero sé que ha llegado el momento de soltar alguna lágrima. Le he dejado claro lo que opino, le he demostrado de lo que soy capaz. Así pues, me detengo en mitad de la calle y bajo la vista mientras me muerdo la carne de la mejilla por dentro, tan fuerte que noto el sabor a sangre. Pero, además de sangre, también brotan lágrimas—. Creía que podía confiar en usted —añado.

Él me mira, dubitativo.

—Lo siento —dice finalmente, pero le ha salido un tanto lacónico.

Miro a mi alrededor. La calle está desierta. Por eso, echo a correr para alejarme de él, por toda la calle hasta la casa de Bec.

A la mañana siguiente, tumbada boca abajo en el sofá, espero a oír el coche de Andopolis. Hace un buen rato que pasó la hora a la que suele aparecer. Caigo en la cuenta de que he debido de conseguir mi objetivo, he debido de llevarlo tan al límite que se le han quitado las ganas de volver. Ha debido de tragarse mi amenaza de que pensaba acudir a los medios de comunicación. Si es así, quiere decir que la vida de Bec es oficialmente mía. Ya no tendría que preocuparme más, los problemas habrían terminado.

Juego con Hector, que está sentado en la alfombra, a mis pies, tratando de apresar un viejo cordón de zapato que yo balanceo delante de su cara. No estoy segura de qué voy a hacer ahora todo el día. La madre se ha llevado a los gemelos de compras. Me dijo que me traería ropa nueva, ya que se suponía que yo iba a estar con Andopolis. Qué lástima no haberle pedido a Jack su número de teléfono, en vez de decirle que apuntase el mío; habría podido llamarle para que viniese a buscarme. Pero no, podría resultar extraño que una persona que ha sido víctima de un secuestro se ponga a perseguir a un chico. Hector se tumba panza arriba y agita en el aire las cuatro zarpas rosadas, queriendo agarrar el cordón. Le froto la barriga y él reacciona asustado, gira el cuerpo dando un brinco y se inclina hacia delante. Luego, retrocede como si quisiese atacarlo.

En ese momento oigo algo. Alguien está llorando. Un llanto lejano, casi inaudible. Por un instante de locura, pienso que tal vez sea Bec, que finalmente ha vuelto a casa y ve que la han suplantado. Me dirijo a las escaleras. Conforme me acerco, el llanto se oye más fuerte. Es real, sin duda. Hay alguien en la casa llorando. Una voz grave.

Un hombre. Llego al pie de las escaleras. El llanto procede de mi izquierda, del dormitorio de los padres. Como la puerta está cerrada, llamo suavemente con los nudillos. Nadie responde, pero el llanto cesa. Me planteo subir a mi cuarto; en parte, no quiero ver llorar al padre. Pero —me digo— ahora es de mi familia. Ayer me salvó en el hospital. Empujo la puerta. El padre está sentado pesadamente en el borde de la cama immaculada. La cama es el único mueble de la habitación, sin contar las mesillas de noche totalmente impolutas. Las persianas están bajadas, el cuarto está a oscuras. Se ha tapado la cara con las manos y se le mueven los hombros, una figura negra en medio de la habitación gris.

—¿Papá?

Él levanta la cara hacia mí, el rostro pálido y crispado.

—Dios mío —dice en voz baja. Rompe a llorar de nuevo. Su llanto suena doloroso, como si cada sollozo le desgarrase las entrañas.

—¿Qué pasa, papi?

—Estoy bien —susurra él.

—¿Por qué hablas tan bajo? —le pregunto yo en voz alta.

Al mirarme, sus ojos húmedos reflejan pánico. Se lleva un dedo a los labios.

—Aquí no hay nadie más —le digo yo.

—¡Vete! —susurra con insistencia.

Se vuelve para darme la espalda y clava la vista en el suelo, como esperando a que me vaya. Se me eriza el vello en los brazos. ¿Cómo es posible que este sea el mismo hombre que ayer se comportó de manera tan autoritaria? ¿Qué ha podido pasar entre entonces y ahora?

—Por favor, no llores. —La voz me suena de lo más forzada, pero no puedo dejarlo ahí en este estado—. Te quiero, papá. Ayer me salvaste.

Su susurro es tan flojo que me veo obligada a inclinarme para oírlo.

—No. Es demasiado tarde. Ya es demasiado tarde.

No sé lo que quiere decir, pero está empezando a darme miedo. Me duele el corazón de lo rápido que me palpita cuando cierro la puerta y subo a mi cuarto.

Desde allí todavía puedo oír los sollozos.

*Bec, 14 de enero de 2003*

En un primer momento Bec creyó que el grito estaba dentro de su cabeza. Era un sueño asqueroso, de la peor clase. Las imágenes sudorosas y purulentas perduraron unos instantes después de que se hubiese despertado y volvieron a retraerse y esconderse en algún rincón de su subconsciente. Sin embargo, los gritos continuaron. Los escuchó unos segundos más, impasible. Sin duda, eran reales. Podría tratarse de su madre, o de su padre, o de uno de sus hermanos.

Se levantó de la cama con gran esfuerzo e intentó ir hacia la puerta, pero esta se balanceaba y se movía delante de sus ojos. El picaporte parpadeó. Alargó un brazo, hasta que las yemas de sus dedos rozaron el plástico frío del pomo, y entonces tiró de él. Se apoyó en la pared para no caerse y de este modo llegó a las escaleras, se sentó en el primer peldaño y oteó el vacío. Volvió a oírse aquel llanto amortiguado, ahogado y teñido de pánico. Ella se apoyó en el suelo, quedando a cuatro patas, y fue bajando las escaleras de espaldas, temblorosa. Una vez abajo no consiguió ponerse de pie, por lo que continuó gateando en dirección al ruido.

El interior del cuarto de la lavadora se estremecía con una extraña energía, mientras ella se arrastraba hacia allí. Pero el ruido provenía de más allá. Del otro lado de la puerta. Del garaje. Empujando contra el suelo de baldosas con las manos logró incorporarse. Tendió la mano para asir el picaporte; el ruido de pronto se hizo fuerte. Demasiado fuerte. Se resquebrajaba dolorosamente dentro de sus oídos. La mano le resbaló del picaporte. Estaba mojada. Tenía los dedos manchados de algo rojo y brillante.

Se despertó temprano. Su habitación resplandecía con el brillo pálido de la mañana. El viento sonaba como las olas al romper en la orilla. Por un momento, imaginó que estaba en la playa. Que vivía sola en una casita de madera y que se pasaba los días sentada con un caballete en su porche, pintando el horizonte. Pero era malísima pintando. Bec salió de la cama, con movimientos torpes, le temblaban los antebrazos bajo el peso del cuerpo. Había tenido unas pesadillas horribles. Las peores en

bastante tiempo. Pestañeó para sacudirse de encima las escenas de sangre y torturas.

Lo extraño era que en realidad no recordaba el momento en que se había ido a dormir la noche anterior. Las escenas en casa de Lizzie, su marcha y el instante en que había hecho el ridículo cayéndose en el parque, eso estaba claro en su mente. Pero después, todo lo demás estaba como envuelto en una tenue neblina. Había fragmentos sueltos: sus hermanos enfadados con ella, su madre examinándole la cabeza en el cuarto de baño, pero eran recuerdos vagos y confusos. Era como si estuviese tratando de recordar algo que hubiese ocurrido años antes, no la noche anterior. Se miró, bajando el mentón, y se dio cuenta de que había dormido con la ropa puesta. Unos manchurrónes de color rojo oscuro le recorrían el vestido de arriba abajo; parecía sangre. Se tapó rápidamente la boca con la mano para no soltar un chillido. También vio sangre en la cama cuando retiró las sábanas. Y en las manos: las tenía totalmente manchadas de sangre, con las palmas rojas. Se levantó el vestido con manos temblorosas, esperando encontrarse alguna herida brillante y enorme debajo de la tela. Pero la piel estaba intacta. La sangre no era de ella.

Bec se quitó el vestido por la cabeza y se fue corriendo al cuarto de baño, se metió directamente en la ducha, en ropa interior, y abrió el grifo al máximo. Le daban arcadas, sentía todo el cuerpo revuelto. Le subió bilis por la garganta y, arrodillándose bajo la ducha, vomitó hacia las baldosas.

Había manchitas rojas por la moqueta que llegaban hasta su cama. Se fijó en ellas cuando salió envuelta en una toalla, después de haberse frotado bien la piel para limpiarse a fondo. Quitó rápidamente las sábanas y las dejó en un montón en el suelo. Era culpa suya. Se había quedado dormida sin encajar antes la silla contra el pomo de la puerta. Era el espectro. Debía de haber entrado en su cuarto y haberla salpicado de sangre por todas partes. Cerró los ojos y expulsó ese pensamiento de su cabeza. Solo de pensarlo le entraban arcadas otra vez.

Vestida, bajó a la cocina a prepararse un café. De momento prefería no quedarse en su habitación. No podía soportar ver esos puntitos rojos en la alfombra.

—Te has levantado temprano —dijo su padre. Estaba sentado a la mesa de la cocina, desayunando.

—Tú también —replicó ella, encendiendo el hervidor de agua.

—Siempre me levanto así de pronto. Solo que nunca estás despierta para verlo.

Ella continuó preparándose el café; en el fondo no le apetecía hablar con él.

—Perdona por lo de ayer, Becky. La verdad es que estaba muy liado con una historia de la oficina. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien. Creo que fue solo una insolación.

—Bueno, hoy tómatelo con calma, ¿vale?

—Vale —respondió ella sentándose a la mesa.

—Me ha contado mamá que se te olvidó llevar a los chicos a la piscina.

—¡Ya dije que lo sentía! —Acababa de pedirle disculpas y ya le estaba mencionando a sus hermanos.

—Lo sé. Pero intenta compensárselo hoy, ¿de acuerdo?

Bec hizo oídos sordos. ¿Cuán enferma tenía que estar para que le prestasen atención a ella en vez de a los gemelos? Encima de la mesa el periódico estaba abierto por una foto de grandes dimensiones de humo y llamas. Le costaba imaginar que hubiese un incendio activo en ese momento, y no precisamente muy lejos de allí. Su padre terminó su desayuno y dejó el plato en el fregadero. Lo cierto era que nunca hablaba mucho con ella. Cuando estaba yéndose, Bec reparó en sus pies pisando las baldosas. Eran pálidos y sin pelo, con las uñas tal vez demasiado largas. Apartó rápidamente la vista, pues el café que había tomado amenazó con salir de su estómago.

Oyó que se cerraba el grifo de la ducha de su madre, arriba. Cogió su taza de café y subió con rapidez a su cuarto mientras iba reflexionando sobre en qué momento la relación con su padre se había vuelto así de rara. Se acordó de que, de pequeña, todos los viernes él llegaba de trabajar con un puzle para ella en las manos. Entraba por la puerta y agitaba el juguete mirándola con cara de triunfo, y le dejaban quedarse levantada hasta tarde, hasta que lo terminaba. Era algo especial entre ellos. Pero un viernes llevó a casa un puzle de caballos. ¿De verdad pensaba que era de esas niñas que adoran los caballos? ¿De esas que se presentaban en el colegio con pantalones de montar pero, no se sabía cómo, nunca las reñían, y eso que no formaba parte del uniforme? Esas niñas intercambiaban cromos de caballos y se imaginaban que la silla de clase era un poni al trote y que ellas los montaban, riéndose como locas. A Bec no le cabía en la cabeza que su padre pudiese pensar que ella fuese de esas niñas. Y se negó a hacer el puzle por una cuestión de principios.

Bueno, sobre todo por una cuestión de principios pero también en parte porque los viernes por la tarde a todas sus amigas habían empezado a darles permiso para ir al cine juntas. Todavía recordaba la cara que se le había quedado a su padre. Después de aquello, nunca más volvió a llevar puzles a casa.

Al cabo de un rato, cuando sus padres se habían marchado a trabajar, cargó con el bulto de las sábanas y el vestido ensangrentados y lo bajó. Se sintió como una chiquilla avergonzada que hubiese mojado la cama y que estuviese tratando de esconder las pruebas deladoras. Lo metió todo a la fuerza en la lavadora y lo roció bien de lejía. Cerró la portezuela y la máquina comenzó su ciclo de lavado. Se quedó un rato mirando las prendas dando vueltas y vueltas. Por un instante, lamentó no poder meterse ahí dentro con ellas. Salir limpia, desinfectada, perfecta de nuevo.

Al salir del cuarto de la lavadora, vio que la puerta del garaje estaba abierta. Tiró

para cerrarla y, de pronto, una incomprensible sensación de pánico se apoderó de ella. El sueño de la noche anterior amenazó con salir de nuevo a la superficie. Rápidamente, cogió la lejía y una esponja y subió a su habitación a frotar la alfombra.

Para cuando llegó a su trabajo, ya se sentía como siempre otra vez. Por algún efecto extraño, el uniforme de poliéster que picaba y el olor a carne chisporroteando la apaciguaron. Había bastante ajeteo, así que empezó a atender nada más llegar. Ellen estaba en la caja registradora, a su izquierda, y Luke a su derecha. A Matty lo oía cacharrear en las cocinas, a su espalda, y por el altavoz le llegaba la voz de Lizzie, que atendía el McAuto. Aunque no hablaban entre sí directamente, estaban tan acostumbrados a moverse de forma sincronizada que parecía una danza. Bec se sentía protegida, como si no pudiese pasarle nada malo mientras tuviese a estas personas a su alrededor. Eran como una familia.

Cuando el local se vació, Luke le echó un brazo alrededor de los hombros. Ella volvió a experimentar un leve mareo, totalmente envuelta por su olor.

—¿Cómo lo llevas? —dijo él.

—Pues ha vuelto a pasar —le contó.

Le parecía que estaba bien contarle la historia. Primero pensó que le daría corte, pero no fue así. Más bien era como si hubiese dejado de estar sola.

—¿Cuánta sangre exactamente? —preguntó Ellen.

—Bastante. Había manchas reseca por todas partes. —De sus manos pringadas de sangre no quiso decir nada.

—¿Y no podría ser que fuese sangre tuya? —preguntó Luke.

—¡Lo que quiere decir es que si no tendrás la regla! —soltó Lizzie.

—¡No! ¡No quería decir eso! —Luke le propinó un empujón suave.

—No tengo la regla, idiota —exclamó Bec, que vio que se ponía colorado.

—Yo me refería a un corte o algo así —aclaró él.

—Seguro que sí —dijo ella—, pervertido.

—¡Corta el rollo! —repuso él, agarrándola y revolviéndole el pelo.

Bec chilló y lo apartó de un empujón. Entonces, al mirar alrededor, la risa se le apagó. Ellen la estaba mirando con ojos cautelosos y Matty estaba inusualmente silencioso en la cocina. No la creían. Y cómo podía ser de otro modo, si ella misma gastaba bromas y se reía. Pero cuando estaba con Luke le costaba no estar feliz y contenta. Le resultaba imposible sentir miedo o tristeza cuando él estaba cerca, sobre todo si había contacto directo entre los dos.

Pero su historia era cierta. No era una manera de llamar la atención ni nada de eso. Era verdad y se lo iba a demostrar.

—Quiero que hagamos lo del exorcismo —anunció.

—¡Sí! —exclamó Lizzie—. Voy a por el tablero de la güija.

—Mañana tal vez. ¿Os apuntáis, chicos?

—Yo sí —dijo Luke.

Ella ignoró la sensación de rutilante alegría que sintió en el pecho y se volvió a Ellen para mirarla cara a cara.

—¿Vendrás?

Ellen rehuyó su mirada. Bec no estaba muy segura de por qué era tan importante para ella que su jefa estuviese presente.

—No podemos ir todos, Bec. Alguien tendrá que trabajar.

—Lo haremos después de cerrar.

—¡Qué yuyu! —dijo Liz.

—¿Y tus padres no van a decir nada?

—No haremos ruido.

—¿Por qué no lo hacemos en vuestro garaje? —propuso Lizzie—. Queda medic separado del resto de la casa. Allí seguro que no nos oyen.

De nuevo volvió a crecer en su interior aquel pánico incomprensible. Pero Bec no hizo caso.

—Bueno, me lo pienso, ¿vale? —respondió Ellen.

Un rato después, cuando Ellen ya se había marchado y el cielo comenzaba a oscurecerse, Luke se le acercó y volvió a rodearla con un brazo. Bec, que estaba sacando patatas fritas con la pala de la freidora, detuvo el gesto y simplemente aspiró su aroma.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó él.

—Sí. Me siento mejor ahora que vamos a hacer algo para arreglarlo.

No era del todo cierto, pero le sonó adecuado. La sugerencia de practicar el exorcismo en el garaje no la volvía loca, pero Lizzie tenía razón, era el único sitio en el que no despertarían a sus padres.

—Creo que lo que te hace falta es distraerte. Esta noche un amigo mío da una fiesta en su casa. Deberías venirte.

Notó que se ruborizaba.

—Me encantaría —dijo.

—Genial. Luego te paso la dirección por SMS.

Le dio un ligero achuchón con el brazo y regresó al mostrador. El vestido de Scanlan & Theodore sería la elección perfecta. Ya se veía entrando con él por la puerta de la casa donde se daba la fiesta y sentada en el sofá después, charlando

despreocupadamente con Luke. Conociendo a todos sus amigos como una amiga más. Luke cogiéndole otra vez la mano.

—Eh, perra, ¡despierta! —dijo Liz dándole un cachete en el culo.

—Hola, perdona que te diga, pero eso es acoso sexual en el centro de trabajo —respondió Bec.

—¿Y qué me dices de esto? —Lizzie le dio con el dedo en un pecho.

—¡Ay! —Bec se rio.

—Bueno, ¿quedamos para arreglarnos antes de la fiesta?

A Bec le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué fiesta?

—Mmm... ¿Luke no te ha invitado? ¡Qué chungo! —dijo Liz.

—Sí que me ha invitado. Pero pensé que sería una fiesta guay para gente guay, no para fracasadas como tú.

—Ostras, qué malvada. ¡Me encanta!

—Vente a mi casa y nos arreglamos juntas. Me quedan reservas debajo de la cama.

—Genial, así podré ver la casa embrujada con mis propios ojos.

Lizzie, haciendo sonidos fantasmagóricos, regresó a su puesto junto a la ventanilla del McAuto. Por encima de las patatas fritas, la luz infrarroja estaba encendida. Bec se quedó mirándola hasta que delante de los ojos empezaron a aparecerse unas bolitas verdes como gominolas.

Quizá no era tan malo que Lizzie fuese con ella, pensó. No podía ni imaginar ir sola a una fiesta. En el camino a su casa, Lizzie había ido parlotando sin cesar, hasta que de repente se quedó callada cuando Bec empezó a rebuscar las llaves en el bolso.

—No me digas que ahora te da miedo mi casa —le dijo.

—No, es solo que hace siglos que no venía. Supongo que había empezado a imaginarme gárgolas, un foso y cosas de esas.

Bec miró al cielo exasperada y metió la llave. Al abrirse, la puerta chirrió. El recibidor estaba espeluznantemente silencioso.

—Tú primero —la invitó Bec.

Lizzie dio un pasito adentro y entonces, de repente, aparecieron los gemelos dando un salto delante de ella.

—¡Bu! —gritaron.

El chillido de Lizzie fue de los que hielan la sangre.

—¡Pero qué capullitos sois! —les gritó, mientras se abalanzaba a por Paul.

Él se agachó para esquivarla y gateó entre sus piernas, y los dos hermanos echaron a correr escaleras arriba, tronchándose de risa.

—¿Ha sido idea tuya? —preguntó a Bec.

—¡Qué dices! Mis hermanos son así. —ella también estaba partiéndose de risa.

—Te lo juro por Dios: qué contenta estoy de no tener hermanos pequeños —dijo Lizzie, pasándose una mano por la cara.

—Bueno, tampoco es para tanto, solo son unos niños. —Bec iba riéndose por las escaleras, a su lado.

—Vale, pero son raritos. ¿Te acuerdas de la colección de escarabajos muertos que encontraste en su armario?

—¡Eso fue hace siglos!

Bec se tragó la rabia que siempre se le disparaba dentro cuando alguien que no fuese ella decía algo malo de sus hermanos. De todos modos, Lizzie no lo decía en serio, así que Bec lo dejó pasar. Su amiga se había quedado quieta delante de la puerta abierta del cuarto de Bec, mirando la oscuridad del interior. Bec encendió la luz y notó que a Lizzie, a su lado, se le tensaba todo el cuerpo ligeramente.

—No pasa nada —le dijo, y miró debajo de la cama—. No hay ningún monstruo, solo el vodka.

Sacó la botella medio vacía de vodka de vainilla que guardaba escondida en uno de los tubos de la estructura de la cama. Lizzie no pudo sino sonreír apocada y mirar fijamente la alfombra. Bec comprendió que le habían llamado la atención las manchitas. Esa mañana las había frotado y aclarado dos veces, pero solo había conseguido desleírlas hasta dejarlas de un tono rosa claro.

—Bec, esto sí que me pone los pelos de punta. No entiendo lo que puede estar pasando.

—Tranqui, mañana lo averiguaremos.

Liz no terminaba de animarse a cruzar la puerta, como si pudiese ocurrir algo que la transformase de alguna manera.

—¿Quién sabe? A lo mejor solo era que tenía la regla.

—¿Lo dices en serio? —Una sonrisa sincera empezaba a estirarle las comisuras de los labios.

—Lo más probable.

—¡Pero serás guarra! ¡No pienso pisar por ahí!

Lizzie saltó por encima de la zona manchada y fue a sentarse al lado de Bec, para arrebatárle la botella y darle un trago.

—¡Madre mía, esto no hay quien lo beba! —Le salía la voz ronca—. La próxima vez compramos el normal, ¿vale?

—La próxima vez compramos ginebra, por lo visto es lo que de verdad está bien. —Bec se sentía tan aliviada de poder estar otra vez así, riéndose con su amiga en su habitación, que de nuevo volvía a ser eso, su habitación, y no el lugar de una escena

de terror.

—Mi padre dijo que la ginebra te hace llorar.

—Ya, bueno, pero es que tu padre es una nenaza.

Lizzie le tiró una almohada y ella se levantó de un brinco para apartarse.

—¡Mi padre no es ninguna nenaza! —protestó Lizzie.

—Entonces, ¿por qué llora cuando bebe ginebra? —preguntó Bec—. Bueno, da igual, vamos a arreglarnos. ¡Esta noche quiero estar sexi! La semana ha sido una auténtica mierda.

Bec sacó el vestido de color verde azulado. Lizzie se levantó de un salto y se puso a revisar una por una las prendas colgadas en el armario de Bec, con una mano, mientras con la otra sujetaba la botella de vodka.

—Más vale que tengas algo que esté bien y que me ciña las pechugas.

—Sí, mujer, he robado mogollón de cosas que ni siquiera me valen.

—¿Como esto? —Lizzie sacó un vestido horroroso, sin forma alguna, que parecía confeccionado con un trapo viejo de cocina de tela de cuadros descolorida.

—¡Puaj, guarda eso! ¡Me hace daño a los ojos!

—¿Por qué lo tienes?

—Me lo compró mi madre. Se siente profundamente dolida porque no me lo pongo.

—No te lo pongas. —Liz la miraba muy seria—. Aunque hieras sus sentimientos. No te lo pongas en la vida.

—Antes muerta. —Bec se sentó delante del espejo y empezó a aplicarse maquillaje encima del que ya llevaba.

—A lo mejor me pongo esto —anunció Lizzie sosteniendo en alto una falda negra de cuero—. Me voy a decantar por el look dominátrix.

—Ja, yo misma nunca he tenido valor para ponérmela.

—¿Por qué no? ¡Es tan de putilla que me encanta! —Se rio, y la guardó otra vez en el cajón.

Bec volvió a dedicar su atención al maquillaje. Esa noche quería estar deslumbrante. Le sonó el móvil. Era Luke, que le enviaba la dirección en un mensaje de texto, con una pequeña equis al final. Como un beso. Bec vio en el espejo la sonrisa bobalicona que se le dibujaba en la cara.

—Es en Deakin.

—¿Vamos andando?

—No, quiero llevar tacones. Le voy a pedir a mi madre que nos acerque.

El lápiz líquido de ojos se deslizó a la perfección a lo largo del globo de su párpado cerrado. El rímel le tensó las pestañas sin dejar el más mínimo grumo. El ojo izquierdo le había quedado perfecto. Levantó la palma de una mano para ocultar el lado derecho de su cara y a continuación la cambió de lado y comprobó que su rostro

estaba mucho mejor con maquillaje. Reinaba en la habitación una calma extraña. Era Lizzie. Bec estaba tan acostumbrada a oírla hablar sin cesar que aquel silencio la intranquilizó. Su amiga se había quedado mirando el interior del armario ropero con una expresión rara.

—¿Qué pasa?

—¿Puedes decirle a tu padre que mejor nos lleve él?

—¿Por?

—No sé. Tu madre a veces me produce una sensación extraña.

—¿En qué sentido?

—No lo sé.

Miró a Lizzie a la cara para tratar de encontrar ahí la respuesta. Pero no halló nada.

—Vale, se lo diré a mi padre. Me debe una.

Se levantó de la silla como activada por un resorte y bajó corriendo las escaleras. Sus padres estaban sentados en el sofá viendo el telediario.

—Papá, ¿nos puedes llevar a Lizzie y a mí a Deakin?

Los dos levantaron la mirada hacia ella. Con la luz del televisor parecía que tenían la piel verduzca. Los ojos se les veían enrojecidos, cansados, y entre ellos se percibía cierto distanciamiento, como si Bec hubiese interrumpido una especie de bronca silenciosa.

—Sí, cariño —respondió su padre, y de nuevo los dos dirigieron la atención a las noticias.

Esa noche, mientras el silencioso coche se desviaba hacia el carril de al lado una vez más, Bec lamentó que no las estuviese llevando su madre. Quería agacharse para abrocharse la tira de los tacones pero notaba la leve sensación de náuseas provocadas por el mareo en coche. Daba la impresión de que su padre estuviese adormilado. Tenía los ojos empañados e iba encorvado hacia el volante en una postura extraña. Cuando activó el intermitente para indicar que se disponía a abandonar la vía principal, el tictac llenó el interior del vehículo como los latidos de un corazón.

Nada más salir de Adelaide Avenue, Lizzie anunció a voz en cuello:

—¡Ya vamos andando desde aquí!

—Lo pillo: padres no, ¿verdad? —replicó él, parando el coche a un lado.

—¡Gracias por traernos! —dijo Bec mientras se deslizaba por el asiento para que Lizzie pudiera salir por su lado.

—Eso, ¡gracias, señor Winter! —Lizzie cerró la puerta con ímpetu y él se incorporó a la vía con movimientos vacilantes, como un niño pequeño dando sus primeros pasos.

—¡Joder, tu padre conduce de pena! —comentó Lizzie—. Creo que hasta yo podría conducir mejor que él.

—Qué me vas a contar, yo salgo mareada. —Bec se sujetó la frente y notó que el malestar empezaba a desaparecer.

—Seguramente el vodka de vainilla no ayudó —añadió Lizzie—. Anda, vamos. Son solo diez minutos a pie.

—Mierda —dijo Bec, mirando hacia abajo—. ¡Me he dejado los zapatos en el coche!

—Oh, no. ¿Le llamamos?

—Bah, al cuerno. De todos modos no sé andar con esos chismes.

Las dos se rieron y se fueron hacia la fiesta. Por las calles no había ni un alma, y eso que solo eran las nueve y media de la noche. Al cabo de un rato les llegó el retumbar de la música impregnando la calma. Al ir acercándose, vieron un montón de gente apiñada delante de una de las casas.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, fueron avanzando a lo largo de la verja lateral en dirección al sonido del bajo. El jardín trasero estaba repleto de gente. Unos bailaban, otros charlaban sentados en la entrada y varias parejitas se daban el lote apoyadas contra la verja del fondo. Habían colgado ristas de bombillas en los árboles y parecían estrellitas de color azul hielo. Bec distinguió a Luke entre la gente; en el mismo instante, él levantó la vista hacia ellas. Empezó a andar en dirección a sus amigas, con el reflejo de todas esas luces azules en los ojos. Burbujas de placer recorrieron las venas de Bec.

2014

Me entra una llamada de un número desconocido.

—¿Sí?

—Hey, ¿qué tal? —Es una voz de tío.

—¿Quién es? —pregunto, sonriendo aliviada. Llevaba horas en la casa vacía y silenciosa, sentada sin nada que hacer, y estaba empezando a sentir miedo.

—Ah, sí, perdona. Soy yo. Coño, digo, soy Jack.

—Ya sé que eres tú, melón —respondo, y él se ríe. Oigo un coche fuera y miro por la ventana. Por suerte, es la madre, no Andopolis.

—Bueno, ¿cómo te va? —pregunta él.

—Bien. ¿Te apetece hacer algo? Me siento un tanto encerrada aquí.

—Claro que sí. ¿Cuándo?

—¿Por qué no ahora? —propongo. La madre entra en el cuarto, deja una bolsa en el borde de mi cama y se marcha a paso ligero.

—¿Ahora? Claro, genial.

—¿Puedes venir a buscarme? —pregunto.

—Por supuesto, voy para allá.

—Estupendo —digo, y cuelgo.

Sonrío; el día empieza a mejorar. La bolsa con ropa me espera a los pies de la cama como los regalos de Papá Noel. No puedo evitar echar un vistazo. El olor a tejido sin estrenar, todo primorosamente envuelto en papel de seda, resulta embriagador. Es una cosa que siempre me ha encantado. Demasiado. Me acuerdo de cuando mi madrastra encontró las bolsas debajo de mi cama, en casa. Paquetes y cajas de zapatos de las boutiques más caras de Perth. Dedujo que debía de tener un novio rico, y era evidente que la idea le agradó. Me sonrió, con una mano en su barriga de embarazada, contenta de pensar que cuando el bebé naciese yo a lo mejor me habría largado.

En realidad, no tenía ningún novio, sino un cajón repleto de tarjetas de crédito de sus amigas. Pareció tan sorprendida cuando me ofrecí a hacerme cargo de los bolsos y los abrigos de los invitados en cada una de sus patéticas cenas. En aquel entonces yo

no tenía ni remota idea de que te podían meter en la cárcel por algo así.

—¿Vas a salir? —dice la madre, apagando la aspiradora.

—Un par de horitas nada más, con Jack —respondo yo—. ¿Está bien?

—Sí, sí, claro, cariño. ¿Jack, el hermano de Lizzie? —pregunta.

—Mmm, sí —respondo. Antes de darle tiempo a encender otra vez la aspiradora, le doy un abrazo rápido, fuerte, e inspiro su aroma a vainilla. Si Andopolis ha abandonado el caso, eso significa que realmente es mía, de todas todas.

Salgo a esperar a Jack, con mi cajetilla de tabaco en el bolso. Pero Paul está allí ya, fumando apoyado en un árbol.

—Me has pillado —dice.

—No me chivo si me das uno.

—¡Becky! Nunca pensé que llegaría este día... —Da un toque al paquete de tabaco, por abajo, y un cigarrillo asoma y me lo ofrece.

—Impresionante —bromeo, aunque de verdad lo es.

Él enarca una ceja y me ofrece fuego. Damos cada uno una calada a nuestro cigarrillo. Tengo la sensación de estar más próxima a Paul que a Andrew. Es agradable disponer de un ratito a solas con él. En ocasiones los veo demasiado unidos, y me parece casi imposible llegar a conocerlos por separado. Un coche tipo ranchera entra en el camino de acceso de la casa de al lado y una tropa de chavales gritones sale detrás de una mamá con cara de agobio. Entran todos en la casa.

—Max se fue a los pocos años de tu desaparición —me cuenta Paul, como si yo estuviera pensando en eso.

—Justo me lo estaba preguntando —miento yo. Ha debido de referirse al vecino que vivía en esa casa en la época en que Bec estaba aquí aún.

—Sufrió otro episodio, le daba por gritar y chillar toda la noche. Entonces, un día se largó sin más y ya no volvió a aparecer. Debió de dejar la medicación.

—Vaya —comentó yo, sin tener muy claro hasta qué punto debería mostrarme compungida. Paul simplemente se encoge de hombros. Desprendo la ceniza de mi pitillo con un toque para que caiga a la hierba.

—¿Qué tal con Vince esta mañana? —me pregunta.

—No ha venido.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Ni idea.

—¿Crees que va a recular un poco?

—Seguro que no —respondo, después de pensármelo unos segundos. No deseo inquietarlo—. Supongo que le habrá surgido algo.

Veo la tartana de coche de Jack subiendo la cuesta. Apago mi cigarrillo aplastándolo contra el tronco del árbol. Paul mira el coche y, acto seguido, me mira a mí levantando una ceja.

—¡Ni media palabra! —le suelto yo, y me marcho hacia el coche.

Jack me lleva al parque de Glebe. Sé que se supone que no debería dejarme ver en público, pero no puedo negarme. Casi se me había olvidado lo alto que es. Solo lo llego por el hombro. Compramos unos cafés para llevar y unos bollos en una cafetería cercana y nos sentamos en la hierba. Viéndolo así, sentado con las piernas cruzadas, está casi cómico, como si fuesen demasiado largas y no supiese qué hacer con ellas. Me entran ganas de acurrucarme a su lado, pero no lo hago. Necesito que sienta que se lo ha de ganar.

Hace un día soleado y agradable para ser otoño. En la zona de columpios, los niños ríen y dan grititos; unos juegan a lanzarse montones de hojas secas naranjas. Las madres están sentadas en los bancos, alrededor, unas cotilleando, otras simplemente observando tranquilamente a sus criaturas. Se ve a algún que otro funcionario tomando un almuerzo tardío, sándwiches que traían envueltos en film transparente y que comen mientras ojean papelotes. Cierro los ojos y me fuerzo a disfrutar del momento, de la cremosidad de mi café con leche, del sabor dulce y ácido a la vez de mi bollo de crema y frambuesas. Del aire suave y de los olores a madera y hierba cortada. Cuando los abro, veo que Jack me está mirando fijamente. No me había dado cuenta de que tiene los ojos de un llamativo color verde, con diminutos puntos dorados alrededor de los bordes. Son preciosos, la verdad. De hecho, todo en él es realmente bello. Tiene unos brazos delgados pero fuertes. El pelo revuelto. La sonrisa bobalicona. Si fuese yo de verdad, seguramente le habría plantado ya un beso. Pero soy Bec y no puedo olvidarme de los verdaderos motivos por los que estoy en este momento aquí con él.

—Bueno, qué, ¿ya has perdonado a Lizzie? —pregunto.

—Supongo que sí. No es fácil estar mucho tiempo enfadado con una persona como ella, ¿sabes?

—Sí.—Le doy unos segundos, antes de añadir como si hubiese estado rumiando el tema—: Por cierto..., quería preguntarte una cosa que tiene que ver con ella pero no quiero ponerte en una situación incómoda.

—Puedes preguntarme. ¿De qué se trata? —Me mira con atención, ladeando la cabeza.

—Nada, que el otro día cuando la vi percibí una onda rara. Como..., no sé, como si estuviese cabreada conmigo o algo. Fue solo... —Me corto y bajo la vista al suelo.

No resulta fácil mentir mirando esos ojos tan bonitos.

—¿Solo qué?

—Perdona, en realidad no debería estar hablándote de ella. No es justo.

—Bec —dice él, dándome un suave empujoncito en el hombro—, dime qué es lo que te ronda por la mente. A lo mejor puedo ayudarte.

—Es solo que me alegraba horrores de verla pero me dio la impresión de que ella no se sentía igual que yo. Tuve la sensación de que estaba como interrogándome o algo así, casi como si no se creyera que fuese yo de verdad. Eso me dolió.

Nunca es mala idea dar un poquito de pena. Jack me mira con tristeza y me aprieta levemente la rodilla. La palma de su mano transmite calor. Aparta la mano, pero me habría encantado que la hubiese dejado ahí. Transcurren unos segundos antes de que vuelva a hablar.

—Para Lizzie fue realmente duro cuando desapareciste, realmente duro —dice finalmente—. Después todo el mundo la empezó a ver como la mejor amiga de la chica desaparecida. O se sentían demasiado incómodos para hablar con ella, o bien se dedicaban a tratar de sonsacarle información sobre ti.

—Qué mal.

—Ya. Supongo que aquello la cambió, simplemente. No sé si te lo habrá contado, pero le está yendo fenomenal, por méritos propios.

—No, no me ha contado nada —digo yo en voz baja.

—Pues sí. Estoy muy orgulloso de ella. Ha ido subiendo peldaños como funcionaria y hoy por hoy es la jefa de los padres de unas chicas que fueron compañeras vuestras en el colegio, creo. Pero todo eso forma parte del mismo tema. En aquella época se quedó muy sola. Se retiró del mundo durante un buen puñado de años y se concentró por completo en los estudios.

Me quedo sin saber qué decir. Él está mirando algún punto fijo en la distancia, con expresión melancólica, sumido en sus pensamientos. Me está saliendo el tiro por la culata. Necesito a Jack de mi parte. Aguardo a que prosiga. Si desvío ahora la conversación hacia mí, voy a parecer una egocéntrica. La brisa vence unos arbolitos jóvenes recién plantados, doblándoles los finos troncos.

—Mi padre tampoco fue de gran ayuda —añade—. La hizo sentirse tan mal por no haber estado a tu lado cuando volviste a casa el día que... Bueno, ya me entiendes. No paró de decir que estaba seguro de que te habías escapado de casa. Para ella fue como decir que había tenido en su mano el evitarlo.

—Nada habría podido evitar lo que me pasó —digo yo, aprovechando la oportunidad.

Él vuelve de su ensimismamiento.

—Mierda. Te pido disculpas, Bec.

—No, yo saqué el tema. Me alegro de saberlo. Pobre Lizzie, ha debido de ser horrible.

—Eres tan generosa —dice él con una sonrisa cariñosa—. Sí, lo pasó muy mal. Pero cómo iba a ser culpa tuya.

—Aun así, me sabe mal —insisto, echándole cuento.

—No, no te sepa mal. Lizzie no debería echarle la culpa, es absurdo.

—¿Tú podrías hablar con ella?

—Descuida.

—Gracias —le digo poniendo la mano encima de la suya, en la hierba. Él la mira y a continuación me mira a mí, sonriendo. Por lo general, cuando la gente se deja engañar tan fácilmente, no puedo evitar considerarlos débiles. Incluso estúpidos. Pero por alguna razón en este caso aquello hace que aún me guste más.

—Bueno, ¿y por qué está cabreada contigo?

Él gime.

—Cree que me estoy involucrando demasiado en una historia en la que no debería meterme.

Ahora sí que siento curiosidad.

—¿Y qué es? —digo para tirarle de la lengua, intentando que confíe en mí.

—Te lo enseñaré —responde, se levanta del suelo y se sacude la tierra de la parte posterior de los vaqueros.

Al llegar a casa de Jack, entro detrás de él y lo sigo escaleras arriba, mientras voy pensando que es una lástima que lleve puesta la ropa interior infantil de Bec. Su casa es moderna y grande, mucho más que la de Bec y casi tanto como la mía en Perth. Su cuarto está un tanto desordenado, pero es agradable y muy luminoso. Tiene la cama en el centro, y también un escritorio y un ordenador totalmente cubierto de *post-its*. Hay una pila de cartones grandes apoyados contra la pared. Al echar un vistazo por la ventana, me fijo en la forma ovalada de espejeante agua azul. Una piscina.

—¡No me juzgues por seguir viviendo en casa! —me ruega—. Me independicé durante un tiempo pero luego tuve que...

—No te estoy juzgando —le digo, interrumpiéndole.

—Por lo menos he dejado atrás la etapa *metal*, ¿eh?

—Sí, eso es un alivio. —Recuerdo mi propia etapa *metal*.

Jack me ve mirando las láminas de los cartones. Son dibujos infantiles ampliados a tamaño póster.

—Son dibujos hechos por niños que viven en centros de menores de Australia. Los sacó a escondidas un colaborador de Save the Children, antes de que les prohibieran

la entrada —me explica—. Los pusieron en pancartas para una manifestación en la que participé hace unos meses.

Yo voy pasando los cartones con las imágenes. Dibujos esquemáticos de niños, con la cara grande, triste y lágrimas rodando por las mejillas. Han pintado barrotos alrededor de ellos mismos. Uno es un sol gigante con cara de malvado. Otro, un dibujo de un hombre al pie de un árbol. Tardo unos segundos en comprender que se ha ahorcado. En una esquina está escrito «Melika, 6».

Vuelvo a dejar los cartones como estaban. Son demasiado fuertes para mí.

—Qué horror —digo.

—¿Verdad que sí? —Se sienta en la silla del ordenador—. Mira, te voy a enseñar...

Abre un blog y va bajando por la página. Parece que el autor es algún activista y que la página está dedicada a solicitantes de asilo. Contiene fotos borrosas de políticos de raza blanca fumando puros, cenando en restaurantes de postín, y a su lado una foto de un adolescente de raza árabe, con los labios sellados, y otra de una niña pequeña africana aplastada contra una valla.

—Esto es de antes del bloqueo informativo.

—Mmm —digo—, no estoy muy al día en política. —Que te hayan secuestrado es una excusa fantástica para no tener ni pajolera idea de la actualidad del mundo.

—¡Perdón! —se disculpa—. No se me olvidó, es solo que...

—No, tranquilo, quiero entender. Explícamelo.

—Bueno —prosigue, y se detiene un instante a pensar—, dime que pare si ya lo sabes, ¿vale? No quiero ponerme en plan paternalista contigo.

—No creo, pero bueno. Adelante. —La verdad es que no sé mucho de estas cosas. La política nunca me ha interesado realmente.

—Bueno, a diferencia de otros países, Australia envía a los solicitantes de asilo a campamentos de detención. En tiempos estaban Woomera y Villawood, ¿te acuerdas? En mitad del desierto.

Asiento. Los ojos le brillan con intensidad. Es evidente que el tema lo apasiona.

—Pues ahora hemos cambiado la ley a peor aún. Ahora los mandamos a Nauru y a Isla Manus, en el Pacífico. Las condiciones de vida allí son terribles, viven en tiendas de campaña, literalmente, y hace un calor insostenible.

»El nuevo gobierno ha ordenado un bloqueo informativo para que los medios no informen sobre los centros de detención. Tratar de averiguar lo que está pasando allí es realmente peligroso. El gobierno no quiere que nos enteremos. Pero hemos conseguido esta foto. Está tomada desde un helicóptero.

Me muestra una fotografía de un campamento de tiendas de campaña y tierra, rodeado por una valla alta de alambre. La gente sostiene carteles en alto, pero están

demasiado lejos para resultar legibles.

—Los retienen allí durante años. A chavales también. Aunque a nosotros nos está costando miles de millones tener abiertos esos lugares, no tenemos ni idea de lo que está pasando dentro. Pero se han filtrado algunas cosas. Un tío murió de una infección que se podía tratar. Y simplemente se había hecho un corte en el pie. Los guardias cometen acoso sexual a gran escala contra las solicitantes de asilo. Incluso contra los niños, Bec. Y no se está haciendo nada al respecto. Hay niños allí que han intentado suicidarse.

Traga saliva y mira la foto.

—Todo el mundo tiene tanto miedo de estas personas que creen que son monstruos, y no se dan cuenta de que somos nosotros quienes nos hemos convertido en monstruos.

No sé qué decirle. Me siento fatal por no haber sabido nada de todo eso, por haber cambiado de canal cuando había noticias sobre este asunto, convencida de que era una mera cuestión política, no algo que estaba afectando a la vida de las personas. Pero sentirme culpable no va a servirme de nada en mi situación, por lo que decido intentar cambiar de tema.

—Pero ¿qué tiene esto que ver con que Lizzie se haya enfadado contigo?

Él me mira atentamente.

—El tío que lleva este blog es un colega que se hace llamar Kingsley, pero nadie conoce su verdadero nombre. Supongo que podría decirse que es un periodista guerrillero. Es el tipo que organizó la protesta, que para bien poco sirvió.

—¿Por qué tiene que mantenerse en el anonimato? —Si tanto esfuerzo estaba dedicándose a semejante labor, me parecía más lógico que alguien quisiera llevarse la gloria.

—Había otro tío con el que trabajaba este antes. Uno que sí utilizaba su nombre auténtico. Estaba orgulloso de su trabajo, tenía una actitud desafiante. Pues hace como un año que nadie sabe nada de él. Un día... —chasquea los dedos— se esfumó. Kingsley debe permanecer en el anonimato para hacer lo que se propone a continuación. Ahora quiere llegar más lejos y necesita mi ayuda.

—¿Tu ayuda? ¿Es peligroso?

Su mirada se distiende de pronto.

—¡Bah, por supuesto que no! —responde—. Bueno, venga, debería llevarte a casa. Tengo que ir a trabajar.

—Vale —digo yo, desilusionada. Todavía no me apetece irme a casa. Trato de pensar en algo para darle un motivo para quedarse, pero ha cogido ya sus llaves y está saliendo por la puerta. Voy detrás de él, escaleras abajo.

—Hasta ahora —oigo que dice. Al volverme, me doy cuenta de que hay un hombre sentado en el salón. Levanta la vista del iPad que tiene en el regazo, con una sonrisilla

tenue en la cara. A pesar de que su aspecto es el de un hombre de unos cincuenta años, lleva el fino cabello repeinado hacia atrás y su ropa es nueva y actual. Reconozco a Jack en su nariz, y a Lizzie en sus ojos. Debe de ser su padre.

—Hola —saludo, y espero la inevitable mirada de susto que pone todo el que me reconoce. Estoy empezando a acostumbrarme.

—Hola, Bec —dice él, pero la sonrisa no desaparece de su rostro. Baja de nuevo la mirada a su iPad, como si el verme no significase nada en absoluto.

Jack saca el coche del camino e iniciamos el trayecto hacia mi casa. Había algo en su padre que me ha puesto los nervios de punta. Pero trato de quitármelo de la cabeza para centrar mi atención en Jack. Su actitud ha cambiado ligeramente y en su habitación estuvo un tanto reservado. Pero no creo que tenga que ver conmigo. Está ocultando algo, pero es demasiado pronto para preguntarle.

—Tu padre no pareció sorprenderse de verme —suelto de golpe.

—No. Debo reconocer que no he parado de hablar de ti en estos últimos días.

—¿En serio? —pregunto yo.

—Claro. Y además... —Guarda silencio un instante—. Supongo que no ha olvidado del todo lo que le dijiste a Lizzie sobre él.

—¿Qué dije?

Él me mira con curiosidad. Debe de tratarse de algo que yo debería saber.

—Es igual.

—Bueno —sigo yo, con la esperanza de hacerle hablar de sí mismo otra vez—, ¿y dónde trabajas, por cierto?

—En la Cruz Roja —responde, y saca por debajo de la sudadera de capucha la esquina de un chaleco rojo—. Hoy me toca el turno de noche.

—¿En serio? ¡Madre mía, Jack! —exclamo.

—¿Qué?

—¡Coño, que eres una especie de santo!

—No, para nada. —Pero se ha sonrojado un poco; le agrada pensar que yo le veo así.

—Eres tan buen tío que ni siquiera sé qué hacer contigo.

—No soy tan buen tío —responde él, poniendo voz de machote.

—¡Ni lo intentes! —le digo, dándole un golpe en el hombro en broma. Él se ríe, claramente azorado. Me sorprende que en el instituto estuviese tan metido en el universo *heavy metal*. Es tan buenecito. Me lo imagino más bien como el típico parado supertímido que se muere de corte para preguntarte si quieres ser su pareja en la clase de danza.

Jack me coge la mano, posada en mi regazo, y la sostiene mientras sujeta el volante con la otra. Me pasa un dedo por los nudillos y la sensación que me produce me recorre todo el cuerpo. A lo mejor no es tan cortado, después de todo. El sol destella en el parabrisas mientras vamos hacia mi casa. En ese instante no pienso en Andopolis, no pienso en el mensaje de texto, ni pienso en el padre sollozando a solas en el dormitorio. En lo único en lo que pienso es en la sensación que me producen los dedos de Jack entrelazándose con los míos. Entonces la veo.

—Para —le digo.

Él me suelta la mano.

—¡Perdona!

—No, no digo eso. Para el coche.

Pone el intermitente y aparca junto al bordillo. La furgoneta hace lo propio y aguarda detrás de otros coches aparcados.

—Esa furgo. Ha estado siguiéndome.

—¿Qué? —dice Jack—. ¿Desde cuándo?

—Llevo viéndola desde que volví.

—No pensarás que es... —No termina la frase. Observa fijamente la furgoneta por el retrovisor.

—No lo sé —respondo yo, y entonces noto que emerge de dentro de mí una determinación nueva—. Vamos a averiguarlo.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y salgo del coche. Al tener a Jack cerca, no me siento tan vulnerable. Y estoy harta y cansada de ir por ahí con miedo. Oigo que también él se apea del coche.

—¡Bec! —me llama. Pero, pese a que tengo el corazón en la boca, no me vuelvo.

A medida que me acerco a la furgoneta, intento escudriñar las ventanillas pero son lunas ahumadas. Jack me alcanza y se interpone para impedirme el paso.

—Deberíamos llamar a la policía.

—No. —Trato de sortearlo, pero él da un paso a un lado para volver a cortarme el camino.

—¡Tenemos que avisar! ¡Podría ser peligroso! Ya te perdí... Ya te perdimos una vez.

Saca el móvil del bolsillo para llamar a la policía. Yo apoyo mi mano en su hombro y espero hasta que él se detiene y levanta la vista hacia mí. No puedo dejar que llame.

—¿Vienes conmigo? No correré peligro si estás tú también.

Jack se queda callado mirándome, con el dedo levantado por encima de la tecla de llamada.

—Estoy cansada de tener miedo, Jack. Necesito hacer esto.

Él me coge de la mano y la sujeta con fuerza.

—Está bien.

Al ir acercándonos a la furgoneta, hasta la última célula de mi cuerpo desea darse la vuelta y salir corriendo. Veo mentalmente al hombre sin rostro de mi sueño, como un fognazo, y noto que me pongo a temblar. Nos detenemos cuando estamos cerca de la ventanilla del conductor pero aún lo bastante lejos para salir corriendo.

—¡Eh, cabrón! —grito—. ¿Por qué me sigues?

Silencio. Solo veo mi propio reflejo, pálido, en el vidrio.

—Tengo tu número de matrícula y voy a llamar a la poli dentro de diez segundos.

Oigo que algo se mueve dentro del vehículo.

—Diez, nueve, ocho. —Y la ventanilla empieza a bajar. Noto que se me tensa cada parte del cuerpo ante la expectativa de ver un monstruo.

Pero no se trata de ningún monstruo. Es un gordo con gafas que me mira por la ventanilla abierta.

—Vamos, no llames a la poli —dice con una vocecilla estridente.

—¿Por qué me sigues? —le pregunto.

—¿Rebecca? —pregunta él a su vez, mirándome con extrañeza.

—¿Quién quiere saberlo? —interviene Jack sin darme tiempo a responder.

El hombre carraspea.

—Jason Borka, Canal Ocho. ¿Eres Rebecca Winter?

—¿Y si antes respondes a la pregunta que te ha hecho? —insiste Jack.

—¿No salta a la vista? Necesitaba estar seguro —responde el hombre con su molesta voz, mirándome de hito en hito—, y me has convencido. Si me das la exclusiva, te puedo ofrecer a cambio un trato muy generoso.

Hace unos meses me habría dejado tentar por algo así. Pero ahora ni siquiera me lo pienso.

—Yo no soy Rebecca —respondo. Qué gozada poder decir la verdad en voz alta.

Él me mira con recelo.

—Soy su prima —añado.

—No te creo —dice él, entornando sus ojillos de cerdito.

—Cree lo que te dé la gana, gilipollas. Si vuelves a acercarte a mí, si vuelves a mandarme mensajes de texto, te echaré encima a la policía así. —Chasqueo los dedos y doy media vuelta. Jack me sigue.

—¡Última oportunidad! —grita el tipo—. ¡Te puedo conseguir un especial en *A Current Affair!*

Cuando me siento de nuevo en el coche de Jack, noto las endorfinas recorriéndome el organismo. No puedo creer que esa rata canija me hubiese tenido tan atemorizada. Menudo cobarde, escondiéndose tras cristales tintados y mensajes anónimos.

—¡Vaya, Bec —dice Jack con admiración cuando se sienta a mi lado—, no sabía que eras tan flipante!

Me inclino hacia delante y le miro con atención. Él me devuelve la mirada con gesto de sorpresa. Entonces, con mucho cuidado, levanta una mano y me acaricia la cara. Yo le beso lentamente. Su boca es suave y cálida y noto que su barba incipiente me raspa la mejilla. La tensión de mis músculos se disuelve en forma de cosquilleos y mariposas. Me estrecha entre sus brazos y el mundo desaparece a nuestro alrededor.

*Bec, 15 de enero de 2003*

Era una de esas fiestas alucinantes en las que parece que el tiempo pasa a velocidad acelerada. Las luces azules hacían que las caras resplandeciesen como lunas llenas, y la música a todo volumen palpitaba como los latidos de un corazón gigante, mientras Bec bailaba dando saltos por la pista. Luke la inclinó hacia atrás como en el tango, después lo hizo Lizzie, de nuevo Luke, hasta que el mundo acabó dando vueltas a su alrededor.

Charlaron pausadamente en la terraza. Lizzie recostada en el regazo de Bec. Bec con la cabeza apoyada en el hombro de Luke. Los tres juntos en un instante perfecto que parecía que fuese a durar eternamente. Contemplando el firmamento, cada vez menos oscuro, mientras la brisa susurraba. Hasta que dieron las cinco de la madrugada y Lizzie y ella se marcharon andando a casa; a Bec se le pusieron negras las plantas de los pies.

Cuando se despertó, no tenía ni idea de qué hora era, qué día era, ni qué había pasado la noche anterior. Solo sabía que tenía la boca pastosa y que sentía martillazos en la cabeza. Se quedó tumbada, mirando fijamente la bombilla gris del techo de su habitación. El sonido de un avión que se acercaba fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que, convencida de que iba a estrellarse contra su casa, se aferró a la colcha, cerró los ojos y aguardó su propia muerte, viendo mentalmente imágenes de cuerpos mutilados. Pero entonces el rugido del avión fue perdiéndose a lo lejos hasta desaparecer por completo, y se sintió muy tonta, con el corazón aún palpitándole desbocado.

—¿Estás despierta? —La colcha se movió y Lizzie se giró para mirarla.

—Más o menos.

—¿Te acuerdas de cuando nos quedamos en casa de Lisa, que se despertó y se fue a prepararnos un megadesayuno?

—Sí.

—La mejor cura para la resaca, ¿eh?

—Y que lo digas...

—Tenemos que llamar a Lisa.

—Creo que está fuera. ¿No se había ido de viaje?

—Ni idea.

—Yo tampoco.

—Lámala.

—Lámala tú.

—Vale.

El colchón volvió a moverse arriba y abajo cuando Lizzie se dio de nuevo la vuelta. Su respiración se ralentizó casi de inmediato, señal de que había vuelto a dormirse. Poco a poco las imágenes de la noche anterior comenzaron a abrirse paso en la mente de Bec, como jugadores driblando en el campo. Al revivir cada instante, mientras escuchaba el sonido acompasado de la respiración de Lizzie, Bec experimentó una auténtica y honda felicidad.

Más tarde, cuando su amiga ya se había marchado pero no así su dolor de cabeza, Bec se sentó en el centro de la cama revuelta a pensar cómo pasar el día. Tenía una revista de moda abierta encima del regazo, un humeante café bien cargado en la mesilla de noche y la música de Justin Timberlake atronando desde los altavoces. Idealmente, podría pasarse el día entero haciendo justo lo que estaba haciendo en esos momentos. Pero había dos cosas, dos elementos igualmente importantes que le pesaban en la conciencia. Esa noche iban a hacer el exorcismo y Luke iba a venir a su casa. Había decidido ya que le iba a pedir que fuese a las once y a los demás les pediría que fuesen a medianoche. Luke iba a estar en su cuarto. Echó un vistazo alrededor y, al ver sus cosas a través de los ojos de él, se sintió emocionadísima y a la vez muerta de vergüenza. Pero él estaría en su cama, sentado exactamente donde ella estaba en ese momento. ¿Qué sucedería en la hora previa a que apareciesen los demás?

Se lo imaginó sentado a su lado, acariciándole una pierna, tocándole la melena. Era demasiado. Bec se tapó la cara con la revista y soltó un gritito de emoción. Debía tomar una decisión respecto a lo lejos que estaba dispuesta a dejarle llegar. Sabía que quería *hacerlo* con él. Tener sexo. Pero si lo hacían ya, entonces lo más seguro es que Luke ya no tuviese motivos para pedirle salir.

Recordó la última vez que había estado a punto. Su novio del año anterior había querido hacerlo. Ella pensaba que también quería, pero cuando lo tuvo encima, echándole en la oreja el aliento a perrito caliente y tratando torpemente de desabrocharle el sujetador, se dio cuenta de que era lo último que le apetecía. El chico se pilló tal rebote que en ese mismo instante ella le dejó. Todo el deseo que había sentido había quedado sustituido por repulsión. Pero con Luke sería diferente. El móvil sonó y ella se sonrojó, segura de que era él. «Lo de anoche fue alucinante».

«Total. Lo pasé genial», contestó ella. En cuanto envió la respuesta, lamentó no

haberle hecho una pregunta. Si no contestaba, tendría que mandarle otro mensaje de texto sobre lo de esa noche y daría imagen de pirada. Pero antes de que le diera tiempo a enfadarse consigo misma más de la cuenta, su móvil volvió a sonar.

«¿Lo de hoy sigue en pie?».

«Sí. ¿Te vienes a las 11 y me ayudas a montarlo?».

Contuvo la respiración y cruzó los dedos.

«Claro. Sigo diciendo que solo me interesa ver tu cuarto».

La revista volvió a taparle la cara y ella volvió a lanzar un gritito. Le mandó su dirección y a continuación metió el teléfono debajo de la almohada, incapaz de mirar la pantalla de nuevo, no fuera a ser que él cambiase de idea.

Sonrió para sí. Se preguntó cómo se las ingeniaría para ocupar el tiempo entre ese momento y las once de la noche. Lo primero era lo primero: salir de su cuarto. Si se quedaba todo el día ahí sentada, se volvería loca, acabaría escribiéndole otro mensaje y entonces daría imagen de tonta. Dejó la revista a un lado, se levantó de la cama dándose impulso y salió de la habitación. La puerta de los gemelos estaba abierta de par en par pero ellos no estaban dentro. Como no era habitual poder entrar a solas en su dormitorio, aprovechó la oportunidad. Por un momento se planteó echar una ojeada debajo de las almohadas de sus hermanos. Se acordó de cuando aún eran pequeños y ella se encargaba de acostarlos. Andrew le había enseñado su juguete nuevo, un robotito de plástico que había debido de encontrar en un huevo Kinder.

—Este va debajo de mi almohada. Como un diente.

—Pero el hada de los dientes no va a venir —había añadido Paul.

—¿Porque no es un diente? —había preguntado ella.

—No. Porque no existe. Es mamá.

—Ah, ¿sí? —había dicho ella.

—¡Claro! ¿No lo sabías? —había respondido Andrew.

Los dos se habían quedado mirándola como si fuese la mayor idiota del mundo.

—¿Y cómo sabéis que es mamá? —les había preguntado.

—La vimos.

Bec no había sabido qué replicar. Entonces ella no tendría más de doce años. Se levantó para apagarles la luz, por temor a que a continuación sacasen a colación a Papá Noel.

—Odiamos a mamá —dijo uno de los dos, estando ella de espaldas; no estaba segura de cuál lo había dicho.

—¿Cómo? ¿Por qué odiáis a mamá? —había contestado ella, su voz aún joven e infantil.

—Porque no existe. Los únicos que existimos de verdad somos yo y Paul.

Todavía podía ver sus caritas de piel suave y oler el aroma a niño pequeño recién

bañado que desprendían sus cabezas, como si aquello hubiese tenido lugar aquella misma semana. Pero ahora no estaba en la habitación de unos niños pequeños y, si miraba debajo de la almohada de Andrew, no pensaba que encontraría ni un juguetito ni un diente.

Al salir al jardín delantero, empujó la puerta con cuidado. Tenía las manos un poco temblorosas, pues aún le quedaba alcohol en las venas. Las bicis de sus hermanos no estaban donde solían estar, tumbadas y enganchadas una con otra en la parte de arriba del camino de la entrada. Si no volvían pronto se meterían en un buen lío.

El sol brillaba en lo alto, obligándola a pestañear para poder mirar la calle desierta. Era tan intenso que el aire vibraba. Al dirigir la mirada hacia las montañas, se fijó en que había humo y, si observaba con atención, podía distinguir una línea finísima de color rojo. Notó que la mano se le iba a la boca: los incendios estaban cerquísima.

—Los tienen controlados.

Max, su vecino, había salido también a la parte delantera de su casa y estaba apoyado en la verja, mirándola. Sus ojos estaban más despiertos que de costumbre. Bec se preguntó si eso significaría que estaba recuperándose. O bien empeorando.

—Parece tan cerca —dijo ella.

—Yo no me preocuparía demasiado. Lo que no alcanzas a ver es a todos los bomberos que están allí arriba. Hay helicópteros y contrafuegos. Lo han hecho ya cientos de veces.

—Eso es bueno —comentó ella.

De pronto le entraron ganas de preguntarle cómo era volverse loco. Si una parte de ti sabía lo que estaba pasando o si no te enterabas hasta que de pronto te encontrabas sedado, en pijama, en algún psiquiátrico de quién sabía dónde. Pero seguro que, si te preocupabas por el tema, es que no te estaba pasando, ¿verdad? Los ojos castaños claros de Max seguían clavados en ella. Por un instante, le dio la sensación de que podía detectar en ellos la locura, un destello bajo la superficie.

—Llevo muchos años viviendo al lado de tu familia, ¿sabes? —Los ojos de Max no se desviaron de los de Bec ni por un segundo. Como si ni siquiera pestañease.

—Sí, ya lo sé.

—No eres tú sola. Yo también lo veo.

Bec empezó a sudar profusamente. Cada poro de su piel en la espalda expulsaba sudor. El cuerpo entero se le volvió pegajoso, húmedo. Él podía ver su locura.

—No quiero decir nada fuera de lugar —añadió Max—, pero, si alguna vez quieres hablar con alguien, aquí estoy.

No dejaba de mirarla, le clavaba los ojos en los suyos como si fuesen imanes. Un enfado ardiente empezó a bullir dentro de ella. Iba a decir algo, cualquier cosa con tal

de hacerlo callar, cuando oyó el rodar de las bicis subiendo por el camino de acceso.

Sus hermanos las arrojaron con estrépito contra el suelo de cemento.

—¿Dónde estabais?

—En las tiendas.

—¡Nos dejan ir a las tiendas!

—Ya, bueno, pero no os dejan ir en bici sin casco, ¿no?

Echó la vista atrás, a la verja, pero Max había desaparecido. La puerta mosquitera se cerró de golpe.

—¿Te vas a chivar? —preguntó Paul.

—¡Pues a lo mejor! —respondió ella. La voz le había salido rara. Las palabras de su vecino seguían zumbándole en los oídos.

—¡Pues vale! —dijo Andrew—. Entonces nosotros le contaremos a mamá que vas a traer a unos amigos a casa esta noche.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabéis?

—¡Percepción extrasensorial! —gritó Andrew, y él y su hermano se metieron corriendo en la casa.

Esa noche, cuando toda su familia se había ido ya a dormir, Bec estaba dando los últimos retoques a su habitación. Puso con Blu-Tack fotos que la hacían parecer sexi y divertida, y escondió sus osos de peluche y todas sus cosas de color rosa en el fondo del armario. Había sobornado a los gemelos para que no se fuesen de la lengua. El trato era que ella no le diría nada a su madre sobre los cascos de las bicis y al día siguiente en Big Splash les compraría todas las patatas y gominolas de serpiente que quisieran. Probablemente acabarían vomitando, pero la culpa sería de ellos y de nadie más.

Había tardado mucho rato en decidir la ropa que se iba a poner. Lo más difícil era transmitir la sensación de que no le daba importancia. A fin de cuentas, estaba en su propia casa. Se había decantado por un sencillo vestido holgado con faldón fruncido que le llegaba justo por encima de las rodillas, y había optado por quedarse descalza. Su esperanza era que pareciese que era lo que se ponía siempre para estar en casa, cuando en realidad lo que usaba eran sus viejos, raídos, pantalones de pijama con estampado de gatitos. Se prometió que nunca más volvería a ponérselos.

La pantalla del móvil se iluminó. Ya estaba aquí. Bec se sintió mareada de repente. Se sentó en la moqueta y apoyó la cabeza entre las rodillas. No estaba segura de si sería capaz de hacerlo. Respiró hondo varias veces, meciéndose adelante y atrás, y a continuación se levantó rápidamente y bajó de puntillas hasta la puerta de la casa. Se veía la silueta de Luke a través del vidrio esmerilado. Sus hombros anchos, la curva

de su mandíbula. Estaba ahí solo para verla. Abrió la puerta con energía, llevándose los dedos a los labios, al tiempo que el pulso se le aceleraba. Se le hacía raro verlo allí. Su imagen le resultaba tan conocida; pensaba en él tan a menudo. Pero por alguna razón tenerlo en el umbral de su propia casa, sonriéndole y dando un paso hacia delante para pisar el suelo de parqué del recibidor, le pareció que no encajaba. Su existencia pertenecía a un mundo diferente de este.

Por señas le indicó que la siguiese y subió en silencio las escaleras. Las pisadas de él producían los mismos crujidos en los escalones que las de ella. Sus manos recorrían la misma barandilla.

Bec cerró la puerta de su cuarto cuando él hubo entrado. Allí estaba, de pie en el centro de la habitación. El corazón le palpitaba tan fuerte que le dio miedo que Luke pudiese oírlo. Solo había dejado encendida la lámpara de su escritorio, de modo que el cuarto estaba todo dorado, tenuemente iluminado.

—Bueno, pues esta es mi habitación —susurró—. ¿Es como te la esperabas?

—Supongo que sí. ¿Y Liz?

En ese momento Bec se dio cuenta de lo incómodo que se le veía. Tenía los hombros un tanto tensos, encogidos, y llevaba las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos de la cazadora estilo bómbier.

—Aún no ha llegado, supongo.

Bec se sentó en la cama pero él permaneció de pie. Ella dio unas palmadas en el colchón, a su lado. Luke se sentó pero siguió sin mirarla directamente. Le brillaba la cara, de perfil. El leve saliente del puente de la nariz, la curva del mentón; el bulto de la nuez. Podría pasarse el día entero mirándolo.

—Bueno, ¿cómo estás? ¿Se te ha pasado la resaca? —le preguntó.

Le dio rabia no poder poner música, pero no quería arriesgarse a despertar a sus padres.

—Qué va, me siento de pena. Los viejales como yo no nos recuperamos tan fácilmente.

Bec deseó que se quitase la cazadora. Le parecía chocante que se hubiese puesto esa prenda, cuando fuera seguía haciendo un calor pegajoso.

—Puedes dejar la cazadora en mi silla si quieres.

—Estoy bien.

—Vale.

El dobladillo de su vestido, ahora que estaba sentada, se le subía un poquito. No se lo bajó. Quería que él se inclinase hacia ella y que apoyase su mano tibia en la piel de su muslo, que el vestido dejaba al descubierto. Que la mirase intensamente. Que la besase. Que sus manos se deslizasen alrededor de sus piernas para agarrarla del culo, que le apretasen la carne y tirasen de ella hacia sí. Que la obligase a abrir las piernas

con su estómago; cadera contra cadera, eléctrica la piel.

Pero no hizo nada más que mirarse fijamente las rodillas. Con los hombros encorvados hacia delante y las manos aún metidas en los bolsillos. En silencio. De repente, a Bec le entraron unas ganas imperiosas de hacer pis. Se levantó de un respingo.

—Enseguida vuelvo.

Se fue a todo correr al cuarto de baño, se bajó las bragas y empezó a hacer pis inmediatamente. Al mirarse en el espejo, al lado, vio la patética expresión de su rostro. Sonrió forzosamente. Así no se suponía que tenía que ir la cosa. Había sido una salida en falso. Cuando hubo terminado, cerró los ojos para concentrarse en alejar de sí toda negatividad, sonrió otra vez y regresó a su cuarto. Le gustaba a Luke, de eso estaba segura. Cuando abrió la puerta, estaba mirando su móvil.

—Lizzie ya está aquí —anunció.

—¿En la puerta?

—Sí.

Bec obligó a su sonrisa a no desaparecer de su cara y dio media vuelta para bajar las escaleras. Le había dicho a Lizzie a las doce, estaba segura. Cuando agarró el picaporte para abrir, casi esperaba no encontrar a nadie al otro lado. Pero sí, allí estaba Lizzie, con una caja de zapatos en las manos y una sonrisa sincera.

—¿Todo bien? —La sonrisa se le desdibujó ligeramente al ver la cara de Bec.

—Claro, claro. Entra.

No podía creer que ya hubiese terminado el rato que pensaba pasar con Luke. La desilusión descendió poco a poco por su fuero interno como una plomada.

—Llegas pronto —le susurró a Lizzie mientras subían las escaleras.

—¿Sí? Luke me mandó un mensaje de texto cuando venía para acá desde el curro.

—Supongo que entonces los dos habéis llegado pronto. —Fue el intento de Bec por disimular. Pero Lizzie estaba ya entrando entusiasmada en su dormitorio.

—Hola, pervertido. Siento interrumpir —le dijo a Luke, que seguía sentado muy incómodo en la cama—. Pensé que estarías revolviéndole el cajón de la ropa interior.

—Me he guardado ya unas cuantas muestras en la mochila para después —respondió él, y Bec se fijó en que las facciones se le distendían y los hombros se le relajaban. La plomada le creció hasta formarle un tapón en la garganta.

—¡Me muero por enseñaros lo que he traído! —Lizzie sostuvo la caja hacia delante—. Pero ¿por qué estamos aquí arriba, por cierto? ¿No deberíamos estar abajo, en el garaje?

—Quería esperar a que estuviéseris aquí, no quería luchar yo sola contra las arañas —explicó Bec, sonriendo esta vez de verdad.

Lizzie aborrecía las arañas. Bec observó que su amiga comenzaba a frotarse

inconscientemente la nuca y a rascarse el pelo, como si millones de arañas estuviesen recorriéndole la cabeza.

—¡Pues bajemos ya! —anunció Bec sin mirar a Luke.

Si lo miraba a los ojos, se le saltarían las lágrimas.

Bec se alegraba de que Lizzie fuese delante de ella cuando llegaron al cuarto de la lavadora. Apartó la vista y oyó que Lizzie giraba el pomo y entraba en el garaje como si nada. Como si se tratase de una habitación más de la casa. El corazón le latía a toda velocidad, enviándole temblores por los brazos hasta las yemas de los dedos. Todo aquello era una estupidez; deseó poder irse simplemente a dormir.

—Vamos, tortuga —dijo la voz de Luke, a su espalda. Su amigo la empujó suavemente. Ella se volvió hacia él. Le sonreía de nuevo, desaparecida por completo la sensación de incomodidad de antes. No le entendía.

Luego, mirando fijamente la oscuridad enmarcada por el quicio de la puerta como un cuadro, cerró los puños con fuerza y se obligó a dar un paso al frente y penetrar en ella.

2014

Cuando entro en la casa, una sensación inesperada de angustia se apodera de mí. Había pasado un día estupendo a pesar del extraño incidente con el padre por la mañana. Y ya que no tenía que seguir preocupándome por la furgoneta negra, debería poder relajarme. Las cosas estaban poniéndose en su sitio. Tal vez por eso sentía angustia. Cuando todo iba bien, normalmente hacía algo para fastidiarla. Pero esta vez no.

—¿Qué tal la tarde con Jack? —dice la madre, con el cesto de la colada en las manos.

—Bien —respondo yo, y es que estuvo bien. Estuvo genial. El tío besaba de muerte. A lo mejor fue el chute de endorfinas tras el enfrentamiento con el reportero lo que había disparado la cosa, pero qué más daba—. ¿Cómo era yo de pequeña? —pregunto. Que se me ocurriera la pregunta y me saliera por la boca fue todo uno—. ¿Era traviesa? ¿Tímida? No me acuerdo, sinceramente.

—Pues eras..., bueno, quiero decir que... eras perfecta. —Se rio. Me di cuenta de que era la primera vez que la oía reír—. Pero eras un poquito mandona. Y te gustaba vestir a tus hermanitos como si fuesen muñecas y los obligabas a que hiciesen pases de modelos.

—¿En serio? —Trato de imaginarme a Paul y Andrew en ese plan. Me resulta imposible.

—¿No te acuerdas de eso? Estoy segura de que tengo fotos en alguna parte.

—No me importaría verlas —le digo.

—Claro, cariño. ¿Necesitas que te lave algo de ropa? —me pregunta.

—No, estoy bien —respondo—. Pero gracias.

Ella se mete otra vez, corriendo, en el cuarto de la lavadora y yo me siento en el sofá. Realmente no me apetece estar en la habitación de Bec en estos momentos, rodeada de todos los vestigios de su vida. Ese reportero me había molestado de verdad; no podía creer que un tipo tan patético me hubiese asustado tanto. Bec no le interesaba en absoluto, para él tan solo representaba una oportunidad de darle un empujón a su carrera profesional, de llevarse su porción de los beneficios

económicos derivados de la tragedia. ¿Cómo podía verla como una fuente de ingresos y no como una persona real? Aun creyendo que le había ocurrido algo espantoso, no tuvo reparos en mandarle mensajes de texto ni en perseguirla. En perseguirme a mí.

No puedo evitar ponerme a buscar otra vez su nombre en mi teléfono móvil, y esta vez quiero ver vídeos. No estoy segura de por qué, pero quiero verla moviéndose, hablando. Quiero verla más viva que en esas fotografías estáticas.

Solo hay un vídeo y Bec no sale. Se titula «La ciudad llora a la chica desaparecida con una vigilia con velas». Cientos de personas están congregadas en una plaza pública, con un estrado en la parte anterior. La cámara pasa entre la gente, todos con farolillos naranjas encendidos. Algunas personas lloran. Se ven grandes pancartas con la imagen de Bec sonriendo y las palabras «Vuelve a casa». Veo a una joven Lizzie entre la multitud, mirando de un lado para otro y con la boca entreabierta, como si no pudiera dar crédito a lo que ve. Un chico larguirucho, un poco más mayor que ella, la rodea con un brazo. Pero no consigo verle la cara. El padre de Bec está delante con un micrófono.

—Por favor —logra decir, y a continuación se tapa la cara con la mano y rompe a llorar.

La gente ha depositado objetos y fotografías en los escalones y están completamente cubiertos. Todas esas fotos que podrían ser de mí. Siento una ligera opresión en el pecho. La cámara enfoca a una quinceañera que está colocando una bolsa de caramelos encima de todo lo demás. Entre las sombras de detrás distingo al padre de Lizzie depositando una gorra de McDonald's. La madre de Bec se dirige con paso lento hasta el micrófono. Está muy diferente de ahora. Desde aquella época esta mujer ha envejecido tanto que nadie diría que el vídeo es de hace once años; parece de hace treinta. Cuando llega al estrado, se ve que no está llorando y que las manos no le tiemblan.

—¿Qué estás viendo? —pregunta Paul sentándose a mi lado.

—Nada —respondo yo, apagando rápidamente el teléfono—. Solo cosas en YouTube.

Me rodea los hombros con un brazo.

—¿Te apetece hacer algo esta noche? —pregunta—. ¿Quizá salir a cenar?

Me acaricia el pelo, me prende un mechón detrás de la oreja. Por un momento me pregunto si me está proponiendo una cita romántica, lo cual es absurdo.

—Estaría bien —respondo.

—No quiero que te entre claustrofobia —dice él.

Está tan pegado a mí que noto perfectamente el calor que irradia su cuerpo. Cierro los ojos un segundo, notando sus dedos acariciándome el pelo. Aprieto los puños y lo aparto de mí. No puedo permitirme tener estas sensaciones.

—¡Oye, para! ¡Me estás revolviendo el pelo! —me obligo a mí misma a decir.

—¡No se puede revolver mucho más! —replica, riéndose—. No sé cómo decírtelo, hermanita, pero necesitas un corte de pelo.

—¡No es verdad! —exclamo, fingiéndome ofendida. Mejor así. Tendré que quedarme en el terreno seguro del infantilismo y las bromitas hasta que consiga mantener a raya mis emociones.

Se oye el chirrido de neumáticos de un coche aparcando delante de la casa y a continuación el sonido de unas puertas cerrándose.

—¿Quién es? —pregunto.

—Ni idea. ¿Vince?

—No creo —contesto.

Él se pone en pie y unos extraños destellos luminosos le cruzan la cara mientras se dirige a abrir la puerta de la casa.

—¿Andrew? ¿Paul? —dice una voz.

Paul cierra la puerta con tanta fuerza que casi doy un brinco.

—¡Putas sanguijuelas! —grita él.

—¿Qué pasa? —pregunto. Está tan enfadado que se le ha puesto la cara colorada.

—Que creo que vamos a tener que dejar lo de la cena —responde, y se va enojado escaleras arriba.

Me levanto del sofá y echo un vistazo entre las cortinas. Hay tres hombres delante de la casa, uno con un micrófono en la mano y los otros dos con grabadoras de vídeo al hombro y cámaras de fotos con teleobjetivos enormes colgadas del cuello.

Supongo que no resulté tan convincente como había creído.

Para cuando empieza a anochecer hay ocho furgones delante de la casa. Estoy sentada con el resto de la familia en el salón. Todos guardamos silencio, pero la estancia está inundada de las voces animadas que parlotean en el exterior. Cada tanto, alguien aporrea la puerta o la ventana. A veces gritan el nombre de Rebecca. Desesperada, ansío poder dar marcha atrás para borrar el enfrentamiento con el reportero. Pero probablemente habría pasado de todas formas. Mi móvil emite un pitido. Es Jack. «¿Todo bien? Han hablado de ti en la tele».

No había imaginado que podría pasar tan rápido. Enciendo el televisor y voy cambiando de cadena hasta que encuentro el programa. Se ve al presentador en mitad de una parrafada.

—... hace diez años, cuando regresaba a pie desde la parada del autobús de su barrio.

»El investigador jefe de Desaparecidos, Vincent Andopolis, no comentó mucho

sobre el asunto.

Aparece Andopolis en pantalla. Aunque se le ve demacrado y con signos de cansancio, está animado.

—Es un punto que en estos momentos no puedo ni confirmar ni desmentir —dice hacia la multitud de micrófonos que los periodistas le arriman a la cara—. En nombre del departamento de policía, y de la familia Winter, les pido que se conceda a la investigación el espacio y el respeto necesarios en esta fase.

La cara petulante del presentador vuelve a ocupar la pantalla.

—Sin embargo, si de hecho Rebecca Winter estaba viva todo este tiempo, ello pone en cuestión la integridad de la investigación del detective Andopolis y, por otro lado, plantea la posibilidad de que se produjera una negligencia policial de gran magnitud.

Aparece una imagen nueva en el televisor. Una fotografía robada. Corresponde al día que volví a casa fumándome un cigarrillo. Ese reportero debió de tomar la instantánea cuando yo rebuscaba mis llaves en el bolso. Es una imagen pixelada y borrosa, como si la hubiese tomado a través del parabrisas. Estoy apoyada en la puerta de la casa, ligeramente de lado como si me dispusiese a mirar por encima del hombro. Solo se alcanza a ver una parte de mi cara. Apenas el filo de la mejilla y el extremo del ojo. Podría ser suficiente. Para alguien que de verdad me conozca, que pudiese reconocer la forma de mis hombros, mi postura. Podría ser suficiente para mi padre.

—Quita eso —dice Andrew.

Cuando la policía se presenta a la mañana siguiente, me pregunto fugazmente si vienen a detenerme. Las luces azules y rojas tiñen la fachada silenciosa. Pero ni siquiera entran. Los oigo hablar con los periodistas, que han acampado delante de la casa.

—¿Qué hacen? —pregunto al padre, que está sentado a mi lado en la cocina, desayunando. Yo estoy demasiado atemorizada para acercarme a mirar por la ventana, y además no puedo dejar que me saquen otra foto.

—Los llamé esta mañana temprano. Necesito ir a la oficina y esos furgones me bloquean la salida a la calle.

—¿Y de verdad se irán solo porque se lo digan los polis? —Remuevo los cereales con la cuchara. No me apetece nada comer en estos momentos.

—Probablemente no. Tendrán que montar una barrera al final de la calle —contesta—. Es exactamente lo mismo que pasó la vez anterior. Al final acabaron marchándose, cuando se aburrieron lo suficiente.

La cocina vuelve a quedarse en silencio. El padre se levanta finalmente, se aprieta

el nudo de la corbata y recoge su maletín para dirigirse a la entrada. Cuando sale, oigo el aumento del ruido, preguntas que se pisan unas a otras, los chasquidos de las cámaras.

Me siento con Paul en el sofá. Lleva solo unos bóxers de algodón y una camiseta blanca de tirantes, ajustada, y está viendo dibujos animados. Con un esfuerzo inmenso, clavo la mirada en el televisor en lugar de en su cuerpo de cine. Un tigre animado vestido con una sudadera roja con capucha conduce un tranvía con toda su felina familia. Intento prestar atención a la historia, pero lo cierto es que me está entrando pánico. Ahora que los medios de comunicación han descubierto mi farol sin saberlo, ahora que han hecho realidad la amenaza que en el fondo yo no tenía la menor intención de cumplir, ha desaparecido la única posibilidad que me quedaba de ejercer influencia sobre Andopolis. Se va a poner como una furia conmigo y yo no tengo ni idea de cómo afectará a su siguiente movimiento. Además, ahora la casa está rodeada de cámaras. Estoy atrapada, literalmente. Encerrada en mi propio embuste, sin margen de maniobra. Trato de respirar hondo; en estos momentos sentir pánico no me serviría de nada.

—No te comas tanto el coco —dice Paul, sonriendo—, te están saliendo arrugas.

No me había dado cuenta de que estaba mirándome.

—Déjame en paz —contesto. Me alegra tener un motivo de distracción.

—Perdona, hermanita. Solo me preocupaba por ti.

—Pues preocúpate por ti —replico—. Porque te está saliendo una bien fea justo aquí.

Le doy un toque en medio del ceño. Él me mira, serenamente, y acto seguido se abalanza sobre mí y me inmoviliza en el sofá.

—Pues yo veo muchas por aquí —dice, y me lame la frente.

—¡Guarro! —chillo—. ¡No me puedo creer que hayas hecho eso!

—Créetelo —dice, y se pone a hacerme cosquillas debajo de los brazos.

—¡Para! —grito yo entre risas, retorciéndome debajo de él. Pero es fuerte y no puedo moverme mucho. Tengo encima todo su peso cálido. Aspiro su olor a transpiración de la noche entre sábanas y empujo su pecho con mis manos, momento en el que no puedo evitar darme cuenta de la fuerte musculatura que esconde la camiseta. Siento mi propia piel electrizada, sensible. Esto no está bien. Intento zafarme, pero él redobla las cosquillas pegando su tripa a la mía.

Forma un montón de saliva y hace que le resbale entre los labios, dejándola colgada por encima de mi cara.

—¡No oses hacer esa cerdada! —le chillo, pero aun así lanzo grititos y gorjeos como una niña pequeña, sin poder remediarlo. Mi cuerpo anhela el suyo. Él succiona la gota de saliva y me sonrío, y por un instante deseo desesperadamente besarlo.

Echarle los brazos alrededor del cuello y estrecharlo contra mi cuerpo. Sentir su boca caliente encima de la mía, sus manos tocándome.

—Date prisa, Andrew —dice una voz.

—¡Voy! —Se separa de mí y se levanta.

Miro a mi alrededor. Paul está bajando las escaleras, vestido de pies a cabeza. Era Andrew con quien acabo de estar haciendo el tonto, no Paul. Como no estaba peinado como de costumbre, no me he dado cuenta. ¿Cómo es posible? Me incorporo y me quedo sentada, con la sensación de que acaban de pillarme haciendo algo repugnante. Andrew sube las escaleras a la carrera para vestirse. De alguna manera me siento engañada, aunque no es posible que él supiera que casi no puedo diferenciarlos. La sensación de culpa me retuerce las tripas.

Bec me odiaría si supiese que sus hermanos me despiertan pensamientos libidinosos. Pero a estas alturas probablemente me odiaría de todos modos. Además, no puedo evitar pensar en Jack.

Al cabo de unas horas empiezo a sentirme atrapada. Andopolis no se ha presentado y yo no puedo salir de la casa. Andrew y Paul se fueron a algún sitio hace varias horas y todavía no han vuelto. Si tengo que quedarme aquí, por lo menos con Jack podría distraerme. Él podría frenar momentáneamente esta sensación de que se me cae la casa encima. Me responde por mensaje: «Estoy currando. Ojalá no». La frustración se apodera de mí. Estoy a punto de lanzar mi móvil cuando suena una campanilla. Es Jack otra vez. «No dejo de pensar en besarte».

Zapeo hasta que veo que en una cadena están emitiendo la telenovela *The Young and the Restless*. Enseguida me pongo al día de los diferentes argumentos. Nada más dejar colgados los estudios universitarios, esta serie era el éxito del momento. No me perdía ni un capítulo. Había empezado el primer semestre del curso convencida de que iba a hacer algo con mi vida, pero la determinación no me duró mucho. Aun así, cada mañana me arreglaba y me marchaba de casa justo antes de que mi padre saliera, con la mochila repleta de libros de texto. Luego, me metía en la panadería de la esquina, cogía una mesa del fondo y me dedicaba a comer bizcocho de cerezas con crema y a hojear sus revistas cutres, pasando las páginas con los dedos pringosos. Cuando tenía la certeza de que mi padre se había ido a trabajar, regresaba a casa y me tumbaba en el sofá hasta que él volvía.

Estando en la universidad, que no tuviese trabajo y siguiese viviendo en casa de repente dejó de ser un problema. Sabía que mi padre estaba orgulloso de mí. Me miraba como si realmente sintiese amor por mí. De haberle contado que había dejado los estudios, estaba segura de que todo eso habría cambiado. Me habría preguntado

qué pensaba hacer con mi vida y yo no habría sabido qué responder.

Llega la hora de las noticias de las tres. La noticia destacada: ¿Ha vuelto Rebecca Winter? Otra vez ponen la foto borrosa y amplían la parte donde se me ve la cara. Apago la tele. No puedo verlo.

—Espero que no te esté afectando, cariño —dice la madre, que ha aparecido en la puerta.

—Estoy bien —respondo, me levanto y trato de sonreírle.

En la habitación de Bec, la pared llena de fotografías de ella y sus amigas se extiende de lado a lado delante de mí. Su rostro hace pensar que era una chica sin la menor preocupación en este mundo. Me vienen a la memoria las palabras de Andopolis. ¿Qué fue lo que dijo? Algo sobre mirar una foto.

*Mirándote a los ojos y tratando de comprender los secretos que debías de guardar.*

Miro con atención sus fotografías. En una se la ve sentada en la hierba con un grupo de chicas, todas con el mismo uniforme horroroso de colegio. En otra están ella y Lizzie poniendo morritos a la cámara, las dos con una cantidad disparatada de maquillaje. En otra sale solo Bec, sonriendo dulcemente, con el sol iluminándola desde atrás. Miro sus ojos, esos ojos que tanto se parecen a los míos. Andopolis tiene razón. Hay en ellos cierta tristeza, algo que no concuerda con la sonrisa. A lo mejor sí que guardaba secretos.

Descorro impetuosamente las puertas del armario ropero, feliz por haber encontrado qué hacer. Sé que seguramente la policía ya habrá hecho todo esto. Pero por alguna razón siento que quizá yo podría dar con algo que ellos no supieron ver. No habían encontrado ese extraño papelito con indicaciones para una sesión de espiritismo que estaba guardado en un bolsillo de Bec. A lo mejor hay más cosas que ellos con su incompetencia no han encontrado. Pero no es solo eso. Tengo la sensación de que podría haber dejado algo, solo para mí.

Reviso los bolsillos de todas sus prendas. No tienen nada, aparte de clínex usados. Hay un bolso colgado en la cara interior de la puerta. Contiene su carné de estudiante, maquillaje y el resguardo arrugado de una entrada de cine para ver *Atrápame si puedes*. Aparto unas fundas de almohada, recordando haber escondido entre ellas cartitas de amor no enviadas cuando yo tenía su edad. Nada. Levanto el colchón para ver si hay algo metido entre este y las lamas. Nada. Me paro y me quedo mirándolo. Si esta fuese mi habitación, ¿dónde escondería yo algo?

Claro. En la cama. La estructura está formada por unos tubos blancos de hierro, rematados en cada lado con una especie de tapas negras de plástico. Quito una y echo un vistazo al interior. Nada. Pero en el otro tubo sí hay algo metido, justo al fondo. Un objeto circular y brillante. Me siento en la alfombra y meto el brazo todo lo que da de

sí. Adivino de qué se trata antes de sacarlo. Una botella de vodka. Está medio vacía. Abro el tapón y doy un trago, y me abrasa la garganta.

¿Qué quería decir Andopolis cuando habló de secretos? Cuando lo dijo, yo estaba demasiado distraída creyendo que me había descubierto. Pero ahora que lo pienso, él había dicho que tenía la sospecha, antes de conocerme a mí, de que Bec ocultaba algo. No lo entendí: ¿qué importancia tenía que ella guardase secretos, si la habían raptado en mitad de la calle tal como él me había contado? Había sido un rapto completamente aleatorio, había sido víctima del azar. ¿Y por qué me preguntó por el verano anterior a su desaparición? ¿Por qué me dio la sensación de que pensaba que yo estaba protegiendo a alguien? No tenía ni pies ni cabeza. Vuelvo a mirar la foto en la que Bec sonríe pero tiene una mirada triste. ¿Lo había sabido, de alguna manera? ¿Había sabido que estaba señalada para la tragedia? Levanto la botella a su salud y doy un segundo trago.

Tengo la boca pastosa cuando me despierto, la lengua como una esponja reseca. La habitación está a oscuras, pero se ve un borde blanco alrededor de las persianas bajadas: es por la mañana. El dormitorio da vueltas mientras yo intento abrir los ojos, y de pronto tengo la certeza de que estoy a punto de vomitar. Me acerco al borde de la cama para que, si devuelvo, el vómito caiga al suelo. Cuando me muevo, la manta se queda en su sitio; hay algo pesado que la tiene pillada. Me tumbo boca arriba y abro los ojos. La madre está sentada en la cama mirándome fijamente.

—Me dijeron que debía desmontar tu cuarto. Usarlo para guardar cosas, por ejemplo. Pero no podía, sabía que volverías.

Me da unas palmaditas en el tobillo por encima de la manta. No sé qué decirle. Hace tanto tiempo que no tengo una madre que no estoy segura de si es normal que te miren mientras duermes.

Pero se me hace raro.

—Los chicos vuelven a Melbourne el domingo —añade sonriendo—. Después ya solo estaremos nosotros tres.

—Genial —contesto con voz ronca. El domingo es pasado mañana. Me choca que se alegre de que sus hijos se vayan. Me mira con atención. Ojalá se largara.

—Ha llamado Vince —dice finalmente—. Quería que supieras que siente no haber venido ayer. Hubo una emergencia o algo así. Dijo que vendrá pronto.

Las ganas de vomitar han remitido pero la cabeza me estalla.

—Te dejo para que te prepares. —Se pone de pie y se dirige a la ventana, y una vez allí sube la persiana hasta la mitad para que entre algo de luz—. Voy a ver si logro encontrar esa foto, la del pase de modelos.

—¿Puedes abrir la ventana antes de irte? —Un poco de aire fresco me vendría realmente bien estos momentos. Pero parece que no me oye, pues no reacciona y sale de la habitación. Cierra la puerta. Por un instante el sol me hace daño en los ojos, pero me ayuda a sentirme más despierta.

Me obligo a levantarme y me voy directamente a la ducha. Estoy tan mareada que, una vez debajo del agua templada, necesito apoyar los dos brazos contra la mampara de vidrio. Cómo se me ocurrió pimplarme todo ese vodka. Si los hermanos o los padres hubiesen subido a hablar conmigo, habría podido meter la pata fácilmente. Y ahora Andopolis pensaba volver. La investigación no había concluido, en absoluto. Estaba hasta las narices de él y de su interesado sentimiento de culpa. Y también estaba hasta el gorro de hacerme la víctima indefensa. El tío estaba disfrutando con eso.

Mientras el agua caliente se desliza por mi cuerpo, llevándose consigo algo de la desagradable sensación de mareo, intento pergeñar un nuevo plan. Una forma nueva de hacer que Andopolis me deje en paz de una maldita vez. Los tipos como él nunca consideran a las mujeres jóvenes como seres humanos, sino como objetos a los que utilizar para sus fantasías viriles. Bueno, si el papel de víctima no estaba dando resultado, tendría que jugármela e irme al otro extremo.

Cuando salgo de la ducha, echo otro vistazo al armario de Bec. Cualquier chavalina de dieciséis años tiene alguna prenda guarra, y estoy segura de que ella no era diferente.

Escudriño por la ventana junto a la puerta de entrada. La calle está desierta. A lo lejos, justo al final, veo que han montado unas barreras de plástico amarillo como las que se ponen para cortar el tráfico. En la cocina la madre ha dejado dos rebanadas de pan tostado con crema de cacahuete esperándome en un plato encima de la mesa. Las ha cortado en triángulos, como se hace para los niños pequeños. Me pregunto si también va a darle por cortar los bordes. Pero me alegro de tener algo para desayunar. Las engullo a toda prisa, casi sin saborearlas, con la esperanza de que el pan chupe parte del alcohol. Oigo unos neumáticos rodando por el camino de acceso a la casa. Andopolis ha debido de llegar ya. Cojo el último triángulo y me voy a buscar a la madre para despedirme. Llamo con los nudillos a la puerta de su habitación pero no responde nadie. Sin embargo, oigo movimiento en el cuarto de la lavadora. Al entrar, veo que la puerta que comunica con el garaje está entornada. Me doy cuenta de que nunca he llegado hasta allí.

Empujo la puerta y siento un leve escalofrío; aquí dentro hace mucho más fresco. Desciendo los tres angostos escalones que bajan al suelo de cemento del garaje. El

lugar huele un poco, como a moho y materia en descomposición. Está todo repleto de cajas y estanterías de libros, viejas bicis de tamaño infantil y una sábana blanca sucia hecha un gurrño en un rincón. Qué raro que la haya dejado ahí tirada. Esta mujer parece pasarse la vida limpiando el resto de la casa, aun cuando está inmaculada. La luz es tenue pero oigo que algo se mueve detrás de una de las estanterías.

—¿Mamá?

Se produce un estrépito y la madre se asoma de detrás de los libros con un álbum de fotos en las manos.

—¡Vuelve dentro! —dice en tono cortante—. Aquí hay arañas.

Me mira de un modo extraño, como si me temiera de algún modo. Sus ojos se mueven de mí a la pared que tengo detrás. Me vuelvo para ver qué es lo que está mirando, pero no hay nada más que cajas.

—Vale, vale, solo quería decirte adiós —contesto a la defensiva.

—Adiós —dice, y desaparece detrás de la estantería.

Me monto en el coche al lado de Andopolis, disfrutando de la expresión de sus ojos cuando están a punto de saltársele de las órbitas al ver lo que llevo puesto. Ha sido lo mejor que he podido encontrar en el armario de Bec: una faldita minúscula de cuero negro y una camiseta negra de tirantes. Me estoy pelando de frío y me encantaría ceñirme la chaqueta. Pero la dejo un poco abierta, para que los ojos de Andopolis puedan darse un festín con las piernas blancas de su victimita.

—¿Por qué me mira así? —pregunto.

—¿Así cómo? —Él aparta la cara rápidamente, arranca el motor y mueve el coche para salir del camino—. Será mejor que te tapes la cara cuando pasemos —dice, y carraspea.

Me inclino hacia delante para rodear las rodillas con los brazos y taparme la cabeza con la chaqueta. No quiero que vean ni un centímetro de mí. En cuanto dejamos atrás el barullo de los periodistas, vuelvo a sentarme bien.

—¿Cuándo se marcharán? —le pregunto.

—No rondarán por aquí demasiado tiempo. Siempre y cuando no les ofrezcas nada que ver. —Su mirada vuelve a dirigirse hacia mis piernas.

El resto del trayecto conduce en silencio. Yo me fijo en sus manos, asidas al volante. Tiene las uñas mordidas a más no poder. En algunas, por los lados, hay incluso motitas de sangre reseca. Definitivamente, le estoy afectando. Aparcamos delante del McDonald's y observamos a los pobres empleados dándoles la vuelta a las hamburguesas o fregando los suelos. Bec debía de aborrecer ese trabajo. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que uno de los trabajadores me resulta familiar. Entorno

los ojos, tratando de recordar dónde lo he visto. Es mayor que los demás; está apoyado en el mostrador, riéndose con una de las chicas. Entonces caigo. Salía en una de las fotos del grupo de empleados del McDonald's de 2003. Lucas.

—¿No vamos a entrar? —pregunto.

—Demasiadas probabilidades de que te reconozcan —contesta, mirándome de arriba abajo otra vez. En realidad seguramente teme que la gente me tome por una prostituta o algo así. Me fijo en que se lleva la mano a la boca, por instinto; él se da cuenta y se las ingenia para no meterse una uña entre los dientes. Pero concluyo que estoy cerca ya, que está a punto de derrumbarse. Casi lo he conseguido, casi he ganado.

—Pero si me obligó a subir con usted en el autobús —replico.

—Sí, pero eso fue antes de que contactaras con la prensa.

—Yo no he contactado con la prensa.

—Ya.

Nos quedamos callados unos instantes.

—Realmente estás empezando a hartarme. —Hay una súplica en su voz cuando añade—: Lo único que quiero es ayudarte.

—Pues a lo mejor yo no quiero su ayuda. A lo mejor estoy bien tal como estoy.

Andopolis golpea el volante con una mano, haciendo que me sobresalte.

—¡Maldita sea, Bec! ¿Quién es? ¿A quién estás protegiendo?

—¡A nadie!

Él gruñe de pura frustración y arranca el motor. Da marcha atrás para salir del aparcamiento, demasiado deprisa.

—¿Cómo se le ocurre pensar que estoy protegiendo a alguien? —le digo—. ¿Cree que no odio a la persona que me robó la vida?

He sido yo quien le ha robado la vida a Bec.

—No, creo que no los odias.

—¡Claro que sí! ¡Los odio más que a nada en el mundo! Se comporta como si todo fuese culpa mía, como si supiese que me iban a secuestrar. ¿Cómo demonios iba yo a saber lo que iba a pasar?

Me doy cuenta de que de verdad se lo estoy preguntando.

—Si es que fue eso lo que pasó —responde él entre dientes, mientras conduce un poco demasiado rápido.

—¿Qué quiere decir? —pregunto. Él no responde.

Es como hablar mediante acertijos. ¿Cómo podía pensar que Bec no odiaba a sus captores? ¿Por qué no iba a odiarlos?

—Usted no cree que los odie. —Estoy pensando en voz alta—. ¿Cree que me caer bien?

Sigue sin contestar.

—¿Cree que les tengo cariño? —Me sale en un tono como de recriminación. Perc él ni se inmuta. Eso es lo que piensa.

Y entonces, por fin, todo encaja en su sitio. Su forma de mirarme como si estuviera mintiendo cuando estábamos en el lugar en el que raptaron a Bec. Ahí fue cuando realmente empezó a dudar de mí.

—Usted piensa que fue alguien que... me conocía —añado. Por poco no he dicho «que la conocía». Él sigue en silencio y se limita a conducir. El que calla, otorga—. ¿Y qué hay del teléfono? —le pregunto—. Si su teoría es correcta, ¿cómo llegó allí?

—Lo pusieron —responde. Tajante, como si fuese un hecho.

—¡Qué disparate!

—Lo que es un disparate es pensar que sea posible abordar a una chica en un barrio así de tranquilo sin que nadie, ni siquiera el vecino insomne de la casa de enfrente, oiga nada —brama.

Sus palabras quedan flotando entre los dos, suspendidas en el aire, rodeadas de silencio. Tiene razón. ¿Cómo no he sabido verlo antes? Al cabo de un rato, me percató de que estamos haciendo el trayecto inverso.

—¿Me está llevando a casa?

—Salvo que puedas recordar a qué otro sitio fuiste ese día, hemos terminado.

Bec sí que había ido a otro sitio. Jack había comentado que Bec fue a ver a Lizzie pero que ella había salido. No sé por qué, pero Andopolis desconocía ese detalle.

—¿Mañana a la misma hora? —pregunto cuando entramos en el acceso de coches de mi casa.

—Tengo víctimas reales a las que dedicar mi tiempo, personas que sí necesitan y quieren mi ayuda.

—Entonces, ¿hemos acabado?

—Hemos acabado, Rebecca.

Sé que debería estar encantada. Por fin tengo lo que quería, que Andopolis haya terminado conmigo. Pero no estoy contenta. No es solo que quienquiera que lo hiciera podría estar acechándome en estos momentos, rondando a mi alrededor —aunque eso me ponga los pelos de punta—. No, es lo que había dicho sobre otras víctimas. Bec fue una víctima real y ahora ya nunca se sabrá la verdad, por mi culpa. Ya nunca se hará justicia.

No quiero pensar más en Bec. De repente me siento como si estuviese adueñándose de mí. Como si la línea que nos separa fuese cada vez más tenue. Que soy realmente Bec Winter, solo que en una versión descolorida, no tan brillante ni tan querida como la original.

Dentro de la casa se oye el televisor a todo volumen, en el salón.

—... desaparecida en 2003 cuando volvía del trabajo a su domicilio. La policía aún no ha hecho ninguna declaración formal en cuanto a si realmente se ha encontrado a Rebecca Winter después de diez años desaparecida.

—Hola, Bec —dice Andrew cuando entro en el salón—, ¿qué tal te ha ido con Vince?

Paul y él están sentados en el sofá mirando con mucha atención la pantalla del televisor.

—Bien —respondo. No quiero hablar del tema. No quiero contarles que ya nunca atraparán a quien fuese el responsable de la ausencia de su hermana. No quiero contarles que todo es culpa mía. Que he estropeado de tal manera la investigación que ya nunca se someterá a la justicia a la persona responsable de llevarse a Bec. Lo único que quiero, desesperadamente, es escapar de todo. Tengo la sensación de que llevo una eternidad sin respirar aire fresco. Pero no puedo largarme si no es en coche. Así pues, me contengo, subo a mi habitación a ponerme un vestido mucho más discreto y llamo a Jack. Es el único que puede hacerme sentir mejor en estos momentos.

Estamos en su cama, con las últimas luces del día bañando su habitación en un suave resplandor. Nos besamos apasionada y dulcemente. Da la sensación de que esto podría durar toda la vida.

—No me puedo creer que esto esté pasando —dice, acariciándome el cabello.

—Ni yo —respondo. Estoy colada por él.

—Si hace una semana alguien me hubiese dicho que estaría enrollándome con Bec Winter en estos momentos, habría pensado que estaba chiflado. Completamente de atar.

Le sonrío, pero una parte de mí se siente dolida. No soporto que me llame por el nombre de ella. Ojalá pudiera contarle la verdad.

—Estás triste —dice—. ¿Qué tienes en esa cabecita tuya?

—Me encantaría que pudiéramos ser totalmente sinceros el uno con el otro —respondo, y tengo la fugaz sensación de que podría contárselo. Pero él se aparta un poco y se tumba boca arriba.

—Tienes razón —replica—. Perdóname. ¿Era tan evidente que estaba mintiendo?

Me doy cuenta de que debe de estar refiriéndose a la nueva misión con Kingsley, cuando le pregunté si correría peligro.

—Es que se me da muy bien calar a la gente —señalo.

—A mí no. Soy negado —contesta. Casi se me escapa un «Lo sé».

—No tienes que contármelo si no quieres —le digo. No quiero seguir hablando de

eso, solo quiero que me bese otra vez. Que me deje disfrutar de él sin tener que pensar demasiado.

—No, tienes razón. Creo que podrías ser el tipo de persona capaz de entenderlo. — Se gira hacia mí y me mira con intensidad—. Eres la persona más desinteresada que he conocido en mi vida.

No sé qué responder a eso, así que me quedo callada.

—A la Cruz Roja la dejan entrar en los campamentos de detención. Llevo siglos intentando que me elijan para ese cometido, por eso entré a trabajar con ellos. Al final me lo han asignado. Me marché dentro de dos semanas a Isla Manus y me llevo una cámara escondida.

Me lo quedo mirando, atónita. No era lo que me esperaba.

—Voy a emitir en vivo para el blog —continúa—. Creo que la gente tiene derecho a saber lo que está pasando.

—Pero, si te descubren, ¡te vas a meter en un lío tremendo! ¿No tendría que ser él quien fuese?

—¿Quién?

—¡Kingsley! —medio grito. No quiero que vaya Jack.

Él me mira atentamente, como si estuviese un tanto confundido. Cuando habla por fin, dice las palabras despacio, en un tono sereno.

—¿Sabes?, igual no se te da tan bien calar a las personas como tú creías —dice—. Kingsley soy yo.

—Joder. —Es todo lo que puedo decir. Está metido en el lío hasta el cuello y no va a haber manera de convencerle de que no vaya. Él se ríe de mí.

—Una reacción bastante buena. —Me mira fijamente mientras recorre con el pulgar una de mis cejas, con suavidad—. ¿Sabes?, fuiste tú la que me cambió. Antes solo me interesaban la muerte y el dolor, me encantaban el *heavy*, las pelis *gore* y todo eso. Entonces, cuando desapareciste, empecé a ver las cosas de otra manera. No podía soportar la violencia ni el horror. Parecía que estuviesen invadiendo el mundo entero. Y yo quería formar parte de algo que fuese positivo.

Deslizo una mano por detrás de su nuca y lo atraigo hacia mí para besarle y hacer que deje de hablar de Bec y de lo que le pasó. Lo beso más profundamente, al tiempo que bajo la otra mano para abrirle la bragueta. Él se aparta dando un respingo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No sé. ¿Es lo que quieres?

—Sí. ¿Tú quieres?

—Supongo que he pensado demasiado en esto —contesta.

—Deja de pensar —le conmino, y lo empujo suavemente para que se tienda de espaldas.

Me monto encima de él y mezo mi cuerpo sobre el suyo. Pruebo a besarle de nuevo. Esta vez él me devuelve el beso con ahínco. Me siento, erguida, y me quito el vestido por encima de la cabeza.

—¿Es esto lo que imaginabas? —le pregunto.

—Sí —responde él en voz baja.

Me quito el sujetador y me saco las braguitas.

—¿Esto? —vuelvo a preguntarle. Estoy sentada encima de él ahora completamente desnuda y él está vestido de pies a cabeza. Me estrecha contra él. Sus manos recorren todo mi cuerpo, mi espalda, mis senos y, finalmente, el sitio al que quiero que lleguen. Gimo entonces, cediendo el control. Me da la vuelta, de manera que queda encima de mí, se quita rápidamente la ropa y se pone un condón que ha sacado del cajón.

Me mira un segundo, desnuda en su cama.

—Eres preciosa —dice, y elimina el espacio que nos separa.

La sensación es increíble. Se inclina y me besa, moviéndose cada vez más rápido. Cintura sudorosa contra cintura sudorosa. Mete sus dedos entre mis cabellos, yo me aferro a su espalda y lo empujo para que penetre más hondo.

—Te amo, Bec —susurra—. Siempre te he amado.

Gime y se derrumba encima de mí.

Al cabo de un rato, Jack se queda dormido abrazado fuertemente a mí como si yo fuese un ser especial y valioso. Me siento revuelta, asqueada, pero no estoy segura de si es con él o conmigo misma. Qué tonta fui al pensar que esto había empezado cuando nos encontramos en casa de Lizzie. Pero tenía que ver con Bec, por supuesto. Todo era por Bec. Me siento dolorosamente celosa de ella, y eso me hace odiarme a mí misma. Por primera vez, lamento no haber salido corriendo en medio de la oscuridad aquella lejana noche. Ojalá nunca hubiese venido a este lugar, ahora podría seguir siendo yo.

No puedo quedarme más tiempo aquí. Quito su brazo de encima de mí y saco el móvil del bolso, que está al lado de la cama, para llamar a un taxi. Le digo la dirección al operador y oigo a Jack moverse detrás de mí; he debido de despertarlo. El operador me dice que ya hay un taxi en camino.

—¿Quién era? —me pregunta Jack.

—Mi madre —miento—. Está preocupada. Tengo que volver a casa.

Me levanto y busco mi ropa.

—¿Ahora mismo? —pregunta, y detecto ya un deje de dolor en su voz.

—Sí, quiere que esté para la cena. —No tengo agallas para mirarlo a la cara. Encuentro mis braguitas y me las pongo en un abrir y cerrar de ojos. El sujetador no lo

encuentro por ninguna parte. Rebusco por todo el suelo.

—¿Pasa algo? —pregunta.

—No —respondo yo, poniéndome a cuatro patas. Debajo de la cama tampoco está.

—¿Segura?

Doy con él debajo de su camisa. Me lo abrocho rápidamente y me pongo el vestido también. Haciendo un esfuerzo, le miro. Está tan desvalido así, desnudo, sentado en la cama con la sábana alrededor de la cintura, el pecho delgado al descubierto. Me siento como todos esos gilipollas que salían de mi cama de un salto en cuanto terminaban la faena. Como todos esos cabrones que me decían cosas bonitas y me prometían que me llamarían, pero nunca llamaban.

—Todo bien. —Entonces, odiándome por decir esto pero sin saber qué otra cosa decir, añado—: Te llamo luego.

Sé que al menos tendría que besarle antes de irme, pero no tengo ánimos para acercarme a él. Así pues, me limito a sonreír sin mucha gana y doy media vuelta para bajar las escaleras y salir a esperar el taxi.

Es mientras estoy esperando, sintiendo remordimientos ya, con el viento revolviéndome el pelo y las últimas luces del día tornándolo todo plateado, cuando recibo el mensaje. Mi móvil lanza un pitido y yo pienso que debe de ser Jack, preguntándome qué ha pasado. Pero no es él. Es de ese número desconocido.

«Márchate ahora o volverá a ocurrir».

*Bec, 16 de enero de 2003*

Lizzie sacó de su bolso una sábana blanca doblada y la extendió para que se sentasen. Dentro del garaje hacía calor, el aire acondicionado no llegaba tan lejos y aquello apestaba a moho y cerrado. El termo del agua caliente ronroneaba en un rincón. Ahora ya podían dejar de hablar en voz baja. Era imposible que en el resto de la casa se oyese ningún sonido procedente de allí.

—Ellen no se ha rajado, ¿verdad? —preguntó Liz.

—Dijo que se pasaría cuando cerrase. Pero Matty no me ha respondido.

—Vale —contestó Liz—, en realidad para el conjuro solo necesitamos ser cuatro.

—¿Qué conjuro? Ostras, sí que te has puesto en plan experta vudú —dijo Bec.

—¡Vete a la mierda! —repuso ella. Pero le brillaban los ojos. Estaba emocionada.

Se sentaron encima de la sábana con las piernas cruzadas. Bec se fijó en que su rodilla estaba cerquísima de la de Luke. Su vello casi la rozaba. Se le puso carne de gallina, y se preguntó si él se habría dado cuenta siquiera. Tal vez solo fuesen imaginaciones suyas después de todo; acababa de quedar en evidencia como una cría idiota enamoriscada. Se sentía estúpida.

Mientras Lizzie abría la caja despacio e iba sacando uno por uno todos los objetos, los demás la observaron en silencio. Dos cirios gruesos. Un cuenco metálico con una rosa grabada en el fondo, un mechero, salvia todavía en su bolsita del supermercado y unas tijeras plateadas. Fue poniéndolo todo cuidadosamente encima de la sábana, en el centro del triángulo que ellos mismos formaban. El platillo en el medio y los cirios a los lados. Por último, sacó cuatro copias de un conjuro que había imprimido de internet y le pasó las tijeras a Bec.

—¿Qué?

—Necesitamos un mechón de pelo.

—¡Anda ya!

—Vamos, Bec, no seas gallina —dijo Luke.

Normalmente cuando él decía cosas así ella sonreía. Pero esta vez le dolió. Normalmente, ella se habría cortado un mechón y se habría reído como si no fuese nada del otro mundo. Pero en esos momentos no le daba la gana. Por alguna razón,

tenía la sensación de que debía proteger lo que era suyo. Como si todo lo que hacía que fuese ella misma estuviese escapándosele demasiado rápido de las manos. Pero le dio rabia cómo la miraban los dos, así que cogió las tijeras y las acercó a un mechón de detrás de la oreja y lo cortó. Una franja corta de color naranja quedó a la vista en la palma de su mano, inerte como un pececillo muerto. Se lo tendió a Liz, quien lo cogió con el pulgar y el dedo índice y lo depositó cuidadosamente en el cuenco de metal.

Bec ojeó el conjuro, en el suelo delante de ella. Era absurdo. La mitad de las palabras estaban en latín y algunas hasta rimaban. Era una chorrada.

—A Ellen no le va a gustar nada —dijo.

—¿Por? —Lizzie la miró con expresión herida, lo cual sorprendentemente alegró a Bec.

—Porque es una memez. Has imprimido una antigualla que has encontrado por internet.

—¿Qué dices! ¡Si me he tirado días investigando!

—Calma, señoritas —intervino Luke.

—¡No nos estamos peleando! —le dijo ella.

—Pues a mí me parece que sí.

Siguió un silencio incómodo. Bec volvió a sentirse estúpida y enfadada.

Lizzie no la miraba.

—Bueno, ya veremos lo que opina Ellen cuando venga.

Justo entonces, como si le hubiesen dado el pie, el móvil de Bec se iluminó. Eller estaba en la entrada. Bec se levantó rápidamente para abrirle la puerta, encantada de tener un pretexto para salir, aunque fuese solo unos segundos. Cuando se encaminaba hacia la puerta del garaje, tropezó con algo y se oyó un sonido como de un cascabelito. Miró al suelo. Era una campanilla de plata, que salió rodando de debajo de su pie. Le dio una patada para apartarla de su camino y siguió andando, mientras trataba de quitársela de la cabeza.

Cuando abrió la puerta de la entrada, Ellen la miró con recelo. Pero a Bec ya ni siquiera le importaba. Se fueron hacia el garaje. Dentro, Luke y Lizzie estaban hablando en susurros, con las cabezas muy juntas. Él sonreía de oreja a oreja; una sonrisa de verdad.

—Bueno, ¿viene Matty? —preguntó Liz a Ellen cuando la vio aparecer.

—Dijo que tenía que ir a la fiesta de cumpleaños de un amigo. —Era una trola tan evidente que no hizo falta que ninguno hiciese comentarios.

—Pues nada —dijo Liz—, aquí tienes tu copia del conjuro.

Ellen le echó una ojeada y Bec supo con certeza lo que estaba pensando. Pero como no dijo nada, Liz la miró y levantó las cejas como diciendo que ella tenía razón. Bec

se preguntó por qué Lizzie se estaba haciendo con el control de la situación, cuando esa era su casa y era a ella a quien se le aparecía un espectro.

—¿Y cómo sabes que esto no lo va a irritar? —preguntó Bec.

Lizzie la miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—No sabemos por qué está aquí ni qué quiere. Pero es violento, eso lo sabemos por la sangre.

—Estoy de acuerdo contigo, Bec. En realidad yo no creo en estas cosas, pero si diese la casualidad de que esto es verdad, no sé si deberíamos estar jugando con ello —opinó Ellen.

Bec devolvió el gesto a Liz y levantó las cejas mirándola.

—Pero si no es verdad —dijo Liz.

—¡Sí que lo es! —Bec sintió que la afrenta se le notaba en la cara.

—Tú misma lo dijiste, Bec. Dijiste que la sangre era tuya. Yo pensé que solo estábamos haciendo el chorra para animarte un poco.

—¡Yo no dije eso! —Pero sí recordaba haberlo dicho antes de ir a la fiesta la noche anterior. Lo había dicho para que Lizzie entrase en su cuarto, y su tono de voz delató que estaba mintiendo.

Se hizo un silencio. Todos la miraban. Entonces, Ellen se puso de pie.

—¡No te marches ya! —exclamó Bec, con un nudo en la garganta.

—Joder. ¿A ti qué coño te pasa? Estaba superpreocupada por ti, Bec. Creía que aquí estaba pasando algo. Algo horrible. Y resulta que solo querías llamar la atención. ¡Es la puta madrugada y yo no soy ninguna puta quinceañera!

Mientras lo decía, un sarpullido rojizo le subió a Ellen por el cuello hasta las mejillas. Jamás levantaba la voz. Pero sus palabras eran tan afiladas que fue como si le lanzaran una bofetada en la cara. Dio media vuelta y salió del garaje. Luke se levantó para ir tras ella.

—Voy a ver si está bien. —No miró a Bec al salir.

Cuando la puerta se abrió y volvió a cerrarse, la corriente de aire removió el mechón de pelo y lo sacó del cuenco. Bec supuso que la idea de Lizzie había sido quemarlo. Se inclinó hacia delante y lo recogió. Era tan suave y liviano. De pronto se alegró de no haber tenido que verlo volviéndose negro. Una sensación de agotamiento le recorrió todo el cuerpo.

—Perdóname, Bec. No pretendía que la cosa saliese así.

—Si te marchas ahora, te dará tiempo a alcanzarlos.

—Creí que iba a quedarme a dormir.

Bec miró el mechón de pelo en su mano.

—No —dijo en voz baja.

—¿Qué te pasa? ¡Te comportas como una loca!

Bec cerró con fuerza la mano que sostenía el mechón. Cuando levantó la cara, los ojos le echaban chispas. Pero no alzó la voz.

—Yo no estoy loca. Solo estoy hasta las narices de tener a una cretina como mejor amiga.

—¡Bec! —Lizzie la miró como si acabara de abofetearla.

Bec casi sonrió.

—Perdona, pero es verdad. Eres una imbécil de campeonato. Tu hermano es un fracasado y tu padre, un perverso.

—¡Eso es mentira!

Lizzie ya no parecía dolida. Ahora miraba a Bec como si la aborreciese.

—Retíralo —le ordenó Lizzie con frialdad.

No podía mirarla. Si la miraba, habría tenido que pedirle perdón. Porque en realidad ya se arrepentía. Si le pedía perdón, Lizzie se quedaría con ella y Bec solía deseaba poder estar a solas en ese momento. O tal vez para siempre. Por eso, en lugar de responder, se limitó a escuchar. Escuchó mientras Liz lo guardaba todo en la caja otra vez, escuchó el roce de su falda al ponerse de pie, el susurro de sus pisadas al cruzar el cuarto de la lavadora y el leve sonido de la puerta de la casa al cerrarla suavemente después de salir.

Entonces, sentada a solas en la sábana blanca que resplandecía como un fantasma por la luz procedente del cuarto de la lavadora, Bec los odió a todos.

Por la mañana, la almohada de Bec estaba húmeda. Redondeles mojados en la tela de algodón blanquísima. No recordaba sus sueños, pero debían de haberla hecho llorar. A lo mejor no habían sido los sueños, sino los acontecimientos de la noche anterior reproducidos en bucle. Era la primera vez que se peleaba con Lizzie en los casi cinco años que hacía que eran amigas. Comprobó el teléfono móvil, esperando haber recibido mensajes suyos pidiéndole disculpas o tal vez uno de Luke preguntándole cómo se encontraba. Pero la pantalla no tenía nada. Todos pensaban que era una mentirosa.

Se quitó de encima las sábanas antes de darle tiempo al doloroso pensamiento a arraigar en su interior. Se levantó y salió de su habitación. Era el día del Big Splash y no quedaba otra. Al pasar por delante del cuarto de los gemelos, echó un vistazo. Estaban los dos de pie al lado de la cama de Paul, mirando dentro de la mochila de este.

—No os olvidéis de la crema protectora —les avisó.

Al oír su voz, los dos dieron un bote y se volvieron rápidamente, ocultando con el

cuerpo lo que tenían detrás.

—Qué plasta eres —dijo Andrew.

—Vale, no querréis más pecas, ¿no?

Los dos pusieron los ojos en blanco. Ella se quedó mirándoles unos instantes, recelosa, y prosiguió hacia el cuarto de baño. A lo mejor sí era un buen plan para el día. Estar con críos pequeños, al sol, y pasárselo de miedo en los toboganes de agua.

Se duchó, se puso el bañador, se embadurnó de crema solar, se echó encima un vestido y metió una toalla enrollada en el bolso. Aunque aún se notaba como vacía físicamente, le sentaba bien hacer algo. Los chicos la esperaban en la cocina.

—Me tomo un café y nos vamos, ¿vale?

Ellos se miraron sonriéndose. Era evidente que estaban emocionados. Mientras Bec encendía el hervidor, se dio cuenta de lo feliz que le hacía sacarlos de casa. Dentro de nada serían unos adolescentes y ya no la necesitarían. Incluso dejarían de apreciarla. Olerían a rayos, les cambiaría la voz y a lo mejor hasta se echarían novia. La idea le pareció ridícula. Sentada con su café, intentó imaginárselos sin sus mejillas carnosas y su redondez infantil. Imposible.

—Un momento —dijo, cayendo en la cuenta—, ¡os habéis olvidado las toallas!

Se miraron y Paul se dio una palmada en la frente con exasperación supina.

—¡Seré tonto! —exclamó, y entonces los dos estallaron en carcajadas.

—¡Pues id a por ellas! —ordenó Bec.

Se levantaron y, justo antes de que Paul saliera corriendo de la cocina, su hermana vio que miraba de soslayo hacia su mochila. Como si se plantease cogerla. Había algo allí dentro que no quería que viese.

En parte, Bec no quería mirar. Solo deseaba que el día fluyese y todo fuese perfecto. Pero tenía que echar un vistazo.

En el primer compartimento: solo su Discman, su rozada cartera surfera con cierre de velcro y las llaves de casa. Cerró la cremallera, con cierto cargo de conciencia, y a continuación abrió el siguiente compartimento: accesorios para preparar una trampa. Le entró un sudor frío. Ya podía verlo en su imaginación, el agua de la piscina tiñéndose de rosa. Se le revolvieron las tripas.

Sin pararse a cerrar la mochila, se levantó y salió derecha de la casa, dando un portazo. En parte, sabía que como hermana mayor su deber era quedarse y hablar con ellos sobre lo que contenía la mochila. Hacerles comprender que los actos tenían consecuencias. Explicarles lo que significaba hacer daño a otras personas, que no era ningún juego, que no tenía gracia. Pero aquello se pasaba de la raya. Era esa casa. La casa hacía que todo lo que había dentro fuese feo y deforme. Necesitaba poner la mayor distancia posible entre ella y esa casa. Se suponía que iba a ser un día perfecto, de inocencia y risas.

Bec anduvo y anduvo, sin tener muy claro adónde se dirigía. La toalla le asomaba por el bolso en un ángulo extraño y le golpeaba la espalda a cada paso que daba. Tenía las mejillas calientes y húmedas, no sabía si de sudor o de lágrimas.

Casi había llegado cuando se dio cuenta de que sus pies la estaban llevando a casa de Luke. Una parte inconsciente de su cerebro sabía que tenía que explicarle que no era ninguna embustera. Una parte de ella quería contarle todo. Abrir esa parte de su mente que dolía tocar, y sacar todo el veneno.

Desde la calle se veía simplemente un camino ancho de acceso de coches y un puñado de eucaliptos que ocultaban la casa. Pero en cuanto dabas unos pasos por el camino, tomabas una curva y ya veías de frente un edificio chato de pisos, de ladrillo marrón. No tenía nada especialmente llamativo, pero saber que allí vivía Luke lo envolvía, a sus ojos, en una especie de arrobadora aureola mística. Podría haber sido Notre Dame, o el Taj Mahal. Por lo que se veía, era un bloque de cuatro plantas, y en cada una sobresalían dos terrazas de cemento de aspecto barato. Pero ella sabía que Luke vivía en un piso de la planta baja. Una vez él le había contado que a sus amigos les hacía gracia aporrear su ventana para despertarlo. Y una noche Matty los había llevado a todos en su coche después de trabajar y, al dejar a Luke, ella enseguida se había grabado en la cabeza la dirección.

El lugar parecía apacible, con la sombra de los árboles, el canto de las chicharras y el olor penetrante a eucalipto entrándole por la nariz. Sería un sitio agradable en el que vivir. Llegó hasta la puerta y llamó con los nudillos. Tenía el corazón en un puño. Aguardó unos segundos, apoyada en los buzones como una muñeca de trapo. Miró a su alrededor y vio la placa de los timbres, y al instante se sintió avergonzada, aunque no había nadie cerca. Qué estupidez, haber llamado con los nudillos en un edificio de pisos. Pero los timbres solo tenían números, no nombres. Al parecer, tendría que elegir entre sentarse a esperar fuera como una fisgona o ir llamando uno por uno a todos los apartamentos hasta que sonara la flauta. Pero igual eso le creaba problemas a él con los demás vecinos.

No podía ir a ningún otro sitio. A su casa no podía volver, a casa de Lizzie tampoco. Clavándose las uñas en las palmas de las manos, intentó hacer el esfuerzo de no ponerse a llorar. Peor que encontrársela sentada delante de su portal, sería encontrársela sentada delante de su portal llorando como una pirada.

Rodeó sigilosamente el edificio, agachándose para no darse con las ramas bajas. Si lograba averiguar en qué piso vivía Luke, todo iría bien. Se asomó a mirar por la primera ventana. Una habitación a oscuras. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse. Contuvo la respiración y volvió a agacharse. Dentro había un hombre de mediana edad con una panza enorme como un barril, durmiendo en pelotas en una cama. Casi se le escapa una risa histérica, pero respiró hondo varias veces y avanzó

sigilosamente por las hojas secas hasta la siguiente ventana.

Habría como mucho tres pisos en la planta baja. Cruzó los dedos para que no hubiese más hombres obesos desnudos y se estiró para echar un vistazo al interior. No había nadie. Solo una cama deshecha, delante de un viejo ordenador de mesa, con un tabique que separaba la estancia de la cocina y una puerta abierta donde la moqueta se convertía en un suelo de baldosas blancas resquebrajadas. Sería el cuarto de baño, supuso. Y en el suelo, una camisa arrugada de McDonald's. La ventana por la que estaba escudriñando estaba abierta de par en par. Pero era evidente que Luke no se encontraba en casa. Sin pararse realmente a pensarlo, se aupó al alféizar y saltó a la cama.

Una vez dentro, de pie en el centro de su habitación, Bec no podía creer lo que acababa de hacer. Pero tampoco se marchó. No. En vez de irse, se tumbó en la cama y aspiró hondo para llenarse de su olor. Se estiró al máximo, sintió lo agradable que era su almohada, el suave algodón de sus sábanas, se lo imaginó volviendo a casa de trabajar y metiéndose entre ellas. De nuevo de pie, se dirigió al cuarto de baño. Allí, miró su cepillo de dientes, observó con atención la maquinilla de afeitar y el colutorio que debía de utilizar a diario. En la cocina, abrió los armarios, inspeccionó la pasta seca, las especias, el bote medio vacío de Nutella. Al ver los platos sucios en el fregadero, por un fugaz momento de locura pensó en lavárselos.

Pero todo eso era un disparate. Su mente pareció aclararse y de pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Tenía que salir de allí. Inmediatamente. Pero cuando volvió al dormitorio y empezó a trepar patosamente por la ventana, oyó un ruido que le paró el corazón: una llave deslizándose dentro de la cerradura.

En esa milésima de segundo, su mente se tornó clara como el cristal. Calculó la distancia y comprendió que no sería capaz de salir a tiempo por la ventana. Entonces, se tumbó en el suelo enmoquetado y rodó debajo de la cama, pegándose al cuerpo el bolso y la toalla de playa justo en el instante en que la puerta se abrió.

Luke estaba en el quicio, en pantalones cortos y camiseta de manga corta, con un café en una mano y un último trozo de cruasán en la otra. Al volverse para cerrar la puerta, Bec vio la línea de sudor que tenía entre los omóplatos. Trató de contener la respiración, pese a que tenía la sensación de estar a punto de empezar a hiperventilar. El sonido de la puerta al cerrarse se le antojó demasiado fuerte en medio del silencio reinante en la habitación. Le oyó masticar el resto de cruasán, arrugar el envoltorio de papel y lanzarlo a la papelera. Cruzó la habitación y el colchón chirrió por encima de su cara. Le oyó tragar el café y oyó los suaves pitidos de su teléfono móvil. Estaba escribiendo un mensaje de texto. Entonces, casi cuando ya era demasiado tarde, comprendió que podía estar escribiéndole a ella. Dios mío. Metió la mano temblorosa en el bolso y sacó su móvil. Se encendió. Rápidamente pulsó el botón para abrir el

mensaje antes de que sonase el pitido de aviso y a punto estuvo de que se le cayera el teléfono al suelo. «Siento que lo de anoche resultase tan mal», decía. «Espero que estés bien».

Tragó saliva. Había estado a punto de fastidiarla. Le temblaban las manos. La moqueta estaba empezando a causarle picores en el cuello y olía fatal a tabaco viejo y humedad. El somier le quedaba a escasos centímetros de la nariz y si estiraba los dedos habría podido tocar los tobillos de Luke. Podía distinguir hasta el último de sus pelos marrones, hasta el último de los folículos de los que salía cada uno.

Pasados unos minutos más de angustia, durante los cuales él estuvo escribiendo mensajes de texto, el colchón volvió a chirriar. Luke dio un paso adelante, dejó caer al suelo los pantalones cortos, a continuación los calzoncillos y finalmente Bec vio que la camiseta caía también a la moqueta. Antes de que desapareciese por la puerta del cuarto de baño, le echó un buen vistazo desde la nuca hasta los pies: nalgas blancas, granos en la espalda y vello negro y rizado que casi ocultaba por completo su pene flácido. La puerta del cuarto de baño se cerró, protestaron las cañerías y el agua de la ducha empezó a correr.

Solo disponía de unos minutos, como mucho.

Salió de debajo de la cama y se puso de pie, lista para salir pitando de la habitación mientras estaba a tiempo. Entonces el móvil de Luke recibió un mensaje. Estaba encima de la cama y Bec pudo ver quién era el remitente: Lizzie. A pesar de que tenía el corazón a mil por hora, no pudo resistir la tentación de abrirlo. «Estoy bien, gracias por pensar en mí».

Fue a la carpeta de mensajes enviados. Luke le había mandado a Lizzie exactamente el mismo texto que a ella. La lista que había debajo estaba compuesta casi por completo por nombres de chicas, la mayoría eran el suyo, el de Lizzie y el de Ellen. Abrió uno al azar: «Siempre me lo paso genial contigo. Llevo pensando en ti todo el día». Era todo cosas que le había escrito a ella, pero que además había enviado a otras muchas chicas.

El agua dejó de correr. Bec lanzó el teléfono sobre la cama y se aupó para salir por la ventana. En un movimiento ininterrumpido y rápido, cayó hacia el brillo de la mañana de verano. Se agachó y regresó en cuclillas por delante de la ventana del gordo durmiente, pasó por debajo de la rama baja y salió al cegador camino de cemento de la parte delantera. Entonces, sin darse la vuelta, echó a correr.

2014

Anoche volví a tener ese sueño. Pero esta vez ha sido diferente. Veo a Bec andando por la calle y un coche se detiene a su lado, pero ella no se asusta. Saluda al conductor. Se monta en el coche sonriendo. Primero la que conduce es Lizzie, luego el padre de Lizzie. Luego el conductor es la madre de Bec, con una mirada despierta como no se la he visto nunca y con los dientes ligeramente puntiagudos, que se le ven porque va sonriendo con una sonrisa enorme de payaso. El coche se aleja y oigo llorar a Bec, que sabe que va a morir.

Me tomo el café a sorbitos, despacio. Pero la cafeína no me está sirviendo de ayuda. Es imposible que aquel reportero me mandase el mensaje de texto. Y tampoco había sido él quien me había mandado el primero. Qué tonta he sido al darlo por hecho.

Alguien viene a por mí. Alguien quiere hacerme lo que le hicieron a Bec. Tengo que irme. Debería haberme largado anoche. Pero la calle sigue acordonada y los reporteros siguen apostados, esperando a que asome. Si salgo y me voy por la calle, mi foto aparecerá en las portadas de todos los periódicos del país. Y no es solo eso; además, sé en lo más profundo que no puedo marcharme sin más. Dejar que la persona que raptó a Bec siga andando por ahí, bajo la fachada de una persona normal. Que el hecho de que eliminasen a Bec de este mundo siga sin tener consecuencias. Sé que debería marcharme, ponerme a salvo. Pero no me marché. Me quedo aquí sentada, tomándome mi café. Con la sensación de estar atrapada.

Me suena el móvil y por poco no me muero del susto. Es Lizzie.

—Hey, soy yo —dice—. Escucha. Me ha contado Jack lo que dijiste. Quiero aclarar las cosas. ¿Te apetece dar una vuelta en coche? ¿Tomamos un café, tal vez?

—Vale —respondo yo. A sabiendas de que tendría que decirle que no. Sé que debería largarme sin volver la vista atrás nunca jamás—. Pero es que la calle está cortada. Tendrás que decirle al poli que está montando guardia que llame a casa.

—Muy bien. Nos vemos ahora.

Me voy a mirar por la ventana de la parte delantera de la casa. De pronto estoy muy nerviosa. Deseo desesperadamente poder contárselo a alguien. Necesito contarlo. Er

realidad, la persona a la que debería llamar es Andopolis. Pero si le cuento lo de los mensajes, tendré que contarle también la verdad sobre mí. Y no quiero ir a la cárcel. La suplantación de identidad, sumada al uso fraudulento de tarjetas de crédito, darían como resultado una buena temporada entre rejas, seguro. Y, peor aún, tendría que volver al sitio del que salí. Enfrentarme a mi madrastra. Igual la cárcel es mejor.

Lizzie llega en un Volkswagen de color morado. Salgo corriendo de la casa y me monto en el coche. Una vez dentro, me tapo otra vez con la chaqueta. Mientras ella va pasando lentamente entre las hordas de periodistas, las voces que dan se van volviendo cada vez más fuertes.

—¿Rebecca? ¿Bec? ¿Eres tú?

—¿Dónde has estado, Bec?

Oigo los golpes que dan con las manos en las ventanillas, los chasquidos de los obturadores de sus cámaras de fotos, el roce de zapatos en el suelo de cemento. El corazón se me dispara. Es como si nos tuviesen totalmente rodeadas. Aprieto la cabeza contra las rodillas.

—¡Largo! —chilla Liz, al tiempo que toca el claxon. Revoluciona el motor y aprovecha que la multitud se tranquiliza un poco para salir disparada—. Ja, qué pena que no hayas visto eso. ¡Las caras que han puesto! ¡Habrán creído que de verdad los iba a atropellar! —Se ríe.

Me quito lentamente la chaqueta y miro por las ventanillas. Estamos ahora en la calle principal. Sigue un instante de silencio incómodo.

—Entonces, ¿Jack y tú, eh? —dice, rompiendo el hielo.

—No sé —respondo. No me apetece hablar de él. Esta mañana me ha mandado ya un montón de mensajes que yo no he contestado. Sabía que era cruel pero no tenía ni idea de qué podía responderle.

—No te hagas la mosquita muerta —replica—. Siempre estuvo coladísimo por ti, ¿sabes?

—Ya.

—Zorra —dice ella, sonriéndome. Yo no le devuelvo la sonrisa.

—Vamos a ese café de Yarralumla Woods. Puedo comprar algo para llevar y nos sentamos en el parque, así nadie te molestará —propone, supongo que en un intento por aclarar las cosas—. ¿Has estado allí desde que volviste?

Cuando me monté en el coche estaba dispuesta a contárselo todo. Ahora me resulta imposible.

—No.

—Genial. ¿Sabes?, ese sitio tuvo una suerte tremenda, los incendios prácticamente ni lo tocaron.

—Qué bien —respondo, casi sin prestarle atención—. ¿Causaron muchos estragos?

—Arrasaron unos cuantos núcleos de población, Bec —dice ella, mirándome—. Fue horrible. Hubo muertos. Jack y yo nos subimos al tejado a ver cómo iban acercándose cada vez más, hasta que al final tuvimos que evacuar.

—Qué horror.

—Lo fue.

Otra vez se hace el silencio.

—¿Qué tal tu madre?

—Bien, supongo.

—El otro día cuando estuve en tu casa la vi un poco rara.

Intento recordar qué había estado haciendo la madre ese día, cuando Lizzie se había puesto a llorar, parada en el umbral de la puerta. A mí me había parecido que estaba como siempre.

—¿En qué sentido?

—Pues en realidad hacía años que no la veía, pero recuerdo que antes era muy estricta. Y el otro día daba la sensación de que estuviera como sonámbula. Casi no la reconocí.

«Estricta» sería probablemente la última palabra que yo utilizaría para describir a la madre. No me la puedo imaginar comportándose de alguna manera ni remotamente parecida a eso. Salvo ese instante de ayer en el garaje, en que prácticamente me ordenó que saliese.

—Yo en tiempos le tenía cierto miedo. Estaba convencida de que me veía como una rubia sin dos dedos de frente, que tú deberías tener de amiga a alguien mejor.

Me quito la chaqueta y me recuesto en el respaldo. Tal vez ese café no sea mala idea. Al menos así me distraigo y dejo de pensar en el mensaje de ayer y en la horrible mirada dolida de Jack cuando me marché.

—Supongo que tiene que ver con haber perdido a un hijo. A cada persona le afecta de una manera —sigue diciendo Liz.

Me lanza una mirada y a continuación mira con gesto divertido el vestido que llevo. Era uno de los vestidos un poco más de mayor que había en el armario de Bec. Es de algodón, de cuadritos marrones.

—¿Te acuerdas de cuando cogimos ese vestido? Era del centro comercial de Bus Depot Markets.

—Sí —respondo, y ella sigue mirándome fijamente como si esperase que dijese algo más—. Lo pasamos genial ese día.

Lizzie no dice nada. Me doy cuenta de que está aparcando a un lado. Estamos cerca de un lago enorme. Alrededor no se ve ningún café.

—¿Estás bien? —pregunto.

Ella apaga el motor pero sigue sin decir nada. Simplemente, mira hacia delante con

una expresión neutra, como contemplando el ancho lago azul y los cisnes negros que flotan en sus aguas. En el cielo, las nubes son de una tonalidad ligeramente grisácea, como si más tarde fuese a llover.

—¿Sabes?, tu voz no se parece en nada a la de Bec —dice de pronto.

Se me para el corazón.

—Supongo que la mayoría de la gente podría haber olvidado su voz después de todo este tiempo, pero yo no.

—No comprendo —contesto, ansiando desesperadamente haberme esforzado más.

—Te pareces muchísimo a ella, eso te lo reconozco. Pero no te comportas para nada como ella.

—Lizzie —insisto, en un intento por salvar la situación—. Soy yo. Soy Bec.

Se vuelve hacia mí. Los ojos le echan chispas.

—No me mientas más, hija de puta. No sé quién eres pero no eres Bec.

No digo nada. No puedo. Me siento profundamente avergonzada.

—¿Sabes lo que le pasó? —pregunta.

Ya no tiene sentido seguir. Lo sabe.

—No. No la conocí —respondo.

A Lizzie empiezan a rodarle lágrimas por las mejillas.

—¿Por qué lo has hecho? Volviste y yo creí que Bec estaba bien. Ahora es como si otra vez se hubiese marchado.

—Lo siento —susurro.

Nos quedamos calladas. Sentadas en el coche, contemplando el lago. Noto el cuerpo frío.

—Por favor, Liz, no se lo digas a nadie. Por favor. No podría soportar hacerle esto a su familia.

—¡Como si te importase una mierda!

—Sí me importa. —Y es verdad—. Liz, por favor. Me marcharé. Les diré que quiero empezar de cero y les iré llamando cada pocas semanas. Tú ni siquiera tendrás que volver a verme.

—Sal de mi puto coche. —Me odia.

—He recibido amenazas. Tengo miedo.

—Sí, claro.

—Necesito que me ayudes. —Como no dice nada, continúo. Las palabras me salieron amontonadas unas encima de otras—. Creo que la gente que se llevó a Bec anda cerca. Creo que fue alguien que ella conocía...

—¡Basta de mentiras! —me chilla.

—No miento, te lo juro.

No me cree, y qué culpa tiene ella, realmente. Va a ser imposible que quiera

ayudarme.

—Por favor —le ruego—, dame solo hasta mañana. Necesito saber quién es.

—No sé, me lo pensaré. Pero sal de mi coche. Me da miedo que termine golpeándote.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y me bajo del coche rápidamente. La miro. Tiene la mirada perdida, pero la fuerza de un dolor inimaginable le ha torcido la boca en una mueca.

Entonces comprendo con horror el daño que he causado. Era imperdonable, era lo peor que alguien podría hacerle a otro ser humano. Realmente iba a tener que irme. Pero no quería. Si me marchaba y todo el mundo seguía creyendo que yo era Bec, que Bec estaba sana y salva, viviendo una nueva vida en algún lugar, sería el fin. No habría vuelta de hoja y quienquiera que fuese el responsable de lo que de verdad le pasó ya nunca recibiría su castigo.

Dirijo la vista hacia el lago; su superficie es un espejo que refleja perfectamente el cielo. El cuerpo de Bec podría estar ahí, metido en una bolsa de basura, apresado en el fondo por el peso de unas piedras. Podría estar en cualquier parte. La única persona que sabía dónde estaba en estos precisos momentos era el asesino. La persona que me envió esos mensajes de texto. Pero esto me otorgaba ventaja, ya que además esa persona era la única que había sabido inmediatamente que yo no era quien decía ser.

Repaso mentalmente todo lo que he vivido desde el instante en que llegué. Tiene que haber algo, algún tipo de indicio de que esa persona mintió.

El mapa de mi móvil me guía y comienzo el camino de regreso a casa. Está empezando a hacer frío. Andar por estos parajes yermos, caminando a solas entre los escasos troncos blanquecinos de los árboles de caucho, a los que la luz del atardecer envuelve en una especie de fulgor, me produce una sensación de vulnerabilidad.

Fingir siempre se me ha dado bien. Hacer teatro. Me doy cuenta de que esto es lo que he estado haciendo aquí. He estado probándome a la propia Bec a ver si me valía. He sido una turista en la vida de otra persona. Un parásito. Exactamente igual que la persona que la raptó, llevo siempre una máscara puesta, represento un personaje. Tal vez porque me da miedo lo que habrá debajo de esa máscara, algo feo tal vez o, lo que sería peor, nada en absoluto.

El impulso de abandonar la vida de Bec se vuelve fuerte en estos momentos. Alguien viene a por mí. Podrían matarme. Pero no puedo huir. Tengo que quedarme. Se lo debo a Bec. Un día más, nada más. Aunque implique que acaben pillándome.

Llego a casa justo antes de que se ponga a llover. Mi teléfono se quedó sin batería y

vagué por las calles sin saber por dónde iba hasta que vi algo que me resultó familiar. Cuando estaba acercándome a la calle, divisé el resplandor que emitía la zona acordonada tras la que se agolpa la prensa. Habían montado focos.

No tenían intención de moverse de allí en breve. Resguardada en la oscuridad, los estuve observando un rato, entumecida de frío. Fumaban, se frotaban las manos para calentarlas. Se reían en grupitos.

En ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de dar media vuelta y regresar. Había tomado una decisión. En vez de huir, rodeé la manzana hasta la calle del otro lado de la que estaba bloqueada. Desde allí vi la segunda planta de nuestra casa, a cuyo lado la casita de enfrente parecía una miniatura. La rodeé a hurtadillas, agachándome para pasar por debajo de las ventanas iluminadas, y a continuación salté la valla de la parte posterior de nuestro jardín. Corrí hacia la parte delantera de la casa y, ahora que empiezan a caer las primeras gotas de lluvia, me armo de valor. Liz ya ha debido de telefonarlos. Giro la llave en la cerradura con los dedos congelados.

—¡Eh, Becky! —dice Paul. Está sentado en el salón con el iPad en el regazo y los pies levantados—. Andrew y yo estábamos empezando a preocuparnos, pensando que se te había olvidado que nos marchamos mañana.

—¡O que preferías pasar la noche con tu nuevo novio! —añade Andrew desde la cocina.

Lizzie no ha llamado. De alguna manera ha sido capaz de concederme un último día.

—Pues claro que no me he olvidado —contesto, y la sensación de alivio que experimento es abrumadora. Me siento al lado de Paul en el sofá. Su calor a mi lado me tranquiliza, vuelvo a sentirme a salvo, tan solo un instante.

—Bien —dice, mientras me rodea con un brazo. Yo le observo mientras repasa su correo electrónico. Eso me recuerda al padre de Jack y su extraña manera de levantar la vista de su iPad para mirarme. A diferencia del resto de la gente, no dio muestras de sorpresa al verme. Me recorre un escalofrío. Paul me frota el brazo, como si pensase que estoy aún tiritando de frío.

Aquella manera de mirarme no encajaba. ¿Era porque lo sabía? Sabía que yo no era Bec porque él mismo se la había cargado. Mintió a la policía, eso ya lo sabía. Y debió de tener un motivo para hacerlo. Me viene a la memoria su imagen, colocando la gorra durante el acto de vigilia. ¿Cómo es posible que lo haya pasado por alto? No debería haber tenido la gorra de McDonald's de Bec. Probablemente ella la había llevado puesta aquella noche, cuando regresaba a casa.

No sé lo que están cocinando los padres pero huele a gloria. Me levanto y me acerco a la cocina a echar un vistazo. La madre está removiendo algo en la olla y el padre está cortando unas verduras. Andrew, sentado en la mesa, teclea en su móvil.

—¿Quieres rallar el queso? —pregunta el padre, y empuja el rallador hacia mí.

—Claro —respondo.

Esta noche es la última noche. Ninguno de ellos sabe que me marcharé mañana, igual que se irán los gemelos. Hago un esfuerzo para sacudirme de encima el sentimiento de pérdida y disfrutar simplemente de estos últimos y preciosos momentos con ellos.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para mañana? —pregunta Andrew—. ¿Vas a ver otra vez a Vince?

—A lo mejor —miento—. O igual me acerco a ver a Lizzie.

Pero no era a Lizzie a quien iba a ver. Era a su padre.

*Bec, 17 de enero de 2003*

Cuando uno está absolutamente exhausto y paralizado y odia el mundo entero, no hay nada como tener la casa para uno mismo.

Los gemelos no le dirigían la palabra y se habían ido en bici quién sabía adónde, y sus padres estaban trabajando.

Bec estaba en pijama todavía y no tenía la menor intención de ponerse otra cosa hasta que no tuviese más remedio. Por una vez, la casa parecía un refugio seguro frente al torbellino en que se había convertido su vida. Ahí estaba a salvo de su bronca con Lizzie, a salvo de tener que mirar a Luke a la cara, a salvo de la decepción de Ellen. Se había tumbado en el sofá negro de piel del salón, a mirar el techo mientras trataba de dejar la mente en blanco. Para ello, concentró la atención en la sensación del cuero bajo sus pies descalzos, o en el chirrido que producía si los frotaba con él. Intentó imaginar que esta casa fresca y en silencio era su mundo. Que el exterior, tórrido y cegador, no existía.

Disponía de tres horas antes de tener que irse a trabajar. Gracias a Dios, ese día no trabajaba ni con Lizzie ni con Luke. Lentamente, se deslizó del sofá y se levantó. Cogió su taza de café, la llevó a la cocina y, mientras la fregaba, observó la espuma que iba resbalando por su superficie y desapareciendo por el desagüe. Secó la taza delicadamente y la colocó en el armario como si no la hubiese utilizado nunca. Temió que si encendía la televisión se rompiera el hechizo. Sin otra cosa que hacer, subió a su habitación.

El día anterior no había querido regresar a casa, por temor a la confrontación con sus hermanos. Por eso había pasado el día dando vueltas sin rumbo por la ciudad, ella sola, sudando la gota gorda con el bañador. Al final se había hartado tanto de cargar con la toalla de playa que la había tirado en una papelera.

El enfado que había sentido era tal que, cada vez que le venía a la mente la cara de Luke, se le cerraban los puños y le entraban unas ganas imperiosas de emprenderla a golpes con algo. Nunca en su vida se había sentido así. Y la explosiva combinación de ira y vergüenza estuvo retorciéndole las tripas el día entero; la había puesto enferma.

Pero hoy se encontraba algo mejor, si es que no sentir nada de nada podía considerarse estar mejor. Se sentó en la cama y aguardó a que los minutos fuesen pasando. Quería disfrutar de esas últimas horas de soledad, antes de tener que irse a trabajar y de tener que lucir una sonrisa, fuera como fuera. Estar a solas en su cuarto le pareció genial, fácil. Pero sabía que no tenía buen aspecto, que no estaba guapa. Se miró de lejos unos segundos: la espalda encorvada, la mirada perdida, el pelo grasiento y lacio enmarcándole la cara. Era una imagen que le resultó familiar y eso hizo que se le revolvieran las tripas: la primera vez que Max volvió del hospital, ese era precisamente el aspecto que había tenido.

Recordó la mirada dolida de Lizzie cuando le dijo que se fuera. Pero entonces recordó también a Lizzie haciéndola girar, riéndose las dos, tropezando la una con la otra en la fiesta de la otra noche. Recordó que todos los años iban juntas al festival de las flores, o cuando desayunaban en el Gus's a las tres de la tarde y se sentían supermayores, o cuando alquilaban un bote a pedales y Lizzie se ponía a gritar cuando el trasto las llevaba justo debajo de la fuente grande. Sin Lizzie su vida sería más sombría. Y pensándolo bien, Luke no significaba nada. Ni siquiera lo conocía. Se había transformado en un espejo en el que se reflejaban sus propios deseos. Lizzie era diferente. Tenía un humor cambiante, no daba su brazo a torcer y era una pesada, pero era la otra mitad del corazón de Bec. Podía hacer frente a las peores cosas del mundo si tenía a Lizzie cerca para troncharse de risa y echar pestes con ella. Y no era a Luke a quien podría contarle todo, era a Lizzie. Sin pensarlo siquiera, estiró rápidamente la mano para coger el móvil. La llamó y esperó. Saltó el contestador. Pero disponía de tiempo. Si salía ahora, podría pasarse por casa de Lizzie antes de entrar a trabajar. Solo tendría media hora para exponerle sus argumentos, para pedirle que la perdonase, pero debería ser suficiente.

Acababa de salir por la puerta cuando otra vez notó esa sensación, ese extraño sentimiento de que alguien estaba observándola. Echó a andar sin detenerse, decidida a no mirar atrás.

Cuando llegó a casa de Lizzie, ya notaba sensación de alivio. Tan solo el paseo monótono por su calle desde la parada del autobús le resultó reconfortante. El perro que siempre ladraba cuando pasaba por delante de su verja, el fertilizante del jardín de la esquina que siempre olía a rayos. Llamó suavemente con los nudillos y esperó. Por un momento pensó que quizás había llamado con demasiada suavidad y estaba a punto de probar de nuevo, cuando oyó pasos dentro, unas pisadas que bajaban despacio por las escaleras. La puerta se abrió. Y no fue la cara de Lizzie la que miró a Bec desde arriba, sino la de su padre.

—Hola, Bec.

—Hola. ¿Está Lizzie?

—¿No te basto yo? —dijo él, sonriendo.

Ella se rio con una risa forzada, sin saber muy bien qué decir.

—Ha salido con Jack. ¿Quieres entrar a esperarla?

—Vale.

Él dio un paso atrás y Bec entró, rozándolo al pasar. Percibió el aroma de su loción de afeitado. Vaciló un instante al pie de las escaleras, pues no estaba segura de si era mejor entrar en el salón a esperarla o subir al cuarto de Lizzie. Se le hacía raro estar a solas con su padre, pero, al mismo tiempo, subir al cuarto de su amiga sin estar ella allí le parecía una intrusión. Se sentó en el sofá del salón. El padre de Lizzie se sentó en el otro extremo. Las puertas correderas estaban abiertas, el sol se reflejaba en la ondulante superficie de la piscina. El olor a cloro llegaba al salón por el aire. Cerró los ojos un segundo al recordar la sensación de ingravidez que le producía flotar en el agua.

—¿Os habéis peleado?

—¿Cómo?

—Lizzie y tú. Estos dos últimos días ha estado un tanto callada.

—¿Callada? No me la imagino cerrando la boca ni siquiera un segundo.

Él se rio, pero su mirada era seria. No le quitaba los ojos de encima. ¿Le había contado Lizzie lo que había dicho?

El hombre suspiró.

—Ser joven otra vez. Esas discusiones que parecían el fin del mundo y, luego, una semana después, ni siquiera se acordaba uno de por qué habían estallado.

Ella volvió a reír forzosamente, pero todo esto la molestaba. No soportaba que los mayores trivializasen su vida de esa manera, pero hoy no tenía fuerzas para discutir.

—¿Y cuánto cree que tardará?

—No lo sé. ¿A qué tanta prisa?

—Tengo que trabajar —dijo, y sacó su gorra del McDonald's del bolso y se la enseñó.

—Ah, sí, esos trabajos en que os explotan... ¿Sabes?, en su día yo trabajé para Hungry Jack's.

—¿En serio? —Le traía totalmente al paio.

—Sí. En los años setenta. Y me tiré un verano entero dándole la vuelta a las hamburguesas. Tenía el pelo largo, también, me llegaba por debajo de los hombros.

—¡Puaj! Debía de estar horroroso.

—En aquel entonces a las chicas les gustaba. Antes de casarme con la madre de Lizzie tuve una novia... Era una auténtica flor de chica. Preciosa.

Bec nunca había oído mencionar a la madre de Lizzie en esa casa. Jamás.

—Tenía unas uñas largas. Aquel verano llevé la espalda cubierta de arañazos, cada vez que nos acostábamos me destrozaba.

Bec no sabía qué decir. ¿Por qué le estaba contando eso? Imaginárselo en la cama con una mujer le revolvió las tripas.

—¿Te acuerdas del verano pasado, cuando viniste y Lizzie no estaba?

No. En eso no pensaba entrar. Por un instante creyó que iba a vomitar, ahí mismo, en su alfombra de color crema. Miró su reloj y fingió espanto.

—¡Uy, qué horror, voy a llegar tarde!

Generalmente en casa de Lizzie se encontraba muy a gusto. Pero en ese momento no pudo evitar levantarse a toda prisa del sofá y salir medio corriendo hacia la puerta.

—¿Quieres que le diga a Lizzie que has pasado por aquí? ¿O será nuestro secretito?  
—Le guiñó un ojo.

—Como quiera —respondió Bec; a decir verdad, no entendía de qué demonios estaba hablando.

Él dio un paso adelante y por un instante Bec creyó que iba a interponerse entre ella y la puerta. Sin embargo, se inclinó para coger el picaporte y abrió. Bec salió por el angosto hueco, sintiendo repulsión al notar el calor de su cuerpo cuando rozó con el brazo la tripa de él. Y una vez que oyó que cerraba la puerta de la casa, se dio cuenta de que tenía el corazón a mil por hora.

2014

Hasta mi cuarto sube el sonido de la puerta de la casa, que se ha cerrado con un fuerte estruendo. Los gemelos deben de estar cargando el coche. Se marcharán en breve. Igual que yo. Estoy segura de que mi plan dará resultado. Iré a la casa del padre de Lizzie y Jack. Para hablar nada más, para estar segura. Y luego ya podré marcharme. A Andopolis lo llamaré tan pronto como haya salido de este lugar. Le contaré lo que he descubierto. En parte me siento fatal, pues ya he hecho mucho daño a la familia de Jack. Pero esto no es por mí, es por Bec.

Fuera sigue lloviendo. Se oye el repiqueteo de las gotas en el tejado. Este es el último día que pasaré en esta habitación. Fue una suerte que Liz no hubiese llamado aún a la familia, pero solo he ganado un poco de tiempo. No tengo la menor duda de que en algún momento les telefonaré.

Cuando bajo, los padres andan de un lado para otro, preparándose para llevar a los chicos al aeropuerto. En cuanto vaya a ver al padre de Jack, me marcharé. Ya no podré regresar nunca más. A lo mejor esta vez me voy a Melbourne.

—¿Pero vuestro avión no salía a mediodía? —pregunto. Solo son las nueve de la mañana. Había contado con que me quedarían unas horitas más.

—Así es —contesta Paul—, y ahora que han hecho esta autovía nueva se llega en quince minutos nada más.

—Mamá dice que quiere que vayamos con tiempo. Pero para mí que lo que quiere es librarse de nosotros —añade Andrew.

—Quieres a Bec toda para ti, ¿eh? —comenta Paul a la madre en tono de broma cuando ella sale hacia el coche. Pero la madre no dice nada. De hecho, está un poco rara. Supongo que le da pena despedirse de sus hijos.

—Estás un poco pálida —señala Andrew mirándome con interés—. No hace falta que vengas a despedirnos si no quieres.

Casi tenía la esperanza de que insistiesen en que fuera, cualquier cosa con tal de tener un poco más de tiempo.

—Pues es que me duele un montón la cabeza —contesto.

—No pasa nada —dice Andrew y me da un abrazo de oso.

—Os llamamos esta noche, ¿vale? —añade Paul, revolviéndome el pelo.

—Vale —respondo yo. Esta noche ya no estaré aquí.

—¿Necesitas ibuprofeno? —pregunta la madre, que vuelve del coche. Le doy un abrazo y aspiro su dulce aroma por última vez. Durante un lapso de tiempo brevísimo esta mujer ha sido realmente mi madre. Es tan duro decirle adiós.

—Estoy bien —digo sin mirarla.

Mientras salen con el coche, me quedo en la sombra de la puerta, ciñéndome la bata. Les digo adiós con la mano y les sonrío hasta que desaparecen por la esquina, y a continuación me meto en la casa y cierro con llave. Tengo media hora como mucho para recoger mis cosas.

Subo a la habitación y pongo el móvil a cargar. Cuando me quedé sin batería, lo dejé apagado aposta, pues sabía que probablemente Jack me llamaría y no tenía ni idea de cómo iba a explicarle todo esto. Me doy una ducha rápida mientras medito sobre si dejar o no una nota. Debería hacerlo, no puedo marcharme así, pero no sé qué voy a poner. Trato de recordarme a mí misma que, para empezar, estas personas nunca fueron mi familia. Aun así, me embarga la tristeza.

Cuando vuelvo y compruebo mi teléfono, estoy convencida de que voy a encontrarme por lo menos una llamada perdida de Jack. Pero no hay ninguna. Solo un mensaje de texto de Lizzie. Lo abro enseguida.

«Lo siento. Tenía que decírselo».

El mensaje es de ayer a las cinco y cuarto.

*Bec, 17 de enero de 2003*

Bec llegó a trabajar con quince minutos de antelación. Había ido andando despacio y había intentado llamar otra vez a Lizzie. Pero no había obtenido respuesta. Empezaba a resultar frustrante. Tampoco era que hubiesen tenido una pelea de tirarse de los pelos ni nada parecido. Lizzie estaba sacando las cosas de quicio.

Aunque dentro del McDonald's se había formado una cola larguísima, Bec se sentó a esperar en la parte más alejada del aparcamiento, decidida a no entrar hasta que diese la hora. Hacía un calor de muerte. Rebuscó la gorra en el bolso, pero entonces cayó en la cuenta de que se la debía de haber dejado en casa de Lizzie. Genial, para colmo ahora iba a quemarse la cara. Aun así, esperó fuera. Luke terminaba su turno cuando ella empezaba el suyo y ese día no quería verlo. No quería volver a verlo nunca más.

Cuando hubieron transcurrido los quince minutos y Bec abrió las puertas para entrar, estaba empapada en sudor y la temperatura gélida del aire acondicionado le provocó un escalofrío. Ellen, como de costumbre, tenía cara de agobio; el pelo le formaba una especie de pelusa rizada alrededor de la cabeza y el surco entre las cejas estaba más marcado que nunca. En general, por Ellen no sentía más que respeto. Pero ahora le pareció una mujer patética. Cuando ella la saludó con un leve movimiento de la cabeza, a punto estuvo de hacerle un gesto de disgusto. Saltaba a la vista que seguía enfadada con Bec, que seguía pensando que era una cría melodramática. Pero de pronto se dio cuenta de que la opinión que tuviera Ellen de ella no podía importarle menos. La tipa tenía veintitantos años, trabajaba en un McDonald's y salía con quinceañeros. Si siempre le había parecido que estas personas eran para ella como una segunda familia, más real incluso que la suya, ahora le pareció que simplemente estaba llenando un vacío con decepciones y mentiras. Con una gente patética que había renunciado a sus sueños.

Se puso directamente a atender al primer cliente. Vio que Luke salía de los aseos con la mochila a la espalda y necesitaba tener un pretexto para evitar hablar con él. Le iba a resultar imposible comportarse con normalidad. Aprovechó que tenía que rellenar con limonada un vaso grande para el cliente, para observar a Luke mientras

se despedía de Ellen en la cocina, sonriendo con esa sonrisa fácil que Bec pensaba que solo era para ella y rodeando a Ellen con un brazo sin el menor reparo. La ira volvió a sacudirla por dentro. Pero esta vez no tenía claro si era hacia él o hacia ella misma por haber sido tan estúpida, por haber mordido el anzuelo tan fácilmente. Un reguero frío de limonada serpenteó por su brazo y se le coló por debajo de la manga cuando el líquido rebosó en el vaso. Rápidamente, se sacudió el refresco del brazo, sabiendo con certeza que se le quedaría pegajoso el resto de la noche.

Poco a poco el sol cegador fue perdiendo intensidad. La luna pasó de ser una tenue huella digital en el cielo a un círculo plateado perfecto. Por suerte, el flujo de clientes fue constante, de modo que Bec no tuvo que intercambiar con Ellen o con Matty otras palabras que las comandas transmitidas a voz en cuello.

Sabía que a Ellen le quedaba poco para terminar su turno, tras lo cual Matty y ella se quedarían solos a recoger y limpiar. No sería tan terrible, podría superarlo. Las familias sudorosas y quemadas por el sol que habían sido la clientela de la noche empezaban a ser reemplazadas por grupos de jóvenes borrachos y escandalosos. Nadie que ella conociera, gracias a Dios. En esos momentos se veía incapaz hasta de sonreír forzosamente. Pero el trabajo repetitivo tenía un componente relajante. Le servía para no darle más vueltas a la cabeza. Solo tenía que decir palabras y hacer gestos que no dejaban espacio a preocupaciones, a tristezas desgastantes o a una ira que había empezado a darle miedo a ella misma. Solo un «¿Qué va a tomar?» repetido una y otra vez.

—¿Qué va a tomar? —preguntó después de que un grupo de hombres, todos con polo, se hubiesen apartado del mostrador y hubiesen dejado a la vista el contorno inmenso de un señor empapado en sudor.

Bec levantó la vista hacia la cara del hombre y esperó el inevitable pedido descomunal de patatas fritas y hamburguesas. Siempre hacía todo lo posible por disimular su opinión cuando entraban personas obesas en el establecimiento. Pero en esta ocasión ni se molestó en intentarlo. Miró al hombre de hito en hito, lentamente.

—¿Qué va a tomar? —repitió, esta vez más alto, como si el señor estuviese sordo. Pero él se la quedó mirando fijamente, a tres pasos aún del mostrador. Tenía los ojos empañados, la mirada desenfocada, y Bec comprendió que algo iba mal solo un segundo antes de que el hombre se desplomase en el suelo.

—¡Ellen! —gritó.

Miró atrás; Ellen tenía ya el teléfono en la mano. Bec escuchó mientras su compañera le indicaba la dirección al operador. Después, cuando acudió hasta el hombre y se arrodilló a su lado, ella se limitó a mirarla.

—¿Se encuentra bien? ¿Me oye? —preguntó Ellen. Al hombre se le estaba poniendo la cara azul. Ellen levantó la vista hacia ella rápidamente.

—¡Bec! —exclamó, como si estuviese enfadada.

—¿Qué? ¿Qué puedo hacer?

—Sigue atendiendo —dijo.

Los técnicos de emergencias se presentaron en poco tiempo. Bec había supuesto que la gente se lo pensaría dos veces antes de entrar si veían una ambulancia fuera. Pero no fue así. Los clientes simplemente pasaban por encima del corpachón del hombre desmayado para llegar al mostrador a hacer el pedido y luego se llevaban la hamburguesa a una mesa desde la que poder contemplar la escena como si estuviese sucediendo en una pantalla de televisión puesta en la pared.

Más tarde, le tocó a ella fregar el suelo para recoger la orina del hombre. En algún momento se le había escapado el pis y el charco brillaba en el centro del establecimiento. *Esta es la peor noche de mi vida*, pensó. Peor que cuando había tenido que limpiar la freidora y la grasa se había solidificado formando montañas sebosas salpicadas de moscas muertas. Peor que cualquier otra cosa.

Cuando se hubo marchado todo el mundo, Matty y ella limpiaron el local en silencio. Su compañero ni siquiera hizo el intento de conversar. En circunstancias normales ella se habría preocupado y se habría preguntado si estaría enfadado con ella, pero en esos momentos no le importaba nada. En esos momentos odiaba aquel lugar. Era como su casa. Un lugar gélido.

2014

Con quién has hablado? ¡Nadie me ha dicho nada!».

Lizzie no responde. Mientras espero, todo se me aclara nítidamente en la cabeza. Eso que me había incomodado en casa de Lizzie, ese medio recuerdo que mi mente sabía que era importante. Una pieza que nunca había llegado a encajar del todo.

Los padres nunca habían hecho preguntas. De un modo u otro, todos los demás habían insinuado la pregunta o la habían planteado directamente. Pero ni el padre ni la madre habían preguntado. En ningún momento, desde que hablé por primera vez con la madre desde la comisaría, hasta hoy. Jamás me han preguntado dónde había estado. El cuerpo se me queda helado. Me pongo la bata de nuevo, encima de la toalla y de mi piel mojada, y me guardo el móvil en el bolsillo.

La puerta del garaje chirría al abrirse. Me coloco exactamente en el punto en el que me había detenido la vez anterior y miro por encima del hombro. La madre había mirado inquieta las dos cajas grandes de cartón que están meticulosamente cerradas con cinta de carrocero.

Despego la cinta adhesiva de la primera caja. Al despegarse produce un sonido grave de desgarro. Vacilo un instante, las manos temblándome, y entonces levanto las solapas de cartón. La caja está repleta de libros. Los saco, esperando, contando con encontrar cabellos o huesos humanos. Pero no hay nada. El polvo se me mete por la nariz y estornudo, y me asusto al oír el estruendo que llena todo el espacio.

Despego la cinta de carrocero de la segunda caja. Pero no puedo mirar. Sé lo que podría encontrar. No quiero ver su cara. Pero tengo que abrir la caja. Poco a poco levanto las solapas. Más libros. Los saco atolondradamente, pero es evidente que la caja no contiene nada más. Los vuelvo a guardar, mientras mis latidos vuelven a ralentizarse.

Estaba equivocada.

Gracias a Dios, estaba equivocada.

Casi podría reírme. La cabeza me da vueltas. Todo esto es un disparate. Nada tiene sentido. Necesito salir de aquí. La escalera cruje bajo mi pie descalzo cuando empiezo a subir hacia la puerta del cuarto de la lavadora. Me detengo en seco,

mirándome los dedos de los pies, sucios. Quedan dos escalones antes del lavadero.

Aparto las cajas de cartón y clavo la mirada en una puertecita que comunica con un nivel inferior de la vivienda. Esta vez no me permito vacilar. Me agacho y tiro del picaporte. Tengo que taparme la boca inmediatamente. El olor es espantoso. Me dan arcadas. Pero no puedo pararme. Me obligo a escudriñar esa oscuridad hedionda. Ahí está. Rebecca Winter. Hecha un ovillo como una niña pequeña dormida. Los huesos marrones, algunos restos de carne aún adheridos a ellos, la parte posterior del cráneo hundida.

*Bec, 17 de enero de 2003*

**B**ec fue subiendo lentamente por la cuesta después de apearse del autobús. No tenía prisa; sabía ya que nadie la esperaba para consolarla. El sudor le resbalaba por el cuello. Se lo quitó con la mano. Notaba la piel grasienta. La grasa y el aceite de la cocina se le quedaban siempre metidos en los surcos de la cara después de trabajar, en el pliegue entre la nariz y la mejilla, detrás de la oreja, debajo de la hendidura de la mandíbula. Dejó de secarse el sudor. En vez de eso, permitió que saliera por sus poros y que su propia grasa corporal expulsara la espesa grasa de ternera muerta. El calor era asfixiante y el aire mismo olía a quemado y producía escozor en la garganta.

Al terminar su turno, Bec había mirado su móvil con la pasajera esperanza de encontrar llamadas perdidas de Liz. Pero la pantalla estaba vacía. No quería pensar en el futuro, imaginar el verano sin Liz; volver al instituto y no ser ya amigas. Sobre todo, deseaba poder borrar la última semana de su vida. Deseaba no haberle dicho nunca esas cosas tan feas a Lizzie, que nunca hubiesen planeado hacer aquel estúpido exorcismo. Si hubiese hecho lo que hacía normalmente y se hubiese olvidado por completo de la presencia en su habitación, de las cosas extrañas que ocurrían en su casa, todo sería normal en esos momentos. Nadie estaría enojado con ella y ella no estaría enfadada con todos y con todo.

Al doblar la esquina divisó su casa, en lo alto de la cuesta. Sintió tal nudo en la garganta que pensó que no podría respirar. Se detuvo y le dio la espalda a la casa para respirar lentamente. Tomar aire por la nariz y expulsarlo por la boca, hasta que los músculos del cuello se le relajaron. Le pitó el móvil, y la sensación de felicidad y alivio la traspasó como un torrente. Sacó el teléfono del bolsillo, tan apresuradamente que las manos le temblaban un poco. Pero era Luke.

«Espero que estés bien, sigo pensando en ti».

Antes de poder siquiera procesar el mensaje, había arrojado el teléfono al suelo, a cierta distancia, incapaz esta vez de contener la ira. Tenía ganas de dar un puñetazo a algo, de romper algo. Echó a correr por la pendiente. No quería tener dentro esa agresividad, ese odio, ansiaba poder purgarlos de alguna manera. Abrió la puerta con la llave lo más sigilosamente que pudo, subió corriendo las escaleras, se desnudó sin

encender la luz y se acostó. Cerró los ojos apretando los párpados con fuerza, esperando que de alguna forma esa sensación de vacío que había sentido por la mañana regresase para ocupar el lugar del odio que estaba apoderándose de su cuerpo por entero.

2014

Estoy de pie junto a los huesos, sabiendo que debo dar media vuelta y salir corriendo. Pero no tengo valor para cerrar la puertecita, para volver a dejarla encerrada en la pestilente oscuridad. La cabeza me da vueltas y se me nubla la vista. Me llega su olor, el olor de lo que queda de su pelo y de su carne en descomposición. Me agacho, a sabiendas de que voy a vomitar. Pero no sucede.

El portón del garaje vibra ligeramente, el silencio amplifica el ruido del coche al subir por la calle. El chirrido de los neumáticos al tomar el camino de entrada. Se me revuelven las tripas al imaginar que la puerta se abre y que me ven ahí dentro, a medio vestir, de pie ante el esqueleto de su hija. Pero el coche se para y el motor se apaga, y oigo que las puertas del coche se abren. Dispongo de unos segundos.

La puerta del sótano se acopla en su quicio produciendo un chasquido y coloco de nuevo las cajas de cartón delante. En estos momentos estarán entrando por el camino. Se oye el roce del metal contra el metal cuando la llave gira en la cerradura. Salgo corriendo al cuarto de la lavadora, cerrando la puerta del garaje justo antes de que se abra la de la entrada. Dios mío. Me van a ver saliendo de aquí. Sabrán que lo he visto. Me quedo inmóvil, procurando no hacer ni el más mínimo ruido.

—¿Bec?

Las baldosas del suelo están frías al contacto con mis pies descalzos. La secadora ronronea suavemente. Mientras no piensen que lo he visto, tengo aún algo de tiempo, si es que puedo salir de la casa.

—¿Becky?

Oigo el sonido suave de las pisadas de la madre en la moqueta. Casi ha llegado al cuarto de la lavadora, a punto de subir las escaleras hacia mi habitación, pero cuando pase por delante me va a ver.

—¿Qué tal ha ido? —pregunto desde dentro, a la vez que pulso al azar los botones de la lavadora.

—¿Qué haces ahí, cariño? —dice la madre. Se ha detenido en la puerta abierta. Tiene la cara diferente (los ojos brillantes, la tez extrañamente blanca como la cera), pero sonrío. Se la ve contenta.

—No entiendo cómo funciona esto. Quería poner una lavadora.

—Ya lo hago yo, cariño. Deberías estar echada, si te duele la cabeza —dice.

—Tienes razón. Solo quería ayudar —contesto, forzándome a hablar lo más normalmente que puedo, a pesar de que me tiembla el cuerpo de la cabeza a los pies y estoy desesperada por salir corriendo. Incluso solo detectar el miedo en mi voz podría ser suficiente. No pueden darse cuenta.

—Eres un cielo, Bec. Pero ¿dónde tienes la ropa?

—La he dejado arriba.

—Bueno, pues sube a por ella.

Me obligo a dar la vuelta despacio, a andar en lugar de echar a correr. Ella pone en marcha la lavadora y el agua empieza a entrar a chorro en el tambor vacío.

—¿Bec?

Los hombros se me tensan.

—Sí.

—Te has puesto perdida la bata.

Me miro. El bajo de la bata está renegrido de suciedad, tras haber estado arrodillada en el garaje.

—Debió de ser de cuando salí a decirlos adiós —respondo con un hilillo de voz. Ella sabe que no salí.

—Bueno, pues dámela, anda.

—Te la bajo después con todo lo demás. —La voz me suena rara, más aguda y forzada, pero no puedo evitarlo.

—Antes de que manche otras cosas —insiste ella con el brazo tendido.

No es una pregunta. Me quito la bata, lo que me hace sentir horriblemente expuesta, solo con la toalla encima. La toma de mis manos. En ese momento, empieza a sonarme el móvil. El bolsillo de la bata se ilumina. Pero ella no se detiene, no me lo da.

—¿Qué haces? ¡Mi móvil! —chillo. Pero ella lo suelta dentro de la máquina. Yo me abalanzo y meto las manos hasta los codos en el agua caliente que sigue saliendo. El sonido de la llamada va atenuándose a medida que el móvil se sumerge, y aún gorjea cuando lo saco del bolsillo empapado de la bata. Entonces, deja de sonar; la pantalla se ha quedado negra.

La madre, ignorándome, saca de los armarios el detergente y el suavizante. Lo ha hecho adrede. Es imposible que no lo oyera sonar. Tal vez hasta lo viera en el bolsillo, y por eso insistió en que le diera la bata. Me alejo de ella corriendo y subo las escaleras abrazándome el torso para sujetar la pequeña toalla que me cubre.

Cierro la puerta de mi habitación y la apuntalo con la silla. A continuación, me pongo unas prendas nuevas, cuyo tejido pica y huele a plástico, pero siempre es mejor que estar desnuda. Me siento en la cama. Esto no son imaginaciones mías. El cuerpo

empieza a temblarme.

Se la cargaron ellos. Uno de ellos la mató y la metió en ese chiscón oscuro. La respiración empieza a salirme como a borbotones. Lo han sabido desde el primer instante. Por lo menos uno de ellos lo sabía. Y simplemente han estado esperando el mejor momento, esperando a que Andopolis perdiese el interés, a que Paul y Andrew se fuesen. Me acurruco, abrazándome con fuerza, tratando de acallar el sonido de mis jadeos. No puedo dejarme invadir por el pánico, tengo que salir de aquí. Pero en lo único en lo que puedo pensar es en su esqueleto debajo de la casa, hecho un ovillo como una niña pequeña asustada. Lleva ahí todo este tiempo, escondido en la oscuridad.

La ventana. Haciendo un esfuerzo, me incorporo. Los periodistas están a demasiada distancia para oír nada, pero los veo a lo lejos. Figurillas en miniatura con cámaras en miniatura. Si yo puedo verlos, a lo mejor ellos pueden verme a mí. Me pego a la ventana y les hago señas con los brazos como loca. Uno de los hombres apaga un cigarrillo. Los demás ni siquiera se mueven. Podría intentar gritar, pero los padres podrían oír mis gritos antes que ellos. Podría saltar desde la ventana, son dos plantas, con lo que seguramente me rompería algo, pero estoy segura de que me verían si me tiro al vacío. No me queda otra opción. Trato de abrir la ventana, pero no hay quien la mueva. Poniendo todas mis fuerzas en el empeño, tiro hasta que los músculos me duelen como si se me estuvieran desgarrando, pero no se mueve. Está soldada al marco por la pintura. Meto las yemas de los dedos por debajo y empujo hacia arriba con un grito sordo, pues se me destrozan del esfuerzo. No da resultado, me he hecho daño en las puntas de los dedos y los tengo ensangrentados. Rompo a llorar, sin resuello. No puedo abrirla. La única forma de salir es por la puerta de la casa y no quiero bajar otra vez ahí. Me siento como Rapunzel, encerrada en lo alto de un torreón. No hay escapatoria. Podría intentar romper la ventana, pero el vidrio es grueso y casi seguro que me oirían antes de que me diese tiempo a escapar. Entonces, lo sabrían. Y terminaría hecha un ovillo al lado de Bec, hermanas gemelas pudriéndonos juntas.

No. Mientras ellos no sospechasen que los había descubierto, a lo mejor todavía podía irme sin más. A lo mejor podía salir por la puerta de la casa como he hecho tantas veces. Me seco las mejillas sudorosas y me obligo a respirar. Soy buena actriz. Lo puedo hacer.

Salgo de la habitación a hurtadillas. La casa está en silencio, el único sonido es el leve runrún de la lavadora. Por si acaso, cojo una pila de ropa sucia. El corazón me palpita a toda velocidad mientras voy bajando silenciosamente por las escaleras. La entrada de la casa está cada vez más cerca. Solo me quedan cinco peldaños, tres. Ya estoy ahí, al pie de las escaleras. La puerta está a solo unos pasos, delante de mí.

—¿Bec? —Me doy la vuelta y me encuentro con la madre, de pie en el salón. Sostiene unas tijeras de cocina. El padre está sentado en el sofá, observándome.

—¿Sí?

—¿Adónde vas?

—Tengo que ver a Andopolis —miento—. Llegará de un momento a otro.

—¿Vas a llevarle tu ropa sucia? —dice el padre. Me quedo sin saber qué decir.

—Por una vez, que entre él. Si te duele la cabeza, puede que te estés poniendo mala. No deberías quedarte fuera esperándole con este frío —dice ella, como si no pasase nada. Como si no estuviera sosteniendo en sus manos unas afiladas tijeras de cocina.

Los miro y miro la puerta. Podría lograrlo antes de que ella me clavara esas tijeras en la espalda. El padre se pone de pie y se coloca entre la puerta y yo. Coge de mis manos la ropa sucia.

—Haz lo que te dice tu madre —me ordena.

—Estaba pensando que podría arreglarte el pelo, ¿te parece? —comenta ella, examinándome las puntas abiertas. Trago saliva.

—Vale.

Me sienta en la cocina y me pone una toalla encima de los hombros. El padre se queda de pie detrás de nosotras, observando.

—Siempre has tenido un pelo precioso, no me puedo creer que hayas dejado que se te estropee tanto —dice ella, mientras me lo cepilla con suavidad. Las cerdas me arañan el cuero cabelludo—. No me llevará mucho tiempo, no sufras. Vince puede pasar y charlar un rato conmigo y con tu padre. Me gustaría saber cómo está yendo todo.

Yo intento volverme para ver si el padre sigue con nosotras en la cocina. Pero ella me coloca la cabeza hacia delante con un movimiento brusco, de modo que no puedo ver qué hay detrás.

—No queremos que quede desigual.

Noto las tijeras frías al contacto con mi nuca. Oigo su sonido cortante a medida que van segándome el pelo. Yo aprieto las manos, juntas debajo de la toalla.

—Así vas a estar mucho mejor.

—Gracias. —La voz vuelve a sonarme extraña, aguda. Yo misma percibo que está teñida de miedo. Pero ella actúa como si no lo notase.

—Bonito y aseado, como lo llevabas siempre. —Noto el roce de su aliento en mi piel cuando me habla.

Se oye un sonido extraño en algún lugar de la casa. Una especie de llanto ahogado.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué, corazón?

—Ese ruido.

—Yo no he oído nada.

—¿Y papá?

—Estará echándose una siestecita.

Otra vez oigo el ruido. Un sonido de dolor.

—Sube la barbilla —dice la madre, levantándome la cara para que la mire. Desliza las tijeras muy cerca de mi oreja.

—En serio, debería ver si ya está aquí Andopolis —insisto yo, mirándola a los ojos. ¿Cómo puede ser que no me haya fijado antes en lo extraños que son, vidriosos, brillantes y como si nunca los terminase de enfocar en la persona que tiene enfrente?

—Ya casi estamos —dice.

Un estallido que reverbera. Doy un respingo en la silla.

—Cuidado, cariño, no quiero estropearlo.

—¿Qué ha sido eso?

Ella no responde. Las tijeras tajan y tajan sin parar. Noto que las lágrimas empiezan a rodarme por las mejillas y que no puedo detenerlas. Ese sonido parecía un disparo de arma de fuego. Necesito salir de aquí. Pero ella podría degollarme con solo una tajada de las malditas tijeras.

—¡Mamá, por favor!

—Un segundo, Becky —contesta.

Lloro en silencio, aguzando el oído por si escucho al padre pero lo único que se oye es la nada. Entonces ella me quita la toalla.

—¡Ve a mirarte en el espejo! —dice—. Creo que te va a gustar.

Me doy la vuelta rápidamente y salgo medio corriendo hacia la puerta de la entrada. Me está dejando salir. Puedo irme. Giro el pomo, pero no se mueve. La llave no está echada pero la puerta no se abre. Me impulso para empujarla e intento desesperadamente forzarla para que se abra.

—Cuidado, Bec, la vas a romper —me advierte la madre, que pasa por mi lado con un recogedor y un cepillo.

Me fijo en que hay una cosa encajada por debajo de la puerta, desde ambos lados. Vuelvo a empujarla con todas mis fuerzas, arrojándome contra ella de modo que el hombro se me aplasta dolorosamente. Pero no se mueve.

Por el rabillo del ojo veo la cara de Bec. Tiene la boca crispada en una mueca de dolor y los ojos llenos de miedo. Me doy la vuelta a toda velocidad. Lo que veo es el espejo del recibidor, que me devuelve mi propia imagen. Me ha cortado el pelo exactamente igual que la melenita corta y perfecta de Bec. Y estoy contemplando

exactamente lo mismo que ella vio antes de morir. Por fin sé lo que le pasó y ahora estamos compartiendo el mismo destino.

Entonces me llega un olor a humo.

*Bec, 18 de enero de 2003*

Bec quería empezar bien el día. Se preparó el muesli despacio, troceando una manzana en finas láminas para mezclarlo con los cereales. Era algo que se proponía cada mañana pero nunca se tomaba la molestia de hacer. Desayunar como es debido era importante. Era lo que siempre decía su madre. Masticó despacio. A fin de cuentas, no tenía ninguna prisa. No era como si tuviese amigos a los que ver. Bec decidió fregar los platos, también, tal vez para postergar la decisión de cómo iba a pasar el día. Fregó con esmero su cuenco y la taza de café, los secó y los volvió a guardar en el armario como siempre hacía su madre.

Era alucinante lo distinto que se veía todo después de haber dormido. La noche anterior, Bec había tenido una sensación abrumadora de que algo terrible estaba a punto de suceder. Pero por la mañana le pareció una tontería. Una exageración melodramática. Recordaba haberse sentido así en otras ocasiones y luego nunca le había pasado nada malo.

Esta mañana sentía en lo más profundo de sus entrañas que todo iba a ir bien. Todos los lúgubres sentimientos de la noche anterior habían desaparecido y ya no se sentía tan desvalida. Hoy ella cambiaría las cosas. Telefonaría a Ellen para comunicarle que ya no quería hacer más cierres, luego mandaría un mensaje de texto a Lizzie para decirle que le dejaba todo el espacio que necesitase y que lo sentía. No arreglaría las cosas, pero el hecho de tener un plan la hizo sentirse mucho mejor. Las cosas volverían a su cauce, estaba segura. Bueno, siempre y cuando encontrase el teléfono. No podía creer que la noche anterior hubiese albergado tanta rabia en su interior como para tirar el teléfono de esa manera. Casi se rio, imaginando cómo se habría visto la escena desde fuera. Pero a la vez también se sentía un poco orgullosa al pensar en lo dura que habría parecido.

Después de la ducha, se puso un vestido limpio de algodón. Decidió que no se iba a pasar el día entero vagueando. Iba a salir. Adonde fuera. Tal vez contactaría con alguien del instituto a quien hacía tiempo que no veía. Al fin y al cabo, estaba empezando a resultar ridículo esto de tener una única mejor amiga. Había infinidad de personas en el instituto que sabía que querían quedar más a menudo con ella, pero

siempre había estado tan satisfecha con su vida tal como era que nunca se apuntaba a sus planes. Este día no. Pasó un montón de tiempo delante del espejo, asegurándose de que su pelo estuviese perfectamente alisado y tratando de maquillarse mejor que nunca. El hecho de lucir buen aspecto conseguía que todo lo demás pareciese estar mucho más bajo control.

Se levantó, se dio la vuelta, contó hasta tres y entonces volvió a girarse para mirarse con atención en el espejo. En la milésima de segundo que transcurrió antes de que su mirada se acostumbrase a la familiaridad de sus facciones, lo que vio fue a una joven bonita y desenfadada. Estupendo, ahora solo tenía que salir a rebuscar por el jardín de quién sabía qué vecino hasta dar con el móvil.

Algo pasó rápidamente por delante de su puerta abierta, algo que desentonaba con el resto de la imagen. Era Paul, y llevaba en las manos un cuchillo de cocina. Pasó por delante de la puerta abierta del cuarto de su hermana sin mirar; Bec oyó sus pisadas livianas por las escaleras y luego oyó que la puerta del garaje se abría y se cerraba.

Bec se puso a recoger lentamente sus productos de maquillaje. El rímel, el colorete, la base, todo otra vez en el estuche en el que los guardaba. Movía las manos con seguridad. Se miró de nuevo en el espejo, pero esta vez los ojos no se le enfocaron. No reconoció el círculo blanco que se reflejó en el cristal. Las uñas se le clavaron en la carne de las manos y se obligó a sí misma a dejar de pensar en ello. En la palma de la mano se le quedó la marca de unas medias lunas diminutas.

Sin tomar la decisión conscientemente, salió de su habitación y se detuvo en lo alto de las escaleras. Un peldaño y luego otro.

Mientras iba bajando, poco a poco, el bloqueo mental que la había impedido pensar en el secreto se desvaneció.

Trató de evitar que penetrasen en su mente, pero era demasiado tarde. El bloqueo había desaparecido y todas esas cosas en las que no quería pensar estaban delante de ella.

Habían dicho que eran los únicos que existían de verdad. Recordó que estaba de pie en la habitación de los chicos, medio vuelta hacia la puerta. Ellos olían a limpio después del baño, a piel limpia de niño. Las últimas luces del largo día de verano estaban ocultas tras las persianas bajadas.

—¿Eso quiere decir que me odiáis?

—Sí.

Su mente le mostró en un fogonazo la colección de escarabajos muertos que se había encontrado dentro del armario ropero, la extraña manera que tenían a veces de mirarla, sin denotar sentimiento alguno, una forma de observarla que ella había aprendido a ignorar, los puñados de plumas que a veces encontraba en el jardín y, de

tanto en tanto, un pájaro muerto y destrozado. Esperaba que hubiese sido la gata la que los había cazado. Pero eso era antes. Entonces era capaz de ignorar esas cosas fácilmente. Antes de saber.

Aquel día. El verano anterior. Se suponía que estaba cuidándolos. No quiso pensar en ello, pero empezó a desenrollarse en su cabeza como un carrete de fotos, sin que pudiese detenerlo. Cada vez que ella estaba contenta, le decían que era fea, y cada vez que se enfadaba y se encerraba en sí misma, le contaban chistes o la abrazaban suavemente. Si hubiese estado Lizzie, todo habría sido diferente. Si ella hubiese tenido su trabajo en el McDonald's, tal vez no habría ocurrido. Su madre le había dado diez dólares al día por cuidarlos. Ella había accedido, no había sabido cómo iba a ser. Acabó saliendo de la casa como un basilisco. Se había pasado una hora sentada en los escalones de la zona comercial, devorando lentamente una gominola de serpiente, viendo pasar familias; la cola de la serpiente iba menguando poco a poco a medida que la iba chupando y convirtiendo en agüilla azucarada.

Bec había oído el cortacésped cuando subía por la cuesta, pero en realidad no había reparado en él. Era como cualquier otro sonido del verano sin un significado en particular, como el graznido de las urracas o el zumbido de las chicharras. Entonces se dio cuenta de que provenía del jardín de su propia casa. Había echado a correr, sin saber qué esperar pero teniendo claro que se trataba de algo malo. Unos niños pequeños no se ponen a segar el césped.

Intentó detener ahí el recuerdo. Forzarse a pensar en otra cosa, en la imagen que daba, parada así en mitad de la escalera. En si su vestido era bonito a ojos de quien la viera, o si era demasiado corto. Pero fue incapaz de expulsar de su interior aquellos pensamientos. Le resultó imposible visualizarse en ese instante, ahí. Solo podía verse a sí misma aquella tarde subiendo a la carrera hasta el costado de la casa. De pie jadeando en el jardín.

Había necesitado un segundo para entender lo que estaba pasando. El cortacésped estaba en marcha y los chicos se reían como locos, pero le daban la espalda y ella no lograba entender a qué se debían aquellas risitas nerviosas. Entonces oyó el aullido de la gata por encima del ruido del motor.

Molly estaba enterrada hasta el cuello y los niños se acercaban a ella con el cortacésped. La gata tenía los ojos muy abiertos y las orejas pegadas al cráneo, hacia atrás. Se retorció desesperada, tratando de liberarse. Pero era demasiado tarde, ya era demasiado tarde. Bec solo tuvo tiempo de apartar la mirada antes de que la cortadora pasase por encima de Molly. El motor petardeó unos instantes y a continuación siguió sonando con normalidad. Sus hermanos se volvieron cuando ella empezó a chillar. Había muchísima sangre. Ella se había ido corriendo a casa de Lizzie, sin acordarse de que no estaba.

El padre y el hermano de Lizzie le habían sonreído como queriendo dar algo a entender.

Su cabeza no era capaz de procesarlo. Bec comprendió rápidamente que era mejor no pensar en ello y punto. Después de aquello, Paul y Andrew se portaron siempre cariñosamente con ella y Bec a su vez descubrió que no podía evitar quererlos. Aquella fealdad estaba fuera de lugar en su vida.

Se detuvo de nuevo al pie de las escaleras, notando el cuerpo frío y entumecido. Podía simplemente subir de nuevo a su cuarto, coger el bolso y los zapatos y largarse. Escarabajos, pájaros, gatos, perros. A medida que los gemelos fueron haciéndose mayores, también sus presas iban siendo cada vez más grandes.

La puerta del lavadero se abrió silenciosamente. La luz estaba encendida, pero no había nadie. Dio un paso para entrar, medio pensando que estarían escondidos en alguna parte. Entonces la puerta se cerró de golpe. Bec se volvió justo cuando Paul saltaba desde lo alto del armario de detrás de la puerta, enarbolando un ladrillo por encima de la cabeza. Bec disparó un brazo hacia arriba que impactó contra el ladrillo, produciendo un desagradable ruido sordo.

Por un momento lo vio todo blanco, y un dolor agudo y ardiente le subió por el brazo.

—¡No le has dado!

Bec se desplomó en el suelo por la fuerza del impacto.

—Culpa tuya, que has dado ese portazo.

—Deberías haberme dejado a mí. La última vez la aticé bien.

—Sí, pero me tocaba a mí. Además, así mejor.

Lo veía todo distorsionado, retorcido. Pensó que iba a vomitar.

Notó que algo le tiraba de la muñeca. Era Andrew, que estaba atándole su vieja comba alrededor de la mano. La cuerda estaba manchada de puntos rojos.

El medio recuerdo del terrier maltés que habían estado torturando en el sótano esa misma semana volvió a su mente con tal fuerza que casi le cortó la respiración. Las imágenes eran borrosas, como envueltas en una bruma, y se superponían. Pero recordaba la sangre que manaba a chorros de su pecho abierto. Recordó a Paul arrastrando por el suelo al pobre animalillo moribundo, atado con la comba. El sonido que emitía parecía un grito humano.

Se arrodilló y, empujando a Andrew a un lado, se levantó. En esos momentos la adrenalina le bombeaba por las venas. Ya no sentía dolor en el brazo.

—Habéis estado siguiéndome, ¿verdad?

Ellos se limitaron a mirarla fijamente, con sus ojos azules idénticos.

—Queríamos ver adónde ibas.

—¿Y fuisteis vosotros los que me aporreasteis la cabeza aquel día?

—Te habías olvidado de que tenías que llevarnos a la piscina.

Al salir del coche y dirigirse a la casa ella había visto sus bicis tiradas una sobre otra en el camino. Incluso se había fijado en que una de las ruedas todavía giraba lentamente. A lo mejor entonces lo había sabido.

—¿Por eso me estáis haciendo esto ahora? ¿Porque no os llevé al Big Splash?

La imagen del Super Glue y las cuchillas de afeitar que había visto en la mochila de Paul estaba aún fresca en su mente. Imaginó unas piernas mojadas, resbaladizas, bajando a toda velocidad por el tobogán de agua en dirección a las cuchillas. Eso sí que no pudo ignorarlo.

—Estamos hasta las narices de ti. Creemos que te vas a chivar...

—Y es la primera vez que lo probamos con una persona.

Entonces vio el destello. El cuchillo estaba en el bolsillo de Paul.

—¡Estáis jodidos! ¡Los dos estáis rematadamente jodidos!

Al oír eso, los dos descompusieron el gesto de seriedad y empezaron a reírse con esas risas que a ella siempre le habían encantado.

—Qué mala eres, Becky, se supone que no puedes decir palabrotas.

Algo en su interior saltó por los aires. Empujó a Paul a un lado con todas sus fuerzas. Él ahogó un grito al caer de lado contra el suelo. Bec agarró el cuchillo de su bolsillo y lo levantó por encima de la cabeza. Andrew se lanzó a por ella, clavándole las uñas en los brazos, en la espalda, tratando de escalar por su cuerpo. Ella se lo quitó de encima de un empujón que lo mandó por los aires hasta la pared de enfrente. No se dio cuenta de que pesaba tan poco. Siguió un instante de silencio conmocionado y entonces Andrew sorbió por la nariz mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Me has hecho daño, Becky.

Estaba confundida. Deseaba con toda su alma acercarse a él para comprobar si estaba bien.

Paul lanzó una mirada a Andrew y Bec vio que se transmitían alguna idea.

—Nosotros también lo sentimos —dijo Paul, a quien también se le estaban llenando los ojos de lágrimas—. Solo estábamos haciendo el tonto. Te queremos.

Se levantaron del suelo y se acercaron a ella para rodearla delicadamente con los brazos. Bec aún tenía el cuchillo cogido en alto.

—Solo queremos que pases más tiempo con nosotros, ¿vale?

Paul levantó la vista hacia ella.

—Vale —respondió Bec. Estaba ronca.

Luego, cuando entra en la cocina, el cielo se ha vuelto rojo.

2014

La casa está en silencio. De la habitación de los padres no sale el menor sonido. Oigo a la madre trajinando en la cocina sin hacer apenas ruido. El aire sigue impregnado de olor acre a humo pero no sé de dónde viene. Al principio era un olor tenue, como de una cena quemada. Pero ahora noto que me pican los ojos por la fina humareda.

Soy Bec. Estoy viviendo sus últimas horas.

Me siento en el sofá a esperar. A esperar morir como ella murió. Me doy cuenta de que tiene sentido así. Estaba viviendo su vida, así pues debía morir su muerte. No hay escapatoria. Acaricio la tela del vestido para tranquilizarme mientras espero a que pase algo. Me gustaría saber en qué había estado pensando Bec antes de morir. ¿Se habría acordado de sus hermanos, o habría pensado en la profesión que ya nunca tendría, en el marido al que ya nunca conocería? ¿Habría estado enfadada con sus padres por esta traición imperdonable o, llegado el momento, seguía queriéndolos? ¿Aceptó que este era su destino?

Continúo acariciando los lados del vestido, recorriendo la tela con las manos. Mi madre me acariciaba la espalda así cuando yo lloraba. Creí que no tenía ningún recuerdo de ella, pero este me viene a la mente con toda su fuerza. Me froto también las rodillas. Sobresalen de la tela gris de algodón, frías, con piel de gallina. No me ha dado tiempo a ponerme medias. Una cicatriz fina, blanca, recorre la curva de la rodilla. La toco con la yema del dedo y de pronto una risita histérica escapa de mi garganta. Cuando tenía ocho años quise hacer una pirueta con la bici en la rampa de los monopatines. Mi madre acababa de fallecer y yo estaba inquieta y desesperada por demostrar mi valía. Todavía recuerdo las risas de los adolescentes, la imagen del mundo patas arriba y la visión de que estaba a punto de hacerme daño, justo antes de la caída. El olor del cemento caliente y del acero.

Y, con este pensamiento, todo se vuelve nítido de repente.

Yo no soy Bec. Yo tenía mi vida antes de todo esto, mi identidad, y podría recuperarla.

Tengo que pedir ayuda. Es arriesgado. Porque, si me oyen, entonces se acabó. Pero

tengo que intentarlo. Al menos tengo que intentar sobrevivir a esto. Respiro hondo y me voy despacio a la cocina. La madre está delante de la pila. Ha sacado toda la vajilla de los armarios y está lavando cada pieza a mano, frotando bien la porcelana que ya antes estaba como los chorros del oro.

Me muevo despacio, sin hacer ruido, y cojo el teléfono inalámbrico de su soporte, sobre el banco. Al descolgarlo, emite un pitidito. Me estremezco.

—¿Te gusta? —dice la madre.

—¿El qué?

—El corte de pelo.

—Oh. Sí.

—Qué bien. Me alegro. Creo que a tus hermanos les gusta más así.

—Se han ido a su casa. ¿Te acuerdas?

—Se alegrarán de ver que te he arreglado.

—Seguramente.

No se ha vuelto aún para mirarme. Sigue fregando la vajilla, limpiando metódicamente cada pieza.

—Buena idea que llames a Vince, cariño —dice—. Averigua qué es lo que lo tiene retenido.

¿Me está amenazando? ¿Está queriendo decirme que me ha pillado, quiere ponerme en evidencia? Salgo de la cocina caminando de espaldas. Ella sigue sin volver la cabeza y ni ralentiza ni acelera sus gestos.

Marco el número de la policía y me pongo el teléfono en la oreja, preparada para hablar en susurros. Pero no se oye la señal de llamada. En vez de eso, lo que oigo es el silencio reconcentrado de otra habitación. El otro aparato. Debe de estar descolgado. El de la habitación de los padres. No me permito titubear, no me permito imaginar al padre sentado en la cama esperándome.

Aunque la puerta está entornada, no consigo ver lo que hay dentro. Extiendo la mano para empujarla y abrirla del todo. Pero no me atrevo. Estoy demasiado asustada. Tengo el corazón desbocado y me tiembla todo el cuerpo. Apoyo las yemas de los dedos en el pomo, está frío. Tengo que hacerlo.

La boca se me abre para lanzar un grito en cuanto la imagen se despliega ante mí. Pero no me sale ningún sonido. Las sábanas blancas están rojas. Empapadas de sangre coagulándose. El padre está en medio de un charco rojo. Sé que es el padre solamente por la ropa. Está medio sentado, apoyado en el cabecero, asiendo con las manos una escopeta recortada. Su cara y sus sesos están esparcidos por toda la pared blanca de detrás. A su lado, una botella vacía de whisky. Encima de la almohada, una nota escrita a mano de mala manera.

«Lo siento, no podía seguir fingiendo».

El teléfono está en el suelo, separado de su soporte. Reparo en que al lado de mis pies, sobre la alfombra de color crema, hay un fragmento sanguinolento de cráneo. La madre se va a poner como una furia, seguro que deja mancha.

Se me empieza a nublar la vista y noto todo helado. Me vuelvo, apoyándome en la pared. Siento un hormigueo y me doy cuenta de que estoy resbalándome por la pared hacia el suelo sin poder evitarlo. Me dejo caer sin más. Oigo el ruido sordo, suave, que hace mi cabeza al tocar la madera del suelo pero no siento el choque. Veo a mi madrastra delante de mí, con el gesto que tenía la noche en que me fui. Su rostro crispado de ira, las sienes perladas de sudor por la intensidad de su furia. Salpicaba saliva al gritarme.

Quería que me metiesen en la cárcel. Estaba encantada de que no formase parte de su nueva familia. No había sido mi intención empujarla. Pero de pronto la tenía a mis pies. El lavavajillas estaba abierto y ella había caído de lado de tal manera que su barriga prominente había golpeado contra el pico. El sonido del choque había sido tremendo. Se tendió boca arriba. En la entrepierna de sus pantalones de embarazada de color beis se formó una flor roja.

Me concentro en respirar. Inspiración, exhalación. No pares. Inspiración, exhalación. Tú respira y todo irá bien. Empiezo a ver con más claridad, la cabeza empieza a transmitirme frío allí donde está en contacto con el suelo. Percibo el perfume a limón del limpiasuelos y el olor a humo. Ahora este olor a humo es más fuerte. Un vapor fino se desplaza por la superficie del suelo de parqué, delante de mis ojos.

Me obligo a ponerme en pie, mientras expulso de mi mente la imagen de lo que acabo de ver. Me concentro solo en respirar. Inspiración, exhalación. El humo sube del lavadero. Descargo todo mi peso contra la pared y voy avanzando a tumbos en dirección a la puerta. Hacia el sonido de la lavadora, dentro de la cual mi bata sigue dando vueltas y vueltas. Al principio no veo nada. Luego, unos finos hilos de humo se filtran por la rendija de la puerta que comunica con el garaje.

A través del silencio oigo la voz de la madre. Dice algo, luego se calla y a continuación vuelve a hablar. Como si hubiese alguien más. Pero no oigo ninguna otra voz. Me muerdo el labio con todas mis fuerzas. El dolor se abre paso entre las arcadas. Clavo la vista en mis pies mientras me dirijo hacia el padre. No le miro la cara, no me permito vacilar. Arranco el arma de sus manos. Su piel está caliente al contacto con mi piel. Se me escapa un sollozo antes de que me dé tiempo a reprimirlo. Pero me obligo a contener las emociones y miro la escopeta. Es la primera vez que toco un arma. El extremo está aserrado, el borde irregular; debió de cortarla él mismo. Me lo imagino un instante, aserrando una escopeta vestido con su traje gris de oficinista.

Camino hacia la cocina aguzando el oído. Respirando suavemente.

—Está bien, cariño. No te preocupes.

Un silencio.

—Sí, no me moveré de aquí.

Otra pausa, durante la cual casi he oído algo, unas palabras dichas en voz tan baja que casi resultan inaudibles.

—Sí. Descuida.

Me acerco. Claro que estoy oyendo algo más. Otra voz. Una voz de hombre que habla en un susurro bajo y grave.

Una pisada mía produce un crujido. Las voces cesan. Doy otro paso y entro en la cocina. La madre está sola, con las manos apoyadas en la pila.

—¿Mamá?

Ella se vuelve y sonríe. Ni siquiera mira la escopeta, que llevo sujeta debajo del brazo.

—¿Sí, corazón?

—¿Quién más está aquí?

—¿Cuándo?

—Hace un momento. He oído otra voz. Aquí hay alguien más.

—No seas tonta, cariño, ellos siempre están aquí.

—¿Quiénes?

—Tus hermanos.

Algo duro se estampa contra mi nuca. Cegada por el dolor, me derrumbo en el suelo.

—¡Eh, me tocaba a mí!

—Quería arreglar mi error de la última vez.

—Ya, pues solo has tardado diez años.

Las voces de los hermanos pululan a mi alrededor. No logro distinguirlos. Suenan iguales, como si fuese una sola persona que hablase consigo misma. Cuando intento abrir los ojos, resulta que ya los tenía abiertos. Pero no veo nada. Solo son unas figuras borrosas que se mueven sobre un fondo blanco.

—¡Cállate!

—¡No, te callas tú!

—Niños, no os peleéis. —La voz de la madre es serena.

—¿Y papá?

—Durmiendo.

—Borracho otra vez, ¿eh?

Más sonidos de pisadas rozando el suelo aquí y allá. Me arde la garganta, pero no

puedo toser. Noto que me arrebatan el arma de debajo del brazo.

—Becky, Becky, ¿de dónde has sacado esto?

—No es una queja, Becky, es que nos has impresionado. La pequeña Becky se va siendo una cría y vuelve hecha una auténtica soldado.

Los dos sueltan unas carcajadas. Entonces uno se me acerca y noto su calor justo pegado a mí.

—Ay, cuánto he echado de menos a Molly —dice uno de los gemelos, Andrew, creo, con una vocecita aguda de niña. Está cerca de mí ahora, justo a mi lado—. ¿Por qué tienes que amenazarnos, Bec?

—¿Le has contado algo a Vince?

—¡Como lo hayas hecho, te matamos!

—¿Pero no la íbamos a matar de todos modos?

—¡Cállate! No tenía por qué enterarse.

Noto un pie debajo de mi cabeza, que me levanta el mentón.

—Bueno, ¿y qué le contaste?

No puedo articular palabra. Quiero, pero no puedo.

—¡Que nos lo digas! —Otra punzada de dolor, profunda, intensa, cuando un zapato se me clava en el costado.

—Niños, por favor. ¡Haced el favor de dejarla en paz! —dice la madre.

Silencio.

—¿Qué te hemos dicho, mamá?

Silencio.

—¿Cuál era la norma?

—Que no hay que replicar —dice ella.

—Muy bien. —Oigo que se ríe por lo bajo.

—¿Y qué vas a decir cuando alguien te pregunte?

—Que no ha tenido nada que ver con los chicos. —Su voz es más grave, está teñida de dolor, mientras va recitando una cantilena—: Ellos ya se habían registrado en sus vuelos. Ha debido de ser mi hija. Está perturbada.

—Mami buena.

—Salgamos de aquí. —Uno de los dos se ha puesto a toser.

—No te muevas de ahí —me dice el otro. Por su voz, adivino que está sonriendo. Entonces oigo la cerradura de la puerta trasera, oigo que la abren y luego se les oye saltar por la valla. A continuación, nada. Un silencio hondo, denso. Lo blanco se vuelve más espeso y me doy cuenta de que me desvanezco otra vez.

Cuando lo blanco comienza a apagarse, no combato contra la oscuridad. Me dejo llevar a lomos de ella hacia la nada.

2014

*Estoy en la nieve con mi padre. Estamos montados en el telesilla, flotando a través del blanco. Tengo miedo. Él me rodea con el brazo, delicadamente, y yo me acurruco contra su parka. Estando con él estoy a salvo. Dentro de un rato volveremos a nuestra cabaña y tomaremos chocolate a la taza. Me escuecen los ojos y la nariz, pero no por el frío cortante. No. Me arden. Lo blanco cambia de forma y se mueve a mi alrededor; son nubes de nieve. Hay una sombra que se desplaza por lo blanco. Un objeto frío me toca la cara. El telesilla tira de mí hacia delante y me deslizo por lo blanco.*

Tengo la garganta y la nariz llenas de humo abrasador. Toso para intentar escupir las cenizas. Las toses dan lugar a arcadas secas.

—Ni se te ocurra vomitar.

Miro a mi alrededor. Estoy en el asiento trasero de un coche en movimiento. Trato de levantar la cabeza para ver quién está al volante, pero me da unos martillazos brutales.

—¿Estás bien? —Es la voz de Lizzie.

—No. ¿Qué ha pasado? —Estoy ronca, y al decir esto vuelvo a provocarme un doloroso ataque de tos.

Ella espera hasta que dejo de toser para responder.

—Deduje que estaba pasando algo cuando vi tu mensaje. Te llamé, pero tu móvil estaba muerto y yo quería saber qué demonios estaba ocurriendo. Jack y yo vinimos para acá, pero nos impidieron el paso y estuvimos discutiendo con el poli. No nos quería dejar pasar. Entonces, Jack salió del coche y se puso a gritar como loco, diciéndole que él no le daba órdenes. Solo quería distraerlos, hacerse pasar por un bruto. De no haber sido por lo asustada que estaba, hubiera tenido gracia. —Se ríe. Es una risa vacía, apagada—. Total, que mientras ellos estaban tratando de entender de qué iba mi hermano, pisé el acelerador y me colé por la dichosa barrera. Salía humo de la casa. El muy imbécil estaba tan ocupado impidiéndole el paso a la gente que ni se había fijado.

—¿Y la madre? —susurré.

—Lo intenté. —Lizzie calla unos segundos—. Fue lo más espeluznante que he visto en mi vida. No le daba la gana de irse, simplemente siguió fregando los platos como si nada, con la cocina llena de humo. Pero cuando yo te estaba sacando, entraron Jack y los periodistas. Estoy segura de que la rescataron.

—¿Y Jack?

—¿De verdad quieres saberlo?

No quiero. Lo que quiero es preguntarle adónde vamos, pero me duele demasiado hablar. Así pues, me quedo quieta, contemplando el techo del coche mientras vamos quién sabe adónde. Al cabo de un rato, aparca el vehículo y apaga el motor. Se vuelve para mirarme.

—Vale, este es el trato. Estamos en el hospital de Goulburn. Lo suficientemente lejos de Canberra como para que nadie te reconozca. Quiero que te identifiques con tu verdadero nombre y que, cuando vuelvas al sitio del que saliste, llames a la policía y les cuentes todo lo que ha pasado hoy. ¿De acuerdo?

Asiento.

—Bien. Ahora, sal de mi coche. No voy a llevarte en brazos otra vez. Pesas más de lo que aparentas.

Salgo despacio. Cada movimiento produce una oleada de dolor desgarrador que inunda todo mi cuerpo roto. Abro la puerta del coche y por un momento me pregunto si debo decirle que encontré el cadáver de Bec. Nos sostenemos la mirada mutuamente. Puedo ver que el dolor está ya bullendo por detrás de su máscara de acerada determinación.

*Bec, 18 de enero de 2003*

El mundo no tenía sentido. El cielo se estaba volviendo rojo y en la cocina estaba oscureciendo, y eso que no eran más que las doce del mediodía pasadas. Sus hermanos habían intentado matarla.

Bec se sentó delante de la mesa de la cocina y dejó el cuchillo delante de sus ojos, con mucho cuidado. En realidad, podía guardarlo otra vez en el cajón. Pero no quería perderlo de vista. Se lo imaginó clavándose en su costado mientras dormía. Imaginó la sensación de tener esa lámina fría y plateada atravesándole la carne y los músculos.

En silencio, subió por la escalera otra vez para meterse en su habitación. Oyó que los cuchicheos del cuarto de los chicos cesaban bruscamente cuando llegó a lo alto de la escalera.

Al fondo del armario tenía guardada una bolsa grande de deporte que había robado en Myer el año anterior, en los tiempos en que aún le producía emoción robar en tiendas. Aun a sabiendas de que jamás utilizaría esa bolsa para nada, había querido saber si sería capaz de salir andando por la puerta de la tienda con algo tan llamativo sin que nadie la detuviese. Y resultó que sí.

Bec se detuvo un instante, reflexionando, tratando de recordar si había llegado a enseñársela a su madre. Estaba bastante segura de que no. No la habría pasado por alto.

Estaba guardando sus cosas en la bolsa cuando le empezó a doler el brazo. Era un dolor realmente profundo. Tenía un rasguño en el sitio en el que el ladrillo la había golpeado y Bec había tenido la esperanza de que solo fuese eso, un rasguño. Pero el dolor sordo, martilleante, parecía cada vez más fuerte. Presionó la carne con un dedo, con cautela. El dolor era agudo; hizo que se le saltaran las lágrimas al instante. Rápidamente, pestañeando, se las quitó de los ojos.

Escogió prendas que su madre no echaría en falta. Una chaqueta gruesa, guardada al fondo, que en realidad nunca se había puesto. Siempre le había parecido que era una chaqueta demasiado práctica. Los vaqueros del año anterior. Unas cuantas camisetas viejas. Después de dudarlos unos segundos, recogió del suelo su uniforme de McDonald's y lo metió en la bolsa. A continuación, hizo la cama.

Iba a tener que dejar el maquillaje. Si se lo llevaba, llamaría demasiado la atención. Las fotos también tendrían que quedarse donde estaban, en las paredes. Pero se llevó una; tenía que llevarse una. Una foto de ella y Lizzie, sonriendo, mejilla contra mejilla.

Su imagen en el espejo la asustó. Tenía el maquillaje corrido alrededor de los ojos y las dos rodillas con costras de suciedad. La cara manchada y arañazos de las uñas de Andrew por los brazos. Se limpió lo mejor que pudo con unas toallitas desmaquillantes, pues ducharse le daba demasiado miedo. Entonces, abrió la espalda de la muñeca y comenzó a sacar el dinero y a guardarlo en un bolsillo de la bolsa. En parte, había debido de saber que esto iba a pasar, pues había estado preparándose desde hacía mucho tiempo.

Mientras salía por la puerta de la casa y bajaba por la cuesta no se le aceleró el pulso en ningún momento. Ni siquiera echó la vista atrás. El cielo se había puesto de color rojo oscuro y el aire hacía que le lagrimearan los ojos. La niebla roja hasta tapó el sol, de tal forma que brillaba como una vibrante esfera carmesí.

Pensó en Lizzie, y le dio de lleno el primer dolor real. Intentó apartarlo. No tenía otra opción. Sabía que, pese a todo, siempre los querría. Si se quedaba, acabarían con ella tarde o temprano. Tal vez mientras dormía, o quizás aguardarían hasta ser lo bastante grandes para imponer su fuerza. Podría contárselo a sus padres, pero en lo más profundo sabía que no podían hacer nada. De hecho, si realmente se paraba a pensarlo, lo más seguro era que ya lo supieran. Al salir de escena, eliminaba también el problema. No tendrían que escoger. Era mejor así.

Mientras se dirigía a pie al centro urbano, las calles fueron tornándose cada vez más oscuras. Los semáforos destellaban en ámbar. El calor resultaba abrumador y tenía el cuerpo cubierto por una película pegajosa de sudor. La piel le ardía. Se preguntó si lograría siquiera llegar a la estación de autobuses, y si la dejarían subirse a un autobús a Sídney. Quizás Matty tenía razón con lo del día del Juicio Final. Del cielo había empezado a caer ceniza negra como si fuesen copos de nieve. Pero no se detuvo. Continuó caminando a ciegas, segura de que nunca volvería atrás.

2015

He dejado el tabaco.

Hace ya un año, pero todavía hoy basta con que me envuelva la nube de nicotina de otra persona para que me entren náuseas.

Cuando llegué al hospital me prohibieron hablar y me pusieron una máscara de oxígeno en la cara. Lo único que fui capaz de decir fue mi nombre. El auténtico. Luego, me metieron un tubo por la tráquea para succionarme el hollín de los pulmones.

El médico dijo que había tenido suerte. La inhalación de humo habría podido matarme fácilmente si me hubiese quedado unos minutos más dentro de la casa. Me da un escalofrío, y eso que hoy hace un calor sofocante. Y por mucho que me cueste, procuro no pensar en aquella casa.

Me abro paso como puedo entre el gentío de la hora punta, sorteando y esquivando personas en el camino hacia la estación de tren. Son las ocho de la mañana, brilla el sol y me dirijo al andén de líneas interestatales. Va a llevarme lo suyo llegar hasta donde tengo que llegar. Pero no me importa. El largo viaje merecerá la pena. Hay alguien a quien necesito ver.

Odio la estación central de Perth. O está abarrotada de tipos trajeados que empujar y avasallan, o no hay un alma, a excepción de un puñado de bichos raros que te miran de arriba abajo desde la penumbra. No hay término medio. Por lo demás, parece que siempre huele ligeramente a orina rancia. En verano es peor, porque el cemento absorbe el sol y huele a orina rancia y además caliente. Me tapo la nariz mientras aguardo en la cola para comprar mi billete, cruzando los dedos para que no se me quede el olor en la ropa. Me he puesto mis mejores prendas y hasta he intentado arreglarme el pelo. Aunque no son las circunstancias idóneas, estoy temblando de la emoción. Miro a mi alrededor y le sonrío a la gente, cosa que nunca, jamás, hago. Entonces, veo el quiosco de prensa del vestíbulo de la estación. Toda la emoción se apaga al instante. El titular del periódico del día dice «Los gemelos Winter: No culpables».

Lo había visto venir. Pero qué más da, duele igual. Durante los días que pasé en la

cama del hospital, rodeada de absoluto silencio, me había dicho a mí misma que iba a arreglar todo el lío que había organizado. Pensaba mucho en Bec, lloré su muerte, y me prometí reparar lo que había roto. Le juré que no permitiría que sus hermanos quedaran impunes después de haberla matado.

Cuando finalmente los médicos me dijeron que ya podía hablar, bajé al teléfono público de la recepción del hospital con el puño repleto de monedas. Empecé por la llamada más difícil: a mi madrastra. Le expliqué que lo sentía mucho. Ella le pasó el teléfono a mi padre sin decir una palabra. Él había empezado a preocuparse por mí, después de todo. Cuando le conté que iba a entregarme voluntariamente por el fraude de las tarjetas de crédito, me compró un billete de avión de vuelta a Perth. No le pedí que me dejara vivir en su casa, pues sabía que ya nunca volveríamos a ser como antes. No después de lo que había hecho. Dijo que me pagaría un buen abogado. Al pensar en ello, veo que no fue amor lo que le impulsó a hacer eso. Fue su necesidad de evitar la vergüenza de que su única hija fuese a la cárcel.

A mí no me habría importado. Habría hecho trabajos para la comunidad, habría pedido perdón a todas las personas a las que había robado. Habría cumplido mi condena si hubiese tenido que hacerlo. Solo el hecho de oír a la gente llamarme por mi nombre habría logrado que mereciera la pena.

Después de colgar, respiré hondo. No podía postergarlo más tiempo. Metí las monedas una por una, con ímpetu, en la ranura del teléfono. Pulsé despacio las teclas numeradas y escuché el tono de llamada.

—Andopolis al habla.

—Hola.

—¡Bec! ¿Dónde estás?

—Está debajo de la casa.

Se lo conté todo. Hasta el último detalle de lo que había ocurrido ese aciago día. Entonces, colgué antes de que pudiera decir nada. La garganta me dolía después de haber vuelto a hablar. Era hora de irme a casa, de volver a ser yo misma. El único rastro de Bec que quedaba en mi vida era la profunda cicatriz de mi antebrazo.

La historia llegó incluso a los periódicos de Perth: «Víctima de secuestro prende fuego a su propia casa». Me había tragado la rabia y había esperado con todas mis fuerzas que Andopolis estuviera haciendo su trabajo para averiguar la verdad. La historia ocupó las noticias durante meses. Por suerte para mí, no decían nada sobre el tema de que la nueva Bec no era realmente Bec. Los labios de Andopolis habrían debido de estar sellados a ese respecto. Imagino que eso le había hecho quedar muy mal. La madre también salió bien parada, al menos físicamente. Los bomberos la habían sacado pataleando de la casa en llamas, gritando que no quería salir.

Cuando el presentador informó con su tono seco de que habían recuperado restos

mortales en estado de descomposición en el garaje ennegrecido tras el incendio, tuve que taparme la boca. En la imagen se veía que estaban subiendo a la trasera de una ambulancia, con cuidado, el cadáver metido en la consabida bolsa.

«Los resultados del laboratorio han confirmado que el cuerpo corresponde a Maxwell Brennan, de cuarenta y un años, que había vivido al lado de la casa de la familia Winter hasta su desaparición en 2004».

No era Bec. Me dieron ganas de ponerme a dar saltos. Después de todo, era posible que siguiera viva.

Los gemelos habían tenido una coartada magnífica para el incendio. La prensa publicó fotos de los padres abandonando la casa con ellos sentados en el asiento de atrás, y después volviendo sin ellos. Debían de ir escondidos debajo de una manta o algo parecido. La aerolínea tenía el registro de su facturación de equipaje justo a la hora a la que había abierto la terminal, y tres horas después habían llegado al vuelo. A pesar de que entre ambos momentos había transcurrido un intervalo de dos horas, imagino que Andopolis pensó que no dispondría de pruebas suficientes para incriminarlos.

Pero entonces, para mi sorpresa, unos días después arrestaron a los gemelos. Vi a Andopolis por televisión llevándolos a la comisaría, los dos tapándose la cara con sendas camisetas. Aunque el investigador de la policía trataba de poner cara seria, las comisuras de los labios se le curvaban hacia arriba en una pequeña sonrisa. Al parecer, incluso después de tanto tiempo, había restos de ADN de los gemelos en el cadáver de Max.

Tan pronto como los policías comenzaron a indagar, relacionaron a los gemelos con una serie de asesinatos perpetrados en la residencia de ancianos de Melbourne en la que Andrew había trabajado como voluntario. Holden Valley. Habían sido unos asesinatos espeluznantes, horribles. Tanto que en un primer momento habían atribuido las muertes a algún tipo de animal que se habría colado en las instalaciones. La noticia de la vista judicial inminente aparecía una y otra vez en la prensa. Yo no habría podido evitar verla aunque lo hubiese intentado. Gran parte de la basura que recogía de los arcenes de la autopista durante el tiempo que estuve haciendo trabajos comunitarios eran periódicos.

A lo largo de las horas interminables que pasé en los márgenes de la carretera pensaba en Jack casi constantemente. Lo llamé. No me respondió. Le mandé mensajes. No obtuve respuesta. Seguía el blog de Kingsley obsesivamente. Entonces un día el blog desapareció de la red y lo que vi en la prensa fue la foto de Jack. Una foto pequeña, justo en la última página. Habían encontrado la cámara que estaba intentando meter a escondidas en el centro de detención y lo habían arrestado. A diferencia del caso de Andrew y Paul, el juicio de Jack fue rápido. Le cayeron seis

meses.

Yo estaba poniendo todo mi empeño en ser una buena persona. Aun así, no pude evitar ver la oportunidad que me brindaba su encarcelación. Sabía exactamente dónde estaba. Hoy iba a verle y él tendría que escucharme. Sería, literalmente, un público cautivo.

—¿Señorita?

La cola ha desaparecido y la señora de la ventanilla de venta de billetes me está mirando con cara de impaciencia. Esbozo una sonrisa y me acerco a comprar mi pasaje. En parte, no quiero leer lo que dice la prensa; ya sé lo que dirá. Que como Paul y Andrew tienen idéntico ADN, no se puede demostrar que fuese uno de los dos y no el otro el que asesinó a Max. Por supuesto, los medios de comunicación los han condenado ya. Tal vez eso ya sea suficiente.

Me dirijo al quiosco. Hay una mujer morena que también está mirando el periódico. Está de espaldas a mí. No habría reparado en ella de no haber sido por lo inmóvil de su postura. Los tipos trajeados de la hora punta chocan con ella, chasquean la lengua enojados. Poco a poco se vuelve, como si de alguna manera notase mi mirada en su nuca, y entonces me encuentro mirando frente a frente una cara que conozco tan bien como la mía. Se ha teñido el pelo y las cejas de color castaño, pero brilla en sus raíces un toque cobrizo. Va vestida con una ropa elegante, impecable, como si trabajase en el sector de la moda. Incluso después de doce años, es innegable que se trata de Bec Winter.

Mientras me mira fijamente a los ojos, las lágrimas le ruedan por las mejillas. Enseguida su tristeza se transforma en pánico. Estoy poniendo la cara a la que tanto me he habituado: los ojos muy abiertos por la conmoción que produce el reconocimiento. Como si hubiese visto un fantasma. Intento apartar a la gente para llegar a ella.

—¡Espera! —grito, pero se aleja ya corriendo.

Me voy tras ella, atrayendo miradas a mi alrededor. Ella corre hacia un andén y yo la persigo. Pero hay trenes que salen, gente por todas partes. No pierdo de vista en ningún momento su cabeza.

—¡Disculpe! —Una mujer me da un topetazo en las piernas con un carrito de bebé.

—¡Oiga! —le chillo yo. ¿Qué clase de imbécil se trae a un bebé a una estación en plena hora punta? Miro a mi alrededor, haciendo oídos sordos a los comentarios irritados de la mujer, tratando desesperadamente de localizar a Bec otra vez. Pero es demasiado tarde.

Ha desaparecido entre la muchedumbre.

# Agradecimientos

A mi agente, MacKenzie Fraser-Bub, que rescató esta obra del montón de fango. Es una mujer extraordinaria y para mí es una gran fortuna tenerla a mi lado. A mi editora, Kerri Buckley, con quien entablé una conexión fantástica a través de Track Changes antes de conocerla en persona, y al fabuloso equipo de MIRA, que ha hecho una labor excelente en cada etapa del camino. A Nicole Brebner y Jon Cassir, que creyeron en este relato.

Por descontado, la historia de esta novela comenzó mucho antes que todo eso. Mi agradecimiento a mis amigos del Kino, que siempre fueron una fuente de inspiración para mí y me dieron todo su apoyo mientras recogíamos palomitas o preparábamos choc-tops. A mi fantástico grupo del taller de escritura, que me ayudó a no descarrilar durante el proceso a veces doloroso de escribir la novela. A Ian Pringle por seguir enseñándome incluso cuando hace ya años que no soy alumna suya, a Graeme Simson por sus maravillosos consejos y a Jenny Laylor por su asesoramiento legal. A la sargento Kylie Whiting de la Unidad de Desaparecidos de Nueva Gales del Sur y a Ken Wooden, coordinador de la Policing Practices Unit de la Western Sydney University: gracias por sus pacientes respuestas a mis puntillosas preguntas.

Tengo la gran suerte de contar con el cariño y el apoyo de muchos amigos. Mi agradecimiento a mis chicas Phoebe Baker, Lara Gissing y Lou James, por hacer que todo sea más divertido. Al increíble guionista Joe Osbourne, que comparte conmigo el gusto por lo raro. A los artesanos de las palabras David Travers, Martina Hoffman y Rebecca Carter Stokes, por leer fragmentos de este libro y no tener miedo de decirme la verdad cuando eran infumables. A Allegra Mee, a quien no le importó que tirase de un buen puñado de nuestros recuerdos de adolescencia. A Adam Long, que siempre escucha.

Y por supuesto, desde el principio de todo, a mi familia. A mi hermana, Amy Snoekstra, que me insistía una y otra vez en que debía escribir una novela, hasta que pensé que la idea había sido mía. A mis padres, inteligentes, increíbles, Ruurd y Liz, que me animaron a hacer aquello que me hace feliz, y a mis tronchantes pseudosuegros David y Tess.

Por último, a Ryan, el amor de mi vida.

**Tu casa puede ser el lugar más peligroso del mundo.**  
**«Un impresionante debut... ¿Estamos ante la próxima *La chica del tren*?».**  
*The Daily Mail*



A sus dieciséis años, Rebecca Winter estaba disfrutando del mejor verano de su vida: ganaba algún dinero en un restaurante, tonteaba con un chico mayor y compartía confidencias con su mejor amiga. Hasta que empezaron a sucederle cosas extrañas, como notar una presencia en su dormitorio o sentirse observada. Pese a todo, Bec no fue consciente de lo que le iba a ocurrir... hasta que un día se esfumó sin dejar rastro.

Más de una década después, una joven asegura ante la policía ser la Bec desaparecida y pronto se encuentra viviendo su vida. Abrazando a sus padres. Aprendiendo los nombres de sus amigos. Jugando con sus hermanos pequeños. Pero quizá ni la acogedora familia ni los entusiasmados amigos de Bec sean lo que parecen. Porque mientras comienza a sumergirse en la personalidad de la auténtica Rebecca Winter, la impostora descubre que quien la hizo desaparecer aún anda suelto. Y ella puede estar en peligro inminente.

### **La crítica ha dicho...**

«La excelente novela de Anna Snoekstra destaca entre la multitud de libros de suspense psicológico con sus hábiles y sutiles pistas falsas y multitud de oscuros y violentos secretos».

*Library Journal*

«Una trama astutamente retorcida y rápida... Los lectores que disfrutan de los thrillers con un toque escalofriante que mantienen la intriga hasta el final serán incapaces de soltar este libro».

*Booklist*

## Sobre la autora

**Anna Snoekstra** nació en Australia y estudió escritura creativa y cine en la Universidad de Melbourne, y guion cinematográfico en la RMIT University. Después escribió para teatro y cine independiente y dirigió vídeos musicales mientras se ganaba la vida como camarera, niñera, recepcionista o crítica de cine. Ahora ha conseguido hacer su sueño realidad y vive con su marido y su gato mientras se dedica a escribir novelas.

Título original: *Only Daughter*

© 2016, Anna Snoekstra

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Esta edición se publica por acuerdo con Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se han usado de manera ficticia; cualquier parecido con personas, vivas o muertas, empresas, establecimientos, sucesos o locales reales es totalmente casual.

© 2017, Inés Belaustegui Trías, por la traducción

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-069-8

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola

Imagen de cubierta: © Frank Díaz

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



# Índice

[Hija única](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)